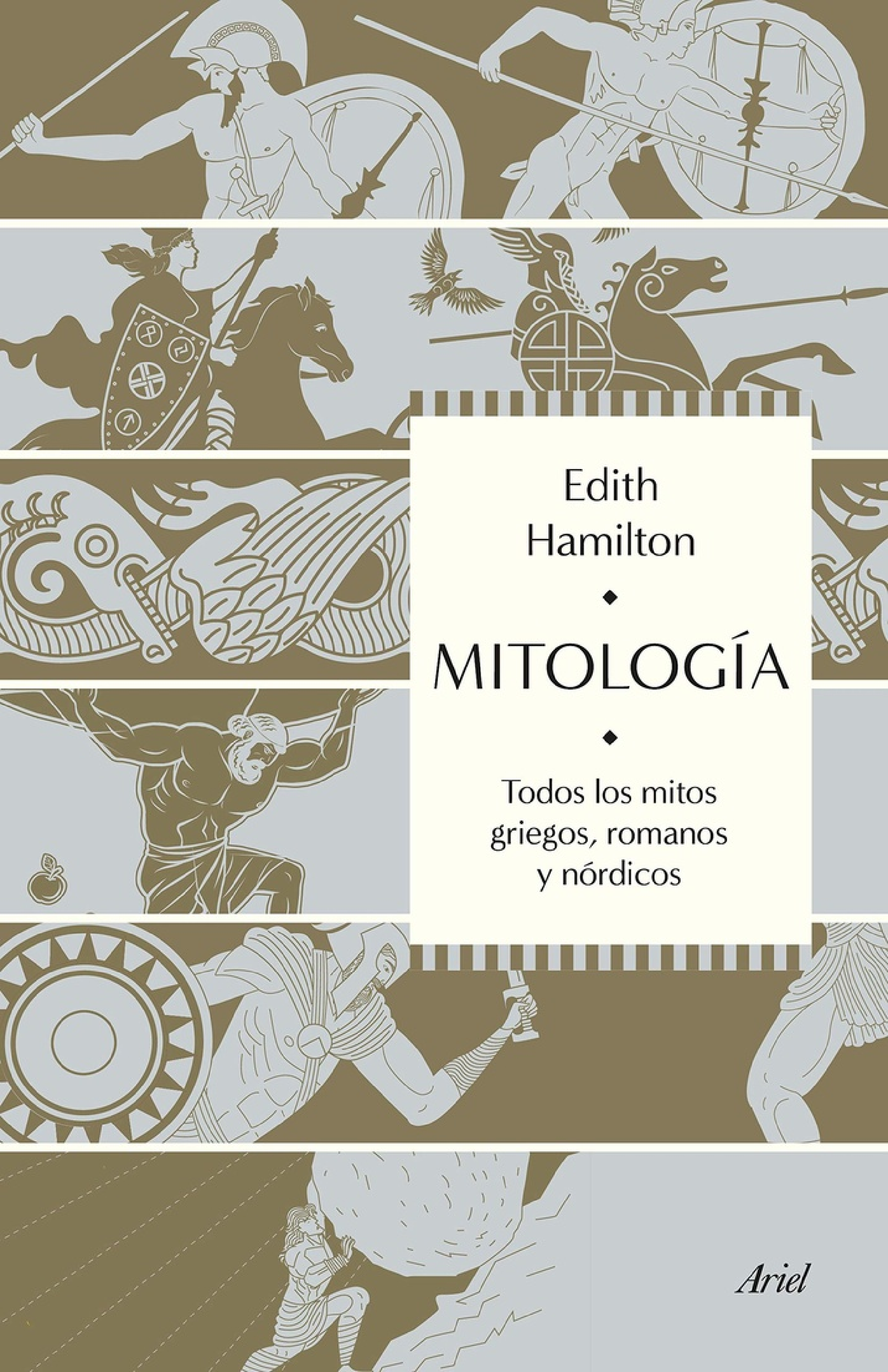

Edith
Hamilton
MITOLOGÍA
Todos los mitos
griegos, romanos
y nórdicos
Ariel

Índice

Sinopsis

Publicada por primera vez en 1942, la *Mitología* de Edith Hamilton se convirtió rápidamente en una obra de referencia sobre los grandes relatos mitológicos. Conocido por sus continuas reediciones en inglés y en sus múltiples traducciones, este compendio de los mitos griegos, latinos y nórdicos constituye uno de esos libros imprescindibles en toda biblioteca.

La vividez literaria de Hamilton nos hace leer su relato de la guerra de Troya, los viajes de Ulises, la peripecia de Jasón tras el Vellocino de Oro, la tragedia del rey Midas o las sagas y las Eddas nórdicas como grandes aventuras narrativas y, al mismo tiempo, como historias que están en la base del arte, la literatura y las sociedades occidentales, y que apasionan al lector desde hace más de dos milenios.

Unánimemente aclamada en todo el mundo por su rigor académico y lucidez, *Mitología* es un clásico que no solo nos ofrece un amplio conocimiento de los mitos, sino de los autores que los narraron, verdaderos poetas que han demostrado ser, al menos durante dos mil años, inmortales.

MITOLOGÍA

Todos los mitos griegos, romanos y nórdicos

Edith Hamilton

Traducción de Carmen Aranda

Ariel

Prefacio

Un libro sobre mitología debe nutrirse de fuentes muy distintas. Mil doscientos años separan a los primeros de los últimos escritores que nos han hecho llegar los mitos, historias tan distintas entre sí como *La Cenicienta* de *El rey Lear* . Reunirlas todas en un solo volumen es, en cierta forma, como si recopiláramos las historias de la literatura inglesa desde Chaucer hasta las baladas, pasando por Shakespeare y Marlowe, Swift y Defoe, Dryden y Pope, y así sucesivamente para terminar, digamos, con Tennyson y Browning, o incluso, si queremos que la comparación sea más auténtica, con Kipling y Galsworthy. La colección inglesa sería mayor, pero los materiales que contendría no serían mucho más distintos entre sí. En realidad, Chaucer es más parecido a Galsworthy, y las baladas a Kipling, que Homero a Lucio o Esquilo a Ovidio.

Ante este problema, descarté desde el principio cualquier intención de unificar los relatos. Eso habría significado rebajar, por así decirlo, *El rey Lear* al nivel de *La Cenicienta* —el proceso inverso, obviamente, no es posible—, o narrar a mi modo unas historias que no eran en absoluto mías, y que los grandes escritores habían contado de la manera que más se adecuaba a su tema. No quiero decir, por supuesto, que el estilo de un gran escritor pueda reproducirse, ni que yo deba soñar con semejante hazaña. Mi única ambición es que el lector distinga entre los escritores tan distintos de los que recibimos nuestro conocimiento de los dioses. Por ejemplo, Hesíodo es un escritor notablemente sencillo y piadoso; es inocente, incluso infantil, algunas veces tosco, y siempre compasivo. En este libro hay muchas historias que solo ha contado él y, junto a ellas, otras que solo contó Ovidio: sutil, refinado, afectado, tímido y completamente escéptico. Me he esforzado en hacer ver al lector alguna dife-

rencia entre estos escritores tan distintos. Después de todo, si uno abre un libro como este no es para ver si el autor ha vuelto a contar las historias de una forma más divertida, sino para acercarse todo lo posible al original.

Mi esperanza es que aquellos que no conocen los clásicos adquieran de esta forma no solo un conocimiento de los mitos, sino una pequeña idea de cómo eran los escritores que los narraron, y que han demostrado ser, al menos durante dos mil años, inmortales.

Introducción a la mitología clásica

> Desde muy antiguo, el pueblo griego, indudablemente, se ha distinguido de los bárbaros por ser más astuto y estar más exento de ingenua candidez.
>
> HERÓDOTO , I: 60

En general, se cree que las mitologías griega y romana nos muestran cómo pensaba y sentía la raza humana en tiempos inmemoriales. A través de ella, según este punto de vista, podemos desandar el camino desde el hombre civilizado que vive lejos de la naturaleza hasta aquel que vivía en comunidad y en estrecho contacto con lo natural; el verdadero interés de los mitos es que nos guían hasta un tiempo en que el mundo era más nuevo y la gente se sentía conectada con la tierra, con los árboles y los mares, con las flores y los montes, de una forma muy distinta a como nos podemos sentir nosotros en la actualidad. Mientras las historias iban cobrando forma, se nos da a entender, todavía no estaba claramente delimitado qué era lo real y qué lo irreal. La imaginación se hallaba vivamente despierta, sin los condicionantes de la razón, así que cualquiera podía ver en un bosque, entre los árboles, una ninfa volando, o el rostro de una náyade en las profundidades del estanque cristalino sobre el que se había inclinado para beber.

La perspectiva de retroceder hasta este delicioso estado se extiende a casi cualquier escritor que trate la mitología clásica, sobre todo a los poetas. En ese tiempo infinitamente remoto, el hombre primitivo podía

Observar a Proteo surgiendo de los mares
o al viejo Tritón soplando su cuerno enguirnaldado.

Y por un momento podemos captar, a través de los mitos que construyó, un destello de la extraña y maravillosa animación de aquel mundo.

Pero basta un muy breve repaso a las costumbres de los pueblos bárbaros de todas partes en todas las épocas para hacer estallar esa romántica burbuja. No hay duda alguna de que el hombre primitivo, ya sea en la Nueva Guinea de hoy o hace una eternidad en las tierras vírgenes prehistóricas, no es ni ha sido un ser que pueble su mundo con fantasías brillantes y visiones encantadoras. En los bosques primitivos acechaban los monstruos, no las ninfas ni las náyades. Allí vivía el Terror, con su íntimo colaborador, la Magia, y su arma más habitual, el Sacrificio Humano. Para escapar a la cólera de cualquier divinidad que anduviera por el otro mundo, los humanos ponían toda su esperanza en algún rito mágico, absurdo pero impactante, o en presentar una ofrenda que les resultase penosa y difícil.

La mitología de los griegos

Esta imagen sombría está en los antípodas de las historias de la mitología clásica. El estudio de cómo contemplaba su entorno el primer hombre no se apoya mucho en los griegos: de hecho, resulta sorprendente lo poco que los antropólogos tratan los mitos griegos.

Por supuesto que los griegos también tenían sus raíces en el cieno primigenio. Por supuesto que también vivieron en tiempos una vida salvaje, terrible y brutal. Pero de lo que los mitos sí dan fe es de cuánto se habían elevado sobre la ferocidad y la mugre de antaño hacia la época en que empezamos a saber de ellos. En estas historias, apenas queda huella de aquellos tiempos.

No sabemos cuándo se contaron estas historias por primera vez bajo la forma actual; pero, sea cuando fuere, hacía mucho que la vida primitiva se había dejado atrás. Los mitos, como los conocemos, son la creación de grandes poetas. El primer testimonio escrito de Grecia es la *Ilíada* . La mitología griega co-

mienza con Homero, que se cree que vivió unos mil años antes de Cristo. La *Ilíada* es, o contiene, la literatura griega más antigua; está escrita con un estilo rico y sutil, con un lenguaje precioso tras el que se adivinan siglos de esfuerzo humano por expresarse con claridad y belleza, lo que es prueba indiscutible de civilización. Las historias de la mitología griega no arrojan una luz clara sobre cómo era la primera raza humana, pero sí sobre cómo eran los primeros griegos, una cuestión que se diría de la mayor importancia para nosotros, que somos sus descendientes intelectual, artística y hasta políticamente; nada de lo que aprendamos de ellos nos puede ser ajeno.

La gente habla a menudo del «milagro griego», tratando de expresar con esta frase el nuevo nacimiento del mundo con el despertar de Grecia. «Pasó lo viejo, todo es nuevo.» Algo parecido ocurrió en Grecia. No tenemos la más remota idea de por qué ocurrió, ni de cuándo fue; solo sabemos que en los primeros poetas griegos surgió un nuevo punto de vista, que el mundo no había soñado nunca antes, pero que jamás abandonaría después. Con el avance de Grecia, la humanidad se convirtió en el centro del universo, en lo más importante. Fue una revolución en el pensamiento: hasta entonces, los seres humanos habían contado poco. En Grecia, el hombre se dio cuenta por vez primera de lo que era la humanidad.

Los griegos crearon a los dioses a su imagen y semejanza, algo que nunca antes había concebido la mente humana. Hasta entonces, los dioses no habían sido un reflejo de la realidad, sino algo totalmente distinto a cualquier ser vivo. En Egipto, un dios era un imponente coloso, inmóvil, al que resultaba inconcebible dotar de movimiento, tan anclado a la tierra como las tremendas columnas del templo: una representación humana deliberadamente hecha inhumana. O una figura rígida, una

mujer con cabeza de gato que sugiere una crueldad inhumana e inflexible. O una monstruosa y misteriosa esfinge, ajena a todo lo que vive. En Mesopotamia, bajorrelieves de formas bestiales que no se parecen a ningún animal conocido, hombres con cabeza de pájaro y leones con cabeza de toro y ambos con alas de águila; eran creaciones de artistas que se aplicaban en producir algo nunca visto excepto en sus propias mentes, la consumación misma de la irrealidad.«

Estos seres y otros semejantes eran los que adoraban los pregriegos. Solo tenemos que pensar en cualquier estatua griega de un dios, tan normal y natural, con toda su belleza, para darnos cuenta de que al mundo había llegado una nueva forma de pensar, con la que el universo se volvía un lugar racional.

San Pablo dijo que lo invisible debe entenderse por lo visible: esta no era una idea hebrea, sino griega. Solo en Grecia, en la antigüedad, se preocupaba la gente por lo visible, y encontraba la satisfacción de sus deseos en lo que era realmente el mundo a su alrededor. El escultor observaba a los atletas compitiendo en los Juegos y sentía que él no podría imaginar nada que fuera tan hermoso como esos cuerpos jóvenes y fuertes, así que creó su estatua de Apolo. El narrador descubrió a Hermes entre la gente a la que se encontraba por la calle. Vio al dios como «un joven príncipe a quien le apunta el bozo y que tiene todo el encanto de la mocedad», como dice Homero. Los artistas y los poetas griegos se dieron cuenta de lo espléndido que podía ser el hombre: recto, rápido y fuerte, y de que era la realización misma de la belleza que buscaban. Por eso no tuvieron el deseo de crear una fantasía puramente mental: todo el arte y todo el pensamiento de Grecia se centraban en los seres humanos.

Con estos dioses humanos, el cielo se convirtió en un lugar de agradable ambiente familiar: los griegos se sentían allí como

en su casa. Sabían exactamente lo que hacían sus habitantes, qué comían y qué bebían, dónde celebraban sus banquetes y cómo se divertían. Por supuesto, había que temerles: tenían poder, y podían ser peligrosos cuando se enfadaban. Sin embargo, quien supiera tener cuidado podía sentirse a gusto en su compañía; podía, incluso, darse el lujo de reírse de ellos. El principal objeto de burla era Zeus, siempre tratando de esconder a su esposa sus aventurillas, que acababan invariablemente por saberse: los griegos se divertían mucho con él, y gozaba de muchas simpatías precisamente por eso. Hera resultaba un típico personaje de comedia, el de la arquetípica mujer celosa, y los ingeniosos trucos con los que trataba de poner a su marido en un brete y castigar a su rival divertían tanto a los griegos como hoy nos divierten las modernas Heras. Con tales historias, se vivía en un ambiente relajado: reírse resultaba inconcebible frente a una esfinge egipcia o una figura asiria de bestia con cabeza de pájaro, pero perfectamente natural en el Olimpo, y de ahí que sus dioses fueran tan cercanos. Incluso en la tierra, las deidades resultaban enorme y humanamente atractivas. Con forma de doncellas jóvenes y encantadoras, poblaban los bosques, los ríos y los mares, en armonía con la hermosa tierra y las aguas cristalinas.

Y ese es el milagro de la mitología griega: un mundo humanizado, que liberó a los hombres del miedo paralizante a algo omnipotente y desconocido. Lo misterioso y aterrador a lo que se rendía culto en otros lugares, aquellos espíritus terribles que plagaban tierra, mar y aire, fueron erradicados de Grecia. Puede resultar extraño decir que a los hombres que crearon los mitos no les gustaba lo irracional y amaban lo concreto, pero es cierto, por muy salvajemente fantásticas que sean algunas historias. Cualquiera que las lea con atención descubrirá que incluso lo más absurdo sucede en un mundo esencialmente ra-

cional y práctico. De Hércules, cuya vida fue un largo combate contra increíbles monstruos, se dice que había tenido su hogar en la ciudad de Tebas. El lugar exacto donde Afrodita nació de la espuma podía visitarlo cualquier turista de la antigüedad: se encontraba exactamente en la costa de la isla de Citera. El alado corcel Pegaso, después de pasarse el día surcando el cielo, volvía cada noche a su confortable establo de Corinto. Ese tipo de moradas conocidas y familiares otorgaban realismo a los seres míticos. Si la mezcla parece infantil, piénsese en lo tranquilizador y agradecido que resulta un entorno estable en comparación con ese genio que viene de no se sabe dónde cuando Aladino frota la lámpara y, una vez completada su tarea, vuelve a no se sabe dónde.

En la mitología clásica no tiene cabida lo terroríficamente irracional. La magia, tan poderosa en el mundo antes y después de Grecia, aquí es casi inexistente. No hay ningún hombre, y solo dos mujeres, que tengan poderes terribles y sobrenaturales: esos hechiceros demoníacos, y esas brujas viejas y espantosas que rondaban Europa y América también hasta hace relativamente poco no tenían papel alguno en estas historias. Las únicas brujas, Circe y Medea, son jóvenes y de una belleza sin par: deliciosa, no horrible. La astrología, que floreció desde los días de la antigua Babilonia hasta hoy, se halla completamente ausente en la Grecia clásica. Existen muchas historias sobre las estrellas, pero ni rastro de la idea de que influyan en la vida de los hombres; cuando la mente griega se aplicó a las estrellas, lo que produjo fue la astronomía. Tampoco hay ni un solo relato con ningún sacerdote terrible al que deba temerse porque conoce formas de ganarse a los dioses o de provocarlos; el sacerdote aparece rara vez y nunca es importante. En la *Odisea* , cuando un sacerdote y un poeta caen de rodillas ante Odiseo, rogándole que les perdone la vida, el héroe mata al sacerdote

sin pensárselo, pero salva al poeta. Homero dice que siente pavor de matar a un hombre cuyo arte divino le fue otorgado por los dioses. No era el sacerdote, sino el poeta, el que tenía influencia en el cielo, y nadie ha tenido miedo jamás de un poeta. Tampoco los fantasmas, que han representado un importante y muy temible papel en otros lugares, aparecen nunca sobre la tierra en una historia griega. Los griegos no tenían miedo de los muertos, «los piadosos muertos», como se los llama en la *Odisea* .

El mundo de la mitología griega no era un lugar de terror para el espíritu humano. Es cierto que los dioses resultaban impredecibles y desconcertantes; uno nunca podía adivinar dónde iba a golpear el rayo de Zeus. Sin embargo, toda la asamblea divina, con muy pocas y en su mayor parte poco importantes excepciones, era maravillosamente hermosa, de una belleza humana, y ninguna belleza humana es realmente aterradora. Los primeros mitólogos griegos transformaron un mundo lleno de miedo en un mundo lleno de belleza.

Esta prometedora estampa tiene sus puntos negros. El cambio se produjo lentamente y nunca se completó del todo. Durante mucho tiempo, esos dioses a imagen humana fueron tan solo un poco mejores que sus fieles; sin duda, tenían más encanto y más poder, y además eran inmortales, pero a menudo se comportaban como jamás lo haría ningún hombre ni mujer de bien. En la *Ilíada* , Héctor es de lejos más noble que cualquier criatura celestial, y se prefiere a Andrómaco mil veces más que a Atenea o a Afrodita. Hera es una diosa muy poco humana de principio a fin, y casi todas las radiantes divinidades pueden actuar de forma cruel o desdeñosa. En el cielo de Homero prevalece un límite difuso entre lo bueno y lo malo, que aún duraría mucho tiempo.

También destacan otros puntos negros. Hay vestigios de una época en la que existían dioses-bestia. Los Sátiros eran hombres cabra y los centauros mitad hombre y mitad caballo. A menudo, a Hera se la llama «cara de vaca», como si el epíteto se le hubiera quedado pegado en el curso de todos sus cambios, desde vaca sagrada hasta la mismísima forma humana de reina del cielo. También hay historias que apuntan claramente a tiempos en que se celebraban sacrificios humanos, aunque lo sorprendente no es que permanecieran esos fragmentos dispersos de creencias salvajes, sino que sean tan pocos.

Por supuesto que el monstruo mítico se halla presente con todo tipo de formas —«hórridas hidras, gorgonas y quimeras»—, pero están allí solo para proporcionar al héroe la recompensa de la gloria. ¿Qué iba a hacer en un mundo sin ellas? Siempre las vence. El gran héroe de la mitología, Hércules, podría ser una alegoría de la propia Grecia: luchó contra los monstruos y liberó a la tierra de ellos igual que Grecia liberó a la tierra de la idea monstruosa de la supremacía inhumana sobre la humana. La mitología griega se compone en gran parte de historias sobre dioses y diosas, pero no debe leerse como una especie de Biblia griega, ni un compendio de la religión griega. Según la idea más moderna, un auténtico mito no tiene nada que ver con la religión. Es una explicación de algo de la naturaleza, por ejemplo, cómo llegó a existir cada uno de los elementos del universo: los hombres, los animales, este o aquel árbol o flor, el sol, la luna, las estrellas, las tormentas, erupciones y terremotos… todo lo que es y todo lo que ocurre. Los relámpagos y los truenos surgen cuando Zeus lanza sus rayos. Un volcán entra en erupción porque dentro de esa montaña está presa una terrible criatura que de tanto en tanto intenta liberarse. El Cazo, la constelación también llamada Osa Mayor, no baja nunca del horizonte porque una vez una diosa se enfadó

con ella y decretó que nunca pudiera sumergirse en el mar. Los mitos son la primera ciencia, el resultado del primer intento humano de explicar lo que los hombres veían a su alrededor. Pero hay muchos pretendidos mitos que no explican nada en absoluto: relatos que son puro entretenimiento, el tipo de cosas que la gente se cuenta en una larga noche de invierno. La historia de Pigmalión y Galatea es un ejemplo: no tiene ninguna conexión explicable con evento alguno de la naturaleza, como tampoco la búsqueda del Vellocino de Oro, ni Orfeo y Eurídice, ni muchas otras. Este hecho se acepta de forma generalizada hoy día, y no tenemos que tratar de encontrar en cada heroína la luna o el amanecer, ni en la vida de cada héroe el mito del sol. Estas historias son la primera literatura igual que son la primera ciencia.

Pero la religión está ahí también. Por supuesto, como telón de fondo, pero evidente no obstante. Desde Homero, pasando por los escritores de tragedias e incluso después, se da un entendimiento cada vez más profundo de lo que necesitan los seres humanos y de lo que deben encontrar en sus dioses.

Zeus, el señor del Rayo, al parecer fue en tiempos el dios de la lluvia, y era entonces un ser supremo, más incluso que el sol, porque Grecia es un país pedregoso que necesita más lluvia que rayos de sol. Así, el dios de los dioses era el que podía dar a sus fieles la preciada agua de la vida. Pero el Zeus de Homero no es una creación de la naturaleza: es una persona que vive en un mundo donde ya ha aparecido la civilización, y por supuesto tiene su medida de lo correcto y lo incorrecto —aunque no es muy elevada, ciertamente, y al parecer la aplica a los otros más que a sí mismo—. Sin embargo, castiga a los hombres que mienten y rompen sus juramentos; se enfada ante cualquier ofensa a los muertos y se apiada del anciano Príamo y lo ayuda

cuando este acude suplicante a Aquiles. En la *Odisea* , hace gala aun de mayor moralidad. El porquero dice aquí que el necesitado y el extranjero son de Zeus y que aquel que falla a la hora de ayudarlos peca contra el mismísimo señor del Rayo. No mucho después de la *Odisea* , puede que incluso al mismo tiempo, Hesíodo dice de un hombre que hace el mal al suplicante y al extraño, o de quien es injusto con un niño huérfano, que «con ese hombre se enfada Zeus».

Entonces la Justicia se convirtió en compañera de Zeus, y esto era una idea nueva. Los capitanes aventureros de la *Ilíada* no querían justicia: querían poder apropiarse de todo lo que se les antojara porque eran fuertes, y querían un dios que estuviera del lado de los fuertes. Pero Hesíodo, un campesino que vivía en un mundo de pobres, sabía que estos deben tener un dios justo. Escribió: «Los peces, las bestias y las aves se devoran los unos a los otros. Pero Zeus le ha dado al hombre justicia. Junto al trono de Zeus, la justicia tiene su asiento». Estos pasajes muestran que las grandes y amargas necesidades de los indefensos tenían eco en el cielo y estaban cambiando al dios de los fuertes por el dios protector de los débiles.

Por tanto, detrás de las historias de un Zeus apasionado, un Zeus cobarde o un Zeus ridículo, podemos vislumbrar a otro Zeus que empieza a ser, mientras los hombres se vuelven cada vez más conscientes de lo que les exige la vida y de lo que necesitaban de los dioses a los que veneraban. Progresivamente, este Zeus desplaza a los otros, hasta que ocupa toda la escena; se convierte finalmente, en palabras de Dion Crisóstomo, que escribió durante el siglo II d. C., en «nuestro Zeus, el dador de todos los buenos dones, el padre común, salvador y guardián de la humanidad».

La *Odisea* habla de «lo divino por lo que todos los hombres suspiran»; cientos de años más tarde escribe Aristóteles: «La excelencia, que la raza de los mortales se toma tanto trabajo en aprender». Los griegos, desde los primeros mitólogos en adelante, tuvieron una percepción de lo divino y lo excelente. Su anhelo era lo suficientemente grande como para que nunca cejaran en su empeño de verlo con claridad, hasta que finalmente los truenos y los rayos se transformaron en el padre universal.

Los escritores griegos y romanos de la mitología

La mayor parte de los libros sobre relatos de la mitología clásica dependen principalmente del poeta latino Ovidio, que escribió en tiempos del emperador Augusto. Ovidio es un compendio de mitología: ningún escritor antiguo puede compararse con él en este aspecto. Contó casi todas las historias y las contó profusamente. Hay muchos relatos de la literatura o el arte que nos resultan familiares, pero que han llegado hasta nosotros solo a través de sus páginas. En este libro he evitado usarlo en la medida de lo posible; sin duda era buen poeta y buen narrador, capaz de apreciar los mitos lo suficiente como para darse cuenta del excelente material que le ofrecían, pero se encontraba aún más lejos de ellos en su punto de vista de lo que nos encontramos nosotros hoy. Para él eran un puro sinsentido. Escribió:

Hablo de las monstruosas mentiras de antiguos poetas
nunca vistas ni ahora ni entonces por ojos humanos.

Dice en efecto a su lector: «No importa lo estúpidos que sean. Les vestiré con tal elegancia para ustedes que les gustarán». Y así lo hace: a menudo, con demasiada elegancia incluso, pero en sus manos las historias que eran verdades objetivas y solemnes para los primeros poetas griegos Hesíodo y Píndaro, y vehículos de una profunda verdad religiosa para los trágicos

griegos, se convirtieron en relatos huecos, algunas veces ingeniosos y divertidos, a menudo sentimentales y de retórica confusa. Los mitólogos griegos no son retóricos y además carecen notablemente de sentimentalismos.

La lista de los principales escritores a través de los cuales nos han llegado los mitos es larga. La encabeza Homero, por supuesto: la *Ilíada* y la *Odisea* son, o mejor dicho, contienen, los escritos griegos más antiguos de los que disponemos. No hay forma de fechar con exactitud parte alguna de ellos; los estudiosos difieren mucho entre sí, y no parece que vayan a ponerse de acuerdo pronto. Una fecha tan incuestionable como cualquier otra es el año 1000 a. C., [1] al menos para la *Ilíada* , el más antiguo de los dos poemas.

Al segundo escritor de la lista se le sitúa en ocasiones en el siglo IX , otras en el VIII . Hesíodo fue un pobre granjero que llevó una vida dura y amarga. No puede haber un contraste mayor que el que se da entre su poema *Los trabajos y los días* , donde intenta mostrar a los hombres cómo vivir una buena vida dentro de lo duro que es el mundo, y el elegante esplendor de la *Ilíada* y la *Odisea* . Sin embargo, Hesíodo tiene mucho que decir de los dioses, y hay otro poema que se le atribuye a él, la *Teogonía* , que trata sobre todo de mitología. Si lo escribió Hesíodo, un humilde campesino que vivía en una granja solitaria lejos de la ciudad, fue el primer griego en preguntarse cómo había ocurrido todo: el mundo, el cielo, los dioses, la humanidad, y en idear una explicación; Homero nunca se cuestionó nada de esto. La *Teogonía* es un compendio de la creación del universo y de las generaciones de dioses, un texto básico en la mitología. A continuación vienen los *Himnos homéricos* , una serie de poemas escritos en honor de varios dioses. No pueden fecharse con seguridad, pero los primeros de estos himnos se consideran, por

parte de la mayoría de los estudiosos, como de finales del siglo VIII o principios del VII . El último en importancia (hay treinta y tres en total) pertenece a la Atenas del siglo V o posiblemente del siglo IV .

Píndaro, el poeta lírico más importante de Grecia, empezó a escribir hacia el final del siglo VI . Compuso sus *Odas* en honor a los vencedores en los juegos de los grandes festivales nacionales de Grecia, y en cada uno de sus poemas se cuentan los mitos o se alude a ellos; para la mitología, es un escritor tan importante como Hesíodo.

De los tres poetas trágicos, Esquilo, el mayor, era contemporáneo de Píndaro, y los otros dos, Sófocles y Eurípides, un poco más jóvenes; este último murió a finales del siglo V . Excepto por los *Persas* de Esquilo, escrito para celebrar la victoria de los griegos sobre los persas en Salamis, todas sus obras tratan de temas mitológicos y, junto a Homero, son la fuente más importante para nuestro conocimiento de los mitos.

El gran escritor de comedia Aristófanes, que vivió en la última parte del siglo V y principios del IV , se refiere a menudo a los mitos, como también lo hacen dos magníficos prosistas: Heródoto, el primer historiador de Europa, contemporáneo de Eurípides, y Platón, el filósofo, que vivió menos de una generación después.

Los poetas alejandrinos vivieron en torno al año 250 a. C. Se les llamaba así porque, en su época, el centro de la literatura griega ya se había trasladado desde Grecia hasta Alejandría, en Egipto. Apolonio de Rodas contó con detalle la búsqueda del Vellocino de Oro y, en relación con esta historia, un buen número de mitos. Él y otros tres alejandrinos que también escribían sobre mitología, los poetas pastoriles Teócrito, Bión y Mosco, habían perdido la simplicidad de la creencia en los dio-

ses de Hesíodo y Píndaro, y se alejan bastante de la profundidad y seriedad de la visión de la religión en los poetas trágicos, pero no son frívolos como Ovidio.

También es significativa la contribución de dos autores de la última época: Apuleyo, un latino, y Lucio, un griego, ambos del siglo II de nuestra era. La famosa historia de Cupido y Psique la narró únicamente Apuleyo, que escribe de forma similar a la de Ovidio. Sin embargo, el estilo de Lucio no se parece al de nadie: satiriza a los dioses, que en sus tiempos ya se habían convertido en objeto de burlas y, sin embargo, al mismo tiempo da mucha información sobre ellos.

El también griego Apolodoro es, junto con Ovidio, el escritor antiguo más prolijo sobre mitología pero, a diferencia de este, resulta muy prosaico y aburrido. Sus fechas se sitúan en distintos momentos entre el siglo I a. C. y el IX d. C. El erudito inglés sir J. G. Frazer cree que probablemente escribió en los siglos I o II de nuestra era.

El griego Pausanias, viajero infatigable, autor de la primera guía de viajes escrita, tiene mucho que decir sobre los acontecimientos mitológicos que ocurrieron, al parecer, en los lugares que él visitó. Pausanias vivió ya muy tarde, en el siglo II d. C., pero no cuestiona ninguna de las historias, sino que escribe sobre ellas con absoluta seriedad.

Entre los escritores romanos, Virgilio destaca con diferencia. No creía en los mitos más que Ovidio, contemporáneo suyo, pero vio en ellos la naturaleza humana y recreó los personajes de la mitología mejor que nadie desde los trágicos griegos. Otros poetas romanos siguieron su estela: Catulo contó varias de las historias, y también Horacio alude a menudo a ellas, pero ninguna de sus versiones es importante para la mitología. Para los romanos, los relatos resultaban infinitamente remotos, co-

mo meras sombras. Los mejores guías para conocer la mitología griega son los escritores griegos, que creían en lo que escribían.

Primera parte
LOS DIOSES, LA CREACIÓN Y LOS PRIMEROS HÉROES

I

Los dioses

Extraños fragmentos nublados de una gloria antigua
rezagados de la compañía divina
respiran de ese mundo lejano del que provienen
bóvedas del cielo perdidas y aire del Olimpo.

Los griegos no creían que los dioses hubieran creado el universo, sino justo lo contrario: que el universo creó a los dioses. Antes de que hubiera dioses, ya se habían formado el cielo y la tierra. Ellos fueron los primeros padres; los Titanes eran sus hijos, y los dioses sus nietos.

Los Titanes y los doce grandes del Olimpo

Los Titanes, a quienes a menudo se les llama los dioses antiguos, fueron durante un tiempo incalculable los seres supremos del universo. Eran de talla inmensa e increíble fuerza. Había muchos, pero solo unos pocos aparecen en las historias de la mitología. El más importante fue Crono, en latín Saturno, que gobernaba a los demás titanes hasta que su hijo Zeus lo destronó y se hizo con el poder. Los romanos contaban que, cuando Júpiter —así llamaban ellos a Zeus— ascendió al trono, Saturno (es decir, Crono) huyó a Italia y dio origen a la Edad de Oro, un tiempo de paz perfecta y felicidad, que duró al menos tanto como su reinado.

Otros titanes y titánidas célebres eran Océano, el río que se supone rodea la tierra; su esposa Tetis; Hiperión, el padre del sol, la luna y el amanecer; Mnemósine, que significa memoria; Temis, que se suele traducir por justicia; y Jápeto, al que se destaca por ser el padre de Atlas, que llevaba sobre los hombros el peso del mundo, y de Prometeo, salvador de la humanidad. Es-

tos fueron los únicos dioses antiguos que no quedaron desterrados al llegar Zeus, pero pasaron a ocupar un lugar menor.

Los doce grandes del Olimpo dominaban a los dioses que sucedieron a los Titanes, y recibían el nombre del Olimpo, que era su hogar. Pero no es fácil aclarar, sin embargo, qué era el Olimpo. No hay duda de que al principio se encontraba en la cima de una montaña, y generalmente se identifica con la más alta del país, el monte Olimpo, en Tesalia, al norte de Grecia. Pero ya en el primer poema griego, la *Ilíada* , esta idea empieza a dar paso a la de un Olimpo que queda en alguna misteriosa región lejana, por encima de todas las montañas de la tierra. En un pasaje de la *Ilíada,* Zeus habla a los dioses desde «la cima más alta del Olimpo, lleno de riscos», claramente una montaña. Pero solo un poco más adelante dice que si quisiera podría colgar la tierra y el mar de un pináculo del Olimpo, por tanto ya no es una montaña. Aun así, no es el cielo: Homero hace decir a Poseidón que él gobierna el mar, Hades a los muertos y Zeus los cielos, pero que los tres comparten el Olimpo.

Donde quiera que estuviera, se accedía a él por una gran puerta de nubes que custodiaban las estaciones. Dentro estaban las moradas de los dioses, donde vivían, dormían, celebraban sus banquetes de ambrosía y néctar y escuchaban la lira de Apolo. Era una morada de perfecta dicha. Ningún viento, dice Homero, sacude jamás la tranquila paz del Olimpo; ninguna lluvia o nieve caen allí, por el contrario, el firmamento sin nubes lo rodean por todas partes y por sus muros entra tamizada una gloriosa luz blanca.

Los doce del Olimpo formaban la familia divina:

Zeus (Júpiter), era el principal, seguido por sus dos hermanos: Poseidón (Neptuno) y Hades (Plutón); y por su hermana Hestia (Vesta); Hera (Juno) era la esposa de Zeus y la madre del

hijo de este, Ares (Marte); Zeus era también el padre de Atenea (Minerva), Apolo, Afrodita (Venus), Hermes (Mercurio) y Artemis (Diana); de Hefesto (Vulcano), hijo de Hera, se decía en ocasiones que era también hijo de Zeus.

Zeus (Júpiter)

Zeus y sus hermanos se echaron a suertes el reparto del universo. El mar le correspondió a Poseidón y el inframundo a Hades. Zeus se convirtió en el supremo soberano. Era señor del cielo, dios de la lluvia y recolector de nubes, el que manejaba el terrible rayo. Su poder era mayor que el del resto de las divinidades juntas. En la *Ilíada* le cuenta a su familia: «Yo soy el más poderoso de todos los dioses. Haced la prueba y veréis: colgad del cielo una áurea soga y agarraos a ella todos los dioses y todas las diosas. Ni así lograríais sacar del cielo y arrastrar hasta el suelo a Zeus, el supremo maestro, por mucho que os fatigarais. Pero, en cuanto yo me decidiera a tirar con resolución, os arrastraría a vosotros junto con la tierra y el mar. Entonces, podría atar alrededor de un pináculo del Olimpo la soga, y todo quedaría suspendido por los aires».

Sin embargo, no era omnipotente ni tampoco omnisciente. Podían oponerse a él y engañarle; de hecho, en la *Ilíada* Poseidón le engaña y Hera también. Se dice en ocasiones que el misterioso poder, Destino, es más fuerte que él. Homero hace que Hera le pregunte con desprecio si se propone librar de la muerte a un hombre a quien Destino ha condenado.

Se le representa como enamorado de una mujer tras otra, rebajándose a todo tipo de manejos para esconder su infidelidad ante su esposa. La explicación por la que tales acciones se le atribuyen al más majestuoso de los dioses es, dicen los estudiosos, que el Zeus de los cantos y las historias surge de la combinación de varios dioses. Cuando su culto se extendía hasta una

ciudad donde había ya un gobernante divino, los dos se fundían poco a poco en uno solo: la esposa del primer dios se transfería entonces a Zeus. No obstante, el resultado era lamentable y a los últimos griegos no les gustaban demasiado estos asuntos amorosos.

Aun así, en sus primeras apariciones Zeus tiene grandeza. En la *Ilíada* , Agamenón reza: «Zeus, el más glorioso, el más grande, Dios de las nubes de tormenta, tú que moras en los cielos». Exige de los hombres no solo sacrificios, sino acciones rectas. Al ejército griego en Troya se le dice: «El padre Zeus nunca ayuda a embusteros ni a aquellos que rompen sus juramentos». Las dos ideas de él, la baja y la elevada, persistieron simultáneamente durante mucho tiempo.

Su peto era la égida, cuya contemplación era espantosa; su pájaro era el águila y su árbol el roble. Su oráculo era Dodona, en la tierra de los robles: allí se revelaba la voluntad del dios a través del susurro de las hojas de roble, que los sacerdotes interpretaban.

Hera (Juno)

Esposa y hermana de Zeus, la criaron los titanes Océano y Tetis. Era la protectora del matrimonio, y las mujeres casadas su principal preocupación. En el retrato que los poetas hacen de ella se la ve muy poco atractiva; sin embargo, en uno de los primeros poemas se la llama

Hera, entronizada en oro, reina entre los inmortales
suprema entre ellos en belleza, la gloriosa dama
todos las deidades del alto Olimpo la reverencian
y honran incluso como a Zeus, señor del trueno.

Pero todas las informaciones detalladas sobre ella muestran que se dedicó principalmente a castigar a las muchas mujeres

de las que Zeus se enamoraba, incluso cuando estas cedían solo porque él las obligaba o engañaba. Hera no tenía en cuenta que hubieran sido reticentes o inocentes: las trataba a todas por igual. Su furia implacable las seguía, a ellas y a sus hijos también; nunca olvidaba un agravio. La guerra de Troya podía haber acabado en una paz honorable, con ambos bandos empatados, si no hubiera sido por su odio hacia un troyano que había juzgado que otra diosa era más encantadora que ella. Hasta que no vio Troya en ruinas, Hera no consideró vengado el agravio a su belleza.

En un relato importante, el de la búsqueda del Vellocino de Oro, ella es la misericordiosa protectora de los héroes y la inspiradora de sus hazañas, pero es el único. Sin embargo, se la veneraba en todos los hogares como diosa de las mujeres casadas, y a ella se recurría en busca de ayuda. Ilitía, que asistía a las mujeres en los partos, era su hija.

La vaca y el pavo real eran sus animales sagrados y Argos su ciudad favorita.

Poseidón (Neptuno)

Era el soberano del mar, hermano de Zeus y segundo en eminencia después de él. Los griegos de ambos lados del Egeo eran marineros y el dios del mar era de suma importancia para ellos. Su esposa era Anfítrite, una de las nietas del titán Océano. Poseidón disfrutaba de un espléndido palacio bajo el mar, pero podía encontrársele a menudo en el Olimpo.

Además de ser señor del mar, entregó al hombre el primer caballo, y era así venerado tanto por lo uno como por lo otro.

Señor Poseidón, de ti nos viene este orgullo
los caballos fuertes, los potros, y también el dominio de las profundidades.

La tormenta y la calma estaban bajo su control.

A su orden soplaban los vientos de tormenta
y se levantaban las olas del mar.

Pero, cuando conducía su carro dorado sobre las aguas, el estruendo de las olas se sumía en la quietud y una paz calma seguía sus ruedas, que se deslizaban con suavidad.

A veces se le llamaba el «Agitador de la tierra» y se le mostraba siempre portando su tridente, un arpón de tres puntas, con el que era capaz de sacudir y agitar cualquier cosa.

Tenía cierta relación con los toros y los caballos, pero el toro estaba relacionado también con muchos otros dioses.

Hades (Plutón)

Era el tercer hermano entre los del Olimpo, y a él le correspondieron el inframundo y el gobierno de los muertos. También recibía el nombre de Plutón, dios de la abundancia, de los metales preciosos ocultos en la tierra. Los romanos, al igual que los griegos, lo llamaban por su nombre, pero a menudo lo traducían como *dis* , que en latín quiere decir rico. Tenía un célebre sombrero o casco que hacía invisible a quien lo usara. Resultaba poco habitual que dejara su oscuro reino para visitar el Olimpo o la tierra, y nadie le alentaba mucho para que lo hiciera; no era una visita bien recibida. Era cruel e implacable, pero justo: un dios terrible, pero no malvado.

Su esposa era Perséfone (Proserpina), a quien él se llevó de la tierra e hizo reina del inframundo.

Hades era el rey de los muertos, pero no la muerte en sí. A esta los griegos la llamaban Tánatos y los romanos Orcus.

Atenea (Minerva)

Era hija solo de Zeus, no nació de una madre: ya desarrollada y con la armadura completa surgió de su cabeza. En la pri-

mera referencia que tenemos de ella, la *Ilíada* , se la presenta como una diosa guerrera fiera y despiadada, pero en otros lugares solo guerrea para defender el estado y el hogar de enemigos externos. Era la principal diosa de la ciudad, la protectora de la vida civilizada, de la artesanía y de la agricultura; la inventora de las bridas y la primera que domó caballos para que los usaran los hombres; y también la hija favorita de Zeus, que confiaba en ella para llevar la terrible égida, su rodela y su arma devastadora, el rayo. Cuando se habla de ella siempre se usa la expresión «ojos garzos» o, como se traduce en ocasiones, «ojos centelleantes». De las tres diosas vírgenes ella era la principal y se la llamaba la Doncella, *Parthenos* , y a su templo el Partenón. En la poesía posterior representa la sabiduría, la razón y la pureza.

Atenas era su ciudad destacada, el olivo creado por ella su árbol y la lechuza su pájaro.

FEBO (APOLO)

Hijo de Zeus y Leto (Latona), nacido en la pequeña isla de Delos. Se le ha considerado «el más griego de todos los dioses». Es un bello personaje en la poesía griega, el maestro músico que deleita al Olimpo tocando su lira dorada; también es el señor del arco de plata, el dios arquero de excelente puntería; además, el sanador, el primero que enseñó a los hombres las artes curativas. Y, sobre todas estas dotes buenas y encantadoras, es el dios de la luz, en quien no hay absolutamente ninguna oscuridad, y por tanto el dios de la verdad. De su boca no sale jamás ninguna palabra falsa.

Oh, Febo, desde tu trono de la verdad
desde tu morada en el corazón del mundo
hablas a los hombres.
Por orden de Zeus, ninguna mentira hay aquí

ninguna sombra que oscurezca la palabra de la verdad.
Zeus selló con un derecho eterno
el honor de Apolo, y todos pueden confiar
con fe inquebrantable en su palabra.

Delfos, bajo el imponente Parnaso, donde se encontraba el oráculo de Apolo, desempeña un papel importante en la mitología. Castalia era su manantial y Cefisio su río. Se tenía este lugar por «el ombligo del mundo», de ahí que muchos peregrinos llegaran hasta él, tanto desde el extranjero como desde la propia Grecia; no había lugar sagrado que pudiera rivalizar con Delfos. Las respuestas a las preguntas que formulaban quienes buscaban con ansia la verdad se transmitían por una sacerdotisa que entraba en trance antes de hablar. Este trance, se creía, era debido al vapor que surgía de una profunda hendidura en la roca sobre la que se encontraba su asiento, un taburete de tres patas llamado el trípode.

A Apolo también se le conocía como Delio por Delos, la isla donde nació, y Pitio porque mató a una serpiente, Pitón, que una vez vivió en las cuevas del Parnaso. Era un monstruo espantoso y la contienda fue terrible, pero finalmente las flechas infalibles del dios le dieron la victoria. A menudo también se le da otro nombre, Licio, que tiene distintas explicaciones: dios lobo, dios de la luz y dios de Licia. En la *Ilíada* le llaman *Smintheus* , el dios ratón, aunque nadie sabe si se debe a que los protegía o a que los destruía. A menudo era el dios Sol también. Su nombre Febo significa «brillante» o «chispeante». Sin embargo, para ser exactos, el dios del sol era Helio, hijo del titán Hiperión.

En Delfos, Apolo era una fuerza puramente benéfica, un vínculo entre dioses y hombres, que los guiaba para conocer la voluntad divina, mostrándoles cómo estar en paz con las divini-

dades. Era también el purificador, capaz de limpiar incluso a aquellos manchados con la sangre de sus parientes. Sin embargo, hay pocos relatos sobre él que le muestren despiadado y cruel. En él, como en todos los dioses, se enfrentaban dos ideas: una primitiva y tosca, y otra bella y poética. Pero en Apolo ya solo quedaba un rastro de la idea primitiva.

El laurel era su árbol. Para él había muchas criaturas sagradas, principalmente los delfines y los cuervos.

Artemis (Diana)

Recibe también el nombre de Cintia, por su lugar de nacimiento, el monte Cintio, en Delos. Es hermana gemela de Apolo, hija de Zeus y Leto, y una de las tres diosas vírgenes del Olimpo:

La rubia Afrodita que enardece de amor a toda la creación

no doblega ni atrapa a tres corazones: el de Hestia la pudorosa joven,

Atenea de ojos de lechuza que le complacen las guerras,

Artemis a la que complacen los arcos y en los montes perseguir fieras.

Era la señora de las cosas salvajes, y cazadora jefe de los dioses, papel insólito para una mujer. Como buena cazadora, se cuidaba de poner a salvo a las crías; era «la protectora de la juventud cubierta de rocío» en todas partes. Sin embargo, en una de esas inopinadas contradicciones que tanto se dan en la mitología, impidió que la flota griega pusiera rumbo a Troya hasta que sacrificaran a una doncella en su honor. También en muchos otros relatos es fiera y vengativa. Por otro lado, cuando las mujeres morían de forma rápida y sin dolor, se decía que las habían matado sus flechas de plata.

Así como Febo era el sol, ella era la luna, y se la llamaba Febe o Selene (que significa luna en latín), pero ninguno de estos nombres era el suyo originalmente. Febe era una titánide, miembro de los dioses antiguos, como también Selene, que era una diosa lunar, de hecho, pero sin relación con Apolo. Selene era la hermana de Helios, el dios sol con el que confundían a Apolo.

Entre los poetas posteriores, a Artemis se la identifica con Hécate. Es «la diosa con tres formas»: Selene en el cielo, Artemis en la tierra, Hécate en el mundo de abajo, y en el de arriba cuando lo envuelven las tinieblas. Hécate era la diosa de la luna nueva, de esas noches negras en las que la luna se oculta. Se la relacionaba con los actos de la oscuridad, y era también la diosa de las encrucijadas, los cruces de caminos que se consideraban lugares fantasmales de magia maléfica. Una terrible divinidad,

Hécate del infierno,

capaz de despedazar aquello que se le oponga.

¡Escucha! ¡Escucha! Su jauría aullando por la ciudad.

Donde se encuentran tres caminos, allí está ella.

Es una transformación extraña: de cazadora adorable que surca los bosques, de luna que embellece todo con su luz, de la pura diosa virgen para quien

Aquel que es totalmente casto en espíritu

puede recolectar las hojas, los frutos y las flores.

Los impuros, nunca.

En ella se muestra de la forma más nítida la incertidumbre entre lo bueno y lo malo que aparentemente se halla en cada una de las divinidades. El ciprés era sagrado para ella y también todos los animales salvajes, pero especialmente el ciervo.

Afrodita (Venus)

Diosa del amor y de la belleza, que seduce y cautiva a todos, dioses y hombres, por igual; la diosa a la que le encantaba reír, que se burlaba dulcemente de aquellos a quienes sus ardides habían conquistado, la irresistible diosa que robaba incluso el talento de los sabios.

En la *Ilíada* es hija de Zeus y Dione, pero en algunos poemas posteriores se dice que surgió de la espuma del mar, y su nombre se explica como «la surgida de la espuma» (que es lo que significa *aphros* en griego). Este nacimiento marino se produjo cerca de Citera, de donde se la llevó el viento hasta Chipre. Ambas islas fueron desde entonces sagradas para ella, y la llamaban tan a menudo Citerea o Cipris (chipriota) como por su propio nombre.

Uno de los *Himnos homéricos* , que la llama «preciosa diosa dorada», dice de ella:

El aliento del viento del oeste la trajo
sobre el sonido del mar
surgiendo de la delicada espuma
hasta Chipre rodeada por las olas, su isla.
Y las horas de coronas doradas
le dan la bienvenida con júbilo.
La visten de inmortal
y la llevan ante los dioses.
El asombro se apodera de todos aquellos que ven
a Citerea coronada de violetas.

Los romanos escribieron sobre ella de la misma forma: con Afrodita llegó la belleza. Los vientos se alejan de ella y la tormenta amaina; unas flores encantadoras cubren la tierra; las olas del mar ríen… a ella la rodea una luz radiante y sin su pre-

sencia no hay alegría ni encanto. Este es el retrato que más les gusta reflejar a los poetas.

Pero también tiene otra faz. Era natural que debiera representar un papel poco destacado en la *Ilíada* , donde la batalla de los héroes es el tema principal; aquí es una criatura frágil y débil, de quien un mortal no debe temer ataque alguno. En poemas posteriores se la suele mostrar como traicionera y maliciosa, ejerciendo un poder mortal y destructivo sobre los hombres.

En la mayoría de los relatos es la esposa de Hefesto (Vulcano), el lisiado y terrible dios de la fragua.

El mirto era su árbol y la paloma su pájaro, aunque en ocasiones también lo eran el gorrión y el cisne.

HERMES (MERCURIO)

Zeus era su padre y Maya, hija de Atlas, su madre. Gracias a una estatua muy famosa, su aspecto nos resulta más familiar que el de ningún otro dios. Era grácil y rápido de movimientos y en sus pies lucía unas sandalias aladas. También tenía alas en su sombrero de ala ancha, y en su bastón de mando, el caduceo. Era el mensajero de Zeus, que «vuela a la velocidad del pensamiento para cumplir su misión».

De todos los dioses, era el más astuto e ingenioso, y de hecho era el señor de los ladrones, carrera en la que se inició antes de haber cumplido un día de vida.

A la aurora había nacido, a mediodía tocaba la cítara

y por la tarde las vacas robó de Apolo.

Zeus le obligó a devolverlas y Hermes se ganó el perdón de Apolo regalándole la lira que acababa de inventar, fabricada con un caparazón de tortuga. Quizá había alguna relación entre

esa primera historia sobre él y el hecho de que fuera el dios del comercio y del mercado, protector de los comerciantes.

En extraño contraste con esta idea, era también el solemne guía de los muertos, el heraldo divino que guiaba las almas hasta su última morada.

Aparece en los relatos mitológicos con mayor frecuencia que ningún otro dios.

Ares (Marte)

Dios de la guerra, hijo de Zeus y Hera y aborrecido por ambos, según Homero. De hecho, resulta odioso durante toda la *Ilíada* , siendo como es un poema de guerra. En ocasiones, los héroes «se regocijan en el deleite del combate de Ares», pero, con mayor frecuencia, de haber escapado a «la furia del dios despiadado». Homero le tilda de asesino, de estar manchado de sangre y de ser la maldición de los mortales personificada; pero, extrañamente, también es un cobarde, que grita de dolor y huye cuando le hieren. Aun así, tiene en el campo de batalla un séquito de ayudantes que debían inspirar confianza a cualquiera: allí está su hermana Éride, que significa «discordia», así como el hijo de esta, Conflicto. La diosa de la guerra, Enio —en latín, Belona—, camina junto a él, y la acompañan Temor, Temblor y Pánico, que a su paso van dejando una estela de gemidos y hacen surgir de la tierra ríos de sangre.

A los romanos les resultaba más simpático Marte que a los griegos Ares. Nunca fue para ellos la deidad vil y quejumbrosa de la *Ilíada* , sino un ser magnífico en su resplandeciente armadura, temible e invencible. Los guerreros del gran poema épico latino la *Eneida* , lejos de regocijarse al escapar de él, se alegran cuando ven que van a caer «en el campo del honor de Marte». «Corrían hacia la muerte gloriosa» y encontraban «dulce morir en la batalla».

Ares aparece poco en la mitología: en un relato es el amante de Afrodita y provoca el desprecio de los olímpicos hacia el marido de esta, Hefesto; pero en la mayor parte es poco más que un símbolo de la guerra, no una personalidad distinguida, como Hermes, Hera o Apolo.

Tampoco cuenta con ciudades en las que sea venerado. Los griegos decían, sin mucha certeza, que venía de Tracia, cuna de gentes rudas y fieras, en el noreste de Grecia.

Como no podía ser de otro modo, su pájaro era el buitre. El perro sufrió las malas consecuencias de ser elegido como su animal.

Hefesto (Vulcano y Mulcíber)

El dios del fuego, del que se dice en ocasiones que es hijo de Zeus y Hera, y a veces solo de Hera, que lo dio a luz como represalia porque Zeus hiciera nacer a Atenea. Entre los inmortales, perfectamente bellos, solo él era horrible, y además estaba tullido. En un pasaje de la *Ilíada* dice que su desvergonzada madre, cuando vio que había nacido deforme, lo expulsó del cielo. En otro fragmento, declara que fue Zeus quien lo hizo, furioso con él por haber intentado defender a Hera. Esta segunda historia es la más conocida, gracias a los célebres versos de Milton:

Por el airado Júpiter fue echado
por encima de las almenas de cristal:
rodó de la mañana al mediodía,
y luego hasta el rociado anochecer,
un día de verano, y, al ponerse el sol,
se desprendió del cénit, como
una estrella fugaz, cayendo sobre
Lemnos, la isla del Egeo.

No obstante, se suponía que estos hechos habían tenido lugar en un pasado muy lejano. Para Homero, no corre peligro de ser expulsado del Olimpo; allí es sumamente respetado y honrado como trabajador de los inmortales, su armero y su herrero, fabricante tanto de sus moradas y muebles como de sus armas. En su taller tiene unas criadas, a las que ha forjado de oro, que pueden moverse y ayudarle en su trabajo.

Entre los últimos poetas se dice a menudo de su fragua que está debajo de algún volcán —a veces uno y otras veces otro—, y que es quien provoca las erupciones.

Su esposa es una de las Tres Gracias en la *Ilíada* , y se llama Áglaye; en la *Odisea* es Afrodita.

Hefesto era un dios amable y pacífico, querido en la tierra y en el cielo. Junto con Atenea, resultaba importante para la vida de la ciudad. Los dos eran patrones de los artesanos y de las artes, que junto con la agricultura son el soporte de la civilización; él protegía a los herreros y ella a los tejedores. Cuando los niños eran admitidos formalmente en la organización de la ciudad, el dios de la ceremonia era Hefesto.

Hestia (Vesta)

Era hermana de Zeus y, al igual que Atenea y Artemis, una diosa virgen. No tenía una personalidad destacada ni representaba papel alguno en los mitos. Era la diosa del hogar, el símbolo de la casa, a la que debían presentarse los niños recién nacidos antes de ser recibidos en la familia. Cada comida empezaba y terminaba con una ofrenda a ella.

Hestia, en todas las moradas de hombres e inmortales
eres la invitada de honor y la ofrenda de dulce vino
al empezar y acabar la fiesta se te escancia.
Nunca sin ti podrán dioses ni mortales celebrar un banquete.

Cada ciudad tenía también un hogar consagrado a Hestia, donde nunca permitían que el fuego se apagara. Si iba a fundarse una colonia, los colonos llevaban con ellos carbón del hogar de la ciudad madre, y con él encendían el fuego del hogar de la nueva ciudad.

En Roma, su fuego lo custodiaban seis sacerdotisas vírgenes, las llamadas Vestales.

LOS DIOSES MENORES DEL OLIMPO

Había otras divinidades en el cielo además de los doce grandes del Olimpo. El más importante de ellos era el dios del amor, Eros (Cupido en latín). Homero lo pasa por alto, pero para Hesíodo es

El más bello de entre los dioses inmortales.

En casi todos los primeros relatos, aparece como un joven hermoso y serio que otorga buenos dones a los hombres. Esta idea que los griegos tenían de él está perfectamente recogida no por un poeta, sino por un filósofo, Platón:

> Ha establecido su morada en los caracteres de los dioses y de los hombres y, por otra parte, no lo hace en todas las almas indiscriminadamente, sino que si se tropieza con una que tiene el temperamento duro, se marcha, mientras que si lo tiene suave, se queda. Ni comete injusticia contra dios u hombre alguno ni es objeto de injusticia por parte de ningún hombre o dios. Pues ni padece de violencia, si padece de algo, ya que la violencia no toca a Eros, ni cuando hace algo, lo hace con violencia, puesto que todo el mundo sirve de buena gana a Eros en todo.

En sus primeras apariciones, Eros no era el hijo de Afrodita, sino simplemente la acompañaba de vez en cuando. En los poetas posteriores era su hijo y casi invariablemente un niño malicioso y travieso, o algo peor.

Malvado su corazón, pero dulce como la miel su lengua.

No hay verdad en él, el granuja. Cruel es su juego

y pequeñas sus manos, y aun así sus flechas

alcanzan hasta la muerte.

Minúsculo su astil, pero lleva a las alturas celestiales.

No toquen sus obsequios traicioneros, bañados en fuego.

Se le representa a menudo con los ojos vendados, porque el amor es con frecuencia ciego. Asistiéndole se encontraba Anteros, del que se dice en ocasiones que es el vengador del amor desairado y en otras que se opone al amor, y le acompañan también Hímeros o Deseo (Potos), e Himeneo, el dios de las ceremonias matrimoniales.

Hebe era la diosa de la juventud, hija de Zeus y Hera. En ocasiones aparece con una copa, como la que escancia las bebidas a los dioses y a veces este trabajo lo realiza Ganímedes, un bello y joven príncipe troyano que fue secuestrado y llevado al Olimpo por el águila de Zeus. No hay relatos sobre Hebe excepto el de su matrimonio con Hércules.

Iris era la diosa del arcoíris y la mensajera de los dioses, la única que aparece en la *Ilíada*. A Hermes se le ve primero con esta función en la *Odisea* , pero no ocupa el lugar de Iris: tanto el uno como la otra son requeridos por los dioses.

Había también en el Olimpo dos grupos de hermanas encantadoras, las Musas y las Gracias.

Las Gracias eran tres: Áglaye (esplendor), Eufrósine (júbilo) y Talía (vítores). Eran las hijas de Zeus y Eurínome, una de las hijas del titán Océano. Excepto en un relato en el que Homero y Hesíodo cuentan que Áglaye se casó con Hefesto, no se las trata como personalidades separadas, sino siempre juntas, una triple encarnación de la gracia y la belleza. Los dioses se deleitaban con ellas cuando bailaban deliciosamente al compás de la lira de Apolo, y el hombre al que visitaban era feliz. Hacían «florecer la vida»: junto a sus compañeras, las Musas, eran las «reinas del canto», y sin ellas no podía disfrutarse de ningún banquete.

Las Musas eran nueve en número, hijas de Zeus y Mnemósine (Memoria). Al principio, como las Gracias, no se distinguían

las unas de las otras. «Son todas —dice Hesíodo— una sola mente, su corazón solo aspira al canto y su espíritu está libre de cuidado. Es feliz aquel a quien las Musas aman. Por ello a pesar de que un hombre sufra pena y dolor en su alma, cuando el sirviente de las Musas canta, al momento olvida sus negros pensamientos y no recuerda sus problemas. Tal es el sagrado obsequio de las Musas a los hombres.»

Pasado el tiempo, cada una tuvo su propio campo especial. Clío era la musa de la historia, Urania de la astronomía, Melpómene de la tragedia, Talía de la comedia, Terpsícore de la danza, Calíope de la poesía épica, Erato de la poesía amorosa, Polimnia de los cantos a los dioses y Euterpe de la poesía lírica.

Hesíodo vivía cerca de Helicón, una de las montañas de las Musas; las otras eran Piero —en Pieria, donde nacieron—, Parnaso y, por supuesto, Olimpo. Un día, se le aparecieron las nueve y le dijeron: «Sabemos cómo decir falsedades que parezcan verdad, pero también, cuando queremos, podemos pronunciar cosas verdaderas». Eran compañeras de Apolo, el dios de la verdad, así como de las gracias. Píndaro afirma que la lira es tanto de ellas como de Apolo: «La lira dorada a la que el paso, el paso del danzante atiende, poseída al tiempo por Apolo y por las Musas engalanadas de violetas». El hombre al que inspirasen se convertía en más sagrado que cualquier sacerdote.

A medida que la idea de Zeus se hacía cada vez más noble, dos formas augustas se sentaban junto a él en el Olimpo: Temis, que significa lo justo o justicia divina, y Diké, que es la justicia humana. Pero nunca se convierten en personajes reales. Lo mismo se puede decir de dos emociones personificadas que Homero y Hesíodo consideran como los sentimientos más nobles: Némesis, normalmente traducido como la cólera justificada, y Aidos, un palabra difícil de traducir, pero de uso común

entre los griegos: significa la reverencia y la vergüenza que impide a los hombres cometer malas acciones, pero también se refiere al sentimiento que un hombre próspero debe tener en presencia de los desafortunados; no compasión, sino una sensación de que la diferencia entre él y aquellos pobres desgraciados no es merecida.

No parece, sin embargo, que ni Némesis ni Aidos tuvieran su hogar con los dioses. Hesíodo dice que si finalmente todos los hombres se vuelven completamente malvados, Némesis y Aidos se cubrirán sus hermosos rostros con un velo, dejarán el ancho mundo y partirán hacia la compañía de los inmortales.

De vez en cuando unos pocos mortales eran trasladados al Olimpo pero, una vez que llegaban al cielo, desaparecían de la literatura. Contaremos después sus relatos.

LOS DIOSES DE LAS AGUAS

Poseidón (Neptuno) era el señor y gobernante del mar (el Mediterráneo) y del mar amigo (el Euxino, al que ahora llamamos Mar Negro). Así mismo, los ríos subterráneos también eran suyos.

Océano, uno de los titanes, era el señor del río que llevaba su nombre, un enorme caudal que rodeaba la tierra. Su esposa, también titánide, era Tetis; las Oceánides, las ninfas de este gran río, eran sus hijas, y sus hijos todos los dioses de los ríos de la tierra.

Ponto, que significa mar profundo, era hijo de la madre tierra y padre de Nereo, un dios marino bastante más importante que él, como se verá a continuación.

A Nereo se le llamaba «el anciano del mar» (del Mediterráneo), y Hesíodo lo describe como «un dios bueno y amable, que alberga únicamente pensamientos amables y justos y que nunca miente». Su esposa era Dóride, una de las hijas de Océano. Ne-

reo y Dóride tuvieron cincuenta hijas encantadoras, las ninfas marinas, a las que se llamaba Nereidas por el nombre de su padre; una de ellas, Tetis, fue la madre de Aquiles; otra, Anfítrite, se casó con Poseidón y fueron padres de Tritón, el trompeta del mar, que tocaba ese instrumento hecho con una gran concha.

Proteo, de quien se dice en ocasiones que era hijo de Poseidón y otras veces que era su ayudante, tenía el poder de predecir el futuro y de cambiar de forma a su antojo.

Las Náyades eran también ninfas acuáticas. Moraban en arroyos, manantiales y fuentes.

Leucótea y su hijo Palemón, que al principio habían sido mortales, se convirtieron en divinidades del mar, lo mismo que le sucedió a Glauco; sin embargo, ninguno de los tres alcanzó gran importancia.

El inframundo

El reino de los muertos estaba gobernado por uno de los doce grandes del Olimpo, Hades (Plutón), y por su reina, Perséfone (Proserpina), y a menudo se le llama por el nombre de su dios, Hades. Se encuentra, dice la *Ilíada* , debajo de los lugares secretos de la tierra. En la *Odisea* , el camino hacia él discurre sobre el límite del mundo a través de Océano. Entre los poetas posteriores, se citan varias entradas desde la tierra a través de cavernas y cerca de lagos profundos.

Tártaro y Érebo son en ocasiones dos divisiones del inframundo: Tártaro el más profundo de los dos, la prisión de los hijos de la tierra; Érebo, el lugar al que llegan los muertos nada más morir. Sin embargo, a menudo no hay distinción entre los dos, y se usan ambos, especialmente Tártaro, como nombre para el conjunto de la región más baja.

Para Homero el inframundo es difuso, un lugar tenebroso habitado por sombras, donde nada es real. La existencia de los

espíritus, si es que a eso se le puede llamar «existencia», es como una triste pesadilla. Los poetas posteriores empiezan luego gradualmente a definir el mundo de los muertos como el lugar donde los malvados reciben un castigo y los buenos una recompensa. Esta idea la desarrolla el poeta romano Virgilio con mayor detalle que en ninguno de sus homólogos griegos: habla de los tormentos de unos y las alegrías de otros con todo lujo de detalles. Virgilio es también el único poeta que facilita claramente la geografía del inframundo. El camino a él conduce al lugar donde Aqueronte, el río de la desgracia, desemboca en el Cócito, el río de las lamentaciones. Un anciano barquero llamado Caronte transporta las almas de los muertos hasta la otra orilla, donde se encuentra el puente adamantino que lleva a Tártaro (a Virgilio le gusta más llamarlo así). Caronte solo deja subir a su barca las almas de aquellos sobre cuyos labios se haya colocado el dinero del pasaje al morir y que hayan sido debidamente enterrados.

En guardia ante el puente se sienta Cerbero, el perro de tres cabezas y cola de dragón, que deja entrar a todos los espíritus, pero no permite que nadie regrese. A su llegada, todas las almas deben presentarse ante tres jueces: Radamantis, Minos y Éaco, que las condenaban y enviaban a los malvados al tormento eterno y a los buenos a un lugar de bendición llamado los Campos Elíseos.

Otros tres ríos, además de Aqueronte y Cócito, separaban el inframundo del mundo superior: Flegetonte, el río de fuego; Éstige, el río del juramento inquebrantable por el que los dioses juran, y Leteo, el río del olvido.

En algún lugar de esta vasta región se encuentra el palacio de Plutón, pero, aparte de contar que dispone de innumerables puentes y que está abarrotado de incontables invitados, ningún

autor lo describe. A su alrededor se encuentran grandes inmensidades, lánguidas y frías, y los campos de asfódelos, que debían de ser unas flores extrañas, pálidas y fantasmales. No sabemos nada más de él. Los poetas fueron muy propensos a perder su tiempo en esa morada oculta en la oscuridad.

A las Erinias (Furias) Virgilio las sitúa en el inframundo, donde castigan a los malvados, pero los poetas griegos se las imaginaban casi siempre persiguiendo a los pecadores de la tierra. Eran inflexibles, pero justas. Heráclito dijo: «Jamás el sol se aparta de su órbita pero las Erinias, las ministras de justicia, cumplen su deber aun más que él». En prácticamente todas las representaciones aparecen tres: Tisífone, Megera y Alecto.

Sueño y su hermano Muerte moraban en este mundo inferior, y también estaban allí los sueños, que desde el inframundo subían hasta los hombres atravesando dos puentes: uno de carey, por el que pasaban los sueños verdaderos, y otro de marfil para los sueños falsos.

Los dioses menores de la tierra

A la Tierra misma se la llamaba «la madre de todo», pero realmente no era una divinidad: nunca se separó de la propia tierra ni fue personificada. La diosa del trigo, Deméter (Ceres), una de las hijas de Crono y Rea, y el dios del vino, Dionisio, también llamado Baco, eran las deidades terrestres más importantes, centrales en la mitología griega y en la romana; sus historias se recogen en el siguiente capítulo. Las otras divinidades que vivían en el mundo eran, en comparación, menos importantes.

Pan, hijo de Hermes, era el jefe: un dios ruidoso y alegre, según dice el himno homérico, y también parte animal, con cuernos de cabra y pezuñas en lugar de pies. Era el dios de los cabreros y de los pastores, y también el alegre compañero de las

ninfas de los bosques cuando bailaban. Todos los lugares salvajes eran su hogar —matorrales, bosques y montañas—, pero el que más le gustaba era Arcadia, donde nació. Era un músico maravilloso: con su flauta tocaba melodías tan dulces como el cantar del ruiseñor. Enamorado siempre de una u otra ninfa, todas le rechazaban a causa de su fealdad.

Se cree que los sonidos que los viajeros miedosos oían por la noche en los montes los emitía él, y de ahí se deduce con facilidad de dónde viene el llamar al miedo «pánico».

De Sileno se decía en ocasiones que era hijo de Pan, y a veces que era su hermano, otro de los hijos de Hermes. Era un anciano gordo y jovial que generalmente montaba un asno porque estaba demasiado borracho para caminar. Se le asocia con Baco al igual que con Pan. Fue el maestro del dios del vino cuando era joven y, como demuestra por su perpetua embriaguez, después de tutor se convirtió en fiel seguidor.

Además de estos dioses de la tierra, hay que destacar a la famosa y muy querida pareja de gemelos, Cástor y Pólux, de quienes casi todos los relatos dicen que vivían la mitad del tiempo en la tierra y la mitad en el cielo. Eran los hijos de Leda, y se les representa normalmente como dioses, protegiendo en especial a los marineros:

Salvadores de los raudos barcos
cuando arrecia el viento de tormenta
sobre el mar implacable.

También eran guerreros buenos y poderosos. Adorados especialmente en Roma, se les veneraba como «los grandes hermanos gemelos a quienes todos los dorios rezan».

Pero los relatos que nos han llegado sobre ellos son contradictorios. En ocasiones, se sostiene que solo Pólux es divino, y

Cástor, un mortal que ganó algo así como una medio inmortalidad simplemente gracias al amor de su hermano.

Leda era la esposa del rey Tindáreo de Esparta, y la historia más repetida es que a él le dio dos hijos mortales, Cástor y Clitemnestra (la esposa de Agamenón); y a Zeus, que la visitaba en forma de cisne, otros dos que eran inmortales, Pólux y Helena, la heroína de Troya. Sin embargo, a ambos hermanos, Cástor y Pólux, se les llamaba con frecuencia «hijos de Zeus» —de hecho el nombre griego por el que son más conocidos, los Dioscuros, significa «los hijos de Zeus»— y, por otro lado, se les llama también los Tindárides, es decir «hijos de Tindáreo».

Siempre se les representa en la época inmediatamente anterior a la guerra de Troya, en la misma época que a Teseo, Jasón y Atalanta. Tomaron parte en la caza del jabalí de Calidón; fueron a la búsqueda del Vellocino de Oro y rescataron a Helena cuando se la llevó Teseo. Pero en todas las historias tienen un papel poco destacado, excepto en la narración de la muerte de Cástor, cuando Pólux mostró su devoción fraternal.

Los dos habían ido, no se nos dice por qué, a las tierras de Idas y Linceo, que poseían ganado. Allí, según relata Píndaro, Idas, enfadado por alguna cuestión relacionada con sus bueyes, apuñaló y dio muerte a Cástor. Otros escritores dicen que la causa de la disputa fueron las dos hijas del rey del país, Leucipo. Pólux apuñaló entonces a Linceo, y Zeus alcanzó a Idas con su rayo. Pero Cástor estaba ya muerto y Pólux era inconsolable. Suplicó morir también, y Zeus, compasivo, le permitió compartir su vida con su hermano para vivir.

La mitad de tu tiempo bajo la tierra y la mitad
en los hogares dorados del cielo.

Según esta versión, nunca más volvieron a separarse. Un día moraban en el Hades y al siguiente en el Olimpo, siempre jun-

tos.

El escritor griego tardío Lucio da otra versión, en la que los lugares donde moran son el cielo y la tierra; y, cuando Pólux va a uno, Cástor se dirige al otro, así que nunca están juntos. En una pequeña sátira escrita por Lucio, Apolo pregunta a Hermes:

—Y, digo yo, ¿por qué nunca veo a Cástor y Pólux al mismo tiempo?

—Bueno —replica Hermes—, como se quieren tanto, cuando el destino dispuso que uno de ellos debía morir y que solo el otro podría ser inmortal, decidieron compartir la inmortalidad.

—Eso no es muy sabio, Hermes. ¿A qué empleo adecuado pueden comprometerse de esa forma? Yo predigo el futuro, Esculapio cura los males, tú eres un buen mensajero… pero estos dos, ¿van a pasarse las horas mano sobre mano?

—Seguramente no. Están al servicio de Poseidón. Se ocupan de salvar los barcos que estén en peligro.

—Ah, eso ya es hablar con cabeza. Estoy encantado con que tengan tan buena misión.

Se dice que dos estrellas son suyas: Géminis, los gemelos.

Se les representa siempre montando espléndidos caballos blancos como la nieve, pero Homero puntualiza que a Cástor se le daba mejor el manejo de los caballos que a Pólux:

Cástor, domador de caballos, Pólux, valioso púgil.

Los Silenos eran criaturas parte hombre y parte caballo. Caminaban sobre dos patas, no cuatro, pero con frecuencia tenían de caballo unas pezuñas en lugar de pies, las orejas y algunas veces la cola. No hay relatos sobre ellos, pero se los ve a menudo en las vasijas griegas.

Los Sátiros, como Pan, eran hombres cabra y, como él, tenían su hogar en los lugares salvajes de la tierra.

En contraste con estos dioses feos e inhumanos, las diosas de los bosques adoptaban siempre la forma de doncellas encantadoras: las Oréades eran las ninfas de las montañas; y las Dríades (o Hamadríades, como también se las llamaba) eran ninfas de los árboles, y su vida se encontraba vinculada a la del árbol en el que moraban.

Éolo, el rey de los vientos, era también un dios terrestre: tenía su hogar en la isla de Eolia. Hablando con propiedad, Éolo era solo regente de los vientos, un virrey de los dioses. Los cuatro vientos principales eran Bóreas, el viento del norte, en latín Aquilón; Céfiro, el viento del oeste, que tenía un segundo nombre latino, Favonio; Noto, el viento del sur, que recibía en latín el nombre de Austro; y el viento del este, Euro, que se llamaba así en los dos idiomas.

Luego había algunos seres, ni humanos ni divinos, que tenían su hogar en la tierra. Entre ellos destacan los siguientes.

Los Centauros eran mitad hombre, mitad caballo, y casi todos eran criaturas salvajes, que se comportaban más como bestias que como hombres. Había sin embargo uno, Quirón, que llegó a ser conocido universalmente por su bondad y sabiduría.

Las Gorgonas también habitaban la tierra. Estas tres criaturas —dos de ellas eran inmortales— parecían dragones con alas, y su mirada convertía a los hombres en piedra. Forcis, hijo del Mar y de la Tierra, era su padre. Las Grayas era sus hermanas: tres mujeres ancianas de cabellos grises que tenían un solo ojo para las tres y que vivían en la orilla más alejada de Océano.

Las Sirenas vivían en una isla en pleno mar. Poseían unas voces hechiceras y con sus cánticos atraían a los marineros para matarlos. No sé sabe cuál era su apariencia, ya que quien las

veía no volvía para contarlo. Unos personajes muy importantes, que sin embargo no estaban atribuidos ni al cielo ni a la tierra eran las *fatas* (que en latín significa destinos), llamadas las Moiras en griego y las Parcas en latín. De ellas cuenta Hesíodo que son las que dan al nacer a los hombres el mal y el bien. Eran tres: Cloto, la hilandera, que tejía los hilos de la vida con su rueca; Láquesis, la que establece el destino y asigna a cada hombre el suyo; y Atrópo, la despiadada, que lleva «las aborrecibles tijeras« y corta el hilo de la vida.

Los dioses romanos

Los doce grandes del Olimpo ya mencionados anteriormente se convirtieron en dioses romanos. La influencia del arte y la literatura griegos se volvió tan poderosa en Roma que las antiguas deidades se transformaron para reflejar a los correspondientes dioses griegos y acabaron por considerarse los mismos. A la mayoría de ellos, sin embargo, se les llamó por un nombre romano. Eran Júpiter (Zeus), Juno (Hera), Neptuno (Poseidón), Vesta (Hestia), Marte (Ares), Minerva (Atenea); Venus (Afrodita), Mercurio (Hermes), Diana (Artemis), Vulcano o Mulcíber (Hefesto) y Ceres (Deméter).

Dos de ellos conservaron sus nombres griegos: Apolo y Plutón; pero al último nunca se le llamaba Hades, como era habitual en Grecia. Baco, nunca Dionisio, era el nombre del dios del vino, que también tenía un nombre latino, Liber.

Adoptar los dioses griegos fue cosa fácil porque los romanos no tenían dioses personificados a los que definieran como propios. Eran un pueblo con un profundo sentido religioso, pero escaso de imaginación: nunca hubieran podido crear a los del Olimpo, cada uno con una personalidad vívida y distintiva. Sus dioses, antes de que los tomaran de los griegos, eran vagos, poco más que «aquellos que están ahí arriba». Los llamaban los

Númina, que significa las fuerzas o las voluntades; la fuerza de voluntad, quizá.

Hasta que la literatura y el arte griego no entraron en Italia, los romanos no sintieron la necesidad de dioses bellos y poéticos. Eran una gente práctica y no se paraban a pensar en «musas de trenzas violetas que inspiran cantos», ni en «el lírico Apolo creando dulces melodías con su lira plateada», ni nada por el estilo. Querían dioses útiles: un poder importante, por ejemplo, era el que guardaba la cuna. Otro, el que presidía la comida de los niños. Nunca se contó ninguna historia sobre los Númina; en general, ni siquiera podía distinguirse si eran hombres o mujeres. Pero los actos sencillos de la vida diaria estaban claramente relacionados con ellos, y de ellos obtenían su dignidad, lo que no sucedía con ninguno de los dioses griegos excepto Deméter y Dionisio.

Los más destacados y venerados entre los Númina eran los Lares y los Penates. Cada familia romana tenía un Lar, que era el espíritu de un ancestro, y varios Penates, dioses del hogar y guardianes del almacén; estos dioses pertenecían solo a esa familia, y protegían y defendían toda la casa. Nunca se les rendía culto en templos, sino solo en el hogar, donde se les ofrecía parte del alimento en cada comida. También había Lares y Penates públicos, que representaban para la ciudad lo que cada uno de los otros era para su familia.

Muchos de los Númina estaban relacionados con la vida doméstica, como por ejemplo Término, guardián de las lindes; Príapo, responsable de la fertilidad; Pales, protector del ganado; Silvano, colaborador de labradores y leñadores… y así hasta hacer una lista muy extensa. Todo cuanto era importante para la granja se encontraba bajo el cuidado de un poder benefactor, que no se concibió jamás como una forma definida. Saturno

era originariamente uno de los Númina, el protector de los sembradores y de la semilla, así como su esposa Ops era la benefactora de la cosecha. Más adelante, se decía de él que era el equivalente al rey Crono y padre de Júpiter, el Zeus romano. De esta forma, se convirtió en un personaje y se empezaron a contar varias historias sobre él. En memoria de la Edad Dorada —cuando él reinaba en Italia—, durante el invierno de cada año se celebraba un gran festival, la Saturnalia. La idea era que la Edad de Oro regresaba a la tierra durante esos días: no podía declararse ninguna guerra, esclavos y amos comían en la misma mesa, las ejecuciones se posponían, se entregaban regalos… así se mantenía viva la idea de igualdad, de un tiempo en el que todos los hombres se hallaban en un mismo nivel.

Jano era también uno de los Númina originarios, «el dios de los buenos comienzos», que aseguran finales felices; llegó a tener su propia personificación, aunque no completa. Su templo más importante en Roma estaba orientado de este a oeste, siguiendo la trayectoria del día desde que empieza hasta que acaba, y tenía dos puertas, entre las cuales se erigía su estatua con dos rostros, uno joven y otro anciano. Estas puertas se cerraban solo cuando Roma vivía en paz. En los primeros setecientos años de vida de la ciudad se cerraron tres veces: durante el reinado del «rey piadoso», Numa; después de la primera guerra púnica, cuando Cartago fue derrotado, en el año 241 a. C.; y en el reinado de Augusto, cuando dice Milton:

Ningún sonido de guerra o batalla
se oía en el mundo alrededor.

Naturalmente, su mes, enero (*Ianuarius*), es el inicio del nuevo año. Fauno, nieto de Saturno, era una especie de Pan romano, un dios rústico. También era profeta y le hablaba a los hombres a través de sueños. Los Faunos eran los Sátiros romanos.

Quirino era el nombre de Rómulo, el fundador de Roma, deificado. Los Manes eran los espíritus de los buenos muertos que estaban en el Hades. En ocasiones se les consideraba divinos y se les rendía culto. Los Lemures o Larvas, por el contrario, eran los espíritus de los muertos malvados y se les tenía gran temor.

Las Camenas empezaron siendo unas diosas útiles y prácticas que cuidaban de las fuentes y los pozos, curaban las enfermedades y predecían el futuro. Pero, cuando los dioses griegos llegaron a Roma, empezaron a identificarse con las Musas, esas deidades poco prácticas que solo se interesaban por el arte y la ciencia. Se dice de Egeria, profesora del rey Numa, que era una camena.

A Lucina se la considera en ocasiones como la equivalente romana de Ilitía, la diosa de los recién nacidos, pero más frecuentemente con este nombre se designa tanto a Juno como a Diana.

Pomona y Vertumno fueron al principio núminas, los poderes protectores de los huertos y los jardines. Pero más tarde adquirieron apariencia humana, y existe una historia que narra cómo se enamoraron la una del otro.

II

Los dos grandes dioses de la tierra

En general, los dioses inmortales eran de poca utilidad para los seres humanos, a menudo eran más bien lo contrario. Zeus, un amante peligroso para las doncellas mortales, resultaba completamente impredecible en el uso de su terrible rayo. Ares, el dios de la guerra, era casi siempre una auténtica plaga. A Hera se le olvidaba la idea de la justicia cuando estaba celosa, que era casi siempre. Atenea, también artífice de la guerra, manejaba su afilada lanza de relámpagos de manera casi tan irresponsable como Zeus. Afrodita usaba su poder principalmente para poner trampas y traicionar. Eran una compañía bella y radiante, cierto, y sus aventuras originaban magníficas historias, pero, cuando no resultaban verdaderamente dañinos; eran caprichosos y poco de fiar, y por regla general los mortales se defendían mucho mejor sin ellos.

Había dos, sin embargo, totalmente diferentes, que de hecho eran los mejores amigos de la humanidad: Deméter, en latín Ceres, la diosa del trigo, una de las hijas de Crono y Rea; y Dionisio, también llamado Baco, el dios del vino. Deméter era la mayor, lógicamente: el maíz se sembraba mucho antes que la vid. El primer trigal fue el principio de la vida sedentaria y los viñedos vinieron después. Y también era natural que se pensase en el poder divino que hacía crecer el grano como el de una diosa, no un dios. Mientras las tareas de los hombres eran cazar y combatir, el cuidado de los campos correspondía a las mujeres y, ya que estas araban y sembraban las semillas y recogían la cosecha, sentían que una divinidad femenina podría entender mejor su trabajo. También la comprendían mejor, y se le rendía culto no como a los otros dioses, con sacrificios sangrientos de los que gustaban a los hombres, sino en cada uno de los actos

humildes que fertilizan los cultivos. Gracias a ella se santificaba el campo sembrado, «el grano sagrado de Deméter», y también el que se trillaba disfrutaba de su protección: ambos eran sus templos, en los que podía presentarse en cualquier momento. «En el sagrado campo trillado, en el momento de aventar, ella misma, Deméter, la del cabello dorado como el maíz maduro, separa el grano de la paja en la confusión del viento y el montón de paja se vuelve blanco.» «Que me sea concedido —reza la segadora— junto al altar de Deméter cavar el gran aventador hacia sus pilas de trigo, mientras ella sonríe junto a él, con gavillas y amapolas en las manos.»

Su fiesta más importante, por supuesto, llegaba con el tiempo de la cosecha. Antiguamente, debía de ser simplemente un día de acción de gracias de los agricultores, cuando se sacaba del horno, se partía y se comía reverencialmente la primera rebanada hecha del nuevo grano, con plegarias de agradecimiento a la diosa de la cual había llegado ese regalo, el mejor y más necesario para la vida humana. Posteriormente, esta humilde fiesta se transformó en un culto misterioso sobre el que sabemos poco. La celebración más solemne, en septiembre, se hacía solo cada cinco años, pero duraba nueve jornadas. Eran los días más sagrados, en los que quedaban suspendidos casi todos los asuntos de la vida diaria: se celebraba una procesión y se realizaban sacrificios con bailes y cantos, entre el regocijo general. Todo esto era de conocimiento público y muchos escritores lo han relatado, pero la parte más importante de la ceremonia, la que tenía lugar en los alrededores del templo, nunca la describió nadie. Aquellos que la contemplaron estaban sometidos al voto de silencio y lo guardaron tan bien que solo conocemos fragmentos aislados de lo que allí sucedía.

El gran templo estaba en Eleusis, una pequeña ciudad cerca de Atenas, y la adoración se llamaba los Misterios Eleusinios, que en todo el mundo griego y también en el romano se celebraban con especial veneración. Cicerón, que escribió en el siglo I a. C., dice: «Nada es más alto que estos misterios. Han endulzado nuestros caracteres y han suavizado nuestros hábitos; nos han hecho pasar de la condición de salvajes a la verdadera humanidad. No solo nos han mostrado el camino para vivir con júbilo, sino que nos han enseñado a morir con la esperanza de algo mejor». Y aun siendo tan sagrados e impresionantes, mantenían la huella de sus orígenes: uno de los pocos fragmentos de información que nos han llegado es que en un momento muy solemne se mostraba a los adoradores «una espiga de trigo que había sido recogida en silencio».

De algún modo, nadie sabe exactamente cómo ni cuándo, el dios del vino, Dionisio, llegó a ocupar también un lugar en Eleusis junto a Deméter.

Junto a Deméter cuando los timbales suenan

en el trono se sienta Dionisio, el del cabello suelto.

Era lógico que debieran ser adorados conjuntamente, ya que ambos eran las divinidades de los buenos dones de la tierra, y ambos estaban presentes en esos actos diarios del hogar de los que depende la vida: la partición del pan y la bebida del vino. La cosecha también era la fiesta de Dionisio, cuando las uvas se llevaban al lagar.

El dios júbilo Dionisio, la pura estrella

que brilla entre la fruta que se recoge.

Pero no siempre era un dios de alegría, ni Deméter siempre la diosa feliz del verano: ambos conocían el dolor. También en ese sentido estaban claramente relacionados entre sí: los dos eran dioses sufridores, mientras que los demás inmortales eran

inmunes al dolor eterno: «Habitando en el Olimpo donde el viento nunca sopla y donde jamás cae una gota de lluvia ni el menor copo de nieve, son felices todos sus días, entre festines de néctar y ambrosía, deleitándose con el glorioso Apolo que toca su lira de plata, con las dulces voces de las Musas que le responden, con las Gracias que bailan con Hebe y Afrodita, y con el esplendor que los rodea». Pero Deméter y Dionisio, ambas divinidades de la tierra, conocían el dolor que parte el corazón.

¿Qué les ocurre a las espigas de trigo y a las viñas de ramas exuberantes cuando se recoge el grano, se pisa la uva y cae la negra escarcha matando el frescor y el verdor de los campos? Eso es lo que los hombres se preguntaban al relatar las primeras historias que explicaran tantos misterios, los cambios que se sucedían ante sus ojos, el día y la noche, las estaciones y las estrellas siguiendo su curso. Aunque Deméter y Dionisio fueran los dioses felices de la cosecha, claramente todo era distinto durante el invierno: se apenaban y la tierra se quedaba triste. Esos hombres de la antigüedad se preguntaron por qué ocurría así, y a modo de respuesta narraban sus historias.

DEMÉTER (CERES)

Esta historia se relata únicamente en uno de los poemas más antiguos, de los primeros Himnos homéricos*, que data del siglo VIII o principios del VII . El original tiene rasgos de la poesía griega inicial: gran simplicidad y franqueza y deleite en lo bello del mundo.*

Deméter tenía solo una hija, Perséfone (en latín, Proserpina), la doncella de la primavera. La perdió y tan terrible fue su pena que negó sus dones a la tierra, y esta se convirtió en un desierto helado; los campos verdes y fértiles quedaron cubiertos de hielo, desolados porque Perséfone había desaparecido.

El señor del oscuro inframundo, el rey de los numerosísimos muertos, se la había llevado aprovechando que Perséfone, atraída por la maravillosa flor del narciso, se había alejado de sus acompañantes. De una sima en la tierra, en su carro tirado por corceles negros como el carbón, surgió él, agarró a la doncella de la muñeca, la sentó a su lado y se la llevó al inframundo mientras ella lloraba. Las altas colinas se hicieron eco de su llanto, que se oyó en las profundidades del mar y llegó hasta su madre. Deméter voló como un pájaro sobre la tierra y las aguas buscando a su hija, pero nadie le decía la verdad, «ni de los dioses, ni de los mortales hombres; ni de las aves rapaces le llegó ninguna cual veraz mensajero». Nueve días vagó Deméter, y durante todo ese tiempo no probó la ambrosía ni se llevó dulce néctar a los labios. Por fin, llegó hasta el sol y él le contó todo: Perséfone estaba en el mundo subterráneo, entre las tinieblas de los muertos.

Entonces, una pena aún mayor se apoderó del corazón de Deméter, que abandonó el Olimpo y empezó a habitar en la tierra, pero tan disfrazada que nadie la reconoció; de hecho, no es fácil distinguir a los dioses de los mortales. En su desolado vagar, llegó a Eleusis y se sentó al borde del camino, cerca de un muro. Parecía una anciana, como las que en las casas grandes cuidan de los niños o vigilan las despensas. Cuatro encantadoras doncellas, hermanas, llegaron para sacar agua del pozo, la vieron y le preguntaron compasivas qué hacía allí. Ella contestó que se había escapado de unos piratas que habían intentado venderla como esclava y que no conocía en aquella tierra extraña a nadie a quien acudir en busca de ayuda. Las jóvenes le dijeron entonces que sería bien recibida en cualquier casa de la ciudad, pero que les gustaría llevarla a la suya si podía esperar mientras iban a consultárselo a su madre. La diosa inclinó la cabeza, asintiendo, y las muchachas, una vez llenos de agua sus

resplandecientes cántaros, corrieron a casa. Su madre, Metanira, les ordenó que volvieran de inmediato e invitaran a la desconocida; al volver corriendo, las chicas encontraron a la gloriosa deidad allí sentada, totalmente cubierta hasta sus delgados pies con la túnica negra. Ella las siguió y al cruzar el umbral y llegar a la sala, donde la madre se encontraba sentada con su hijo menor, un resplandor divino llenó la entrada y el asombro invadió a Metanira.

La mujer rogó a Deméter que se sentara y le ofreció vino endulzado con miel, pero la diosa lo rechazó. Pidió en cambio agua de cebada con menta, que es la bebida con la que se refrescan los segadores en el tiempo de cosecha, un agua sagrada que se entrega a los adoradores de Eleusis. Tras tomar el refresco, Deméter cogió al niño en sus brazos, lo estrechó contra su dulce pecho y el corazón de la madre se alegró. Así que Deméter cuidó de Demofonte, el hijo que Metanira había tenido del sabio Céleo. Y el niño creció como un joven dios, ya que Deméter lo ungía con ambrosía y por la noche lo colocaba sobre las brasas del fuego, con el propósito de proporcionarle la juventud eterna.

Sin embargo, la madre tenía un mal presentimiento, así que una noche se quedó vigilando y gritó aterrorizada cuando vio a su hijo yaciendo sobre el fuego. La diosa se enfureció, cogió al niño y lo arrojó al suelo. Había tratado de librarlo de la vejez y la muerte, pero en vano. Sin embargo, como se había sentado en sus rodillas y dormido en sus brazos, sería honrado por los demás durante toda su vida.

Entonces, Deméter se manifestó como diosa: se mostró con toda su belleza y empezó a exhalar su fragancia; a su alrededor la luz brilló de tal forma que toda la gran casa resplandecía. Era Deméter, le dijo a la atemorizada mujer, y si querían volver a

ganarse el favor de su corazón debían construirle un gran templo en las cercanías de la ciudad.

Diciendo esto se marchó, y Metanira cayó al suelo, sin habla y temblando de miedo. Al amanecer, le contó a Céleo lo que había ocurrido y él reunió al pueblo y reveló a todos la orden de la diosa. Los hombres trabajaron diligentemente para construirle el templo y, cuando estuvo terminado, Deméter volvió y se sentó en él, lejos de los dioses del Olimpo, sola, consumida por la añoranza de su hija.

Aquel fue el año más terrible y cruel para la humanidad; nada creció, ninguna semilla brotó. En vano tiraban los bueyes del arado entre los surcos; parecía que toda la raza humana iba a morir de hambre. Finalmente, Zeus se dio cuenta de que debía intervenir y envió a los dioses a Deméter, uno tras otro, intentando apaciguar su ira, pero ella no prestó atención a nadie: no permitiría que la tierra volviera a dar frutos hasta que no viera a su hija. Zeus se dio cuenta entonces de que era su hermano quien debía ceder, y pidió a Hermes que bajara al inframundo y le ordenara a su señor que dejase a la novia volver con Deméter.

Hermes se los encontró a los dos sentados juntos, Perséfone intentando separarse de él, disgustada porque echaba de menos a su madre. Al oír las palabras de Hermes, la joven se levantó de un salto, deseosa de marcharse. Su marido entendió que debía obedecer el mandato de Zeus y separarse de ella, enviándola a la tierra, pero antes de que se fuera le rogó que tuviera pensamientos amables sobre él y que no estuviera triste, ya que era la esposa de un inmortal, uno de los grandes. Luego, le dio a comer una semilla de granada, sabiendo en su corazón que, si lo hacía, volvería junto a él.

Preparó entonces su carro de oro y Hermes tomó las riendas, guiando los caballos negros directamente hasta donde el templo de Deméter. Esta corrió al encuentro de su hija, rápida como una ménade que baja una ladera, y Perséfone saltó a sus brazos. Pasaron todo el día hablando, contándose sus aventuras, y Deméter quedó afligida al saber lo de la semilla de granada, temiendo que no podría conservar a su hija a su lado.

Zeus le envió entonces un mensajero más, otro gran personaje, ni más ni menos que su reverenciada madre Rea, la más anciana de las deidades. Veloz, Rea descendió desde las alturas del Olimpo a la tierra estéril y yerma, y a las puertas del templo habló a Deméter:

Ven aquí; hija, te llama Zeus de grave tronar, el clarividente

para que vuelvas al palacio de los dioses, y promete que se te darán

los honores que desees entre los inmortales dioses;

y accede a que tu hija, en el curso del año,

pase la tercera parte bajo la brumosa oscuridad,

y las otras dos junto a ti y los demás inmortales.

Paz ahora. Aprisa haz crecer el fruto que la vida da a los hombres.

Deméter no se negó, a pesar del pobre consuelo que suponía perder a Perséfone durante cuatro meses al año y ver su joven belleza descender al mundo de los muertos. Pero ella era amable, la «buena diosa», como la llamaban siempre los hombres, y estaba arrepentida de la desolación que había ocasionado. Así que de nuevo enriqueció los campos con frutos abundantes y el mundo entero se llenó del brillo de las flores y las hojas verdes. También se dirigió a los príncipes de Eleusis que habían construido su templo y eligió a uno, Triptólemo, como su embaja-

dor ante los hombres, instruyéndoles en cómo sembrar el grano. Enseñó a este y a Céleo y a los demás sus ritos sagrados, «misterios que ningún hombre debe pronunciar en voz alta, puesto que un profundo temor frena su lengua. Bendito aquel que los ha visto: su destino será bueno en el mundo venidero».

Más ea, las que mandáis en el pueblo de Eleusis rica en incienso

en Paros batida por el mar y en Atrón rocosa:

Augusta, ufana de tus dones, que traes las estaciones, Deo soberana.

Tú y la muchacha, la hermosísima Perséfone,

benévolas a cambio de mi canto riqueza que el ánimo agrade concederme.

Que yo de ti me acordaré, y de otro canto.

En las historias de ambas diosas, Deméter y Perséfone, la idea de la aflicción era lo más destacado. Deméter, diosa de la abundancia de la cosecha, era sobre todo una divina madre afligida que ve a su hija morir cada año. Perséfone era la doncella radiante de la primavera y el verano, y le bastaba con pisar ligera las colinas secas y pardas para convertirlas en frescas y floridas, como escribe Safo:

Oí la pisada del brote de la flor...

Esa era la pisada de Perséfone. Pero nunca olvidaba lo breve que era esa belleza: frutos, flores, hojas…, todo lo bueno que crecía de la tierra debía terminar con la llegada del frío, y pasaría como ella misma a manos de la muerte. Después, el señor de las tinieblas se la llevaría y ya no sería la alegre y joven criatura que jugaba entre las flores de la pradera, ajena a toda preocupación o inquietud. Es cierto que renacía de entre los muertos cada primavera, pero llevaba con ella el recuerdo del lugar del

que venía; a pesar de su resplandeciente belleza, había algo extraño e imponente en ella. Con frecuencia la llamaban «la doncella cuyo nombre no debe pronunciarse».

Los del Olimpo eran «los dioses felices», «los dioses inmortales», muy alejados de los sufridores mortales destinados a perecer. Pero, en el dolor y en la hora de su muerte, los hombres podían volverse hacia la diosa que penaba, y hacia la diosa que moría.

DIONISIO (BACO)

Este relato se cuenta de manera muy diferente a la historia de Deméter. Dionisio fue el último dios que entró en el Olimpo; Homero no le reconocía. No hay fuentes tempranas para su historia excepto unas breves alusiones en Hesíodo, en los siglos VIII *o* IX *. Un último himno homérico, quizá ya del siglo* IV *, ofrece el único relato del barco de los piratas, y el destino de Penteo es el tema de la última obra, en el siglo* V *, de Eurípides, el más moderno de los poetas griegos.*

Tebas era la ciudad de Dionisio, donde había nacido, hijo de Zeus y de la princesa tebana Sémele. Era el único dios cuyos padres no eran ambos divinos.

> *Solo en Tebas las mujeres mortales dan a luz dioses inmortales.*

Sémele fue la más desgraciada de todas las mujeres de las que Zeus se enamoró, y también en este caso la culpa fue de Hera. Zeus estaba tan locamente enamorado de ella que hubiera hecho cualquier cosa que le pidiera: se lo juró por el río Estige, juramento que ni siquiera él podía romper. Ella le dijo que lo que quería, por encima de todo, era verle en todo su esplendor como rey del cielo y señor del trueno; un deseo que Hera había puesto en el corazón de Sémele. Zeus sabía que ningún mortal podía contemplarle así y seguir viviendo, pero ya no podía hacer nada, puesto que lo había jurado por el Éstige. Ocu-

rrió tal y como Sémele había pedido y, ante esa terrible gloria de luz abrasadora, murió. Pero Zeus le arrebató el bebé que estaba a punto de nacer y se lo escondió en un costado para ocultárselo a Hera, hasta que llegó el momento del nacimiento. Entonces Hermes se lo llevó para que lo cuidaran las ninfas de Nisa, que es el más encantador valle de la tierra, aunque ningún hombre lo haya visto jamás ni sepa dónde está. Algunos dicen que las ninfas eran las Híades, a quienes Zeus colocaría después en el cielo como estrellas, esas estrellas que traen la lluvia cuando están cerca del horizonte.

Así pues, el dios del vino nació del fuego y fue educado por la lluvia, por el fuerte calor que hace madurar las uvas y por el agua que mantiene la planta viva.

Una vez que llegó a la edad adulta, Dionisio erró por lugares lejanos.

Las tierras de Lidia, ricas en oro
y las de Frigia, las planicies castigadas por el sol
de Persia, las grandes murallas de Bactriana,
el país de Media, azotado por las tormentas
y Arabia la bendita.

Por todas partes enseñó a los hombres la cultura del vino y los misterios de su adoración, y en todas le aceptaron como un dios hasta que se acercó a su propio país.

Un día, un barco pirata se acercó navegando a la costa de Grecia. En un gran cabo, en la orilla, los piratas vieron a un bello joven. Su abundante pelo negro caía sobre una capa morada que cubría sus anchos hombros. Parecía un hijo de reyes, alguien cuyos padres podrían pagar un gran rescate. Exultantes, se acercaron a la orilla y lo apresaron. Ya a bordo, buscaron fuertes sogas para apresarlo, pero para su sorpresa fueron inca-

paces de atarlo: las cuerdas se desanudaban solas, y se separaban al tocar los pies o las manos del joven. Y él se quedó allí sentado, mirándolos con una sonrisa en sus ojos oscuros.

De entre ellos, solo el timonel comprendió, y empezó a gritar que debía de ser un dios y por tanto había que liberarlo inmediatamente o un mal mortífero caería sobre ellos. Pero el capitán se burló de él, lo llamó estúpido y ordenó a la tripulación que se apresurasen a izar las velas. El viento las hinchó y los hombres se esforzaron en tensarlas, pero el barco no se movió. Entonces se sucedieron una maravilla tras otra: dulce vino corrió por la cubierta, una parra llena de racimos se extendió sobre la vela, una hiedra verde oscura se enroscó en el mástil como una guirnalda con flores y frutos deliciosos… Paralizados por el terror, los piratas ordenaron al timonel que llevara al joven a tierra. Demasiado tarde, porque mientras hablaban su prisionero se convirtió en un león, que rugía con una mirada pavorosa. Entonces, saltaron por la borda, pero instantáneamente se convertían en delfines, todos excepto el buen timonel. Con él, el dios tuvo clemencia: lo retuvo y le ordenó que tuviera coraje, ya que había encontrado el favor de alguien que era en realidad un dios: Dionisio, a quien Sémele dio a luz de su unión con Zeus.

Cuando cruzaba Tracia de camino a Grecia, el dios fue insultado por uno de los reyes del lugar, Licurgo, que se oponía frontalmente a este nuevo culto. Dionisio se retiró de su presencia e incluso, para librarse de él, se refugió en las profundidades del mar. Pero volvió más tarde, le venció y le castigó por su maldad, aunque no con dureza,

Encarcelándolo en una cueva rocosa
hasta que su primer ataque de ira enloquecida
pasó poco a poco, y llegó a conocer

al dios del que se había burlado.

Sin embargo, no todos los dioses eran tan benévolos: Zeus volvió ciego a Licurgo y este murió poco después. Nadie que traicionara a los dioses vivía una vida muy larga.

En algún momento, durante sus viajes, Dionisio se encontró con la princesa de Creta, Ariadna, cuando ella estaba completamente desolada, abandonada en la costa por el príncipe ateniense Teseo, cuya vida había salvado. Dionisio, compadecido, la rescató y al final se enamoró de ella. Cuando murió, él recuperó la corona que le había regalado y la convirtió en una estrella.

Dionisio no se quitaba de la cabeza a su madre, a la que nunca había visto: la echaba tanto de menos que finalmente se atrevió a emprender el terrible descenso al inframundo para buscarla. Una vez la hubo encontrado, desafió a la muerte para sacarla de allí, y la muerte cedió. Dionisio se la llevó, pero no a la tierra, sino hasta el Olimpo, donde los dioses consintieron en recibirla como a una de ellos; era una mortal, de hecho, pero madre de un dios y por tanto merecedora de morar entre inmortales.

El dios del vino podía ser amable y benéfico, pero también cruel, y a menudo conducía a los hombres a actos terribles o los volvía locos. Las Ménades —o Bacantes, como también se las llamaba— eran mujeres enloquecidas por el vino, que corrían por los bosques y las montañas profiriendo gritos, agitando ramas adornadas con piñas y abandonadas al éxtasis más salvaje. No había quien las detuviera: hacían pedazos a las criaturas salvajes que encontraran en su camino y devoraban los jirones de carne ensangrentada. Cantaban

Oh, qué dulce es sobre la montaña

cantar y bailar

y correr desaforada y salvaje
y, oh, qué dulce caer agotada en tierra
tras perseguir y alcanzar una cabra salvaje
ah, la alegría de la sangre y la carne cruda...

A los dioses del Olimpo les encantaban el orden y la belleza en sus sacrificios y sus templos. Pero esas locas, las Ménades, no tenían templos: para celebrar sus ritos iban a las zonas salvajes, a las montañas más agrestes y los bosques más profundos, como si mantuvieran las costumbres de los tiempos remotos, cuando los hombres no habían pensado siquiera en construir casas para sus dioses. Ellas huían de la ciudad, abarrotada y sucia, para volver a la pureza limpia de las montañas y los bosques vírgenes. Allí Dionisio les proporcionaba comida y bebida, hierbas y bayas y leche de la cabra salvaje. Sus camas se encontraban sobre la suave hierba de la pradera, bajo los árboles frondosos, donde las agujas de pino caían año tras año. Despertaban en medio de una sensación de paz y frescor celestial, se bañaban en un arroyo cristalino… Esa adoración a cielo abierto y el éxtasis de júbilo que las llevaba hasta la belleza salvaje del mundo tenía mucho de encantador, de bueno y de liberador. Y sin embargo, siempre presente también, estaba el terrible y sangriento festival.

La adoración de Dionisio se centraba en estas dos ideas tan dispares: libertad y júbilo extático, y brutalidad salvaje. El dios del vino podía otorgar cualquiera de ellas a sus adoradores, y a lo largo de toda su vida, representa tanto la bendición del hombre como su ruina. Se le atribuyen terribles desgracias, de la cual la peor es la que hizo en Tebas, la ciudad de su madre.

Dionisio llegó a esa ciudad para establecer allí su culto. Estaba acompañado, como de costumbre, de un séquito de mujeres bailando y cantando melodías jubilosas, vestidas con pieles de

cervatillo sobre sus túnicas, agitando ramas cubiertas de hiedra enroscada. Parecían locas de alegría, y cantaban:

Oh, Bacantes, venid
oh, venid.
Cantad a Dionisio
al son de los panderos de sordo retumbo
celebrando con gritos de ¡evohé!
al dios del evohé
al tiempo que la sagrada flauta de loto melodiosa
modula sus sacras tonadas
en acompañamiento para las que acuden
al monte. Al monte.
Alborozada entonces,
como la potrilla junto a su madre en el prado,
lanza sus piernas en veloz paso la bacante.

Penteo, el rey de Tebas, era hijo de la hermana de Sémele, pero no tenía ni idea de que el líder de esta banda de mujeres exaltadas que actuaban de modo tan extraño fuera su propio primo. Tampoco sabía que, cuando Sémele murió, Zeus había salvado a su hijo. La danza salvaje, el estridente cantar de júbilo y el exótico comportamiento en general de estos extraños le parecía altamente cuestionable y decidió que debía interrumpirse de inmediato. Penteo ordenó a sus guardias apresar y encarcelar a los visitantes, especialmente al líder, «cuyo rostro está enrojecido por el vino, un hechicero tramposo de Lidia». Pero, mientras decía estas palabras, oyó tras él una solemne advertencia: «El hombre al que rechazas es un nuevo dios. Es el hijo de Sémele, rescatado por Zeus. Él, junto con la divina Deméter, es el más grande sobre la tierra para los hombres». El

que así hablaba era el viejo poeta ciego Tiresias, el hombre sagrado de Tebas, que conocía como nadie la voluntad de los dioses. Pero, cuando Penteo se dio la vuelta para contestarle, vio que estaba ataviado como las mujeres salvajes: una corona de hiedra en su cabello blanco, sus viejos hombros cubiertos por una piel de cervatillo, una extraña varilla de pino en su temblorosa mano. Penteo se rio burlón al mirarle y a continuación le ordenó con desdén que se apartara de su vista. Fue así como atrajo sobre sí la maldición: no quiso oír cómo le hablaban los dioses.

Dionisio fue conducido ante Penteo por un grupo de soldados que dijeron que no había intentado huir ni resistirse, sino que había hecho todo lo posible para dejarse atrapar y llevar, hasta tal punto que los soldados se avergonzaron y dijeron que actuaban así siguiendo órdenes, no por propia voluntad. Declararon también que las doncellas a las que habían encarcelado se habían escapado a las montañas. Los grilletes no se mantuvieron cerrados y las puertas se abrieron solas: «Este hombre —dijeron— ha venido a Tebas con muchos prodigios».

Penteo estaba en ese momento ciego a todo excepto a su rabia y su desprecio: le habló duramente a Dionisio, que le contestaba con exquisita consideración, intentando al parecer llegar a su auténtico yo y abrirle los ojos para que viera que se encontraba cara a cara con la divinidad; le advirtió de que no podría mantenerle en prisión, «porque Dios me liberará».

—¿Dios? —preguntó Penteo burlón.

—Sí —contestó Dionisio—. Está aquí y ve mi sufrimiento.

—No donde mis ojos pueden verlo —dijo Penteo.

—Él está donde yo estoy —contestó Dionisio—. Si no lo ves es porque no eres puro.

Encolerizado, Penteo ordenó a los soldados que lo ataran y lo llevaran a prisión y Dionisio se fue diciendo: «El mal que me haces a mí es el mal que les haces a los dioses».

Pero la cárcel no pudo retener a Dionisio: se escapó y se presentó nuevamente ante Penteo para intentar persuadirle de que se rindiera ante la evidencia de que sus prodigios demostraban que él era divino, y que acogiera de buen grado este culto de un nuevo y gran dios. Como Penteo no hizo sino cubrirle de insultos y amenazas, Dionisio le dejó solo ante su destino, que era el más horrible que se pudiera concebir.

El rey fue a buscar a las adoradoras por las colinas a las que habían huido cuando escaparon de la prisión. Muchas de las mujeres tebanas se habían unido a ellas: la madre de Penteo y sus hermanas estaban allí, y fue en ese lugar donde Dionisio se mostró en su aspecto más terrible. Hizo a todos volverse locos: las mujeres pensaron que Penteo era una bestia salvaje, un puma, y se precipitaron a aniquilarlo, su madre la primera. Mientras caían sobre él, Penteo supo al fin que se había enfrentado a un dios y que debía pagarlo con su vida. Las mujeres le despedazaron y entonces, solo entonces, el dios hizo que recuperaran el sentido, y su madre vio lo había hecho. Contemplando su desesperación, las doncellas, todas sobrias ahora, detenidas la danza y el canto y el agitar de ramas, se dijeron entre sí:

Muchas son las formas de lo divino
y muchas cosas realizan los dioses contra lo previsto.
Lo que se esperaba quedó sin cumplir,
y a lo increíble encuentra salida la divinidad.

Las ideas sobre Dionisio en estas distintas historias parecen a simple vista contradictorias. En una es el dios-júbilo:

Él cuyos cabellos están ceñidos de oro,

rubicundo Baco,

compañero de las Ménades,

alegre arde la antorcha.

En la otra carece de corazón, es salvaje y brutal:

Él que con su risa burlona

da caza a su presa

y lo atrapa y arrastra

con sus Bacantes.

Sin embargo, lo cierto es que ambas ideas surgen, de forma simple y razonable, del hecho de que sea el dios del vino y de que este sea tan bueno como malo. Alegra y hace entrar en calor los corazones de los hombres, y también les hace emborracharse. Los griegos eran un pueblo que veía los hechos claramente: no podían cerrar los ojos al lado terrible y degradante de la bebida, atentos solo al lado delicioso. Dionisio era el dios del vino, y por tanto un poder que en ocasiones hacía a los hombres cometer crímenes temibles y atroces, como el de Penteo, crímenes a los que no había forma de quitar importancia. Pero, se decían los griegos, tales cosas ocurren realmente cuando la gente se desenfrena bebiendo. Esta verdad no les cegaba ante la otra, la de que el vino era «el alegre creador» que iluminaba el corazón de los hombres, trayendo despreocupación, diversión y alegría.

Con el vino de Dionisio

las preocupaciones que corroen el corazón

abandonan los corazones.

Viajamos a una tierra de ilusión:

los pobres se convierten en ricos, los ricos en generosos.

Todo lo conquistan las flechas que se hacen de la vid.

Y de ahí que Dionisio fuera tan diferente según las ocasiones: tiene la doble naturaleza del vino, benefactora y destructora. En su lado bueno, no es solo el dios que hace felices a los hombres. Además, su copa «da vida, y cura todo mal». Bajo su influencia el coraje se avivaba y el miedo se desvanecía, al menos en el momento. Animaba a sus adoradores, les hacía sentir que podían conseguir aquello de lo que se sentían incapaces. Toda esta feliz libertad y seguridad en sí mismos eran pasajeras, por supuesto, según iban despejándose o emborrachándose, pero mientras duraba era como estar poseído por un poder superior. De ahí que la gente sintiera hacia Dionisio lo que no sentía por ningún otro dios: lo tenían en su interior, y también a su alrededor. Gracias a él, podían convertise en él. La sensación momentánea de poder exultante que les daba el vino era solo una señal que mostraba a los hombres lo que había en su interior, cosas que ni ellos sabían: «Ellos mismos pueden convertirse en divinidades».

Esta forma de pensar se alejaba bastante de la idea anterior de que se rendía culto al dios por el simple hecho de beber, fuera lo justo para ponerse alegre, para olvidar las cuitas o para emborracharse sin más. De hecho, había seguidores de Dionisio que nunca bebían. No se sabe cuándo tuvo lugar el gran cambio, elevando al dios que liberaba a los hombres temporalmente mediante la embriaguez al dios que los hacía libres a través de la inspiración, pero tuvo como consecuencia destacada el que Dionisio fuera, para las épocas futuras, el más importante de los dioses de Grecia.

También tenían gran importancia los Misterios Eleusios, que fueron siempre principalmente de Deméter. Durante cientos de años ayudaron a los hombres, como señala Cicerón, a «vivir con alegría y morir con esperanza». Pero su influencia no duró

demasiado, quizá porque nadie estaba autorizado a transmitir sus ideas abiertamente ni a escribir sobre ellas; al final, de estos Misterios solo quedó un vago recuerdo. El caso de Dionisio es bastante distinto: lo que se hacía en su gran festival estaba abierto a todos y su influencia sigue viva hoy día. No había en Grecia nada comparable: esta festividad se celebraba en primavera, cuando de la vid comienzan a brotar las ramas, y duraba cinco jornadas, cinco días de disfrute y paz perfecta. Todos los asuntos rutinarios de la vida se detenían, nadie podía ser encarcelado, y hasta se liberaba a los prisioneros para que pudieran unirse al regocijo general. Pero el lugar donde la gente se reunía para rendir honores al dios no era un lugar salvaje con actos violentos y un festín sangriento, ni siquiera un templo cerrado con sacrificios pautados y ceremonias sacerdotales; era un teatro, y la ceremonia la representación de una obra. La poesía más grande de Grecia, y una de las principales del mundo, se escribió para Dionisio. Los poetas que escribían las obras, los actores y cantantes que tomaban parte en ellas, todos eran considerados sirvientes del dios. Las representaciones eran sagradas, y los espectadores, junto a los escritores y actores, se consideraban partícipes de un acto de culto, en el que el mismo Dionisio debía estar presente y su sacerdote tenía el asiento de honor.

Se ve, por tanto, que la idea de un dios de sagrada inspiración capaz de llenar a los hombres con su espíritu, haciéndolos capaces de escribir y actuar gloriosamente, llegó a ser bastante más importante que las anteriores impresiones sobre él. Las primeras obras trágicas, que están entre las mejores jamás escritas, y que nadie igualó hasta Shakespeare, se produjeron en el teatro de Dionisio. También se hacían comedias, pero las que destacaban con diferencia eran las tragedias, y por una buena razón.. Este extraño dios, alegre y juerguista, cruel cazador, no-

ble inspirador, era también un ser sufriente. Como Deméter, penaba, aunque en el caso de ella era por otra persona, mientras que Dionisio sufría por sí mismo. Él era la viña, que siempre es la planta que más se poda: se corta hasta la última rama y solo queda el tronco desnudo a lo largo del invierno como algo muerto, un tocón nudoso que parece incapaz de rebrotar. Como Perséfone, Dionisio moría al llegar el frío pero, a diferencia de la de ella, su muerte era terrible: quedaba hecho pedazos, en algunas historias por los Titanes, en otras por orden de Hera. Siempre resucitaba, moría y volvía a surgir de nuevo. Era su alegre resurrección lo que celebraban en su teatro, pero la idea de los actos terribles que se cometían contra él y los que los hombres realizaban bajo su influencia estaba demasiado relacionada con él como para que se olvidara. Era más que el dios sufridor: era el dios trágico, el único de su especie.

Y todavía tenía otra faceta: representaba la afirmación de que no todo termina con la muerte. Sus adoradores creían que al morir y resucitar demostraba que el alma vive eternamente aunque el cuerpo desaparezca, y esta fe formaba parte de los Misterios Eleusios. Al principio, la creencia se centraba en Perséfone, que también surgía de la muerte cada primavera. Pero, como reina del negro inframundo, conservaba incluso bajo la luz de arriba un cierto aire extraño y horrible. ¿Cómo podía soportar siempre en torno a ella el recordatorio de la muerte que representaba su resurrección, la victoria sobre la muerte? A Dionisio, por el contrario, nunca se le consideró como un poder en el reino de los muertos. Hay muchas historias sobre Perséfone en el inframundo, pero solo una sobre Dionisio, la que narra cómo rescató a su madre de allí. En su resurrección, era la encarnación del triunfo de la vida y por eso él, y no Perséfone, se convirtió en el centro de la creencia en la inmortalidad.

En torno al año 80 de nuestra era, un gran escritor griego, Plutarco, recibió la noticia, cuando se encontraba lejos de casa, de que una de sus hijas pequeñas había muerto; una niña con una naturaleza de lo más dulce, cuenta él. En una carta a su esposa escribe: «Sobre eso que has oído, corazón, de que el alma se desvanece una vez que abandona el cuerpo y no siente nada, sé que no das credibilidad a tales afirmaciones, gracias a las promesas sagradas y fieles que nos dimos en los misterios de Baco y que nosotros, miembros de esa hermandad, conocemos. Nosotros sostenemos firmemente una verdad indudable: que nuestra alma es incorruptible e inmortal. Tenemos que pensar (de los muertos) que se marchan a un lugar mejor y a una situación más feliz. Comportémonos en consecuencia, ordenando nuestras vidas de cara al exterior, mientras por dentro debemos ser más puros, más sabios, incorruptibles»

III

La creación del mundo y de la humanidad

Con la excepción de la historia del castigo de Prometeo, que contó Esquilo en el siglo V*, he tomado el material para este capítulo principalmente de Hesíodo, que vivió al menos trescientos años antes. Es la principal autoridad en los mitos sobre el inicio de todo. Tanto la crudeza de la historia de Crono como la inocencia de la de Pandora son características de él.*

En palabras de Milton:

En el principio fue el Caos, el vasto abismo inconmensurable,
monstruoso como un mar, negro, excesivo, salvaje.

Estos versos de Milton expresan con precisión lo que, para la mentalidad griega, se hallaba tras el principio mismo de todas las cosas. Mucho antes de que apareciesen los dioses, en el borroso pasado, innumerables siglos antes, solo había una confusión de caos rodeada de oscuridad continua. Finalmente, pero de una forma que nadie ha conseguido explicarse jamás, de esa nada informe nacieron dos niños. La Noche era hija del caos y también lo era Érebo, que es la profundidad insondable donde habita la muerte. En todo el universo no había nada más; todo estaba oscuro, vacío y en silencio y era infinito.

Y entonces, ocurrió una maravilla de las maravillas. De alguna manera misteriosa, de aquel horror de oscura vacuidad sin límite surgió lo mejor del mundo. Un gran dramaturgo, el poeta cómico Aristófanes, describe este suceso con unas palabras que se han citado a menudo:

La noche de negras alas
en el seno de Érebo oscuro y profundo
puso un huevo traído por el viento,
y al pasar las estaciones

surgió el amor, anhelando, brillando,

con alas de oro.

De la oscuridad muerta nació el amor y, con su nacimiento, el orden y la belleza comenzaron a desterrar la ciega confusión. El amor creó la luz y a su compañero radiante, el día.

Lo que ocurrió después fue la creación de la tierra, pero nadie ha conseguido explicar jamás cómo. Simplemente ocurrió. Tras la llegada del amor y de la luz, parecía natural que la tierra también apareciera. El poeta Hesíodo, el primer griego que intentó explicar el origen las cosas, escribió:

Gea, la bella, surgió

de ancho pecho, sede siempre firme de todas las cosas.

Y la bella Tierra dio a luz primero

al estrellado cielo, a ella semejante,

para que la protegiera por todas partes, y ser así

asiento seguro para los felices dioses.

Todas estas ideas sobre el pasado aún no hacían distinción alguna entre lugares y personas. La tierra era el terreno sólido pero también, vagamente, un personaje. El cielo era la bóveda azul en lo alto pero, de alguna forma, actuaba como lo haría un ser humano. Para la gente que contaba estas historias, todo el universo estaba vivo, con una vida similar a la de ellos. Eran personas individuales, y personificaban así todo lo que tenía rastros obvios de vida, todo lo que se movía y cambiaba. La tierra en invierno y verano, el cielo con sus estrellas móviles, el mar sin descanso, etcétera. Era solo una vaga personificación, algo vago e inmenso que con su movimiento provocaba cambios y por tanto estaba vivo.

Pero al hablar de la llegada del amor y de la luz, los primeros narradores estaban preparando el escenario para la aparición

de la humanidad y empezaron a asignar las características humanas de forma más precisa. Dieron a las fuerzas naturales distintas formas; las consideraban precursoras de los hombres y las definían bastante más claramente como individuos que a la tierra y al cielo. Las mostraban actuando en todo momento como lo harían los seres humanos: paseando, por ejemplo, comiendo, mientras que a la tierra y el cielo obviamente no; estos dos se colocaban aparte. Si estaban vivos, era de una forma exclusiva de ellos.

Las primeras criaturas que tuvieron apariencia de vida fueron los niños de la Madre Tierra y el Padre Cielo (Gea y Urano), dos monstruos. De la misma forma que nosotros creemos que la tierra estuvo habitada una vez por extrañas criaturas gigantes, también lo creían los griegos. Sin embargo, no pensaban en ellos como enormes lagartos y mamuts, sino como algo parecido a los hombres, pero inhumanos en todo caso. Tenían la pasmosa fuerza del terremoto, el huracán o el volcán. En los relatos sobre ellos no parecen realmente vivos: más bien, pertenecen a un mundo donde aún no había llegado la vida, solo unos tremendos movimientos de fuerzas irresistibles que hacían alzarse las montañas y abrirse los mares. Así creemos nosotros que se sentían los griegos porque en sus relatos, aunque las criaturas parezcan seres vivos, no recuerdan a nada de lo que vive tal como lo conocemos.

Había tres de estos seres, monstruosamente enormes y fuertes, que tenían cien manos y cincuenta cabezas cada uno. A otros tres se les dio el nombre de Cíclopes (los de los ojos-rueda), porque cada uno solo tenía un enorme ojo, tan redondo y grande como una rueda, en mitad de la frente. Los Cíclopes también eran gigantes, y se elevaban como poderosos riscos montañosos y devastadores en sus poderes. Por último llegaron

los Titanes, que eran muchos y en modo alguno inferiores a los otros en tamaño o fuerza, pero no puramente destructivos. Varios de ellos eran incluso beneficiosos; de hecho, fue un titán el que, después de que los hombres fueran creados, los salvó de la destrucción.

El que estas criaturas temibles fueran los hijos de la Madre Tierra, nacidos de sus oscuras profundidades cuando el mundo era joven, parece hasta natural; pero resulta extremadamente extraño que también fueran hijos del Cielo. Sin embargo, eso era lo que decían los griegos, y entendían que el Cielo era un padre muy dudoso: odiaba las cosas con cien manos y cincuenta cabezas, aunque fueran sus hijos y, cada vez que nacía uno, lo encerraba en un lugar secreto dentro de la tierra. A los Cíclopes y los Titanes los dejó en libertad y la Tierra, encolerizada por el maltrato hacia sus otros hijos, recurrió a ellos para que la ayudaran. Solo uno fue lo suficientemente valiente, el titán Crono, que se apostó esperando a su padre y le hirió de gravedad. Los Gigantes, la cuarta raza de monstruos, brotaron de su sangre, la misma de la que nacieron también las Erinias (las Furias), cuya misión era perseguir y castigar a los pecadores. Se las llamaba «aquellas que caminan en la oscuridad», y su aspecto era terrible; a modo de cabello, llevaban serpientes retorciéndose, y de sus ojos caían lágrimas de sangre. Los otros monstruos fueron eliminados de la tierra, pero no las Erinias: mientras hubiera pecado en el mundo, ellas no podrían ser desterradas. Desde ese momento y durante incontables siglos, Crono —a quien los romanos llamaban Saturno, como ya hemos visto— fue el señor del universo, junto con su hermana-reina Rea (Ops en latín). Finalmente, uno de sus hijos, el futuro gobernante del cielo y la tierra cuyo nombre en griego es Zeus y en latín Júpiter, se rebeló contra él. Lo hacía con buen motivo, ya que Crono había sabido que uno de sus hijos estaba destinado a ser algún día el

que le destronara y pensó en luchar contra tal destino devorándolos a todos nada más nacer. Pero, cuando Rea dio a luz a Zeus, que era su sexto hijo, consiguió sacarlo a escondidas de Creta, mientras daba a su marido una gran piedra envuelta en pañales que él supuso que era el bebé y por tanto engulló. Más adelante, cuando Zeus hubo crecido, forzó a su padre con la ayuda de su abuela la Tierra a vomitar la piedra, a la vez que a los cinco niños anteriores; la piedra se dejó en Delfos, donde una eternidad más tarde, en torno al año 180 de nuestra era, la vio un gran viajero, Pausanias de nombre: «Una piedra de no gran tamaño que los sacerdotes de Delfos ungen cada día con aceite».

A esto siguió una terrible guerra entre Crono, con la ayuda de sus hermanos titanes, y Zeus con sus cinco hermanos y hermanas, una guerra que estuvo cerca de destruir el universo.

Terrible resonó el inmenso mar;
la tierra produjo un gran estruendo;
el ancho cielo agitándose se lamentó;
el inmenso Olimpo desde su base vibró por el ímpetu de los inmortales.
Llegó a umbroso Tártaro el profundo griterío
del inmenso tumulto y de los fuertes disparos.

Los Titanes fueron vencidos, en parte porque Zeus liberó de su prisión a los monstruos de cien manos, que lucharon en su bando con sus armas invencibles: el trueno, el rayo y el terremoto. Y también, en parte, porque uno de los hijos del titán Jápeto, cuyo nombre era Prometeo y que era muy sabio, tomó parte por Zeus.

Este, por su lado, infligió un castigo terrible a los derrotados.

Encadenados con dolorosas cadenas,

tras haberlos vencido con sus manos
a pesar de que eran muy valientes,
tanto bajo tierra, cuanto lejos está el cielo de la tierra.
En efecto, si durante nueve noches y nueve días
estuviera un yunque de bronce bajando desde el cielo
al décimo llegaría a la tierra
e igualmente desde la tierra hasta el tenebroso Tártaro.

El hermano de Prometeo, Atlas, sufrió un destino aún peor; fue condenado a

Sostener en su espalda eternamente
la cruel fuerza del mundo abrumador
y la bóveda del cielo.
Sobre sus hombros el gran pilar
que mantiene separados la tierra y el cielo,
una carga difícil de soportar.

Bajo el peso de este fardo permanece por siempre ante ese lugar envuelto en nubes y oscuridad, donde la Noche y el Día se encuentran y se saludan. En la casa nunca se encuentran ambos, Noche y Día, sino siempre uno solo, que parte para visitar la tierra, mientras el otro en la casa espera la hora para que comience su viaje, uno con luz clara para los habitantes terrestres, el otro sosteniendo en sus manos el Sueño, hermano de la Muerte.

Aunque los Titanes fueron vencidos y doblegados, Zeus no salió completamente victorioso. Gea dio a luz a su último y más temible retoño, una criatura más terrible que ninguna de las precedentes: Tifón.

Un monstruo del que brotaba fuego con cien cabezas
que se levantó contra los dioses.

La muerte silbaba desde sus temibles fauces,
sus ojos resplandecían de fuego.

Pero ahora Zeus tenía el trueno y el rayo bajo su propio control: se habían convertido en sus armas, y nadie más las empleaba. Así atacó a Tifón con:

Sus armas, el trueno, el relámpago y el resplandeciente rayo,
le golpeó saltando desde el Olimpo
y quemó todas las prodigiosas cabezas del terrible monstruo.
Al caer fulminado el soberano
por Etna, donde en ocasiones ardían
ríos rojos y calientes, consumiéndose las fieras fauces
los campos arrasados de Sicilia,
bellos con frutos.
Y que es la ira de Tifón hirviendo,
sus dardos de fuego.

Todavía se produjo otro intento de destronar a Zeus: los Gigantes se rebelaron. Pero para entonces los dioses ya eran muy fuertes y recibieron también la ayuda del poderoso Hércules, hijo de Zeus. Los Gigantes fueron vencidos y arrojados al Tártaro. Y así se completó la victoria de los poderes radiantes del Cielo sobre las fuerzas brutales de la Tierra. Desde entonces, gobernó Zeus con sus hermanos y hermanas, indiscutibles señores de todo.

Todavía no había seres humanos, pero el mundo, limpio ahora de monstruos, ya estaba preparado para su llegada. Era un lugar donde la gente podía vivir cómoda y a salvo, sin temer la repentina aparición de un titán o un gigante. Se creía que la tierra era un disco redondo, separado en dos partes iguales por el Mar, como llamaban los griegos a lo que hoy llamamos el

Mediterráneo, y el Mar Negro (los griegos lo llamaron primero el Axine, que significa Mar Hostil; y después, quizá porque resultaba cada vez más familiar, el Euxino, el Mar Amigo. En ocasiones se ha dicho que le dieron este nombre positivo para tenerle mejor predispuesto): alrededor de la tierra fluía el gran río, Océano, al que nunca perturbaron vientos ni tormentas. En la orilla más alejada del Océano habitaban unas gentes misteriosas, hasta quienes casi nadie llegó nunca: allí vivían los cimerios, pero nadie sabía si al norte, al sur, al este o al oeste. Era una tierra envuelta por niebla y nubes, donde jamás se veía la luz del día, sobre la cual el sol nunca irradiaba su esplendor, ni cuando ascendía por el cielo estrellado al amanecer, ni cuando por la noche se volvía hacia la tierra desde el cielo. La oscuridad infinita se extendía sobre este triste pueblo.

Excepto los de este país, todos quienes que vivían al otro lado de Océano eran extremadamente afortunados. En el norte más remoto, tan lejos que daba la espalda al viento del norte, se encontraba una tierra dichosa donde vivían los hiperbóreos. Solo unos pocos extranjeros, grandes héroes, les habían visitado en alguna ocasión. Ni por barco, ni siquiera a pie, podía encontrarse el camino que conducía al maravilloso país de los hiperbóreos. Pero las Musas no vivían muy lejos de allí, ya que tenían un carácter similar. Por todas partes cimbreaba la danza de las doncellas y sonaban la clara llamada de la lira y las notas de las flautas. Con laurel dorado ceñían su pelo y disfrutaban, felices, de sus festines. En esa raza sagrada no había lugar para la enfermedad ni la ancianidad mortífera. Lejos, hacia el sur, estaba el país de los etíopes, de quienes solo sabemos que recibían tal trato de favor de los dioses que podían sentarse junto a ellos en sus salones durante los banquetes.

En la orilla de Océano, se hallaba también la morada de los muertos que habían recibido la bendición. En aquella tierra no había nevadas, ni largas temporadas de invierno, ni tormenta ni lluvia: por el contrario, desde el Océano el viento del oeste cantaba suave y conmovedor para refrescar las almas de los hombres. Allí se dirigían aquellos que se mantenían puros de todo lo malo cuando dejaban la tierra.

Disfrutan de una vida libre para siempre de afán.

Nunca más sus fuertes manos trabajarán la tierra o las aguas del mar

para ganarse un alimento que no sacia.

Entre los bendecidos por los dioses viven

una vida sin más lágrimas.

Y de los árboles penden flores doradas

y de las aguas también.

Para entonces todo estaba listo para la aparición de la humanidad. Incluso los lugares donde debían ir tras la muerte los buenos y los malos estaban ya preparados. Era el momento para la creación de los hombres.

Hay más de un relato de cómo ocurrió. Algunos dicen que la creación fue ordenada por los dioses a Prometeo, el titán que había tomado partido por Zeus en la guerra con los suyos, y a su hermano, Epimeteo. Prometeo, cuyo nombre significa «el previsor», era muy sabio, más incluso que los dioses; pero Epimeteo, que significa «el que piensa después de actuar», era una persona atolondrada que invariablemente seguía su primer impulso y luego cambiaba de opinión, y así fue también en este caso. Antes de crear a los hombres, les dio a los animales los mejores dones: fuerza y rapidez, coraje y astucia, piel y plumas y alas, conchas y demás… hasta que no quedó nada bueno para

los hombres, ninguna protección ni cualidad especial que los diferenciara de las bestias. Demasiado tarde, como siempre, se lamentó y pidió ayuda a su hermano. Prometeo tomó entonces el mando de la creación e ideó una forma de hacer a la humanidad superior. Moldeó a los hombres en una forma más noble que la de los animales, erguidos como los dioses, y entonces se fue al cielo, al sol, donde encendió una antorcha y les llevó el fuego, una protección bastante mejor para ellos que las pieles o las plumas, preferible a la fuerza o la rapidez.

Y ahora, aunque débil y de vida breve,
la humanidad ha encendido el fuego y a partir de ahí
aprenderá muchas artes.

Según otro relato, fueron los mismos dioses los que crearon a los hombres. Hicieron primero una raza dorada. Aunque mortales, estos vivían como dioses, sin penas en el corazón, lejos del trabajo duro y el dolor. Los campos producían abundantes frutos por sí solos. Eran ricos también en rebaños y tenían el amor por los dioses. Cuando la sepultura les cubría, se convertían en espíritus puros, beneficiosos, guardianes de sus semejantes.

En este relato de la creación, los dioses parecían inclinados a experimentar con distintos metales y, curiosamente, procedieron en sentido descendente: de lo excelente a lo bueno, luego a lo peor y así sucesivamente. Cuando hubieron probado el oro fueron a la plata. Esta segunda raza de plata resultó muy inferior a la primera. Tenían tan poca inteligencia que apenas podían evitar hacerse daño entre sí. También morían pero, a diferencia de la raza de oro, sus espíritus les sobrevivían.

La siguiente raza fue de latón. Eran hombres terribles, inmensamente fuertes, y tan amantes de la guerra y la violencia que se destruyeron entre ellos por completo. Pero esto fue para

bien, ya que les siguió una esplendida raza de héroes con apariencia de dioses que combatieron en gloriosas guerras y se embarcaron en grandes aventuras de las que los hombres han hablado y cantado después en todas las épocas. Finalmente, partieron a las islas de los benditos, donde viven en perfecta armonía por siempre.

La quinta raza es la que se encuentra ahora sobre la tierra: la raza de hierro. Viven en malos tiempos y su naturaleza también tiene gran parte de maldad, así que nunca pueden descansar del trabajo ni de las penas. Con el paso de las generaciones, se vuelven peores, y los hijos son siempre inferiores a los padres, hasta que por fin se habrán vuelto tan malvados que adorarán el poder, la fuerza será un bien para ellos, y la veneración por lo bueno dejará de existir. Finalmente, cuando llegue el día en que no haya quien sienta remordimientos ni vergüenza ante las malas acciones, Zeus les destruirá a ellos también. Y todavía entonces podrá hacerse algo: bastará con que la gente normal se levante y venza a los gobernantes que les oprimen.

Estas dos historias de la creación, la de las cinco edades y la de Prometeo y Epimeteo, tan diferentes entre sí, coinciden en un punto. Durante mucho tiempo, con seguridad al menos durante la feliz Edad de Oro, solo los hombres poblaban la tierra: no había mujeres. Zeus las creó más tarde, airado con Prometeo por preocuparse tanto de los hombres. Prometeo no solo había robado el fuego para ellos: también había dispuesto que estos obtuvieran la mejor parte de cualquier sacrificio animal, dejando para los dioses el peor. Para ello, troceó en pedazos un gran buey y escondió las mejores partes comestibles, ocultándolas entre despojos. Al lado de este montón puso otro con todos los huesos, disfrazados astutamente bajo una capa de grasa brillante, y ofreció a Zeus que eligiera. Zeus eligió la grasa

blanca y se enfadó cuando vio los huesos hábilmente ataviados. Pero había hecho su elección y tenía que asumirla. A partir de entonces, solo la grasa y los huesos se tostaban para los dioses sobre sus altares, y los hombres se guardaban la mejor carne para sí.

Pero el padre de los hombres y de los dioses no es de los que aguantan las afrentas en silencio. Así que juró vengarse, primero de la humanidad y luego del amigo de la humanidad, y creó un gran mal para los hombres, una cosa encantadora y dulce de mirar, con apariencia de tímida doncella. Todos los dioses le dieron dones, vestidos plateados y velos de encaje que daba gusto contemplar, brillantes guirnaldas de flores frescas y una corona de oro con todo el brillo de la belleza. Tantos dones le brindaron, que la llamaron Pandora, que significa «el regalo de todos». Cuando este bello desastre estuvo terminado, Zeus la sacó a la luz: al contemplarla, el asombro se apoderó de hombres y dioses. De ella, la primera mujer, vino la raza de las mujeres, que causa el mal al hombre y que es malvada por naturaleza.

Otro relato sobre Pandora dice que la fuente de todas las desgracias no fue su malvada naturaleza, sino solo su curiosidad. Los dioses le presentaron una caja en la que cada uno de ellos había puesto algo dañino, y le prohibieron que la abriera bajo ningún concepto. Luego se la enviaron a Epimeteo, que la tomó amablemente a pesar de que Prometeo le había advertido que nunca aceptara nada de Zeus. La tomó y después, cuando esa cosa peligrosa, una mujer, fue suya, él entendió cuán acertado había sido el consejo de su hermano. Porque Pandora, como todas las mujeres, estaba poseída por una viva curiosidad. *Tenía* que saber lo que había en la caja. Un día, levantó la tapa y de allí salieron volando innumerables plagas, penas y desgracias para

la humanidad. Aterrorizada, Pandora bajó la tapa, pero era demasiado tarde. Pero dentro de la caja quedaba una cosa buena: la Esperanza. Aquel único bien que guardaba el cofre entre tantos males sigue siendo hasta hoy el único consuelo de la humanidad en sus desgracias. Los mortales aprendieron así que no es posible aprovecharse de Zeus, ni siquiera engañarlo. Hasta el sabio y compasivo Prometeo se percató de ello.

Cuando Zeus hubo castigado a los hombres dándoles a la mujer, se concentró entonces en el mayor pecador de todos. El nuevo gobernante de los dioses aún tenía mucho que agradecer a Prometeo por haberle ayudado a vencer a los otros titanes, pero se le olvidó la deuda: hizo que sus siervos, la Fuerza y la Violencia, secuestraran a Prometeo y le llevaran al Cáucaso, donde lo ataron.

A un escarpado risco

con cadenas adamantinas que nadie puede romper.

Y le dijeron:

Para siempre el intolerable presente te desgastará.

Y aquel que te liberará no ha nacido.

Tal es el fruto que recoges por tu forma de favorecer a los hombres.

Siendo tú mismo un dios, no temiste la ira de Dios,

sino que diste a los mortales un honor que no merecían.

Y por tanto debes guardar esta roca triste

sin descanso, sin dormir, sin un momento de respiro.

Los gemidos serán tu discurso, las lamentaciones tus únicas palabras.

La razón para infligirle tal tortura no era solo castigar a Prometeo, sino también forzarle a revelar un secreto muy importante para el señor del Olimpo. Zeus sabía que el destino, que

hace suceder todas las cosas, había decretado que de él iba a nacer un hijo que le destronaría y expulsaría a los dioses de su morada en el cielo, pero solo Prometeo sabía quién sería la madre de este descendiente. Mientras sufría atado a la roca, Zeus le envió a su mensajero, Hermes, para invitarle a revelar su secreto. Prometeo le dijo:

Ve y persuade a las olas del mar de que no rompan.
No me convencerás a mí más fácilmente.

Hermes le advirtió de que si persistía en su obstinado silencio, sufriría castigos aún más terribles.

Un águila roja de sangre
vendrá, inesperado invitado a tu banquete.
Durante todo el día hará trizas tu cuerpo,
dándose un furioso festín de hígado ennegrecido.

Pero ni amenazas ni torturas podían doblegar a Prometeo. Su cuerpo estaba atado, pero su espíritu era libre, y rechazó someterse a la crueldad y la tiranía. Sabía que había servido bien a Zeus y que había hecho lo correcto al compadecerse de los mortales en su impotencia. Su sufrimiento era totalmente injusto, y él no cedería ante la fuerza bruta, por horrible que fuera su destino. Le dijo a Hermes:

No hay fuerza que pueda imponerse sobre mis palabras.
Así que deja que Zeus agite sus brillantes rayos
y con las blancas alas de la nieve
con el trueno y con el terremoto,
confunda al mundo que gira.
Nada de esto torcerá mi voluntad.

Y Hermes le gritó:

¡Demonios! Estos son los desvaríos que solo un loco profiere.

Y le dejó para que sufriera lo que tenía que sufrir. Sabemos que, generaciones más tarde, fue liberado, pero en ningún lugar se cuenta claramente por qué ni cómo. Hay un extraño relato que narra que el centauro Quirón estaba dispuesto a morir por él, a pesar de que era inmortal, y que se le permitió hacerlo. Mientras Hermes urgía a Prometeo a rendirse ante Zeus, le mencionó que podía hacerse así, pero de tal forma que parecía un sacrificio increíble:

No verás el fin de esta agonía
hasta que un dios sufra libremente por ti,
tome en él tu dolor, y en tu lugar
descienda adonde el sol se vuelve oscuridad:
las negras profundidades de la muerte.

Pero Quirón lo hizo y Zeus pareció aceptarlo como sustituto. Se nos dice también que Hércules mató al águila y liberó a Prometeo de sus ligaduras, y todo ello con el beneplácito de Zeus. No se sabe el porqué de este cambió de opinión ni si Prometeo reveló el secreto cuando fue liberado. Una cosa es cierta: fuera cual fuese la forma en la que se reconciliaron, no fue Prometeo el que se rindió. Su nombre ha permanecido a lo largo de los siglos, desde los tiempos griegos hasta hoy, como sinónimo de la rebeldía contra la injusticia y el abuso de poder.

Hay todavía otro relato sobre la creación de la humanidad. En la historia de las cinco edades, los hombres son descendientes de la raza de acero. En la historia de Prometeo, no es seguro si los hombres a quienes salvó de la destrucción pertenecían a esta raza o a la de bronce. El fuego habría sido tan necesario para una como para la otra. En la tercera historia, los hombres son descendientes de la raza de piedra.

Esta historia empieza con el Diluvio. Por toda la tierra los hombres se habían vuelto tan malvados que finalmente Zeus decidió destruirlos:

Mezclar tormenta y tempestad sobre toda la tierra
y acabar por completo con el hombre mortal.

Y envió la inundación. Llamó a su hermano, el dios del mar, para que lo ayudara, y entre los dos, con las lluvias torrenciales en el cielo y los ríos desbordados en la tierra, consiguieron anegar el mundo.

La fuerza del agua invadió la negra tierra.

Y llegó a cubrir hasta las cumbres de las montañas más altas. Solo el imponente Parnaso sobresalía, y ese pedazo de tierra seca de su cima más alta permitió a la humanidad escapar de la destrucción. Después de que hubiera llovido durante nueve días y nueve noches, llegó a ese lugar una especie de gran arca de madera, dentro de la cual se hallaban a salvo dos seres humanos, un hombre y una mujer. Eran Deucalión y Pirra: él, el hijo de Prometeo, y ella su sobrina, la hija de Epimeteo y de Pandora. La persona más sabia en todo el universo, Prometeo, había sido capaz de proteger a su familia. Sabía que la inundación iba a llegar, y había ofrecido a su hijo construir el arca, llenarla de provisiones y embarcarse con su esposa. Afortunadamente, Zeus no se ofendió, porque los dos eran píos, fieles adoradores de los dioses. Cuando el arca llegó a tierra y la pareja salió, sin que a su alrededor se apreciara un solo signo de vida en aquella vasta extensión de agua, Zeus se apiadó de ellos y drenó la inundación. Lentamente, como baja la marea, el mar y los ríos retrocedieron y la tierra quedó seca de nuevo. Pirra y Deucalión descendieron del Parnaso, las únicas criaturas vivas en un mundo muerto. Encontraron entonces un templo cubierto de musgo y limo, no demasiado en ruinas, y allí dieron gra-

cias por haber escapado y rezaron pidiendo ayuda en su terrible soledad.

Entonces oyeron una voz: «Cubrid vuestras cabezas con un velo y arrojad a vuestra espalda los huesos de vuestra madre». La orden les horrorizó. Pirra dijo: «No nos atrevemos a hacer tal cosa». Deucalión no podía sino estar de acuerdo, pero intentó pensar a qué se referían esas palabras y de repente vio su significado: «La tierra es la madre de todo —le dijo a su mujer —. Sus huesos son las piedras. Y estas podemos arrojarlas a nuestra espalda sin que hagamos mal alguno». Obedecieron entonces y, mientras las piedras caían, tomaban formas humanas que recibieron el de nombre de «el pueblo de Piedra», y fueron una raza dura y resistente, como se esperaba y, de hecho, como necesitaban ser, para rescatar a la tierra de la desolación en que había quedado tras el Diluvio.

IV

Los primeros héroes

PROMETEO E IO

Los materiales para este relato se han tomado de dos poetas, el griego Esquilo y el romano Ovidio, a los que separan cuatrocientos cincuenta años, y aun sus dones y temperamentos. Son las mejores fuentes para la historia. Es fácil distinguir las partes que narra cada uno: Esquilo, grave y directo, Ovidio; ligero y divertido. El toque sobre las mentiras de los amantes es característico de Ovidio, como también la breve historia sobre la siringa.

En aquellos días en que Prometeo acababa de dar el fuego a los hombres y cuando fue atado por primera vez a la roca en el Cáucaso, tuvo una extraña visita. Una despistada criatura voladora subía con torpeza por los acantilados y las rocas hasta donde él se encontraba. Parecía una ternerita, pero hablaba como una niña que se hubiera vuelto loca de pena. Al ver a Prometeo, se detuvo en seco y gritó:

Esto que veo
una figura golpeada por la tormenta
atada a una roca.
¿Hiciste algo mal?
¿Es este tu castigo?
¿Dónde estoy?
Habla a una viajera náufraga.
Ya basta —ya he sufrido bastantes penas.
Mi errar, largo errar,
sin embargo no he encontrado lugar
donde dejar mi sufrimiento.
Soy una mujer que te habla,

aunque lleve cuernos mi cabeza.

Prometeo la reconoció. Conocía su historia y la llamó por su nombre.

Te conozco, muchacha, hija de Ínaco, Io.

Hiciste arder el corazón del dios con amor

y Hera te odia. Ella es

quien te lleva a este viaje sin final.

El asombro enfrió el delirio de Io, que se quedó inmóvil, aún sorprendida. Su nombre, pronunciado por aquel desconocido en tan extraño y solitario lugar… Suplicó:

¿Quién eres tú, sufridor que dice la verdad a quien sufre?

Y él contestó:

Estás viendo a Prometeo, que dio el fuego a los mortales.

Ella cayó entonces en la cuenta de que lo conocía, a él y a su historia.

Tú, ¿el que socorrió a toda la raza de los hombres?

Tú, ese Prometeo, ¿el atrevido?, ¿el resistente?

Y entonces hablaron con confianza: él le contó lo mal que Zeus le había tratado, y ella que Zeus era la razón por la que ella, antes princesa y niña feliz, se había convertido en

Una bestia, una bestia hambrienta

que corre enloquecida con torpes saltos y brincos.

Oh, vergüenza…

La celosa esposa de Zeus, Hera, había sido la causa directa de sus desgracias, pero detrás de todas ellas estaba el propio Zeus, que se enamoró de ella y envió

Siempre a mis aposentos de doncella

visiones durante la noche

convenciéndome con amables palabras:

«Oh, feliz muchacha, feliz,
¿por qué ser doncella durante tanto tiempo?
La flecha del deseo ha alcanzado a Zeus.
Por ti él arde.
Contigo es su voluntad conquistar el amor».
Siempre, cada noche, tales sueños me poseían.

Pero Zeus no sentía tanto amor como miedo de los celos de Hera, y actuó con muy poca inteligencia para tratarse del padre de los dioses y los hombres: intentó ocultar a Io y esconderse él mismo, cubriendo la tierra con una nube tan densa y oscura que pareció que una noche repentina había borrado la claridad del día. Hera sabía perfectamente que tan extraño suceso tenía que darse por algo, e inmediatamente sospechó de su marido. Cuando no pudo encontrarlo en parte alguna en el cielo, se deslizó rápidamente hasta la tierra y ordenó que se retirara la nube. Pero Zeus también había sido rápido: cuando Hera consiguió ponerle la vista encima, él se encontraba junto a la más encantadora vaquilla (que era Io, por supuesto), y juró que no la había visto jamás hasta ese momento y que acababa de surgir, recién nacida, de la tierra. Y esto, dice Ovidio, muestra que las mentiras que cuentan los amantes no irritan a los dioses.

Sin embargo, también muestra que las mentiras no sirven de mucho, ya que Hera no se creyó ni una sola palabra. Dijo que la vaquilla era muy bonita y que quizá Zeus podría regalársela. Aunque le daba mucha pena, Zeus vio al momento que si rehusaba se revelaría todo. ¿Qué excusa podía poner? Una insignificante ternerita… Entregó a Io de mala gana y Hera se ocupó de guardarla bien lejos de él dejándola al cuidado de Argos, solución excelente para los propósitos de Hera, ya que este tenía cien ojos. Frente a tal observador, que podía dormir con solo algunos de sus ojos y mantenerse alerta con el resto, Zeus pare-

cía desarmado. Observó la pena de Io, convertida en bestia, alejada de su casa, pero no se atrevió a acudir en su auxilio. Sin embargo, terminó por pedir ayuda a su hijo Hermes. Este bajó a la tierra y, nada más poner un pie allí, se despojó de todas sus características divinas y se acercó a Argos como paisano, tocando dulcemente el caramillo. A Argos le encantó el sonido y pidió al músico que se acercara: «Podrías sentarte junto a mí en esta roca —dijo—, mira, está en la sombra, como les gusta a los pastores». Nada podía convenir más al plan de Hermes, y sin embargo no ocurrió nada. Tocó y luego habló sin parar, con el tono más pesado y monótono que pudo; algunos de los cien ojos se fueron a dormir, pero otros seguían todavía despiertos. Al final, sin embargo, hubo una historia que resultó: la del dios Pan, que amaba a una ninfa llamada Siringa; ella se le escapaba y, justo cuando él iba a darle alcance, la ninfa quedó convertida en una mata de caramillos por sus hermanas ninfas. Pan dijo: «Aun así, será mía», y con esa mata hizo

De una pastor, la flauta
de cañas unidas por cera de abejas.

Esta historieta no parecía especialmente aburrida, o no más que otras, pero a Argos sí se lo pareció: se le durmieron todos los ojos. Hermes lo mató inmediatamente, por supuesto, pero Hera tomó los ojos y los colocó en la cola de un pavo real, su pájaro favorito.

Parecía entonces que Io quedaba libre, pero no: Hera se volvió inmediatamente contra ella de nuevo. Envió un tábano para que la picara, y este la aguijoneó hasta volverla loca. Io le contó a Prometeo:

Él me persigue por todo el ancho mar.
No puede detenerme para comer ni beber.
No me deja dormir.

Prometeo intentó consolarla, pero solamente podía referirse a un futuro lejano. Por el momento, lo que la esperaba era seguir vagando por tierras temibles. Ciertamente, la parte del mar que había recorrido primero en su delirio se llamaría Ionio en su honor, y el Bósforo, que significa Vado de Vaca, conservaría el recuerdo de su paso por allí, pero no lograría el consuelo verdadero hasta que finalmente alcanzara el Nilo, donde Zeus la devolvería a su forma humana. Ella le daría un hijo llamado Épafo, y viviría por siempre feliz y honrada y

Piensa que de tu raza nacerá
alguien magnífico con el arco, atrevido,
y que él me hará libre.

El descendiente de Io sería Hércules, el más grande de los héroes, el más grande casi de los dioses, y quien daría por fin a Prometeo la libertad.

EUROPA

Esta historia, tan parecida a la idea renacentista de los clásicos (fantástica, de decoración delicada y colores brillantes), está tomada de un poema de Mosco, poeta alejandrino del siglo III *, que es con diferencia el mejor registro que hay de ello.*

Io no era la única muchacha que había cuya fama hubiera cruzado fronteras porque Zeus se enamorara de ella. Había otra, mucho más conocida aún: Europa, la hija del rey de Sidón. Pero, mientras la desdichada Io hubo de pagar cara tal distinción, Europa mereció bastante más suerte. Exceptuando unos instantes de terror, cuando se encontró cruzando el profundo mar a lomos de un toro, no sufrió en absoluto. El relato no cuenta en qué andaba ocupada Hera en aquel momento, pero claramente no estaba en guardia y su marido era libre de obrar a su antojo.

Una mañana de primavera estaba Zeus arriba en el cielo, contemplando la tierra distraídamente, cuando vio de repente un espectáculo encantador. Europa se había despertado temprano, agitada como Io por un sueño, solo que en su caso no de un dios que la amaba sino de dos continentes que, en forma de mujer, trataban de poseerla: Asia decía que ella la había parido y por tanto le pertenecía, mientras que la otra, aún sin nombre, argumentaba que Zeus le daría la doncella para sí.

Una vez despierta y liberada de esa extraña visión que le había llegado al amanecer, que es el momento en que los sueños verdaderos suelen visitar a los mortales, Europa decidió no intentar seguir durmiendo, sino convocar a sus compañeras, muchachas nacidas el mismo año que ella y todas de noble cuna, para salir juntas a las encantadoras praderas floridas junto al mar. Allí se hallaba su lugar de encuentro favorito, ya fuera para danzar o para bañar sus hermosos cuerpos en la boca del río, o para recoger flores.

Todas las doncellas llevaban sus cestas, sabiendo que las flores estaban ya en su momento perfecto. La de Europa era de oro, exquisitamente grabada con figuras que representaban, por raro que parezca, la historia de Io, sus viajes bajo la forma de una vaca, la muerte de Argos, y a Zeus tocándola suavemente con su mano divina y haciendo que volviera a ser mujer. Era, como puede imaginarse, una maravilla digna de contemplar, confeccionada nada menos que por Hefesto, el trabajador celestial del Olimpo.

Si preciosa era la cesta, más preciosas eran las flores que la llenaban: narcisos de dulce olor, jacintos y violetas y amarillo azafrán y, la más radiante de todas, el esplendor carmesí de las rosas salvajes. Las chicas las recogían encantadas, caminando de aquí a allá por la pradera; eran doncellas preciosas, pero Eu-

ropa sobresalía entre todas como la diosa del amor destaca sobre sus hermanas las Gracias. Y fue esa misma diosa del amor quien iba a provocar lo que después ocurriría: mientras Zeus observaba desde el cielo la bella escena, ella, la única que podía conquistar a Zeus —junto con su hijo, el pícaro Cupido—, le disparó en el corazón con uno de sus dardos, y en ese mismo instante él se enamoró locamente de Europa.

Aunque Hera estaba ausente, Zeus pensó que era mejor andarse con cuidado y se transformó en toro: no de los que se pueden ver en un establo o paciendo en un campo, sino uno con una belleza superior a la de cualquier toro, de color castaño brillante, con un círculo plateado en la testuz y cuernos como la luna nueva creciente. Tan amable y tan encantador parecía que las chicas no le tuvieron miedo a su llegada, sino que se reunieron a su alrededor para acariciarlo y respirar la fragancia celestial que emanaba de él, más deliciosa incluso que la de la pradera repleta de flores. Él se encaminó hacia Europa y, mientras ella le acariciaba con dulzura, mugió de una forma tan musical como la flauta más melodiosa del mundo.

Entonces él se tumbó a los pies de ella y pareció mostrarle su amplio lomo, y ella les gritó a las otras que se acercaran y lo montaran juntas.

Seguramente nos llevará en su lomo,
es tan dócil y tranquilo, y hermoso a la vista.
No parece un toro, sino un buen hombre,
aunque no puede hablar.

Sonriendo, Europa se sentó sobre su lomo, pero las otras, que iban a seguirla, no tuvieron ocasión. El toro se levantó de un salto y a toda velocidad se dirigió a la orilla del mar y luego al agua, pero no zambulléndose, sino sobrevolándola. A su paso, las olas se calmaban y un cortejo surgió de las profundida-

des para acompañarle: los extraños dioses del mar, nereidas subidas en delfines, y tritones haciendo sonar sus cuernos, y con ellos el poderoso señor del mar, hermano del mismísimo Zeus.

Atemorizada tanto por las maravillosas criaturas que veía como por las aguas que se agitaban a su alrededor, Europa se agarró con una mano a uno de las grandes cuernos del toro y con la otra sujetó su vestido púrpura para que no se le mojara, y los vientos

Hincharon los pliegues como una vela
se hincha en un barco, y, con la mayor suavidad,
la llevaban por el aire.

Esto no podía ser un toro, pensó Europa, sino con toda certeza un dios. Y le habló suplicante, rogándole que se apiadara de ella y que no la dejara sola en ningún lugar extraño. Él le respondió y le confirmó que lo que había adivinado era cierto. No tenía nada que temer, le dijo: él era Zeus, el más grande de los dioses, y todo lo que estaba haciendo era por amor. La estaba llevando a Creta, su propia isla, donde su madre le había escondido a él de Crono cuando nació, y allí ella podría dar a luz

Gloriosos hijos cuyos cetros sostendré
sobre todos los hombres de la tierra.

Todo ocurrió, por supuesto, como dijo Zeus. Creta apareció en el horizonte, allí tomaron tierra y las estaciones, guardianas del Olimpo, la engalanaron para su enlace. Sus hijos fueron hombres famosos, no solo en este mundo sino en el de más allá, donde a dos de ellos, Minos y Radamantis, se les recompensó por haber sido justos en la tierra, nombrándoles jueces de los muertos. Pero el nombre de ella sigue siendo el más conocido de todos.

El cíclope Polifemo

La primera parte de esta historia vuelve a la Odisea*; la segunda parte fue contada solo por el poeta alejandrino Teócrito, del siglo* III *; la última parte no podía haber sido escrita por otro que no fuera el satírico Lucio, en el siglo* II *de nuestra era. Al menos mil años separan el principio del final. El vigor y la fuerza con que Homero contaba sus historias, las bonitas fantasías de Teócrito, y el agudo cinismo de Lucio ilustran cada uno a su modo el curso de la literatura griega.*

Todas las formas monstruosas de vida que fueron creadas al principio, las criaturas de cien manos, los Gigantes, etcétera, quedaron eliminadas permanentemente de la tierra tras ser derrotadas, con la única excepción de los Cíclopes. A ellos se les permitió regresar, y terminaron por convertirse en los grandes favoritos de Zeus. Eran maravillosos trabajadores y forjaban sus rayos. Al principio eran solo tres, pero más tarde se fueron multiplicando. Zeus les dio un hogar en un afortunado país donde los viñedos y maizales, sin ararlos ni sembrarlos, daban abundantes frutos. Tenían grandes rebaños de ovejas, y cabras también, y vivían cómodamente. Su fiereza y su temperamento salvaje, eso sí, no disminuyeron: carecían de leyes o cortes de justicia, y cada uno hacía lo que le apetecía. No era un buen país para los extranjeros.

Años después de que Prometeo fuera castigado, cuando los descendientes de los hombres a los que él ayudara se habían civilizado y habían aprendido a construir barcos para recorrer largas distancias, un príncipe griego varó su embarcación en la orilla de esta peligrosa tierra. Su nombre era Odiseo (Ulises en latín) y estaba de camino a casa tras la destrucción de Troya. Ni en la batalla más dura en la que había luchado contra los troyanos se había hallado tan cerca de la muerte como lo estaba entonces.

No lejos del lugar donde su tripulación había anclado el velero, se veía una cueva, abierta hacia el mar y muy elevada. Parecía deshabitada y había una sólida verja ante la entrada. Odiseo se puso en marcha para inspeccionarla con doce de sus hombres: necesitaban comida, así que llevaron con ellos una piel de cabra repleta de un vino dulce y fuerte para entregárselo a quien viviera allí en agradecimiento por su hospitalidad. El portón de la verja no estaba cerrado y entraron en la cueva. No había nadie, pero se notaba claramente que era la morada de una persona muy próspera. Había muchos corrales a ambos lados de la cueva, atestados de corderos y cabritillos. También había estantes repletos de quesos y baldes rebosantes de leche… todo tipo de delicias para los agotados viajeros, que bebieron y comieron mientras esperaban al señor. Finalmente llegó este, espantoso y enorme, alto como una montaña. Con su rebaño por delante, entró y cerró la boca de la cueva con una pesada losa. Luego, miró a su alrededor, vio a los extraños, y gritó con una terrible voz que retumbaba:

—¿Quiénes sois vosotros, que entráis sin ser invitados a la casa de Polifemo? ¿Comerciantes o piratas ladrones?

Los hombres se quedaron paralizados de miedo ante lo que oían y veían, pero Odiseo se las arregló para dar una respuesta y dijo, también con firmeza:

—Marineros náufragos de Troya somos, y tus suplicantes, bajo la protección de Zeus, el dios de los que suplican.

Pero Polifemo bramó que a él le daba igual Zeus, que él era más grande que cualquier dios y no temía a ninguno de ellos. Diciendo esto, extendió sus poderosos brazos y con cada una de sus enormes manos agarró a dos de los hombres y los estrelló de cabeza contra el suelo. Lentamente, los devoró hasta el último jirón de piel y luego, satisfecho, se tendió cuan largo era

en la caverna y se durmió. Se sentía a salvo de cualquier ataque: nadie excepto él podía mover la enorme piedra que tapaba la entrada, y si los aterrados hombres hubieran sido capaces de reunir el coraje y la fuerza suficientes para matarlo, se habrían quedado atrapados allí para siempre. Durante esa terrible noche, Odiseo no pudo dejar de darle vueltas a la tragedia que había ocurrido, y a lo que iba a ocurrirles a todos ellos si no ideaba alguna forma de escapar. Pero, cuando llegó el nuevo día y el rebaño despertó al cíclope, no le había venido a la cabeza idea alguna. Tuvo que ver cómo morían dos compañeros más, ya que Polifemo desayunó lo mismo que había cenado, antes de conducir su rebaño al exterior desplazando la gran losa y volviendo a colocarla de nuevo con la misma facilidad con la que un hombre abre y cierra la tapa de su aljaba. Encerrado en la cueva, Odiseo pensó y pensó durante todo el día; cuatro de sus hombres habían perecido de forma terrible, ¿iban a sufrir todos el mismo destino atroz?

Por fin, en su mente fue cobrando forma un plan. Cerca de los corrales encontró una enorme viga de madera, tan larga y gruesa como el mástil de un barco de veinte remos. Cortó un buen trozo, y luego él y sus hombres lo afilaron y endurecieron la punta dándole vueltas en el fuego. Para cuando regresó el cíclope, ya lo habían terminado y escondido. Entonces continuó el horrible festín y, cuando Polifemo acabó, Odiseo llenó una copa con el propio vino que había llevado consigo y se la ofreció al cíclope, que la vació con deleite y pidió más. Odiseo le fue sirviendo vino, hasta que finalmente el sueño de la borrachera venció a Polifemo; en ese momento, Odiseo y sus hombres sacaron el gran poste del lugar donde se encontraba escondido y calentaron la punta en el fuego hasta ponerlo al rojo. Desde las alturas, algún poder les insufló un coraje temerario, y consiguieron clavar la estaca ardiendo en el ojo del cíclope, que

se despertó dando terribles alaridos y se arrancó la puya. Luego se precipitó de un lado al otro de la cueva, buscando a sus torturadores pero, como estaba ciego, ellos pudieron esquivarle.

Finalmente, el monstruo retiró la piedra de la entrada y se sentó allí, alargando los brazos, pensando que así los cogería cuando trataran de huir. Pero Odiseo tenía un plan también para eso: ordenó a sus hombres elegir cada uno tres de los carneros más lanudos y atarlos entre sí con unas sogas de cortezas fuertes y flexibles; luego, esperaron la llegada del día, cuando el rebaño saliera a pastar.

Finalmente llegó el amanecer y, mientras las bestias se amontonaban en la entrada para salir, Polifemo las iba palpando para asegurarse de que ninguna llevara un hombre en el lomo. No se le ocurrió palpar debajo, pero era allí donde se encontraban los hombres, cada uno escondido bajo el carnero del medio, agarrados a la lana. Por fin libres, fuera de ese espantoso lugar, todos se dejaron caer al suelo y, corriendo hacia el barco, consiguieron subir a bordo y echarlo al mar en un abrir y cerrar de ojos. Pero Odiseo estaba demasiado furioso para irse en silencio, como era lo sensato, y gritó con todas sus fuerzas al ciego gigante, que seguía en la entrada de la cueva:

—Y bien, cíclope, ¿no eras tan fuerte como para comerte a todos esos enclenques de hombres? Ahí tienes tu justo castigo por lo que les hiciste a quienes eran huéspedes en tu casa.

Estas palabras hirieron vivamente a Polifemo, que se levantó y arrancó un gran peñasco de la montaña para arrojarlo contra el barco. La enorme piedra estuvo a punto de impactar contra la proa, y con la sacudida del agua el barco estuvo a punto de embarrancar, pero la tripulación remó con todas sus fuerzas y consiguieron empujarlo de nuevo al mar. Cuando Odiseo vio que estaban lejos y a salvo, gritó de nuevo con sarcasmo:

—Cíclope: Odiseo, el destructor de ciudades, te sacó el ojo, y se lo dirás así a cualquiera que te pregunte.

Pero estaban ya demasiado lejos de la orilla, y el gigante no pudo hacerles nada. Se quedó allí sentado, ciego, en la orilla.

Esta fue la única historia que se contó sobre Polifemo durante muchos años. Los siglos pasaron y él seguía igual: un monstruo temible, deforme, inmenso, sin su ojo. Pero finalmente cambió, porque lo que es horrible y malvado tiene la capacidad de cambiar y moderarse con el tiempo. Quizá algún narrador vio a la indefensa y dolida criatura a la que Odiseo había abandonado como digna de lástima. En cualquier caso, la siguiente historia sobre él lo muestra con una luz favorable, en absoluto aterradora: como un pobre monstruo de lo más crédulo, de lo más ridículo, bastante consciente de lo espantoso, grosero y repulsivo que era, y por tanto desdichado, porque estaba locamente enamorado de la burlona ninfa marina Galatea. Por entonces, el lugar en el que vivía era Sicilia y de algún modo había recuperado el ojo, quizá por algún milagro de su padre, que en esta historia es Poseidón, el gran dios del mar. El gigante perdidamente enamorado sabía que Galatea nunca le correspondería; el suyo era un caso sin esperanza. Y aun así, cuando el dolor le llevaba a blindarse el corazón contra ella y a ordenarse a sí mismo: «Ordeña la oveja que tienes, ¿para qué perseguir lo que te rehúye?», la taimada se acercaba dulcemente, mirándolo de soslayo; entonces, de repente sobre su rebaño caía una lluvia de manzanas, y la voz de la ninfa resonaba en sus oídos diciéndole que era un patoso enamorado. Pero, tan pronto se levantaba él para seguirla, ella se escabullía, riéndose de la torpeza de su persecución. Polifemo no podía sino quedarse sentado, desdichado e impotente, en la orilla, pero ya no para intentar matar a nadie con su furia, sino cantando lúgubres canciones de amor

que ablandaran el corazón de la ninfa marina. Hay una historia muy posterior en la que Galatea se vuelve buena, no porque esa exquisita y delicada mujer de piel blanca como la leche, como la llamaba Polifemo en sus canciones, se hubiera enamorado de la espantosa criatura de un solo ojo (en este relato también ha recuperado el ojo), sino porque ella reflexiona prudentemente: ya que él es el hijo favorito del señor del mar, de ningún modo debe ser despreciado. Así se lo dice a su hermana ninfa, Dóride, que tiene la esperanza de ser ella la que atraiga al cíclope, y empieza la conversación diciendo con sarcasmo: «Guapo amante tienes tú, ese pastor siciliano. Todo el mundo habla de ello».

A lo que Galatea le contesta:

—No empieces con sandeces de las tuyas, por favor. Es el hijo de Poseidón, ¡nada menos!

—Como si es el de Zeus —dijo Dóride—, me da lo mismo. Una cosa es cierta: es un bruto feo y maleducado.

—Déjame decirte, Dóride, que tiene un algo muy varonil. Es verdad, claro, que solo tiene un ojo, pero ve tan bien con él como con los dos.

—Parece como si tú también estuvieras enamorada —dijo Dóride.

—¿Enamorada, yo? ¿De Polifemo? Yo no, pero adivino por qué hablas así. Sabes perfectamente que nunca se ha fijado en ti, solo en mí.

—¡Un pastor con un solo ojo piensa que eres guapa! Puedes estar orgullosa. En cualquier caso, no tendrás que cocinar para él; es capaz de hacerse una buena comida con un viajero, según tengo entendido.

Pero Polifemo nunca consiguió a Galatea. Ella se enamoró de un joven y guapo príncipe llamado Acis, a quien Polifemo,

terriblemente celoso, mató. Sin embargo, Acis fue transformado en dios río, así que la historia acaba bien. Pero no se nos dice si Polifemo amó alguna vez a una doncella que no fuera Galatea, ni si hubo alguna doncella que amara en alguna ocasión a Polifemo.

Mitos florales: Narciso, Jacinto y Adonis

La primera historia sobre la creación del narciso aparece solo en uno de los primeros Himnos homéricos, *de los siglos* VII *u* VIII *; la segunda la he tomado de Ovidio. Hay una gran diferencia entre los dos poetas, a los que separan no solo seiscientos o setecientos años, sino también la diferencia fundamental entre griegos y romanos. El himno de Homero está escrito de forma objetiva, simple, sin rastro de afectación: el poeta está pensando en su tema. Ovidio, por su parte, siempre piensa en su audiencia, pero cuenta esta historia bien. El fragmento acerca del espíritu que intenta mirarse a sí mismo en el río de la muerte es un toque sutil bastante característico en él, y muy impropio de cualquier escritor griego. La mejor narración del festival de Jacinto es la de Eurípides, aunque también Apolodoro y Ovidio cuentan su historia. La viveza que tenga mi relato será seguramente mérito de Ovidio; rara vez se detiene Apolodoro en nada parecido. Lo que se refiere a Adonis lo he tomado de dos poetas del siglo* III *, Teócrito y Bión. Este relato es típico de los poetas alejandrinos: tierno, un poco blando, pero siempre con un gusto exquisito.*

En Grecia se encuentran las flores salvajes más bellas. Serían bellas en cualquier lugar, pero Grecia no es un país rico y fértil de vastas praderas y campos fértiles en el que las flores tengan un sitio natural: es una tierra de caminos rocosos, colinas llenas de piedras y montañas escarpadas, y en tales lugares el esplendor exquisito y vívido de las flores salvajes

Es una profusión maravillosa
de alegre brillo cegador.

Y se recibe como una sorpresa inesperada. Las cumbres desoladas se alfombran con colores radiantes, florecen todas las grietas y hasta las hendiduras de los toscos peñascos. El contraste de esta belleza risueña y lujuriosa con la ordenada y austera grandeza que la rodea atrae poderosamente la atención. En cualquier otro país, las flores salvajes pasan inadvertidas; no en Grecia.

Así era entonces y así sigue siendo. En esas épocas lejanas, cuando los relatos de la mitología estaban cobrando forma, los hombres veían la floración de la primavera griega con asombro y deleite. Aquellas gentes de las que nos separan miles de años, que nos son desconocidos casi por completo, se sentían como nosotros ante ese milagro de hermosura: cada flor tan delicada, y sin embargo todas juntas cubrían la tierra como un manto de arcoíris arrojado sobre las colinas. Los primeros narradores griegos contaban sobre ellas historia tras historia: cómo habían sido creadas y por qué eran tan bellas.

Resultaba entonces de lo más natural vincular las flores con los dioses. Todo lo que existía, en el cielo y la tierra, estaba misteriosamente relacionado con los poderes divinos, pero las cosas bellas por encima de todo. A menudo, de una flor especialmente exquisita se decía que era creación directa de un dios para su uso propio. Así era en el caso del narciso, que no se parecía al que ahora lleva ese nombre, sino que era una preciosa flor de brillantes colores morado y plateado. Zeus la creó para ayudar a su hermano, el señor del oscuro inframundo, cuando quiso llevarse a la doncella de la que se había enamorado, la hija de Deméter, Perséfone. Ella estaba recogiendo flores con sus amigas en el valle de Enna, una pradera de suave hierba, con rosas, azafrán y hermosas violetas, lirios y jacintos, cuando, de repente, vio algo que le resultaba desconocido: la flor más bella, con

diferencia, sobre la que jamás se hubieran posado sus ojos. Era una flor de extraña gloriosidad, digna de maravillar tanto a los dioses inmortales como a los hombres. De sus raíces surgían cien capullos y su fragancia era muy dulce; viéndola, reía el ancho cielo por encima y la tierra entera, y hasta las olas saladas del mar.

De entre todas las doncellas, solo Perséfone la había visto; las demás estaban en el otro extremo de la pradera. Entonces, con cierto miedo por hallarse sola, pero incapaz de resistir la tentación de echar esa flor en su cesto, tal y como Zeus había planeado, Perséfone se dirigió sigilosamente hacia la flor. Maravillada, alargó la mano para coger ese precioso juguete pero, antes de que pudiera tocarlo, un abismo se abrió en la tierra y de él surgieron unos caballos negros como el carbón, tirando de un carro conducido por un ser de oscuro esplendor, majestuoso, bello y terrible, que la agarró y la estrechó contra él. En un instante, Perséfone se vio viajando desde el esplendor de la tierra en primavera hasta el mundo de los muertos, sujeta por el rey que lo gobernaba.

Esta no es la única historia acerca del narciso. Había otra, igual de mágica, pero bastante distinta. El héroe era un bello muchacho llamado Narciso. Su belleza era tan grande que todas las muchachas que lo veían se morían por ser suyas, pero él no quería a ninguna: pasaba junto a las más hermosas sin prestarles atención, por mucho que ellas tratasen de hacerse ver. Para él, una doncella con el corazón roto no significaba nada. Ni siquiera el triste caso de la más encantadora de las ninfas, Eco, le conmovió. Eco era una de las favoritas de Artemis, diosa de los bosques y las criaturas salvajes, pero cayó en desgracia ante una diosa con más poder aún: Hera, que estaba, como siempre, ocupada en descubrir las andanzas de Zeus. Sospecha-

ba que estaba enamorado de una de las ninfas y fue a observarlas para intentar descubrir cuál de ellas podría ser, pero enseguida la distrajo la alegre cháchara de Eco. Mientras escuchaba, muy entretetenida, las otras ninfas se fueron silenciosamente, y así Hera no pudo averiguar quién era la que recibía las errantes atenciones de Zeus. Con su habitual injusticia, se volvió entonces contra Eco, y la ninfa se convirtió en otra muchacha infeliz castigada por Hera: la diosa la condenó a no usar su lengua nunca más excepto para repetir lo que le dijeran. «Tú siempre tendrás la última palabra —dijo Hera—, pero no el poder de hablar primero.» Si bien este castigo era muy duro, lo peor fue que Eco, como todas las demás ninfas, estaba locamente enamorada de Narciso. Ahora podía seguirlo, pero no hablarle, ¿cómo iba a conseguir que un joven que nunca miraba a ninguna chica le prestara atención a ella? Entonces, un día pareció que había llegado su oportunidad. Él estaba buscando a sus compañeros:

—¿Hay alguien aquí?

Y ella contestó, extasiada:

—Aquí, aquí…

Como estaba escondida entre los árboles, él no la veía, y gritó:

—¡Ven! —que era precisamente lo que ella soñaba oírle decir.

Contestó entonces:

—¡Ven! —y salió de entre la espesura con los brazos extendidos.

Pero él se volvió airado.

—Ni hablar —dijo—. No me importa morir, pero no te daré poder sobre mí.

Ella, murmurando, suplicante, solo pudo decir:

—Te daré poder sobre mí… —pero él ya se había ido.

Eco, sonrojada y muerta de vergüenza, fue a esconderse en una cueva solitaria, y nunca se la pudo consolar. Aún vive en un lugar así, y dicen que el dolor la ha consumido tanto que no queda de ella sino la voz.

Así que Narciso continuó con sus crueldades, despreciando el amor. Pero, por fin, una de las mujeres a las que hirió rezó una oración que los dioses atendieron: «Que él, que no ama a los demás, se ame a sí mismo». La gran diosa Némesis, que significa cólera justificada, asumió esta misión. Cuando Narciso se inclinó sobre un claro estanque para beber y vio allí su reflejo, al momento se enamoró de él.

—Ahora sé —gritó— lo que los otros han sufrido por mí, pues ardo de amor por mí mismo y, sin embargo, ¿como puedo alcanzar la hermosura que veo reflejada en el agua? Pero tampoco puedo alejarme: solo la muerte puede hacerme libre.

Y así ocurrió: Narciso se consumió de estar constantemente inclinado sobre el estanque, si apartar la mirada del reflejo. Eco estaba a su lado, pero no pudo hacer nada; solo cuando, agonizante, él dijo a su imagen «adiós, adiós», pudo ella repetir esas palabras para despedirse de él.

Y dicen que, cuando su espíritu cruzó el río que rodea el mundo de los muertos, se inclinó por la borda del bote para echar el último vistazo a su propia imagen en el agua.

Las ninfas a las que había despreciado fueron buenas con él en su muerte, y buscaron sus restos para darles sepultura, pero no pudieron hallarlos. Donde estaba había florecido una nueva y hermosa flor, y la llamaron por su nombre, Narciso.

Otra flor que surgió de la muerte de un bello joven fue el jacinto, que tampoco en este caso era la que ahora llamamos con ese nombre, sino que tenía forma de lirio y era de color mora-

do según algunos, y de espléndido tono carmesí según otros. Fue una muerte trágica, que cada año se conmemoraba con

El festival de Jacinto
que dura toda la tranquila noche
en una competición con Apolo
fue abatido.
Competían en lanzar un disco,
y tan rápido lo arrojó el dios
que rebasó el blanco al que apuntaba.

Y alcanzó a Jacinto de lleno en la frente, provocándole una terrible herida. Jacinto había sido el compañero más querido de Apolo; no había rivalidad entre ellos cuando competían por ver quién arrojaba el disco más lejos; solo estaban jugando. El dios se quedó horrorizado cuando vio que la sangre salía a borbotones y que el muchacho, pálido como un muerto, caía al suelo. Apolo mismo se puso tan blanco como el herido mientras lo acogía en sus brazos e intentaba restañar la herida. Pero era demasiado tarde. Mientras sostenía al muchacho, la cabeza se le cayó hacia atrás, como una flor a la que se le rompe el tallo: había muerto. Arrodillado a su lado, Apolo lloró por la pérdida de aquel joven tan bello, al que él había matado sin intención, y gritó: «Oh, si pudiera dar mi vida a cambio de la tuya, o morir contigo».

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando la hierba manchada de sangre se volvió verde de nuevo y allí brotó la maravillosa flor que haría célebre el nombre del muchacho para siempre. El propio Apolo grabó los pétalos (algunos dicen que con la inicial de Jacinto, y otros que con las dos letras de la palabra griega «alas», es decir, «ay de mí»); sea como fuere, el dios inscribió un recuerdo de su enorme pena.

Hay una historia también que cuenta que fue Céfiro, el viento del oeste, y no Apolo, la causa directa de la muerte de Jacinto; que él también amaba a la más bella de las jóvenes y, debido a su cólera y sus celos al ver que el dios era el preferido, fue él quien sopló para que el disco golpeara a Jacinto.

Estos encantadores cuentos de hermosos jóvenes que, muriendo en lo mejor de la vida, quedaban convenientemente convertidos en flores de primavera, tienen probablemente un fondo oscuro; dan una pista de las tenebrosas acciones que se llevaban a cabo en un pasado remoto. Mucho antes de que se contara historia alguna en Grecia, o de que existieran esos poemas cantados que han llegado hasta nosotros, quizá incluso antes de que aparecieran los narradores y poetas, puede que las cosas fueran así: si los campos que rodeaban un pueblo no eran fértiles, si el grano no crecía como debía, quizá uno de los aldeanos fuera asesinado y su sangre esparcida sobre la tierra árida. Aún no se tenían noticias de esos radiantes dioses del Olimpo que habrían detestado tan horrible sacrificio. La humanidad tenía solo un vago sentimiento de que su propia vida dependía totalmente de la época de la siembra y de las cosechas, y por tanto debía de haber una profunda conexión entre ellos y la tierra, y que su sangre, que se alimentaba del grano, podía a cambio nutrir a este si era necesario. Nada más natural, entonces, que pensar que si un bello muchacho había sido sacrificado así, cuando después la tierra florecía con narcisos o jacintos esas flores debían de ser él mismo, transformado e incluso resucitado. Y así se contarían entre ellos lo que había ocurrido: un hermoso milagro que hacía que la muerte cruel lo pareciera menos. Luego pasaron los años y la gente dejó de creer que la tierra necesitara sangre para fertilizarse, y todo lo que de cruel tenía el relato se eliminó hasta caer finalmente en el olvido. Nadie recordaría esas cosas terribles que se hicieron una vez. Ja-

cinto, dirían, murió, no asesinado por los suyos para darles de comer, sino por un lamentable error.

De estas muertes y floridas resurrecciones, la más famosa fue la de Adonis. Cada año las muchachas griegas le lloraban y cada año se regocijaban cuando veían su flor, la anémona encarnada, flor del viento, brotar de nuevo. Afrodita lo amaba; la diosa del amor, que penetra con sus astiles en los corazones de dioses y hombres por igual, estaba destinada a sufrir por sí misma ese dolor lacerante.

Afrodita le vio nacer, y desde entonces le amó y decidió que sería suyo; lo llevó a Perséfone para que ella lo cuidara, pero también esta lo amaba y no quiso devolvérselo a Afrodita, ni siquiera cuando esta bajó al inframundo a recogerlo. Ninguna quiso ceder, y finalmente el propio Zeus tuvo que erigirse en juez: decidió que Adonis debía pasar la mitad del año con cada una, el otoño e invierno con la reina de los muertos, y la primavera y el verano con la diosa del amor y la belleza.

Durante el tiempo que pasó con Afrodita, esta solo pensó en complacerle. A él le gustaba la caza, y a menudo la diosa abandonaba su carruaje tirado por cisnes, en el que surcaba los aires a su antojo, para seguirle por los caminos y los bosques vestida de cazadora. Pero un triste día ocurrió que ella no estaba a su lado, y él fue siguiendo la pista a un terrible jabalí con sus perros de caza. Le arrojó su lanza, pero solo consiguió herirlo y, antes de que pudiera alejarse, el animal, loco de dolor, arremetió contra él y lo corneó con sus enormes colmillos. Afrodita oyó el lamento de su amado mientras recorría los cielos en su carruaje alado y voló hacia él. Adonis estaba ya exhalando su último aliento, la sangre oscura corría por su piel de nieve, los ojos le pesaban cada vez más y se le nublaba la vista. Ella le besó, pero Adonis no supo que ella le había besado mientras mo-

ría. Su herida era grave, pero la del corazón de ella aún más. Y así le habló, aun sabiendo que él ya no podía oírla:

Mueres, oh, tres veces deseado,
y mi deseo ha volado como un sueño.
Contigo se ha ido el cinturón de mi belleza,
pero debo vivir porque soy una diosa
y no puedo seguirte.
Bésame una vez más, el último y largo beso,
hasta que atrape tu alma con mis labios
y beba todo tu amor.
Las montañas todas están llamando y los robles contestan,
pobre, pobre Adonis. Ha muerto.
Y el eco grita en respuesta: pobre, pobre Adonis.
Y todos los amores lloran por él y también las Musas.

Pero abajo, en el oscuro inframundo, Adonis no les oía, ni veía la flor encarnada que había brotado de cada gota de su sangre que teñía la tierra.

Segunda parte
HISTORIAS DE AMOR Y AVENTURAS

I
Cupido y Psique

Esta historia solo la ha contado Apuleyo, escritor latino del siglo II de nuestra era, por lo que se usan los nombres romanos de los dioses. Está narrada con elegancia, a la manera de Ovidio: el escritor se divierte con lo que escribe, pero no se cree una palabra.

Había una vez un rey que tenía tres hijas, todas muy hermosas, pero la más joven, Psique, destacaba tanto sobre sus hermanas que a su lado parecía una auténtica diosa relacionándose con simples mortales. La fama de su arrebatadora belleza se extendió por todo el mundo, y llegaban hombres de todas partes para admirarla con asombro y adoración, homenajéandola como si en realidad fuera de la raza de los dioses. Se decía que ni siquiera la propia Venus podría igualar a esa joven mortal. De hecho, tan enorme llegó a ser el número de los que veneraban a Psique que ya nadie se acordó más de Venus: sus templos quedaron abandonados, los altares cubiertos de cenizas frías y sus ciudades favoritas desiertas y en ruinas.

Todos los honores que habían sido para ella ahora se destinaban a una simple muchacha cuyo sino era morir algún día. Como es de imaginar, la diosa no estaba dispuesta a que se la tratara así. Entonces, como siempre que tenía problemas, se dirigió a su hijo, el bello joven alado a quien unos llaman Cupido y otros Amor, contra cuyas flechas no hay defensa ni en el cielo ni en la tierra. Le contó sus penas y, como de costumbre, él le dijo que seguría sus órdenes:

—Usa tus poderes —le ordenó ella entonces—, y haz que esa fresca se enamore locamente de la criatura más vil y despreciable que haya en el mundo entero.

Y así lo habría hecho, sin duda, si Venus no le hubiera mostrado primero a Psique, sin pensar en ningún momento —tal era la rabia de sus celos— que la belleza de la chica podría afectar incluso al mismísimo Dios del Amor. Pero, cuando Cupido la vio, fue como si le hubieran disparado una de sus propias flechas en el corazón. No dijo nada a su madre —de hecho, se había quedado sin palabras—, y Venus se marchó feliz, confiando en que pronto Cupido provocaría la perdición de Psique.

Sin embargo, lo que ocurrió no fue lo que ella suponía. Psique no se enamoró de ningún miserable: no se enamoró de nadie, sencillamente. Y, lo que es más raro, nadie se enamoró de ella. Los hombres se contentaban con mirarla, maravillarse y adorarla, y luego pasaban de largo y se casaban con otra. Sus hermanas, infinitamente inferiores a ella en belleza, se casaron espléndidamente, cada una con un rey. Psique, la más hermosa, se fue quedando triste y sola, sin amor. Parecía que ningún hombre la quería.

Todo esto resultaba de lo más preocupante para sus progenitores, por supuesto. Así que su padre decidió viajar hasta el oráculo de Apolo para pedirle consejo sobre cómo conseguir un marido para Psique. El dios le contestó, pero sus palabras fueron terribles. Cupido le había contado toda la historia y le había solicitado ayuda; por tanto, dijo Apolo, debían llevar a Psique, vestida del luto más riguroso, hasta lo alto de una montaña rocosa y dejarla sola allí, adonde iría a buscarla el esposo que le estaba destinado, una terrible serpiente alada, más fuerte que los mismos dioses, y la desposaría.

Es de imaginar el sufrimiento de todos cuando el padre de Psique volvió con estas tristísimas nuevas. Los padres la vistieron como si fueran a enterrarla, y la acompañaron hasta la

montaña, más dolidos que si se dirigieran a la misma tumba. Pero Psique se armó de coraje.

—Deberíais haber llorado antes por mí —les dijo—, y por la belleza que me ha hecho atraer los celos del Cielo. Ahora marchaos, y sabed que estoy feliz de que el final haya llegado.

Desconsolados, todos se fueron, dejando a la bella criatura indefensa, dispuesta a enfrentarse a solas con su destino, y se encerraron en su palacio para llorarla durante el resto de sus días.

En la cima de la montaña, en la oscuridad, Psique se sentó y esperó a que llegara algo terrorífico, no sabía qué. Allí seguía, temblando y llorando, cuando un suave soplo de aire le llegó en medio de la quietud, el aliento dulce de Céfiro, el más grácil y ligero de los vientos, y sintió que se elevaba. Flotando, fue alejándose de aquella montaña y luego descendió hasta quedar tendida en una pradera verde, blanda como un lecho y perfumada de flores. Se sentía tanta paz allí que Psique se olvidó de sus problemas y se quedó dormida. Despertó junto a un hermoso río en cuya orilla encontró una mansión imponente y magnífica, como construida por un dios, con columnas de oro, muros de plata y suelos con incrustaciones de piedras preciosas. No se oía ni un ruido, el lugar parecía desierto y Psique se acercó, abrumada ante la vista de tal esplendor. Se detuvo en el umbral, dudando, pero entonces unas voces llegaron a sus oídos. No podía ver a nadie, pero las palabras le llegaron con claridad: la casa era suya, le dijeron; debía entrar sin miedo, bañarse y descansar. Luego, se le serviría una mesa digna de un banquete.

—Somos tus sirvientes —dijeron las voces—, dispuestos a complacer todos tus deseos.

Psique nunca había disfrutado de un baño tan delicioso ni de unos manjares tan exquisitos. Mientras cenaba, sonaba a su alrededor una música encantadora: oía cantar a un gran coro acompañado por un arpa, pero no veía a nadie. Pasó todo el día sola, con la única compañía de las voces, pero de algún modo inexplicable tenía la seguridad de que con la llegada de la noche su esposo estaría con ella. Y así ocurrió. Cuando le sintió a su lado y oyó su voz susurrándole cosas dulces al oído, todos sus miedos se evaporaron. Aun sin verlo, sabía que no era ningún monstruo ni ser alguno de forma terrorífica, sino el amante y esposo por el que tanto había suspirado y esperado.

Aunque estar acompañada solo a medias no la satisfacía del todo, Psique se sentía feliz y los días pasaban con rapidez. Una noche, sin embargo, su querido aunque invisible esposo le habló seriamente diciéndole que se acercaba un peligro, en la forma de sus dos hermanas:

—Van a la montaña donde desapareciste para llorar por ti —dijo él—, pero no debes permitir que te vean, o harás que una gran desgracia caiga sobre mí y tú misma te perderás.

Ella le dijo que no lo haría, pero todo el día siguiente se lo pasó llorando, pensando en sus hermanas y en que no podría consolarlas.

Todavía lloraba cuando su esposo llegó, y ni siquiera las caricias de él pudieron detener sus lágrimas. Finalmente, él se rindió con tristeza a lo que ella pedía:

—Haz lo que desees —le dijo—, pero estás buscando tu propia destrucción.

Entonces, le advirtió gravemente de que no se dejara convencer por nadie para verle, bajo pena de separarse ambos para siempre. Psique le aseguró con énfasis que nunca haría eso: prefería cien veces morir que vivir sin él.

—Pero dame esta alegría —le pidió—, la de ver a mis hermanas.

Con gran tristeza, él prometió que así lo haría.

A la mañana siguiente llegaron las dos, traídas desde la montaña por Céfiro. Psique las esperaba feliz y entusiasmada. Pasó largo rato antes de que fueran capaces de hablar: su alegría era tan grande que no podían sino llorar y abrazarse. Pero cuando finalmente entraron en el palacio y las hermanas mayores vieron sus tesoros sin par, cuando se sentaron ante el rico banquete y oyeron la maravillosa música, se apoderó de ellas una amarga envidia, y la agudísima curiosidad de saber quién era el señor de toda esa magnificencia y esposo de su hermana. Sin embargo, Psique cumplió su palabra: solo les dijo que era un hombre joven, que se encontraba en ese momento en una expedición de caza. Luego, llenando sus manos de joyas y oro, hizo que Céfiro las llevara de nuevo a la colina.

Las dos mujeres se fueron sin protestar, pero con el corazón ardiendo de celos. Todo su bienestar y buena fortuna no parecían nada en comparación con los de Psique, y la ira de la envidia fue germinando en su interior hasta que llegaron a tramar cómo acabar con ella.

Esa misma noche, el esposo de Psique volvió a ponerla sobre aviso, pero ella no le escuchó cuando le rogó que no les permitiera volver. Psique le respondió que, ya que nunca podía verle a él, ¿tenía que privarse también de ver a todos los demás, incluso a sus hermanas tan queridas?

Él cedió de nuevo, y pronto volvieron las dos malvadas, esta vez con un plan cuidadosamente trazado.

Ellas ya se habían dado cuenta, viendo las respuestas vacilantes y contradictorias que les había dado Psique cuando le preguntaban por su esposo, de que nunca le había visto ni sabía

cómo era. No le dijeron esto, pero sí le reprocharon que les ocultara su terrible situación a ellas, sus propias hermanas; habían averiguado, le dijeron, y lo sabían a ciencia cierta, que su esposo no era un hombre, sino la terrible serpiente que el oráculo de Apolo había afirmado que sería. Ahora se portaba bien, claro, pero con toda seguridad cualquier noche caería sobre ella y la devoraría.

Horrorizada, Psique sintió que el terror inundaba su corazón y ocupaba allí el lugar del amor. Se había preguntado tan a menudo por qué él nunca le permitía verlo… alguna razón horrible debía de haber. ¿Qué sabía de él en realidad? Si no era horrible mirarlo, entonces ¿por qué esa crueldad de impedirle que lo contemplara? Poseída por la pena, con la voz entrecortada y tartamudeando, Psique les dio a entender que no podía contradecirlas, porque solo había estado con él a oscuras:

—Debe de haber algo muy malo —sollozó—, para que él rehúya la luz del día —y les rogó entonces que la aconsejaran.

Ellas ya tenían el consejo preparado de antemano. Esa noche, escondería un cuchillo bien afilado y una lámpara cerca de su cama. Una vez que su esposo estuviera totalmente dormido, debía salir del lecho, encender la lámpara y coger el cuchillo, con toda su fuerza de ánimo, y hundirlo rápidamente en el cuerpo del terrible ser que, con toda seguridad, se le aparecería a la luz.

—Estaremos cerca —le dijeron—, y te llevaremos con nosotras cuando esté muerto.

Y se fueron, dejando a Psique desgarrada por las dudas y sin saber qué hacer. Ella lo amaba, era su amado esposo…, no, era una horrible serpiente y lo detestaba. Lo mataría…, no, no lo mataría. Tenía que saber con certeza…, no, no quería certezas. Así pasó el resto del día, debatiéndose entre ideas enfrentadas.

Sin embargo, cuando llegó la noche, había dejado de luchar. Estaba decidida a una cosa: a verle.

Cuando por fin él se quedó tranquilamente dormido, Psique reunió todo su coraje y encendió la lámpara. Se acercó de puntillas a la cama y, con la luz por encima de la cabeza, contempló lo que allí yacía. Oh, qué alivio y qué éxtasis llenaron su corazón: no apareció ningún monstruo, sino el más dulce y hermoso de los seres, ante cuya visión la misma lámpara parecía brillar aún más. Avergonzada por su estupidez y desconfianza, Psique cayó de rodillas y se hubiera clavado el cuchillo en su propio pecho si no se le llega a caer de las manos, que le temblaban. El mismo temblor que fue su salvación, resultó también su perdición: al inclinarse sobre él, embelesada de verlo, incapaz de negarse a sí misma el placer de llenarse los ojos con su belleza, una gota de aceite caliente de la lámpara cayó sobre el hombro de él, que se despertó entonces sobresaltado, vio la luz y de inmediato supo de la desconfianza de ella y la abandonó sin una palabra.

Ella corrió tras él en plena noche; no le veía, pero sí oía su voz. Él le dijo quién era, y se despidió de ella con tristeza:

—El amor no puede vivir donde no hay confianza —dijo, antes de huir de ella.

«¡El Dios del Amor! —pensó ella—. Era mi esposo, y yo, miserable de mí, no confié en él. ¿Se ha alejado de mí para siempre? En cualquier caso —pensó, sintiendo que recuperaba el valor—, puedo pasar el resto de mi vida buscándolo. Si ya no siente amor por mí, al menos yo puedo demostrarle cuánto le quiero.» Y comenzó su viaje. No tenía ni idea de adónde ir, solo sabía que nunca dejaría de buscarlo.

Mientras tanto, él había ido a los aposentos de su madre para que restañase su herida, pero, en cuanto Venus oyó su historia,

supo que era a Psique a quien había elegido: lo dejó a solas con su dolor, y salió llena de ira en busca de la muchacha que le había hecho sentir aún más celos. Estaba decidida a que Psique supiera lo que significaba caer en desgracia ante una diosa.

Y a todo esto, la pobre Psique vagaba desesperada, tratando de que los dioses se pusieran de su parte, rezándoles fervientes oraciones, pero ninguno quería dar un paso que lo enemistara con Venus. Finalmente, Psique se dio cuenta de que no tenía esperanza alguna, ni en el cielo ni en la tierra, y tomó una decisión desesperada: iría directamente a Venus. Se le ofrecería humildemente como sirvienta e intentaría aplacar su ira. «Y quién sabe —pensó— si él mismo no estará allí, en la casa de su madre.» Así que se dispuso a encontrar a la diosa, que a su vez la estaba buscando a ella por todas partes.

Cuando Psique llegó a su presencia, Venus se rio a carcajadas y le preguntó con sorna si es que estaba buscando un esposo, porque el que tenía no quería ni oír ni hablar de ella, ya que había estado a punto de matarlo de una quemadura.

—Aunque lo cierto —siguió Venus— es que eres tan ordinaria y poco agraciada que nunca conseguirás otro amante si antes no trabajas con diligencia y dolor. Te mostraré mi voluntad enseñándote a hacerlo —y tomó una gran cantidad de semillas de las más pequeñas (trigo, amapolas, mijo, etcétera), y lo mezcló todo en un montón—. Al caer la noche todo esto debe estar ordenado. Aplícate, por tu propio bien —y se fue sin más.

Una vez sola, Psique se quedó sentada muy quieta, mirando el montón; se había quedado paralizada por la crueldad de tal orden y no veía para qué empezar una tarea tan manifiestamente imposible. Pero ella, que no había despertado la compasión ni de dioses ni de hombres, halló en aquel momento de desesperación la piedad de las criaturas más minúsculas del

campo, las hormiguitas, trabajadoras imparables, que se llamaron unas a otras: «Vamos, seamos clementes con esta pobre doncella y ayudémosla ahora mismo». De inmediato, empezaron a aparecer miles de hormigas en fila india, separando y dividiendo hasta que lo que había sido una masa confusa apareció ordenada, cada semillita con sus iguales. Así se las encontró Venus al volver y, furiosa ante el espectáculo, dijo:

—Tu trabajo no ha acabado en modo alguno.

Le dio a Psique un mendrugo de pan y le ordenó que durmiera en el suelo mientras ella se iba a su lecho suave y perfumado. Estaba segura de que si hacía trabajar a la muchacha sin descanso y la mataba de hambre, su odiosa belleza se marchitaría muy pronto. Hasta entonces, ella se ocuparía de que su hijo no saliese de sus aposentos, donde aún estaba recuperándose de la herida. Venus estaba encantada con el rumbo que iban tomando los acontecimientos.

A la mañana siguiente, maquinó otra tarea para Psique, una peligrosa esta vez:

—Allá abajo, junto a la orilla del río —le dijo—, donde están los arbustos más espesos, hay ovejas que tienen el vellocino de oro. Ve y tráeme esa lana reluciente.

Cuando la pobre chica llegó junto a la corriente, que fluía ligera, se apoderó de ella un deseo imperioso de arrojarse al agua y acabar con sus penas. Pero, cuando se inclinaba sobre el cauce, oyó una vocecilla que procedía del suelo, y al mirar hacia abajo vio que quien hablaba era un junco:

—No debes tirarte —le dijo—, la situación no es tan desesperada. La verdad es que estas ovejas son muy fieras, pero si esperas hasta que salgan de los arbustos por la tarde, cuando se van a tumbarse junto al río, en las zarzas encontrarás toda la lana de oro que quieras, la que se les queda enganchada allí.

Así habló el amable y gentil junco, y, siguiendo sus indicaciones, Psique pudo volver ante su cruel ama con una buena cantidad de lana dorada.

Venus exhibió entonces una sonrisa maléfica:

—Alguien te ha ayudado —le dijo bruscamente—, tú sola no hubieras podido hacerlo nunca. Sin embargo, te daré una oportunidad de demostrar que realmente tienes la resolución y la prudencia de las que pareces hacer gala. ¿Ves ese agua negra que cae de la montaña, allá lejos? Es el nacimiento del terrible río al que todos odian, el Estigia. Ve y llena esta jarra con esa agua.

Esta era la peor de todas las tareas, como vio Psique en cuanto se acercó a la cascada; para llegar hasta el agua, hacía falta tener alas, tan pendientes y resbaladizas eran las rocas y tan espantosa la corriente. Pero, a estas alturas, ya debe de ser evidente para los lectores de esta historia (como quizá, en el fondo de su corazón, lo era ya para Psique misma) que, aunque cada una de las pruebas parecía imposible de tan difícil, a ella siempre se le brindaba algún medio excelente para superarla. Esta vez vino en su rescate un águila, que posó sus grandes alas junto a ella, tomó la jarra con el pico y se la devolvió llena del agua negra.

Y aun así, Venus no se rindió —no se puede sino acusarla de cierta estupidez. Todo lo que ya había ocurrido no le causó más efecto que el de hacerle intentarlo de nuevo: le dio a Psique una caja que tenía que llevar al inframundo para pedir a Proserpina que se la llenara con un poco de su belleza; tenía que decirle que era para Venus, a quien le hacía mucha falta porque estaba ajadísima de cuidar a su hijo enfermo. Como siempre, Psique obedeció y salió en busca del camino que conducía al Hades. Pasó por una torre que le sirvió de guía, dándole instrucciones

precisas sobre cómo llegar al palacio de Proserpina: primero, atravesar un gran agujero en la tierra, bajar luego hasta el río de la muerte, donde debía darle al barquero, Caronte, una moneda para que la cruzara. Desde allí, el camino la conducía directamente al palacio. Cerbero, el perro de las tres cabezas, custodiaba las puertas, pero, si le daba un dulce, se volvería bueno y la dejaría pasar.

Todo ocurrió como la torre había dicho, por supuesto. Proserpina se mostró encantada de hacerle un favor a Venus y Psique, muy animada, volvió a subir con la caja, aún más rápido de lo que había bajado. Pero ella misma se sometió a su siguiente prueba, con su curiosidad y, peor aún, su vanidad; sintió la necesidad de ver qué era aquel hechizo de belleza que llevaba en la caja, y quizá de ponerse un poco. Sabía tan bien como Venus que todo lo que estaba pasando no le estaba haciendo ningún bien a su aspecto, y no olvidaba que en cualquier momento podía encontrar de nuevo a Cupido. ¡Ojalá pudiera ponerse más bella para gustarle! Incapaz de resistir la tentación, abrió la caja pero, para su gran decepción, no vio nada en su interior: parecía vacía. De repente, una languidez como de muerte la dominó y cayó en un profundo sueño.

Y en ese crítico momento, el mismo Dios del Amor entró en escena; para entonces, Cupido ya estaba recuperado de la herida, y echaba de menos a Psique. Mantener encerrado al Amor no es cosa fácil: Venus había cerrado la puerta, pero había ventanas. Cupido no tenía más que volar y empezar a buscar a su esposa. Psique estaba tendida muy cerca del palacio, así que la encontró de inmediato; en un instante, le limpió el sueño de los ojos y lo guardó de nuevo en la caja. Luego, la despertó con una leve punzada de una de sus flechas y, tras reñirla un poco por

curiosa, le ordenó que llevara la caja de Proserpina a su madre, asegurándole que todo iría bien de entonces en adelante.

Mientras Psique, feliz, se apresuraba a acabar la tarea, el dios subió hasta el Olimpo volando. Quería asegurarse de que Venus no les causaría más problemas, así que se fue directamente al mismísimo Júpiter, el Padre de los Dioses y los Hombres, que consintió inmediatamente en todo lo que Cupido le pidió.

—A pesar de que tú me has hecho mucho daño en el pasado —le dijo—, perjudicando seriamente mi buen nombre y mi dignidad, haciendo que me convirtiera en toro, en cisne…, aun así, no puedo negarte nada.

Entonces, convocó una asamblea de dioses y les anunció a todos, Venus incluida, que Cupido y Psique estaban formalmente casados, y a continuación se ofreció a convertir en inmortal a la esposa. Mercurio llevó a Psique al palacio de los dioses, y Júpiter mismo le dio a probar la ambrosía que la haría inmortal. Esto, como es lógico, cambió la situación por completo: Venus ya no podía poner objeciones a una nuera que era diosa, así que el matrimonio se había vuelto de lo más conveniente. Sin duda, también influyó la idea de que ahora Psique viviría en el cielo con un marido e hijos a los que atender, y no podría pasar demasiado tiempo en la tierra atrayendo la mirada de los hombres y distrayéndolos de adorar a Venus.

Y así todo llegó a un final feliz. El Amor y el Alma (pues eso es lo que significa Psique) se habían buscado y, tras dolorosas pruebas, se habían encontrado. Y esa unión nunca podrá romperse.

II

Ocho breves relatos de enamorados

Píramo y Tisbe

Esta historia se encuentra solo en Ovidio, y resulta muy característica de su mejor estilo: bien contada, con varios monólogos retóricos... Y, de paso, también constituye un pequeño ensayo sobre el amor.

Hace muchos años, las bayas de la morera que hoy son de un rojo intenso eran blancas como la nieve. El cambio de color se produjo extraña y tristemente por la muerte de dos jóvenes enamorados.

Píramo y Tisbe, él el joven más bello y ella la doncella más encantadora de toda Asia, vivían en Babilonia, la ciudad de la reina Semíramis, en dos casas tan juntas que uno de los muros era común. Crecieron siempre uno al lado del otro, y así aprendieron a amarse; anhelaban contraer matrimonio, pero sus padres se lo prohibían. Aun así, el amor no puede prohibirse: cuanto más se cubre la llama, con más fuerza arde esta, y el amor siempre se abre camino. Era imposible que aquellos dos corazones ardientes quedaran separados.

En el muro que compartían las casas había una grieta. Nadie la había descubierto hasta entonces, pero a un enamorado nada se le pasa por alto. Nuestros dos jóvenes la descubrieron y, a través de ella, podían murmurarse ternezas, Tisbe de un lado y Píramo del otro: el odioso muro que los separaba se había convertido en su medio para comunicarse. «Si no fuera por ti, podríamos tocarnos y besarnos —decían—, pero al menos nos permites hablar. Dejas que pasen nuestras tiernas palabras, y te lo agradecemos.» Así pues, hablaban y, al llegar la noche, cuan-

do debían partir, ambos estampaban en el muro unos besos que no podían llegar a los labios del otro.

Cada mañana, cuando el amanecer había apagado ya las estrellas, y los rayos de sol habían secado la escarcha, ellos se acercaban a hurtadillas hasta la grieta y allí se quedaban, pronunciando palabras de amor ardiente y lamentando su ingrato destino, siempre en susurros. Pero no tardó en llegar el día en que ya no pudieron soportarlo más, y decidieron que esa misma noche intentarían escaparse sigilosamente y salir de la ciudad a campo abierto, donde por fin estarían juntos y serían libres. Acordaron encontrarse en un lugar conocido, la Tumba de Nino, bajo una morera grande, repleta de bayas blancas como la nieve, no muy lejos de la boca de un fresco manantial. El plan les entusiasmó y el día se les hizo interminable.

Por fin, el sol se escondió en el mar y cayó la noche. Tisbe salió de su cama a oscuras y se fue en absoluto sigilo hasta la tumba. Píramo no había llegado aún, pero ella decidió esperarle, pues el amor le daba valentía. De repente, la luz de la luna le permitió distinguir a una leona que acababa de hacer una presa: sus fauces aún estaban ensangrentadas, y se había acercado a calmar la sed en el manantial. Todavía estaba lejos, de modo que Tisbe tenía tiempo de escapar, pero al echar a correr se le cayó el manto que la cubría; la leona se topó con él de regreso a su guarida, lo agarró con la boca y lo hizo trizas antes de desaparecer en el bosque. Y eso fue lo que vio Píramo al llegar unos minutos más tarde: los jirones ensangrentados del manto de Tisbe, y las huellas de la leona nítidamente trazadas en la tierra. Píramo no dudó un momento en llegar a la inevitable conclusión: Tisbe había muerto. Había permitido que su amada, una tierna doncella, fuera sola a un lugar lleno de peligros y no había llegado a tiempo para protegerla. «Soy yo quien te ha

matado», dijo. Recogió del suelo lo que quedaba del manto y, cubriéndolo de besos, lo llevó hasta la morera. «Ahora —dijo—, te empaparás también de mi sangre.» Y con esto, desenvainó su espada y se la clavó en el costado; la sangre salió a borbotones y cayó sobre las bayas, tiñéndolas de rojo oscuro.

Tisbe seguía aterrorizada por la leona, pero más miedo le daba fallarle a su amado, así que se arriesgó a volver al árbol de la cita, la morera con la lustrosa fruta blanca, pero no lo encontró. Había un árbol allí, pero no se veía el brillo blanco de las ramas. Notó que algo se movía a sus pies y, con un escalofrío, vio lo que era: Píramo, bañado en sangre y al borde de la muerte. Tisbe se arrojó sobre él y lo tomó en sus brazos: besó sus fríos labios y le rogó que la mirase, que le hablase. «Soy yo, Tisbe, tu amada», sollozó. Al oír su nombre, Píramo abrió pesadamente los ojos para verla por última vez. Luego, la muerte se los cerró.

La desolada muchacha reparó en la espada que se le había caído de la mano, junto a su manto manchado y destrozado, y lo entendió todo.

«Te has matado por tu propia mano —dijo—, y por amor a mí. También yo puedo ser valiente. También yo puedo amar. Lo único que nos podría haber separado hubiera sido la muerte, pero no podrá ahora.» Y Tisbe hundió en su corazón la espada que aún goteaba sangre de su amado.

Por fin, los dioses se apiadaron de los amantes, así como sus padres. El fruto rojo intenso de la morera es un homenaje eterno a dos enamorados que sintieron el verdadero amor, y en una urna se conservan las cenizas de aquellos a quienes ni siquiera la muerte pudo separar.

Orfeo y Eurídice

El relato de Orfeo con los Argonautas solo lo cuenta Apolonio de Rodas, un poeta griego del siglo III. *El resto de la historia lo relatan*

mejor dos poetas romanos, Virgilio y Ovidio, en un estilo bastante parecido. Por eso, los que se emplean aquí son los nombres latinos de los dioses. Apolonio influyó enormemente en Virgilio; de hecho, cualquiera de los tres podría haber escrito la historia completa tal y como está.

Los primeros músicos fueron los dioses. Aunque no destacara como intérprete, Atenea inventó la flauta, que nunca tocaba. Hermes creó la lira y se la dio a Apolo, el cual lograba extraer sonidos tan melodiosos de ella que, cuando tocaba, en el Olimpo los dioses se olvidaban de todas sus cuitas. Hermes también fabricó el caramillo de los pastores y obtenía de él una música encantadora. Pan fabricó la siringa o flauta de Pan, que tiene nueve tubos y emite un sonido tan dulce como el ruiseñor en primavera. Las Musas no tenían un instrumento propio, pero sus propias voces ya eran de una hermosura sin parangón.

A continuación venían, por orden de destreza, una serie de mortales tan destacados en su arte que casi igualaban a los intérpretes divinos. De estos, el mejor con diferencia era Orfeo que, por parte de madre, era más que un mortal. Orfeo era hijo de una de las Musas y de un príncipe tracio; su madre le dio el don de la música y Tracia, la tierra en la que creció, se lo potenció, pues los tracios eran el pueblo más musical de Grecia. Pero el talento de Orfeo no encontraba rival, ni allí ni en ninguna otra parte —a excepción de los dioses, obviamente—: cuando tocaba y cantaba, no conocía límites. Nada ni nadie podían resistírsele.

En los profundos y tranquilos bosques de las montañas tracias
Orfeo, con el sonido de su lira dirige a los árboles,
y amansa las bestias salvajes de los montes.

Todo, animado e inanimado, le seguía: movía las rocas de las montañas y cambiaba el curso de los ríos.

Poco se cuenta de su vida antes de su fatídico matrimonio —por el que se le conoce más aún que por su música—, salvo que participó en una famosa expedición donde demostró su gran valía. Navegó con Jasón en el *Argo* , y, cuando los héroes estaban cansados o se hacía muy cuesta arriba seguir remando, Orfeo sacaba su lira y de inmediato se renovaban las fuerzas y los remos batían el agua al ritmo de la melodía. O, si se parecía que iba a estallar una pelea, tocaba una música tan dulce y tranquilizadora que hasta los espíritus más fieros se calmaban y olvidaban su ira. También salvó a los héroes de las Sirenas. Cuando los Argonautas oyeron a lo lejos esa canción de dulzura irresistible, se olvidaron de todo y no pensaron más que en seguir oyéndola; hicieron virar entonces la nave para dirigirse hacia las rocas donde estaban apostadas las Sirenas. Pero Orfeo tomó entonces su lira e interpretó una melodía tan clara, tan sonora, que consiguió ahogar el sonido de las voces encantadoras y fatales. El barco recuperó el rumbo y los vientos lo alejaron de aquel fatídico lugar: de no haber estado allí Orfeo, también los Argonautas se hubieran dejado los huesos en la isla de las Sirenas.

No se nos dice dónde vio por primera vez Orfeo a la doncella que amaba, Eurídice, ni cómo la cortejó, pero no hay duda de que, si él deseaba a una doncella, ella no podría resistirse al poder de su música. Orfeo y Eurídice se casaron, pero la felicidad les duró poco: justo después de la boda, mientras la novia caminaba por una pradera con sus damas de honor, una víbora la mordió y murió. La pena de Orfeo fue tan abrumadora que no pudo soportarlo: decidió bajar al mundo de los muertos e intentar recuperarla, pensando para sí:

Con mi canción
encantaré a la hija de Deméter
encantaré al señor de los Muertos,
y conmoviendo sus corazones con mi melodía,
se la arrebataré a Hades.

Y así Orfeo se aventuró hasta donde nadie se hubiera aventurado por amor: el espantoso inframundo. Allí tañó su lira y, a su sonido, la inmensa multitud quedó presa del encanto, paralizada. El Cancerbero bajó la guardia, la rueda de Ixión se detuvo, Sísifo se sentó a descansar sobre su piedra, Tántalo olvidó su sed; los rostros de esas diosas terribles, las Furias, se humedecieron con lágrimas por primera vez. Hasta el soberano del Hades se acercó a escucharlo con su reina. Orfeo cantaba:

Oh, dioses que gobiernan el oscuro y silencioso mundo
divinidades del mundo situado bajo tierra
al que caemos todo lo que nace mortal
si es lícito y permitís decir la verdad
sin los ambages de una boca falsa
no he descendido aquí para ver
el tenebroso Tártaro
ni para encadenar las tres gargantas,
erizadas de culebras, del monstruo meduseo;
el motivo de mi viaje es mi esposa,
sobre la que una víbora al pisarla derramó su veneno
y le robó sus prometedores años.
Quise poder soportarlo y no diré que no lo he intentado:
venció el amor.
Este dios es bien conocido en la región de arriba;

si lo es también aquí, lo dudo,
pero sospecho que también aquí lo es y,
si el rumor de un antiguo rapto no ha mentido,
a vosotros os unió también el Amor.
¡Yo, por estos lugares llenos de miedo,
por este Caos enorme
y el silencio de este vasto reino,
os suplico,
volved a tejer el destino adelantado de Eurídice!
Todos os somos debidos y,
demorándonos algo, antes o después,
nos dirigimos deprisa a una única sede.
Aquí nos encaminamos todos, esta es la última morada
y vosotros habitáis los reinos más extensos del género humano.
También esta, cuando cumpla oportunamente los años que le corresponden,
será de vuestro dominio:
como regalo pido su disfrute.

El embrujo de su voz era tal que nadie se le resistía. Y así, Orfeo

Hizo caer lágrimas de hierro por las mejillas de Plutón
y al infierno conceder el deseo del amor.

Entonces hicieron venir a Eurídice y se la entregaron, pero con una condición: que Orfeo no se volviera a mirarla mientras ella caminaba detrás de él, hasta que llegaran al mundo exterior. Así pues, los dos cruzaron las grandes puertas del Hades y siguieron el camino que les sacaría de las tinieblas, siempre cuesta arriba. Orfeo sabía que ella estaba justo detrás de él, pero

se moría de ganas de echar un vistazo para asegurarse. Casi habían llegado ya: las tinieblas daban paso al gris y enseguida Orfeo, lleno de júbilo, se vio bajo la luz del día. Entonces se volvió hacia ella… demasiado pronto. Eurídice aún no estaba fuera de la caverna. Él la vio en la penumbra, y extendió los brazos para sujetarla, pero en ese instante la muchacha desapareció. Se había deslizado de nuevo en la oscuridad. Orfeo solo alcanzó a oír una palabra ahogada: «Adiós…».

Entonces intentó desesperadamente seguirla, pero no le estaba permitido: los dioses no iban a consentir que entrara en el reino de los muertos por segunda vez, no mientras siguiera vivo. No le quedó más remedio que regresar a la tierra, solo, sumido en la más completa desesperación. A partir de entonces, renunció a la compañía de los hombres: vagó por las salvajes eriales de Tracia, sin más consuelo que su lira, tocándola, sin cesar tocándola para las rocas, los ríos y los árboles, su única compañía, que le escuchaban de buena gana. Por fin, fue presa de una banda de Ménades, tan enloquecidas como las que habían matado salvajemente a Penteo. Y las Ménades asesinaron al dulce músico, le hicieron pedazos y arrojaron su cabeza a la rápida corriente del río Evros, que la arrastró hasta su desembocadura en la orilla de Lesbos. Allí seguía, intacta, cuando la encontraron las Musas y la enterraron en el santuario de la isla. También recogieron sus brazos y piernas y los depositaron en una tumba al pie del monte Olimpo donde, hasta el día de hoy, cantan los ruiseñores con más dulzura que en ningún otro lugar.

Ceice y Alcíone

Ovidio es la mejor fuente para esta historia: la exageración de la tormenta es típicamente romana y la morada del sueño, con tantos

detalles encantadores, muestra la capacidad descriptiva de este autor. Los nombres de los dioses son, por supuesto, romanos.

Ceice, rey de Tesalia, era hijo de Lucifer, el portador de la luz, la estrella que hace nacer el día; en el rostro llevaba toda la viveza de la luz de su padre. Su esposa, Alcíone, también provenía de alta alcurnia: era hija de Éolo, el rey de los vientos. Los dos se amaban con devoción y solo se separaban si no quedaba más remedio. Sin embargo, un día él decidió que tenía que dejarla para emprender un largo viaje por mar: se habían producido varios sucesos que le preocupaban y deseaba consultar el oráculo, el refugio de los hombres atribulados. Cuando Alcíone supo sus planes, quedó sobrecogida por la pena y el terror; le dijo llorando a lágrima viva y con la voz rota por los sollozos que conocía mejor que nadie el poder de los vientos marinos. Los había visto desde la infancia en el palacio de su padre: sus tormentosos encuentros, las nubes negras que traían, y el violento rayo rojo.

—Y muchas veces, en la playa —añadió—, he visto los maderos rotos de los barcos destruidos. Oh, no vayas. Aunque, si no puedo convencerte, al menos llévame contigo. Puedo soportar todo cuanto nos ocurra si estamos juntos.

Ceice quedó profundamente conmovido, porque ella no le amaba a él más que él a ella, pero persistió en su propósito: sentía que debía obtener consejo del oráculo y no quería ni oír hablar de que su esposa compartiera los peligros del viaje. Ceice tuvo que aceptarlo y dejarle partir solo. Su corazón estaba tan apesadumbrado cuando le dijo adiós que parecía prever lo que iba a ocurrir. Y se quedó en la orilla, observando, hasta que el barco se perdió en el horizonte.

Esa misma noche estalló una terrible tormenta en el mar. Los vientos se encontraron en un furioso huracán y las olas al-

canzaron la altura de las montañas. Caía tal cortina de agua que el cielo entero parecía derramarse sobre el mar, y este elevarse hasta las alturas. En el barco vacilante y maltrecho, los pasajeros estaban aterrados; todos salvo uno, que pensaba solo en Alcíone, alegrándose de que ella se encontrara a salvo. Y su nombre fue lo último que dijeron sus labios cuando el barco naufragó y las aguas lo sepultaron.

Alcíone contaba los días. Para entretener la espera, tejía una túnica que le iba a regalar a su marido cuando volviera, y otra más para estar ella radiante en el reencuentro. Varias veces al día rogaba por él a los dioses, a Juno especialmente, y todas esas oraciones por alguien que llevaba muerto tanto tiempo conmovieron a la diosa. Juno mandó llamar a su mensajera Iris y le ordenó que fuera a casa de Somnus, el dios del sueño, para pedirle que enviara un sueño a Alcíone que le revelara la verdad sobre Ceice.

La morada del Sueño está cerca del oscuro país de los cimerios, en un profundo valle donde nunca brilla el sol y todo está envuelto en las sombras del crepúsculo. Ningún gallo canta allí, ningún perro guardián rompe el silencio, ni se agitan las ramas con la brisa, ni el clamor de las lenguas perturba la paz. El único sonido viene de la suave corriente del Leteo, el río del olvido, cuyas aguas atraen el sueño con su arrullo; ante su puerta florecen las amapolas y otras adormideras. Dentro, el padre de los sueños reposa sobre un lecho suave y blando, de color negro. Hasta allí fue Iris, trazando en el cielo la curva del arcoíris con su manto multicolor, y la casa en penumbra se iluminó con el brillo de sus ropas. Aun así, le fue difícil conseguir que el dios abriera sus pesados párpados y entendiera qué le estaba pidiendo. En cuanto se aseguró de que estaba realmente despierto y de que ella había cumplido con el encargo, Iris se fue a toda

prisa, temerosa de caer para siempre ella también en el sopor. El viejo dios del sueño despertó a su hijo, Morfeo, que tenía la capacidad de asumir la forma de todos y cada uno de los humanos, y le transmitió las órdenes de Juno. Con sus alas silenciosas, Morfeo atravesó las tinieblas y llegó hasta el pie de la cama de Alcíone. Había tomado el rostro y forma de Ceice ahogado. Desnudo y empapado, se inclinó sobre el lecho.

—Pobre esposa —dijo—, mira, tu esposo esta aquí. ¿Me reconoces o ha cambiado mi rostro al morir? He muerto, Alcíone. Tuve tu nombre en los labios cuando las aguas me cubrieron. Ya no hay esperanza para mí, pero dame tus lágrimas: no permitas que baje al reino de las sombras sin que nadie me haya llorado.

En sueños, Alcíone gimió y extendió los brazos tratando de asirlo. Gritó en voz alta:

—Espérame. Iré contigo.

Y su propio grito la despertó, con la convicción de que su esposo estaba muerto, que lo que había visto no era un sueño, sino él mismo. «Le vi ahí, en este mismo lugar —se dijo—. Daba lástima verlo. Él está muerto y también yo moriré pronto; ¿voy a quedarme aquí cuando su amado cuerpo se encuentra a merced de las olas? No te dejaré, esposo mío. Intentaré dejar de vivir.»

Con la primera luz del alba, Alcíone se dirigió a la costa, al cabo donde se había quedado contemplando a Ceice mientras él se alejaba en el barco. Al mirar al mar, vio algo a lo lejos, flotando en el agua. La marea subía, acercándolo cada vez más, hasta que Alcíone pudo ver que era un cadáver. Con el corazón encogido por la pena y el horror, lo observó flotar lentamente hacia ella. Y, cuando llegó junto al cabo, casi a su lado, vio que era él, Ceice, su esposo. Entonces Alcíone echó a correr y se

zambulló gritando: «¡Mi esposo, mi amado!», y luego, oh, maravilla, en lugar de hundirse en las olas voló sobre ellas: tenía alas, su cuerpo se había cubierto de plumas y se había transformado en un pájaro. Los dioses fueron misericordiosos, y lo mismo hicieron con Ceice: mientras ella volaba hacia el cuerpo, este desapareció y él, convertido en pájaro también, se reunió con ella. Su amor permaneció así inmutable. Se les ve siempre juntos, volando o montados en las olas.

Cada año hay siete días seguidos en los que el mar permanece quieto, en calma; ni un soplo de viento agita las aguas: son los días en que Alcíone incuba su nido que flota sobre el mar. Cuando las crías salen del huevo, se rompe el hechizo. Pero cada invierno llegan estos días de paz perfecta y, en honor a la amante esposa, se les llama Alciones o, más comúnmente, «los días del alción»,

> *Cuando los pájaros de la calma incuban sobre las olas encantadas.*

Pigmalión y Galatea

Esta historia la cuenta solo Ovidio, por lo que la diosa del amor se llama Venus. Es un magnífico ejemplo de la forma en que Ovidio disfraza los mitos, como ya se ha dicho en la Introducción.

Habia en Chipre un joven llamado Pigmalión, escultor de gran talento, que odiaba a las mujeres,

> *Ofendido por los muchos vicios que la naturaleza dio al alma femenina.*

Y decidió no casarse nunca; se decía que con su arte tenía suficiente. Sin embargo, la estatua que estaba creando y a la que dedicaba todo su genio representaba a una mujer. Quizá es que no le era tan fácil borrarse de la cabeza con tanta facilidad como borraba de su vida aquello que no le complacía; o quizá se había propuesto dar forma a una mujer perfecta, que sirviera

para que los hombres vieran las deficiencias de aquellas a las que tenían que soportar.

En cualquier caso, trabajó mucho y con gran dedicación en la estatua, y creó una obra de arte exquisita. Pero, por bella que fuera, no podía descansar tranquilo: seguía trabajando, y cada día la embellecía más con sus hábiles dedos. No había nacido mujer ni se había tallado estatua que pudiera comparársele. Cuando ya no pudo seguir perfeccionándola, su creador sintió algo extraño dentro de sí: se había enamorado, profunda y apasionadamente, de su propia creación. Hay que tener en cuenta, a modo de explicación, que la estatua no parecía una estatua; nadie hubiera pensado que era de marfil o piedra, sino de cálida carne humana que se había quedado inmóvil por un instante. Tal era el maravilloso poder de este desdeñoso joven. Había conseguido el logro supremo del arte: el arte de ocultar el arte.

Y, desde aquel momento, el sexo al que despreciaba obtuvo su venganza. Jamás hubo un amante entregado a una doncella viva tan desesperadamente infeliz como Pigmalión: besaba esos labios tentadores y no le devolvían el beso; acariciaba sus manos y su rostro, y eran insensibles; la tomaba entre sus brazos, y permanecía pasiva y fría. Durante un tiempo intentó fingir, como los niños con los juguetes: la vistió con ricas túnicas, buscando el efecto de un color delicado o brillante tras otro, y se la imaginaba encantada. Le traía los regalos preferidos de las doncellas de carne y hueso: pajarillos, flores alegres o las brillantes lágrimas de ámbar que lloran las hermanas de Faetón, y luego soñaba que ella se lo agradecía con ansioso afecto.

Cada noche la metía en la cama y la arropaba con ropas suaves y cálidas, como hacen las niñas con sus muñecas. Pero él no era un niño: no podía seguir fingiendo y terminó por rendirse.

Amaba a un objeto sin vida y era total y absolutamente desdichado.

Esta singular pasión no pudo pasar inadvertida a los ojos de la diosa del amor apasionado. A Venus le llamó la atención, pues rara vez se presentaba algo así en su camino: una nueva clase de amor. Y decidió ayudar a ese joven capaz de estar enamorado y de ser original a la vez.

La festividad de Venus se celebraba de forma especial en Chipre, por supuesto, pues fue la primera isla en recibir a la diosa cuando esta surgió de la espuma. Se le ofrecían multitud de novillas blancas como la nieve, con los cuernos abrillantados; el delicioso aroma del incienso se extendía por toda la isla desde sus muchos altares y la muchedumbre atestaba sus templos; no había un solo enamorado infeliz que no se presentara allí con su ofrenda, rogándole ser correspondido. Y allí estaba también Pigmalión, obviamente. El joven osó pedirle a la diosa que le encontrara una doncella como su estatua, pero Venus sabía qué anhelaba en realidad y, como señal de que acogía su plegaria, la llama del altar ante el que se encontraba se alzó tres veces, resplandeciendo en el aire.

Impresionado ante tan buen presagio, Pigmalión volvió a su casa, a su amor, la creación a la que había entregado su corazón. Allí seguía ella, en su pedestal, cautivadora en su hermosura. Él la acarició y de inmediato retiró la mano. ¿Se engañaba a sí mismo o parecía cálida al tacto? Besó sus labios con un beso largo y lento, y los sintió volverse suaves bajo los suyos. Tocó sus brazos, sus hombros, y notó que la dureza cedía; era como cera derretida bajo el sol. Tomó su muñeca: tenía pulso. «Venus… —pensó—. Esto es obra de la diosa.» Y con indecible gratitud y alegría rodeó a su amada con sus brazos y la vio sonreír ante sus ojos y ruborizarse.

La propia Venus honró la boda con su presencia, pero no sabemos qué ocurrió, excepto que Pigmalión llamó a la doncella Galatea y que su hijo, Pafo, dio su nombre a la ciudad favorita de Venus, Pafos.

Baucis y Filemón

Ovidio es la única fuente para esta historia, que muestra especialmente bien su amor a los detalles y la habilidad con la que los usa para hacer que un cuento de hadas parezca más realista. Se emplean los nombres latinos de los dioses.

En las montañas de Frigia hubo una vez dos árboles a los que todos los campesinos de esa y otras zonas señalaban como una gran maravilla, lo que no es de extrañar: aunque habían crecido de un solo tronco, uno era un roble y el otro un tilo. La historia de cómo sucedió da fe del inconmensurable poder de los dioses, y también de la forma que tienen de recompensar a los humildes y piadosos.

Algunas veces, cuando Júpiter estaba cansado de comer ambrosía y beber néctar en el Olimpo, e incluso un poco harto de escuchar la lira de Apolo y de ver a las ninfas danzar, bajaba a la tierra, disfrazado de mortal, en busca de aventuras. Su compañía favorita en esos vagabundeos era Mercurio, el dios más divertido, más astuto e ingenioso. En esta visita en concreto, Júpiter había decidido averiguar lo hospitalaria que era la gente de Frigia. Obviamente, la hospitalidad era muy importante para él, ya que todo invitado, todo aquel que buscara cobijo en una tierra extraña, se encontraba bajo su especial protección.

Por tanto, los dos dioses tomaron la apariencia de pobres caminantes y vagaron por la tierra, llamando a la puerta tanto de las humildes cabañas como de las magníficas casas a las que llegaban, pidiendo comida y un lugar donde descansar. Nadie les admitió; en todas partes les despachaban de malos modos y les

cerraban la puerta en las narices. Probaron con cientos, pero todos les trataron de la misma forma hasta que llegaron a una casucha de lo más humilde, más pobre que ninguna hasta entonces, con un tejado hecho solo de juncos. Pero, cuando llamaron a la puerta, esta se abrió por completo y una voz risueña les pidió que entraran. Tuvieron que agacharse para hacerlo, pero una vez dentro se encontraron en una habitación cómoda y muy limpia, donde amablemente les recibió una pareja de ancianos de expresión amistosa que les invitaron a ponerse cómodos.

El anciano colocó un banco cerca del fuego y les dijo que se tendieran allí y descansaran sus exhaustos miembros, mientras la anciana les ponía una suave manta encima. Su nombre era Baucis, le dijo a los extranjeros, y su esposo se llamaba Filemón. Habían vivido en esa choza toda su vida de casados y siempre habían sido felices.

—Somos gente pobre —explicó Baucis—, pero la pobreza no es tan mala cuando la aceptas de buen grado, y tener el espíritu satisfecho ayuda bastante.

Mientras hablaba, la mujer se afanaba en trabajar para ellos. Atizó el carbón que había bajo las cenizas en la oscura chimenea, hasta que empezó a arder el fuego. Sobre él, colgó un pequeño caldero lleno de agua y, cuando empezó a hervir, Filemón trajo una hermosa col que había tomado del jardín y la echó al caldero con un trozo de cerdo que colgaba de la viga; mientras se hacía la comida, Baucis puso la mesa con sus temblorosas y viejas manos. Una de las patas de la mesa era demasiado corta, pero ella la calzó con un trozo de plato roto. Sirvió aceitunas, rábanos y unos huevos que había cocido en las cenizas; para entonces, la col y el cerdo estaban ya listos, de modo

que Filemón arrastró dos desvencijados divanes hasta la mesa y pidió a sus invitados que se reclinaran y comiesen.

Poco después, el hombre llevó a la mesa unas copas de haya y una jarra de loza que contenía algo de vino, abundantemente diluido en agua y muy parecido al vinagre. Pero se notaba que Filemón estaba orgulloso de haber añadido ese detalle a la cena y estuvo atento a rellenar las copas en cuanto se vaciaban. Los dos ancianos estaban tan satisfechos y entusiasmados por el éxito de su hospitalidad que tardaron en darse cuenta de una cosa: la jarra seguía llena. Por muchas copas que se sirvieran, el nivel del vino seguía siendo el mismo, casi hasta el borde. Al ver esta maravilla, se miraron el uno al otro horrorizados y, tras bajar los ojos, empezaron a rezar en silencio. Luego, temblándoles la voz y todo el cuerpo, pidieron perdón a sus invitados por el pobre refrigerio que les habían ofrecido.

—Tenemos un ganso —dijo el anciano—, que debíamos haber dado a sus señorías. Pero, si esperan, lo haremos enseguida.

Atrapar el ganso resultó imposible para las pobres fuerzas de la pareja: lo intentaron en vano hasta quedar exhaustos, mientras Júpiter y Mercurio observaban la escena muy entretenidos. Cuando tanto Filemón como Baucis decidieron rendirse, jadeantes y exhaustos, los dioses creyeron que era el momento de actuar ante quienes tan amables habían sido.

—Habéis sido anfitriones de los dioses —les anunciaron—, y tendréis vuestra recompensa. Este malvado país que desprecia al pobre extranjero será duramente castigado, mientras que vosotros os salvaréis.

Llevaron a la pareja a la puerta y les pidieron que miraran a su alrededor. Para asombro de los ancianos, todo lo que veían era agua: el país entero había desaparecido. Solo les rodeaba un gran lago. Sus vecinos no habían sido precisamente buenos pa-

ra con ellos y sin embargo, ahí de pie, ambos les lloraron. Pero sus lágrimas se secaron en cuanto vieron la impresionante maravilla que los dioses les habían dado: ante sus ojos, la diminuta y humilde choza que hasta entonces había sido su hogar se convirtió en un imponente templo con columnas de inmaculado mármol y un tejado de oro.

—Buena gente —dijo Júpiter—, pedid lo que queráis y os será concedido.

Los ancianos intercambiaron susurros, y luego habló Filemón:

—Permítenos ser tus sacerdotes, custodiando este templo para ti y, ya que hemos vivido juntos durante tanto tiempo, permite que ninguno de nosotros tenga que vivir solo. Concédenos el morir a la vez.

Los dioses asintieron, muy complacidos con esta pareja, y durante mucho tiempo los ancianos sirvieron en el magnífico edificio. La historia no cuenta si alguna vez echaron de menos su pequeña y acogedora habitación con chimenea; pero un día, ante la magnificencia del mármol y el oro, comenzaron a hablar de su vida anterior, que había sido tan dura y a pesar de ello tan feliz. Eran ya muy viejos y de repente, mientras intercambiaban recuerdos, empezaron a brotarles hojas y a cubrirse de corteza. Tuvieron el tiempo justo de decirse «adiós, compañero querido», pues cuando las palabras salieron de sus labios, se convirtieron en árboles. Pero aún seguían juntos: el tilo y el roble crecieron con un solo tronco.

Mucha gente vino desde todas partes a admirar la maravilla, y, desde entonces, siempre hay coronas de flores colgando de sus ramas en honor a la compasiva y fiel pareja.

ENDIMIÓN

He tomado este relato de Teócrito, poeta del siglo III *que lo cuenta con el auténtico estilo griego: simple y moderado.*

Este joven, de tan célebre nombre, tiene una historia muy breve. Algunos poetas dicen que era rey, otros que cazador, pero la mayoría afirma que era pastor y todos coinciden en que poseía una belleza sin par y que esta fue la causa de su singular destino.

Endimión el pastor
mientras guardaba su rebaño,
ella, la luna, Selene,
lo vio, se enamoró de él y siguiéndolo,
descendió desde el cielo
hasta el claro de Latmos,
lo besó, y yació junto a él.
Bendita es su fortuna.
Eternamente duerme,
sin agitarse ni dar vueltas,
Endimión el pastor.

Y nunca se despertó para ver esa brillante figura de plata que se inclina sobre él. En todos los relatos duerme para siempre; inmortal, pero sin recobrar la consciencia. Maravillosamente bello, yace en la ladera de la montaña, inmóvil y distante como si estuviera muerto, aunque sigue caliente y vivo, y noche tras noche la luna le visita y le cubre de besos. Se dice que este mágico sopor fue cosa de ella, que lo arrulló hasta dormirlo para tenerlo siempre a mano y acariciarlo cuanto quisiera. Pero se dice también que su pasión le trajo solo una gran carga de dolor, y el peso de muchos suspiros.

Dafne

Únicamente Ovidio cuenta esta historia. Solo podía haberla escrito un romano: un poeta griego nunca hubiera pensado en un vestido y un peinado tan elegantes para la ninfa del bosque.

Dafne era otra de esas jóvenes cazadoras independientes que rechazan el amor y el matrimonio y que tan a menudo se encuentran en los relatos mitológicos. Se dice que había sido el primer amor de Apolo y no es de extrañar que huyera de él: una doncella tras otra, las desventuradas a las que amaban los dioses, habían acabado matando a sus hijos o suicidándose. Lo máximo a lo que podían aspirar era el exilio, y para muchas eso era peor que la muerte. Las ninfas del océano que visitaron a Prometeo en el risco del Cáucaso hablaron con toda la razón del mundo cuando le dijeron:

Nunca podrás, oh, nunca, contemplarme
compartiendo cama con un dios.
Puede que ninguno de los moradores del cielo
se tumbe junto a mí nunca.
Semejante amor, como el de los dioses en las alturas conocen,
a cuyos ojos nada puede ocultarse,
nunca puede ser mío.
Luchar contra un dios amante no es luchar,
es desesperarse.

Dafne habría estado completamente de acuerdo, pero en realidad tampoco quería un amante mortal. Su padre, el dios-río Peneo, estaba ya cansado de verla rechazar a todos los jóvenes apuestos y solteros que la pretendían. Con cariño, la reñía y se lamentaba: «¿Es que no voy a tener un nieto nunca?». Pero, cuando ella le echaba los brazos al cuello y le hacía mimos, «padre querido, permíteme ser como Diana», él cedía y ella ponía rumbo a las profundidades del bosque, dichosa con su libertad.

Pero todo esto se acabó el día en que Apolo se fijó en ella. Dafne estaba cazando, con su vestido corto hasta la rodilla, los brazos desnudos y el cabello hecho un completo desorden. Y aun así, estaba arrebatadora. Apolo pensó: «¿Por qué no va vestida adecuadamente ni lleva el pelo bien arreglado?». La idea hizo que el fuego que devoraba su corazón ardiera aún con más intensidad y comenzó a perseguirla. Dafne salió huyendo, y era una magnífica corredora; durante un rato, al mismo Apolo le costó alcanzarla aunque, por supuesto, terminó por conseguirlo. Mientras corría, él alzaba su voz suplicándole.

—No temas —decía—. Detente y mira que no soy un rudo aldeano ni un pastor. Soy el señor de Delfos, y te amo.

Pero Dafne seguía corriendo, aún más atemorizada que antes. Si realmente era Apolo quien la seguía, el asunto no tenía solución, aunque estaba decidida a luchar hasta el final. No había salida; sentía su aliento en el cuello, y entonces, los árboles se abrieron frente a ella, y vio el río de su padre. Gritó:

—¡Ayúdame, padre, ayúdame!

Y, diciendo estas palabras, cayó sobre ella un lento entumecimiento: los pies parecieron clavarse en la tierra por la que había corrido tan rápido. La corteza la envolvía, las hojas brotaban. Se había transformado en un árbol, un laurel.

Apolo contempló la transformación con consternación y dolor.

—Oh, la más hermosa entre las doncellas, ya no te tendré —gimió—, pero al menos serás mi árbol. Con tus hojas, se ceñirá la frente de mis victorias. Formarás parte de todos mis triunfos. Apolo y su laurel estarán unidos para siempre en todas las canciones que se canten y las historias que se cuenten.

Y el bello árbol de hojas brillantes pareció asentir, como si diera su consentimiento.

Alfeo y Aretusa

Solo Ovidio cuenta este relato en su totalidad. No hay nada reseñable en su forma de tratar la historia. El verso del final está tomado del poeta alejandrino Mosco.

En Ortigia, una isla que formaba parte de Siracusa, la ciudad más grande de Sicilia, existe un manantial sagrado llamado Aretusa. Pero hubo un tiempo en el que Aretusa no era agua, ni siquiera una ninfa acuática, sino una bella y joven cazadora, discípula de Artemis. Al igual que su señora, no quería tener nada que ver con los hombres; y, también como a ella, le encantaban la caza y la libertad del bosque.

Un día, cansada y acalorada tras una cacería, encontró un río de agua cristalina bajo la sombra de unos sauces plateados. No se le ocurría un lugar más placentero para darse un baño, así que se desvistió y se metió en el agua deliciosamente fresca. Durante unos momentos nadó ociosamente, de un lado para otro, en absoluta paz. Entonces pareció sentir algo que se movía a sus pies, en las profundidades. Asustada, volvió de un brinco a la orilla y, al hacerlo, oyó una voz: «¿Por qué tanta prisa, hermosa doncella?». Sin mirar atrás, echó a correr en dirección a los bosques, con toda la velocidad que el miedo le daba. Alguien la estaba siguiendo muy de cerca, alguien más fuerte, si no más veloz, que ella. El desconocido le pidió que se detuviera y le dijo que era el dios del río, Alfeo, y que solo la seguía porque la amaba. Pero ella no quería nada con él: su único pensamiento era escapar. Fue una carrera larga, pero era obvio que él podía estar corriendo mucho más tiempo que ella y Aretusa terminó por rendirse, llamando a su señora. No fue en vano: Artemis la convirtió en manantial y abrió una hendidura en la tierra de manera que se creó un túnel bajo el mar desde Grecia hasta Sicilia. Aretusa se sumergió y emergió en Ortigia: el lugar

en el que borbotea su manantial es ahora un lugar sagrado, dedicado a Artemis.

Sin embargo, se dice que ni así se libró de Alfeo. La historia cuenta que el dios, transformado de nuevo en río, la siguió por el túnel y ahora su agua se mezcla en la fuente con la de ella. A menudo, también se dice que pueden verse flores griegas surgiendo del fondo, y que si una copa de madera se arroja en el Alfeo en Grecia, reaparecerá en la fuente de Aretusa en Sicilia.

Alfeo se abrió camino bajo el mar con sus aguas,

viajó hasta Aretusa con regalos de boda, bellas hojas y flores.

Extrañas fórmulas tiene el amor, niño bribón, artífice de travesuras.

Que con su magia enseñó a bucear a un río.

III

La búsqueda del Vellocino de Oro

Este es el título de un poema largo, muy popular en la época de los clásicos, que escribió Apolonio de Rodas en el siglo III *. Cuenta la historia completa de la búsqueda, salvo la parte sobre Jasón y Pelias, que he tomado de Píndaro. Es el tema de una de sus odas más famosas, escrita en la primera mitad del siglo* V *. Apolonio termina su poema con el regreso de los héroes a Grecia. Yo he añadido el relato de lo que Jasón y Medea hicieron allí, tomándolo del poeta trágico Eurípides, del siglo* V *, que lo convirtió en el tema de una de sus mejores obras.*

Estos tres escritores son muy distintos entre sí. No hay prosa que nos pueda dar una idea de Píndaro, excepto, quizá, algo de su singular habilidad para la vívida y minuciosa descripción del detalle. Los lectores de la Eneida *recordarán a Virgilio al leer a Apolonio. La diferencia entre la Medea de Eurípides, la heroína de Apolonio y la Dido de Virgilio es un buen indicativo de lo que suponía para ellos una tragedia griega.*

El primer héroe de Europa en emprender un gran viaje fue el líder de la búsqueda del Vellocino de Oro. Se supone que vivió una generación antes que el viajero griego más famoso, el héroe de la *Odisea* . Era, por supuesto, un viaje por agua; al no haber calzadas, los ríos, lagos y mares eran las únicas carreteras. Pero el viajero afrontaba, por mar, los mismos peligros que por tierra: los barcos no navegaban de noche, y cualquier lugar en el que hicieran escala podía albergar un monstruo o un brujo, y resultar más nefastos que la peor tormenta o el naufragio. Hacía falta mucho coraje para viajar, especialmente para salir de Grecia.

Ninguna historia da fe de ello como la narración de lo que sufrieron los héroes del *Argo* para encontrar el Vellocino de

Oro. De hecho, se puede dudar que haya habido alguna vez un viaje en el que los marineros afrontaran tantos y tan variados peligros. Pero todos los miembros de la tripulación eran héroes de renombre, algunos de ellos los más destacados de Grecia, y siempre estuvieron a la altura de los desafíos que se encontraron.

El relato del Vellocino de Oro comienza con un rey griego llamado Atamante que, harto de su esposa, la repudió y se casó con otra, la princesa Ino. Néfele, la primera esposa, temía por sus dos hijos, especialmente el menor, Frixo. Pensaba que la segunda esposa intentaría matarlo para que su propio hijo pudiera heredar el reino, y no se equivocaba. Esta segunda esposa provenía de una gran familia: su padre era Cadmo, el magnífico rey de Tebas, y tanto su madre como sus tres hermanas eran mujeres de conducta impecable. Pero ella, Ino, estaba decidida a acabar con el muchacho, e ideó un elaborado plan para conseguirlo. De algún modo, se apoderó de todo el trigo y lo secó antes de que los hombres salieran a sembrar, por lo que obviamente no hubo cosecha alguna. Cuando el rey mandó a un enviado a preguntar al oráculo qué debía hacer ante tan angustiosa situación, Ino convenció —o, mejor dicho, sobornó— al mensajero para que dijera que el oráculo había declarado que el trigo no volvería a crecer a menos que se le ofreciera el joven príncipe como sacrificio.

Amenazado por la hambruna, el pueblo forzó al rey a ceder y permitir la muerte del muchacho. Para los griegos de las épocas posteriores, la idea de tal sacrificio resultaba tan horrorosa como para nosotros, y cuando era parte importante de una historia casi siempre lo cambiaban por algo menos impactante. Tal y como nos ha llegado este relato, cuando el niño había sido conducido hasta el altar, un maravilloso carnero de piel dorada los

secuestró a él y a su hermana, y se los llevó volando de allí; Hermes le había enviado en respuesta a las oraciones de su madre. Mientras atravesaban el estrecho que separa Europa de Asia, la muchacha, de nombre Hele, se resbaló y cayó al agua, ahogándose. Por eso le dieron su nombre al estrecho: el Helesponto o mar de Hele. El muchacho llegó sano y salvo a tierra, al país de los cólquidas, en el río Hostil (el mar Negro, que todavía no se había vuelto amigo). Los cólquidas eran un pueblo fiero, pero fueron amables con Frixo: de hecho, el rey Eetes le permitió casarse con una de sus hijas. Resulta extraño que luego Frixo sacrificara a Zeus el carnero que le había salvado la vida en señal de agradecimiento, pero así fue, y entregó el precioso Vellocino de Oro al rey Eetes.

El tío de Frixo era, por derecho, rey de Grecia, pero su reino le había sido arrebatado por su sobrino, llamado Pelias. Este se había encargado de enviar en secreto al joven hijo del rey, Jasón —heredero legítimo del trono—, a un lugar seguro muy lejos y, cuando creció, Jasón regresó para reclamarle el reino a su malvado primo.

Un oráculo había informado al usurpador Pelias de que moriría a manos de sus parientes, y de que debía estar atento a quien viera calzado con una sola sandalia. Y llegó el día en que apareció en la ciudad un hombre así; llevaba, efectivamente, un pie desnudo, aunque en todo lo demás iba bien vestido: lucía una indumentaria que se adaptaba perfectamente a sus espléndidos miembros y, sobre los hombros, una piel de leopardo. No se había esquilado la brillante melena, así que los mechones de cabello le caían en rizos por la espalda. El hombre se dirigió a la ciudad sin ningún temor aparente, y llegó hasta el mercado en plena hora punta.

Nadie lo conocía, pero unos y otros se preguntaban: «¿Puede que sea Apolo? ¿O el señor de Afrodita? No puede ser uno de los audaces hijos de Poseidón, pues están todos muertos». Pelias llegó corriendo al oír las noticias y, al ver la sandalia única, sintió miedo; pero supo esconder ese terror en su corazón cuando se dirigió al extraño:

—¿Cuál es tu patria? Nada de mentiras odiosas y deshonrosas, te lo suplico. Dime la verdad.

Con muy buenas maneras, el otro contestó:

—He venido a mi hogar para recuperar el antiguo honor de mi casa, esta tierra que ya no está gobernada por derecho, y que Zeus entregó a mi padre. Soy tu primo, y me llaman Jasón. Debemos regirnos por las leyes, no recurrir a luchas descarnadas con espadas o lanzas. Así que conserva todas las riquezas que has tomado, los rebaños, las manadas de ganado y los campos, pero entrégame el cetro soberano y el trono, para que de ellos no surja ninguna diabólica disputa.

Pelias le brindó una respuesta fácil:

—Así será. Pero primero hay que hacer algo: el muerto Frixo nos insta a devolver el Vellocino de Oro y restaurar así su espíritu en lo que fue su hogar. El oráculo lo manda. Pero a mí ya me pesan los años, mientras que en ti está empezando a florecer ahora la flor de la juventud. Ve en su busca y juro con Zeus como testigo que te entregaré el reino y la soberania.

Esto le dijo Pelias, creyendo en el fondo de su corazón que nadie podía sobrevivir a tal propósito.

Pero, para Jasón, la idea de una gran aventura resultaba maravillosa. Aceptó el trato y propagó a los cuatro vientos que se iba a tratar de un gran viaje. Los jóvenes de Grecia se unieron encantados al reto: todos los mejores y más nobles se apuntaron a la expedición. Hércules, el mayor de todos los héroes, es-

taba allí; Orfeo, el maestro músico; Cástor con su hermano Pólux; el padre de Aquiles, Peleo, y muchos otros. Hera apoyaba a Jasón, y fue ella quien despertó en los jóvenes el deseo de no quedarse atrás bebiendo a sorbitos una vida sin riesgos junto a su madre, sino unirse a sus compañeros para apurar, aun al precio de la muerte, el incomparable elixir del valor.

Los expedicionarios zarparon en el barco *Argo* : Jasón tomó en sus manos una copa dorada y, arrojando un trago de vino al mar, solicitó ayuda a Zeus, cuya lanza es el rayo que les abriría camino.

Grandes peligros les aguardaban y algunos de ellos pagarían con su vida ese trago al incomparable elixir del valor. Primero hicieron escala en Lemnos, una extraña isla donde solo vivían mujeres. Las lemnitas se habían sublevado contra los hombres y los habían matado a todos excepto a uno, el anciano rey; su hija, Hipsípila, la líder de las mujeres, había salvado a su padre embarcándole en un viejo cascarón en el que consiguió ponerse a salvo. A pesar de su fiereza, estas criaturas les dieron la bienvenida a los Argonautas, y contribuyeron a su viaje regalándoles ricas viandas, vino y ropas antes de que zarparan de nuevo.

Poco después de dejar Lemmos, los Argonautas perdieron a Hércules. Un muchacho llamado Hilas, su escudero, que le era muy querido, cayó al agua mientras llenaba su cántaro en un manantial, arrastrado por una ninfa acuática que vio el rosado rubor de su belleza y sintió deseos de besarlo. Tendió los brazos alrededor del cuello del joven y lo arrastró a las profundidades; no volvieron a verlo nunca más. Hércules lo buscó desesperadamente por todas partes, gritando su nombre y adentrándose cada vez más en el bosque, lejos del mar. Había olvidado el Vellocino, el *Argo* y a sus camaradas: todo menos a Hilas. No regresó, y finalmente tuvieron que zarpar sin él.

Su siguiente aventura fue con las Harpías, espantosas criaturas voladoras de picos ganchudos y garras, que siempre dejan tras de sí un repugnante hedor que enferma a todo ser vivo. Los Argonautas habían anclado el barco para pasar la noche en un lugar donde vivía un solitario y desdichado anciano, a quien Apolo, el que cuenta la verdad, había otorgado el don de la profecía. El hombre adivinaba infaliblemente lo que iba a ocurrir y esto no gustaba nada a Zeus, que siempre prefería envolver en misterio lo que hacía (lo cual era, a su vez, muy sensato en opinión de todos los que conocían a Hera). Así que infligió un terrible castigo al anciano: cada vez que estaba a punto de cenar, las Harpías, a las que llaman «la jauría de Zeus», se lanzaban en picado y profanaban su comida, dejándola tan repugnante que nadie querría acercarse a ella, y mucho menos comérsela. Cuando los Argonautas vieron a ese pobre y anciano ser, llamado Fineo, parecía un espectro, arrastrándose sobre sus pies atrofiados, temblando de debilidad, todo huesos y piel. Fineo les dio la bienvenida amablemente y les rogó ayuda; gracias a su don profético, él sabía que solo podía defenderse de las Harpías con dos hombres que formaban parte de la tripulación del *Argo* : los hijos de Bóreas, el gran viento del norte. Inmediatamente, estos dos prometieron brindarle auxilio.

Mientras los demás le preparaban a Fineo algo de comer, los hijos de Bóreas se situaron tras él con las espadas desenvainadas. Apenas se había llevado el anciano a los labios el primer bocado, los odiosos monstruos se precipitaron como flechas desde el cielo y en un momento lo devoraron todo y levantaron el vuelo, dejando tras de sí su insoportable hedor; los veloces hijos del viento del norte las siguieron hasta alcanzarlas y ensartarlas con sus espadas. Seguramente las hubieran hecho pedazos si Iris, la colorida mensajera de los dioses, no se lo hubieran impedido surcando el cielo a toda velocidad: debían abste-

nerse de matar a la jauría de Zeus, les dijo, pero también les juró por las aguas del Éstige, juramento que no podía romperse nunca, que jamás volverían a molestar a Fineo. Así que los dos volvieron muy satisfechos a consolar al anciano, que, de la alegría, pasó la noche entera celebrando una fiesta con los héroes.

También les dio sabios consejos acerca de los peligros que les aguardaban, en especial sobre las rocas Cianeas o Simplégades, que entrechocaban constantemente entre sí mientras el mar rugía a su alrededor. La única manera de atravesarlas, les dijo, era mandar como avanzadilla una paloma; si ella pasaba sin problemas, ellos también lo harían. Pero si la paloma se quedaba atrapada entre las rocas, debían dar marcha atrás y renunciar al Vellocino de Oro.

Partieron a la mañana siguiente —con una paloma, claro está— y pronto tuvieron a la vista las enormes Simplégades. Pasar entre ellas parecía imposible, pero liberaron a la paloma y la siguieron con la mirada: voló entre los escollos y llegó al otro lado sin percances. Solo unas cuantas plumas de la cola se le quedaron atrapadas entre las rocas, hechas jirones, cuando chocaron de nuevo. Los héroes la siguieron a toda velocidad y, a su paso, las rocas se separaron; los remeros se emplearon entonces a fondo y consiguieron pasar al otro lado, sanos y salvos. Pero no les sobró ni un segundo: al chocar de nuevo, las rocas llegaron a aprisionar el extremo de la popa. Eso sí, una vez que ellos pasaron, las rocas se unieron firmemente entre sí y nunca más han provocado desgracia alguna a los marineros.

No lejos de allí se encontraba el país de las mujeres guerreras, las Amazonas; hijas, por extraño que parezca, de la más pacífica de las ninfas, la dulce Harmonía. Pero su padre era Ares, el terrible dios de la guerra, y habían salido a él, no a su madre. Los héroes habrían estado encantados de hacer un alto en su

camino y enfrentarse a ellas —y eso que no sería una batalla exenta de sangre, ya que las Amazonas eran crueles enemigos —; pero tenían el viento a su favor y decidieron continuar. Avistaron el Cáucaso al pasar, vieron a Prometeo en su roca en lo alto, y oyeron el aleteo de las enormes alas del águila al precipitarse sobre su sangriento festín. No se detuvieron ante nada, y ese mismo día, a la caída del sol, llegaron a la Cólquida, el país del Vellocino de Oro.

Pasaron la noche al acecho de cualquier peligro, pues no contaban con más auxilio que su propio valor. No sabían que arriba en el Olimpo se celebraba una consulta sobre ellos: preocupada por el peligro en el que se hallaban, Hera fue a pedir la ayuda de Afrodita. Esta visita sorprendió a la diosa del Amor, ya que la esposa de Zeus no se consideraba amiga suya; pero quedó impresionada de que la gran reina del Olimpo le suplicara ayuda, y prometió hacer todo lo que pudiera. Juntas acordaron un plan excelente para Jasón: que el hijo de Afrodita, Cupido, hiciera que la hija del rey de los cólquidas se enamorara de él. La doncella, cuyo nombre era Medea, poseía una magia muy poderosa, y sin duda podría salvar a los Argonautas si usaba sus oscuros conocimientos a favor de ellos. Así que Afrodita visitó a Cupido y le dijo que le regalaría un precioso juguete, un balón de oro brillante y esmalte azul oscuro, si hacía lo que ella quería. A Cupido le encantó el juguete, así que agarró su arco y su aljaba y se apresuró a recorrer los cielos en dirección a la Cólquida.

Mientras tanto, los héroes habían partido hacia la ciudad para pedirle el Vellocino de Oro al rey. Durante el camino consiguieron evitar todos los problemas porque porque Hera los envolvió en una espesa niebla, de manera que llegaron al palacio sin ser vistos. La niebla se disipó cuando alcanzaron la entrada

y los celadores, viendo al instante al grupo de espléndidos jóvenes extranjeros, les hicieron entrar cordialmente y avisaron al rey de su presencia.

Este llegó al momento y les dio la bienvenida. Sus sirvientes se apresuraron a prepararles un gran recibimiento, encendiendo fuegos, calentando agua para los baños y preparando comida. En medio de este ajetreo entró sigilosamente en escena la princesa Medea, que sentía curiosidad por ver a los visitantes. Cuando sus ojos se posaron en Jasón, Cupido sacó su arco y rápidamente disparó una flecha al corazón de la doncella, que allí mismo ardió como una llama y se derritió con suave dolor, mientras su rostro se volvía primero blanco y luego rojo. Sorprendida y desconcertada, Medea se retiró con sigilo a sus aposentos.

No fue hasta después de que los héroes se hubieran bañado y repuesto tras la carne y el vino cuando el rey Eetes pudo preguntarles quiénes eran y por qué estaban allí: interrogar a un invitado antes de atender a sus necesidades se consideraba una absoluta falta de cortesía. Jasón le contestó que ellos eran todos hombres de noble linaje, hijos o nietos de dioses, que habían navegado desde Grecia con la esperanza de que él accediera a entregarles el Vellocino de Oro a cambio de cualquier servicio que requiriera de ellos. Podían derrotar a sus enemigos por él o hacer cualquier otro servicio que creyera oportuno.

Una gran ira inundó el corazón del rey Eetes en cuanto escuchó estas palabras. No le gustaban los extranjeros, y menos los griegos; los quería lejos de su país, y se dijo: «Si estos extraños no hubieran comido en mi mesa, les mataría». En silencio, meditó lo que debía hacer, y se le ocurrió un plan.

Le dijo a Jasón que no albergaba resentimiento alguno contra los hombres valientes y que si ellos demostraban serlo

les entregaría el Vellocino.

—Y la prueba de vuestro valor —dijo— no será más de lo que yo mismo ya he hecho.

Esto era: uncir dos toros de su propiedad, que tenían las pezuñas de bronce y el aliento de fuego, y con ellos arar un campo. Luego, a modo de semillas, debían plantar en los surcos los dientes de un dragón, de los que inmediatamente surgiría una cosecha de hombres armados, a los que tendrían que aniquilar cuando la espantosa cosecha se dispusiera a combatir.

—Todo eso lo he hecho yo mismo —dijo—, y no entregaré el Vellocino a nadie menos valiente que yo.

Por un momento Jasón se quedó sentado, sin habla. La contienda parecía imposible, superior a las fuerzas de cualquiera. Finalmente, contestó:

—Realizaré la prueba, por monstruosa que resulte, aunque sea mi destino morir.

Y, dicho esto, se levantó y llevó a sus camaradas de vuelta al barco a pasar la noche. Sin embargo, tras él iban los pensamientos de Medea: durante horas, aunque él ya hubiera abandonado el palacio, a ella le pareció estar viendo su belleza y su gracia, y oyendo las palabras que había pronunciado. Como intuía las intenciones de su padre, su corazón se encogía de miedo por el griego.

De vuelta en el barco, los héroes celebraron una asamblea, en la que uno tras otro instaron a Jasón a que les permitiera realizar la prueba en su lugar, pero fue en vano; Jasón no dio su brazo a torcer ante ninguno. Mientras hablaban, se les acercó uno de los nietos del rey, al cual Jasón había salvado la vida en cierta ocasión, y le habló de los poderes mágicos de Medea. No había nada que ella no pudiera hacer, explicó: controlar las estrellas, la luna… Si pudieran convencerla de que les ayudara, Jasón se-

ría capaz de conquistar a los toros y a los hombres de dientes de dragón. El plan parecía el único en ofrecer cierta esperanza y le dijeron al príncipe que volviera para intentar convencer a Medea, ignorantes de que el dios del Amor ya se había ocupado de ello.

Ella se encontraba sentada en su habitación, sola, llorando y reprochándose a sí misma haberse cubierto de deshonra al enamorarse tanto de un extraño, que ahora quería ceder a una pasión demente e ir contra su padre. «Mucho mejor morir», se dijo, tomando un cofre que contenía unas hierbas mortíferas; pero, allí sentada, pensó en la vida y en las maravillas que se encuentran en el mundo… y el sol le pareció entonces más cálido que nunca. Apartó el cofre y, sin más vacilación, decidió usar su poder a favor del hombre al que amaba. Tenía un ungüento mágico capaz de proteger a quien se lo frotara durante ese día: la planta de la que estaba hecho había florecido al caer la sangre de Prometeo sobre la tierra. Medea ocultó el ungüento en su pecho y fue a buscar a su sobrino, el príncipe a quien Jasón había ayudado. Lo encontró cuando él la estaba buscando a ella, para pedirle que hiciera exactamente lo que ya estaba decidida a hacer y ella, entonces, lo envió de vuelta al *Argo* para decirle a Jasón que se reuniera con ella cuando antes.

En cuanto recibió el mensaje, Jasón se puso en marcha y, por el camino, Hera lo envolvió en un halo de gracia, tan radiante que todo mortal se maravillaba al verlo. Cuando llegó adonde se encontraba Medea, a esta le pareció como si su corazón la abandonara para ir con el héroe. Sus ojos se nublaron y no tuvo fuerzas ni para moverse. Los dos permanecieron frente a frente sin pronunciar una sola palabra, como dos altos pinos cuando el viento está en calma. Pero los pinos producen un murmullo en cuanto el viento sopla; así pues, esta pareja, también agitada

por el soplo del amor, estaba destinada a confiarse su historia en mutua confidencia.

Él habló primero y le imploró que fuera complaciente con él: no podía sino tener esperanza, decía, porque su belleza mostraba una clara predisposición a hacer el bien. Ella no sabía cómo hablarle; solo quería derramar sus sentimientos. En silencio, sacó la caja de ungüento de su pecho y se la entregó. También le habría dado su alma, si se la hubiera pedido. Y entonces ambos clavaron los ojos en el suelo, cohibidos, y se cruzaron miradas de nuevo, sonriendo con el deseo del amor.

Medea habló por fin y le explicó cómo usar el encantamiento: si lo rociaba también sobre sus armas, las haría tan invencibles como a él. Si se lanzaban a atacarlo demasiados hombres de diente de dragón, debía arrojar una piedra entre ellos, lo que les haría volverse los unos contra los otros y matarse entre sí.

—Ahora debo regresar a palacio —añadió—. Cuando estés de nuevo a salvo en tu hogar recuerda a Medea, como yo te recordaré siempre a ti.

—No te olvidaré ni de noche ni de día. Si vienes a Grecia, serás venerada por lo que hiciste por nosotros, y nada, salvo la muerte, se interpondrá entre nosotros —contestó él con pasión.

Partieron; ella a palacio, a llorar por haber traicionado a su padre, él al barco para enviar a dos de sus hombres a por los dientes de dragón. Mientras tanto, probó el ungüento. Al tocarlo, se apoderó de él una fuerza terrible, irresistible, para alegría de sus hombres. Y aun así, en cuanto llegaron al campo donde les esperaba el rey de los cólquidas, en cuanto los toros salieron corriendo de su cubil escupiendo llamaradas de fuego, no pudieron evitar aterrorizarse. Pero Jasón resistió el envite de las terribles criaturas como una gran roca resiste el de las olas. Pri-

mero uno y luego el otro cayeron de rodillas y les pudo ajustar el yugo, dejando a todos admirados de su enorme valor. Luego les condujo por el campo, presionando el arado con fuerza y arrojando los dientes de dragón a los surcos. Cuando la siembra estuvo completada, comenzó a brotar la cosecha: de la tierra salían hombres con las armas alzadas que se precipitaban a atacarlo. Jasón recordó las palabras de Medea y arrojó una enorme piedra entre ellos. Con esto, los guerreros se volvieron unos contra otros, cayendo bajo sus propias lanzas mientras la sangre corría por los surcos. Así, la contienda de Jasón terminó en victoria, amarga para el rey Eetes.

El rey regresó al palacio, pensando en cómo traicionar a los héroes y jurando que jamás tendrían el Vellocino de Oro. Pero Hera tenía otros planes: hizo que Medea, desesperada por el amor y la tristeza, decidiera huir con Jasón. Con sigilo, la joven salió esa misma noche de la casa y recorrió deprisa el oscuro camino hasta el barco, donde los Argonautas estaban festejando su buena suerte, ajenos a todo mal. Medea les rogó de rodillas que la llevaran con ellos: debían coger el Vellocino de inmediato, y marcharse luego a toda velocidad o, de lo contrario, les matarían. Una terrible serpiente guardaba el Vellocino, pero ella la adormecería con arrullos para que no les hiciera daño. Habló angustiada, pero Jasón se enardecía escuchándola: dulcemente, la hizo alzarse para abrazarla, prometiéndole que sería su esposa cuando estuvieran de vuelta en Grecia.

Salieron todos, con la princesa, para dirigirse adonde ella les indicó y llegaron a la arboleda sagrada en donde colgaba el Vellocino. La serpiente que lo custodiaba era terrible, pero Medea se acercó a ella sin miedo y le cantó con dulzura una canción mágica que la hechizó, hasta que la bestia se quedó dormida. Rápidamente, Jasón descolgó la dorada maravilla del árbol en

que se encontraba y a toda prisa regresaron al barco, al que llegaron cuando rayaba el día. Los más fuertes se situaron en los remos y, remando a máxima potencia, bajaron el río rumbo al mar.

Para entonces, lo ocurrido ya había llegado a oídos del rey, que había enviado a su hijo (el hermano de Medea, Apsirto) en su busca. Este se puso a la cabeza de un ejército tan enorme que parecía imposible que la pequeña expedición de héroes pudiera derrotarlo ni escaparse. Pero Medea les salvó de nuevo, con una acción terrible esta vez: mató a su hermano. Algunos dicen que le envió recado de que estaba deseando volver a casa, que tenía el Vellocino y que se lo daría si se encontraba con ella en cierto lugar esa misma noche. Apsirto acudió confiado y Jasón lo mató, tiñendo de sangre la túnica plateada de la princesa, mientras esta se apartaba. Con su líder muerto, el ejército huyó a la desbandada y los héroes vieron el camino hacia el mar despejado.

Otros sostienen que Apsirto zarpó con Medea en el *Argo* —aunque no se explica por qué—, y que quien perseguía a ambos era el rey. Mientras su barco les ganaba terreno, la propia Medea asesinó a su hermano, troceó sus extremidades y las arrojó al mar. El rey se detuvo para recogerlas y el *Argo* se salvó.

Para entonces, las aventuras de los Argonautas casi habían llegado a su fin. Pero, antes, tuvieron que sortear un último peligro: volver a pasar entre la tranquila y escarpada roca de Escila y el remolino de Caribdis, del cual brota el mar a chorros, con feroces olas altas como montañas que rugen y se alzan hasta tocar el mismísimo cielo. Pero Hera se había ocupado de que las ninfas marinas estuvieran pendientes de guiar el barco a un lugar seguro.

Luego llegaron a Creta, donde hubieran atracado de no ser por Medea, que los previno de que allí vivía el último superviviente de la antigua raza de bronce, Talos, una criatura hecha de este metal excepto en un tobillo, su único punto vulnerable. Aún estaba hablando cuando apareció el temible ser, que amenazaba con destrozar el barco a pedradas si se acercaban más. Los héroes dejaron de remar y Medea se arrodilló, rogando a las hordas de Hades que acudieran a matarlo. Los terribles poderes del mal la escucharon: mientras el hombre de bronce agarraba un peñasco puntiagudo para lanzarlo contra el *Argo* , se raspó el tobillo y comenzó a sangrar a borbotones hasta que se hundió y murió, permitiendo que los héroes tomaran tierra y descansaran para afrontar el viaje que aún les quedaba por delante.

A su llegada a Grecia, los Argonautas se dispersaron. Cada héroe se fue a su hogar y Jasón y Medea llevaron el Vellocino de Oro a Pelias. Pero en su ausencia habían ocurrido cosas terribles: Pelias había obligado al padre de Jasón a suicidarse y su madre había muerto de pena. Decidido a castigar esta crueldad, Jasón recurrió a Medea para que le prestara la ayuda que nunca le había fallado. La princesa provocó la muerte de Pelias mediante un ingenioso ardid: les dijo a sus hijas que conocía un secreto para hacer al viejo joven de nuevo. Como demostración, troceó ante ellas un viejo carnero cargado de años, y echó los trozos en una olla de agua hirviendo. Luego pronunció un conjuro y, al instante, surgió del agua un corderito que echó a correr triscando. Las doncellas se quedaron convencidas. Medea dio a Pelias un potente somnífero y llamó a sus hijas para que lo trocearan. Ellas dudaron al principio, pues, aunque su deseo de hacerle joven de nuevo era enorme, no se decidían a trocear a su padre. Pero finalmente completaron la horrible tarea: pusieron los trozos en el agua, y se volvieron a Medea para

que pronunciara las palabras mágicas que le devolverían la juventud. Pero ella ya no estaba. Se había ido, del palacio y de la ciudad: horrorizadas, se dieron cuenta de que habían asesinado a su propio padre. Jasón se había vengado, por fin. Hay todavía otra historia en la que Medea devuelve a la vida al padre, lo convierte en joven de nuevo, y le confía a Jasón el secreto de la eterna juventud. Todo lo que hizo, lo bueno y lo malo, lo hizo solo por él, y la única recompensa que tuvo al final fue que él la traicionara.

Llegaron a Corinto tras la muerte de Pelias. Habían tenido dos hijos y todo parecía irles bien, aunque Medea acusaba la soledad del exilio. Pero el gran amor que sentía hacia Jasón le hacía olvidar la pérdida de su familia y de su país. Y entonces el héroe mostró la vileza que había en él, a pesar de su apariencia de brillante ciudadano: se comprometió a casarse con la hija del rey de Corinto. Era una unión espléndida y solo pensó en su ambición, olvidados el amor y la gratitud. En un primer momento, sorprendida ante la traición y presa de la angustia, Medea pronunció unas palabras que hicieron al rey de Corinto temer por su hija (debía de ser una persona particularmente confiada, si no había caído antes en que existía este riesgo), y le envió recado de que ella y sus hijos debían abandonar el país inmediatamente; un destino casi tan terrible como la muerte. Una mujer en el exilio con hijos pequeños e indefensos no encontraría protección ni para sí ni para sus niños.

Medea empezó a meditar sombríamente qué debía hacer y a cavilar sobre sus errores y miserias, deseando la muerte para acabar con una vida que ya no podía soportar; recordando con lágrimas a su padre y su hogar; estremeciéndose ante la sangre de su hermano y su padre que ya nada ni nadie podía limpiar de sus manos; consciente, por encima de todo, de la salvaje y

apasionada devoción que la había causado tanto mal y dolor. Mientras se hallaba inmersa en estos pensamientos, apareció Jasón y ella le miró en silencio. Él estaba allí, a su lado, pero ella se sentía muy lejos, sola con su amor ultrajado y su vida arruinada. Y Jasón hizo entonces un comentario que no ayudó en nada a templar los sentimientos de Medea: le dijo con frialdad que siempre había notado su falta de carácter y que, de no haber hecho aquel comentario estúpido y descuidado sobre su prometida, podía haberse quedado cómodamente en Corinto. Por otro lado, había hecho todo lo posible por ella: debía agradecerle que solo la fueran a desterrar, no a matarla. De hecho, le había sido difícil convencer al rey, pero no había escatimado esfuerzos y, si había ido a ella es porque nunca le fallaba a un amigo y quería asegurarse de que tenía oro suficiente, y todo lo necesario, para su viaje.

Esto ya era demasiado. Medea estalló, desbordándose en un torrente de acusaciones. «¿Tú vienes a mí?», le dijo,

A mí, ¿de toda la raza humana?

Mas está bien que vengas.

Porque así aliviaré la carga de mi corazón

haciendo tu vileza manifiesta.

Te salvé. Todos en Grecia lo saben.

Los toros, los hombres-dragón, la serpiente celadora del Vellocino,

los vencí. Te hice victorioso.

Sostuve la luz que te salvó.

Padre y hogar dejé

por un país desconocido.

Derroté a tus enemigos,

ideé para Pelias la peor de las muertes.

Ahora reniegas de mí.
¿Adónde iré? ¿De vuelta a casa de mi padre?
¿A la de las hijas de Pelias? Me he convertido por ti
en la enemiga de todos.
Yo misma no tenía pelea alguna con ellos.
Oh, he tenido en ti
un marido fiel, digno de ser admirado por los hombres.
Y ahora un exilio. Oh, Dios, oh, Dios.
Y nadie que me ayude. Estoy sola.

La respuesta de él fue que si se había salvado no había sido gracias a ella, sino a Afrodita, que había hecho que se enamorase de él y de hecho ella le debía mucho por habérsela llevado a un país civilizado como Grecia. También le dijo que le había hecho un gran favor permitiendo que se supiera cuánto había ayudado a los Argonautas, para que la gente la elogiara. Si hubiera mostrado un mínimo de sentido común, se habría mostrado feliz ante su matrimonio, ya que tal unión habría sido beneficiosa para ella y para los niños. El exilio era exclusivamente culpa suya.

Medea podía carecer de cualquier otra cualidad, pero no de inteligencia. No malgastó más palabras con él, excepto para rechazar su oro. No quería nada, ninguna ayuda de él. Jasón se marchó furioso. «Tu estúpido orgullo», le dijo,

Ahuyenta a todos aquellos que podrían ser amables.
Pero tú penarás más que nadie por ello.

Desde ese momento, Medea se propuso vengarse, y bien sabía cómo. Estaba decidida a matar a la prometida de Jasón, y luego… ¿luego? No quería pensar en más. «Su muerte primero», se dijo.

Entonces, sacó de un arcón su túnica más bella y, ungiéndola con una droga mortífera, la colocó en un cofre que les dio a sus hijos para que se lo llevaran a la novia. Debían pedirle, dijo, que les demostrara que aceptaba el regalo probándoselo al instante. Y así fue: la princesa los recibió cortesmente y accedió. Pero, en cuanto se lo puso, un fuego terrible y devorador la envolvió: cayó muerta, con el cuerpo calcinado.

Cuando Medea lo supo, su mente se llenó de un pensamiento aún más terrible: sus hijos ya no contaban con protección ni ayuda en ninguna parte. Como mucho, podían aspirar a una vida de esclavos. «No permitiré que vivan para extraños que los maltraten», pensó.

Morir a manos de otros más despiadados que yo...

No. Yo que les di la vida les daré la muerte.

Oh, ahora sin cobardía, sin un pensamiento sobre lo jóvenes que son,

lo amados, sobre cómo nacieron,

nada de eso, olvidaré que son mis hijos

un momento, un breve momento, y luego el dolor eterno.

Cuando llegó Jasón, ciego de furia por lo que le había hecho a su prometida y decidido a matarla, los dos niños ya estaban muertos. Medea estaba en el tejado de la casa, subiéndose a un carro tirado por dos dragones que se la llevaron, surcando el cielo, adonde ya no la vio más, mientras él la maldecía —a ella, nunca a sí mismo— por todas las desgracias que habían sucedido.

IV

Cuatro grandes aventuras

Faetón

Este es uno de los mejores relatos de Ovidio, que lo cuenta vívidamente, usando los detalles no solo como meros elementos decorativos, sino para resaltar el conjunto.

El palacio del Sol era un lugar radiante. El oro lo hacía brillar, el marfil relucir y las joyas centellear. Todo en él, por dentro y por fuera, lanzaba destellos, resplandecía y destellaba. Allí siempre era mediodía, y el crepúsculo nunca conseguía ensombrecer aquel esplendor. La oscuridad y la noche eran desconocidas en el palacio: pocos mortales podrían soportar esa luz de brillo constante durante mucho tiempo, pero también eran pocos los que habían dado con el camino hasta allí.

Sin embargo un día, un joven que era mortal por parte de madre se atrevió a entrar en él. Tenía que detenerse cada poco, deslumbrado, y frotarse los ojos, pero el motivo que le había llevado hasta allí era tan urgente que se mantuvo firme y siguió adelante, hacia el palacio, a través de las bruñidas puertas y hasta el salón del trono donde, rodeado por un brillo cegador y ardiente, se hallaba el dios Sol sentado. El muchacho ya no podía soportar más aquel resplandor que lo cegaba y se vio obligado a detenerse allí.

Nada escapa a los ojos del Sol, que vio al muchacho de inmediato y le miró muy amablemente:

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó.

—He venido —contestó el joven con osadía— para averiguar si eres mi padre o no. Mi madre dice que lo eres, pero los chicos de la escuela no me creen cuando digo que soy hijo tuyo, y

se ríen de mí. Se lo conté a mi madre y ella me dijo que viniera y te lo preguntara.

El Sol sonrió y se quitó su corona de luz, de forma que el muchacho pudo mirarlo sin fatiga.

—Ven aquí, Faetón —dijo—. Efectivamente, Clímene te dijo la verdad: eres mi hijo. Espero que no vayas a dudar también de mi palabra, pero aun así te lo demostraré: pídeme lo que quieras y lo tendrás. Invoco al Éstige, el río de los juramentos de los dioses, para que sea testigo de mi promesa.

Ciertamente, al observar el Sol surcando los cielos, Faetón solía decirse a sí mismo, con un sentimiento entre el temor y la emoción: «Ese de ahí arriba es mi padre». Y luego se preguntaba cómo sería subir a ese carro, guiando a los corceles a velocidades vertiginosas, iluminando el mundo. Ahora, ante las palabras de su padre, su descabellado sueño parecía posible. Al instante, exclamó:

—Lo que quiero es ocupar tu lugar, padre. Es lo único que deseo. Solo por un día, un solo día, déjame conducir tu carro.

El Sol se dio cuenta de lo insensato que había sido. ¿Por qué había asumido ese juramento fatal? ¿Por qué se había comprometido a concederle cualquier capricho a un jovenzuelo atolondrado?

—Querido muchacho —dijo—, eso es lo único no te podría conceder. Sé que no puedo negarme: lo he jurado por el Éstige, y si insistes mi obligación es ceder, pero no creo que lo hagas. Escucha mientras te cuento qué es lo que deseas. Tú eres tan hijo de Clímene como mío. Eres mortal, y ningún mortal puede conducir mi carro; de hecho, ningún dios puede conducirlo salvo yo, ni siquiera el soberano de los dioses. Piensa en la carretera: asciende desde el mar, tan empinada que los caballos apenas pueden remontarla, por muy frescos que salgan tras la au-

rora. En pleno cielo se está tan alto que hasta yo prefiero no mirar hacia abajo. Pero lo peor de todo es el descenso: resulta tan precipitado que los dioses del mar que me esperan se asombran de que consiga no caerme de cabeza. Guiar a los caballos es otra lucha continua; su fogosidad aumenta según van ascendiendo y apenas se dejan controlar. ¿Qué crees que harían contigo?

»¿Crees que vas a encontrar todo tipo de maravillas ahí arriba? ¿Ciudades divinas llenas de preciosidades? Ni mucho menos: tendrás que pasar ante bestias, fieros animales de presa… eso será todo lo que vas a ver. El Toro, el León, el Escorpión, el gran Cangrejo… todos intentarán hacerte daño. Recapacita. Mira todos los bienes que el rico mundo te ofrece. Si lo que quieres es una prueba de que eres mi hijo, mis temores por ti deberían demostrar con creces de que soy tu padre.

Pero ninguno de estos sabios consejos significaba nada para el niño. Ante él, se abría una gloriosa perspectiva: se vio orgulloso en ese maravilloso carro, con las manos triunfantes sujetando las riendas de esos corceles que el mismísimo Júpiter era incapaz de dominar. No pensó lo más mínimo en los peligros que su padre le había detallado, ni sintió miedo, ni dudó de su propia fuerza. Al final, el Sol renunció a convencerle; era imposible, y además ya no quedaba más tiempo. Se acercaba el momento de empezar. Las puertas del este se teñían de púrpura y el amanecer había abierto sus atrios de luz rosada. Las estrellas se estaban retirando del cielo; hasta el lucero del alba empezaba a borrarse.

Había que darse prisa, pero todo estaba preparado. Las estaciones, guardianas del Olimpo, aguardaban para abrir las puertas de par en par; los caballos estaban bridados y uncidos al carro. Faetón subió, orgulloso y eufórico, y los corceles empren-

dieron la carrera. La suerte estaba echada. Ocurriera lo que ocurriera a continuación, ya no iba a poder cambiar de parecer. Y no es que quisiera, después de ese primer y embriagador ascenso por los aires, tan veloz que aventajaron al viento del este y lo dejaron atrás. Los caballos voladores atravesaron las nubes más bajas del océano como si fueran una niebla marina, y luego ascendieron más y más, por el aire límpido, ganando altura hasta llegar al cielo. Durante unos momentos de éxtasis, Faetón se sintió el señor de los cielos. Pero de repente algo cambió: el carro empezó a agitarse salvajemente de un lado a otro, el galope estaba acelerándose… había perdido el control. Ya no era él quien decidía el rumbo, sino los caballos. Se habían dado cuenta, por lo poco que pesaba el carro y por lo débiles que eran las manos que sujetaban las riendas, de que su guía de siempre no estaba allí. Así que eran los amos, porque nadie más podía gobernarlos. Se salieron del camino trazado y galoparon a su antojo: arriba, abajo, derecha, izquierda… Por poco estrellan el carro contra Escorpión, antes de frenar en seco a punto de colisionar contra el Cangrejo. Para entonces el pobre auriga estaba casi desmayado de pánico y dejó caer las riendas.

Esa fue la señal para una marcha aún más alocada y temeraria: los caballos se elevaron a lo más alto del cielo y luego, lanzándose de cabeza en picado, prendieron fuego al mundo. Primero ardieron los montes más altos; el Ida y el Helicón, donde moraban las Musas, luego el Parnaso y el Olimpo, que sobrepasa las nubes. Las llamas descendieron por las laderas y llegaron hasta los valles y tierras de los bosques oscuros, hasta que todo, en todas partes, quedó reducido a brasas. Los manantiales se convirtieron en vapor y los ríos se secaron. Se dice que fue entonces cuando el Nilo huyó y escondió la cabeza, que a día de hoy aún sigue oculta.

Faetón se mantenía a duras penas sobre el carro, envuelto en un espeso humo, rodeado de un calor semejante al de un horno fogoso. Solo quería que aquel tormento se terminara: hubiera recibido a la muerte de buen grado. Y la Madre Tierra tampoco pudo soportarlo más: profirió un gran lamento que llegó hasta los dioses. Desde el Olimpo, estos vieron que debían actuar rápidamente si querían salvar el mundo. Júpiter tomó su rayo y lo arrojó contra el temerario y arrepentido conductor hiriéndolo de muerte, haciendo añicos el carro y provocando que los caballos desbocados se precipitaran al mar.

Envuelto en llamas, Faetón cayó directo a la tierra. El misterioso río Erídano, que ningún ojo mortal había visto hasta entonces, le recibió, apagó las llamas y enfrió el cuerpo. Las náyades, compadecidas de alguien tan atrevido y joven para morir, le enterraron y tallaron sobre la tumba:

Aquí yace Faetón que guio el carro del dios Sol.

Enorme fue su fracaso, pero también enorme su atrevimiento.

Sus hermanas, las Helíades, hijas también de Helio, el Sol, acudieron a su tumba a llorarle y quedaron convertidas en álamos, a la orilla del Erídano,

Donde afligidos lloran sobre la corriente para siempre.

Y cada lágrima al caer brilla en el agua como

una gota de ámbar resplandeciente.

Pegaso y Belerofontes

Dos de los episodios de esta historia están tomados de los poetas más antiguos. Hesíodo habló de la Quimera en los siglos viii *o* ix *mientras que el amor de Estenebea y el triste final de Belerofontes se encuentran en la* Ilíada*. El resto de la historia lo cuenta primero y mejor Píndaro, en la primera mitad del siglo* v *.*

En Epiro, ciudad que luego pasaría a llamarse Corinto, había un rey llamado Glauco. Era hijo de Sísifo, el que en el Hades debe intentar eternamente subir rodando una enorme roca por la pendiente de una montaña, por haber traicionado un secreto de Zeus. Glauco también atrajo el disgusto del cielo sobre sí: era un gran jinete y daba de comer a sus caballos carne humana para hacerlos más fieros en la batalla. Este tipo de acciones monstruosas eran las que siempre enfurecían a los dioses, y estos le hicieron beber su propia medicina: hicieron a Glauco caerse del carro y sus caballos lo despedazaron y devoraron.

En la ciudad se creía que un joven atrevido y bello llamado Belerofontes era su hijo. Pero otros rumores apuntaban a que Belerofontes tenía un padre más poderoso, el mismísimo Poseidón, el gobernante del mar, debido a los incomparables dones de cuerpo y espíritu de los que el joven hacía gala. Sin embargo su madre, Eurínome, aunque era mortal, había sido discípula de Atenea, y esta la adiestró hasta igualarla en talento y sabiduría a los dioses. Cabía esperar, pues, que Belerofontes pareciera más divino que mortal y que le estuvieran reservadas grandes aventuras, sin que ningún peligro del mundo lo pudiera detener. Y aun así, la hazaña por la que es más conocido no requirió ni valentía ni esfuerzo. De hecho, demostró que

Lo que jura hacer el hombre no puede hacerse,
ni ha de esperarse; solo el gran Poder de las alturas
puede concedérselo sin esfuerzo.

Más que nada en el mundo, Belerofontes quería a Pegaso, un caballo maravilloso que había surgido de la sangre de la gorgona cuando Perseo la mató (*véanse páginas* 191-192). Era

Un corcel alado, que volara incansablemente
surcando veloz el aire como una ráfaga de viento.

Pegaso obraba prodigios. La fuente predilecta de los poetas, Hipocrene, en Helicón, la montaña de las Musas, había surgido del golpe de su pezuña contra la tierra. ¿Quién sería capaz de atrapar y domesticar a semejante criatura? Belerofontes sufría por su deseo imposible.

Cuando le confió su desesperado deseo al sabio vidente de Epiro (es decir, Corinto), Polieides, este le aconsejó que fuera al templo de Atenea y durmiera allí, ya que los dioses solían manifestarse a los hombres a través de sueños. Así pues, Belerofontes se fue al sagrado lugar y cuando se encontraba acostado, sumido en un profundo sueño junto al altar, sintió que la diosa se encontraba ante él con un objeto dorado en la mano, y le decía:

—¿Estás dormido? Si es así, despierta. Aquí tienes lo que hechizará al corcel que deseas.

Él se irguió de un salto, pero no vio a ninguna diosa. Lo que se encontraba ante él, eso sí, era un objeto maravilloso: una brida hecha enteramente de oro, algo nunca visto. Esperanzado por fin, echó a correr con el objeto en la mano por los campos, hasta encontrar a Pegaso. Lo avistó por fin bebiendo de una famosa fuente de Corinto, el Pireno, y se acercó con cuidado. El caballo le miró dócilmente, ni asustado ni temeroso, y permitió que lo embriadara sin alterarse; el hechizo de Atenea había funcionado. Belerofontes era el amo de la gloriosa criatura.

Vestido con su armadura de bronce, Belerofontes montó de un salto y ejercitó al caballo, que parecía tan encantado como él. Ahora era señor del viento, volando a su antojo, para envidia de todos. E incluso resultó que Pegaso no suponía solo una alegría, sino también una ayuda en momentos de necesidad, ya que duras pruebas aguardaban a Belerofontes.

En cierto momento —no sabemos cómo, solo que fue por accidente—, el joven causó la muerte de su hermano y se marchó a Argos, donde el rey, Preto, le purificó. Allí empezaron sus pruebas y también sus grandes hazañas.

Estenebea, la esposa de Preto, se enamoró de él: cuando él la rechazó, alegando que no quería nada con ella, la reina se vengó diciéndole a su marido que su invitado la había agraviado y debía morir. A pesar de lo furioso que estaba, Preto no lo mató: Belerofontes había comido en su mesa y no podía usar la violencia contra él. Sin embargo, elaboró un plan que daría el mismo resultado: pidió al joven que llevase una carta al rey de Licia, en Asia, y Belerofontes accedió sin sospechar nada. Los largos viajes no le daban miedo alguno, yendo a lomos de Pegaso. El rey Yóbates le recibió con hospitalidad clásica y le atendió espléndidamente durante nueve días sin acordarse de pedirle la carta que llevaba; cuando al fin la leyó, supo que Preto quería al joven muerto.

Yóbates tampoco podía hacerlo, por la misma razón que había detenido a Preto: la conocida hostilidad de Zeus hacia los que rompen el vínculo entre anfitrión e invitado. Lo que no presentaba objeción alguna, eso sí, era enviar al extranjero a una aventura con su caballo alado. Así que le pidió que fuera a matar a la Quimera, convencido de que nunca regresaría. Se decía que la Quimera era invencible, un portento excepcional, con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de serpiente:

Una criatura temible, enorme, rápida de pies y vigorosa,
cuyo aliento era una llama inextinguible.

Pero Belerofontes no tenía necesidad alguna de acercarse a ese monstruo que vomitaba fuego. Planeó sobre la Quimera y la mató con sus flechas sin riesgo para su vida.

Cuando regresó ante Preto, este tuvo que idear otros modos de deshacerse de él. Consiguió entonces que se uniera a una expedición contra los sólimos, poderosos guerreros, y Belerofontes, tras haberlos vencido, se enfrentó a las Amazonas, a las que dominó igualmente. Al final, Preto quedó convencido de su coraje y su buena suerte, se reconciliaron y el rey le entregó a su hija para que se casara con ella.

Durante mucho tiempo vivió feliz, pero luego enojó a los dioses. Su fuerte ambición y sus grandes éxitos le llevaron a albergar «pensamientos demasiado grandiosos para un hombre», que es lo que más contraría a los dioses. Intentó subir hasta el Olimpo con Pegaso, convencido de que le correspondía un lugar entre los inmortales. Su caballo se mostró más prudente: se negó a volar y arrojó a su jinete al suelo. A partir de entonces, Belerofontes vagó solitario, repudiado por los dioses, con el alma destrozada y evitando los caminos de los hombres hasta que murió.

Pegaso encontró refugio en los establos celestiales del Olimpo, donde se cuidaba a los corceles de Zeus. Con ellos iba siempre a la cabeza, como prueba el extraordinario hecho que refieren los poetas: que, cuando Zeus deseaba usar su rayo, era Pegaso quien le llevaba los relámpagos y los truenos.

Oto y Efialtes

Esta historia se menciona en la Odisea *y la* Eneida *pero solo la contó en su totalidad Apolodoro, que probablemente vivió en los siglos* I *o* II *de nuestra era. Como escritor, Apolodoro resulta aburrido, pero en este relato lo es menos de lo habitual.*

Había unos gemelos que eran Gigantes, pero no se parecían a los monstruos de la antigüedad: tenían aspecto normal y rostro noble. Homero los describe como:

Los mayores mortales que la tierra haya nutrido con su grano

y también los más bellos, salvo Orión el glorioso.

Y Virgilio habla principalmente de su desbocada ambición:

Unos gemelos de cuerpos inmensos que lucharon con sus manos para destruir los altos cielos y trataron de derribar a Júpiter de su reino celestial.

Según algunos, estos dos gigantes eran hijos de Ifimedia; otros dicen que de Canace. En cualquier caso, fuese quien fuese su madre, su padre era con seguridad Poseidón, aunque ellos se presentaban generalmente con el nombre de alóadas, es decir, hijos de Aloeo, el marido de su madre. Eran aún muy jóvenes cuando decidieron demostrar que podían vencer a los dioses: hicieron preso a Ares, le ataron con cadenas de metal y lo encerraron. Los del Olimpo no querían verse obligados a liberarlos a la fuerza, por lo que enviaron a Hermes para que le ayudara y este logró sacarlo de la prisión durante la noche, sigilosamente.

Entonces los dos arrogantes jóvenes se atrevieron a aún más: amenazaron con colocar el monte Pelión encima del monte Osa para escalar hasta el cielo, como habían hecho los Gigantes de la antigüedad, que habían subido el Osa encima del Pelión. Esto ya acabó con la paciencia de los inmortales, y Zeus se preparó para utilizar su rayo y asestarles su golpe. Pero antes de que lo lanzara, apareció Poseidón para rogarle que les perdonara, y prometió mantenerlos a raya. Zeus accedió y Poseidón cumplió su palabra: los gemelos dejaron de enfrentarse a los cielos, para alegría y orgullo de su padre… pero en realidad los dos se habían volcado en otros planes que les parecían más interesantes.

Oto pensaba que raptar a Hera sería una excelente aventura, y Efialtes estaba enamorado de Artemis, o al menos eso creía él. En realidad los dos hermanos solo se preocupaban el uno del otro: ciertamente, sentían una gran devoción mutua. Lo echa-

ron a suertes para decidir quién secuestraría primero a su dama, y la fortuna favoreció a Efialtes.

Entonces, salieron a buscar a Artemis por todas partes, en bosques y montañas, hasta que por fin la avistaron en la orilla, dirigiéndose al mar. Ella ya estaba al tanto del malvado propósito de los hermanos pero también sabía cómo iba a castigarlos. Se abalanzaron sobre ella, pero Artemis siguió andando sin desviarse, por encima del mar. Todos los hijos de Poseidón tenían el mismo poder: podían andar tanto por tierra como por mar sin mojarse, así que los dos la siguieron sin problemas. La diosa les llevó hasta la isla arbolada de Naxos, y una vez allí, cuando parecía que estaban a punto de atraparla, desapareció. En su lugar vieron una corza bellísima, blanca como la leche, que surgía del bosque. Ante tal visión, se olvidaron de la diosa y se dedicaron a perseguir a la arrebatadora criatura; la perdieron en los espesos bosques y se separaron para hallarla con más facilidad, cada uno por un lado.

Enseguida, ambos la vieron con las orejas levantadas, en un claro del bosque, pero ninguno se dio cuenta de que tras ella, entre los árboles, justo detrás, se encontraba su hermano. Los dos lanzaron sus jabalinas y la cierva se desvaneció. Las armas cruzaron el claro a toda velocidad, hasta llegar al bosque, donde encontraron su objetivo. Las siluetas, altas como torres de los jóvenes cazadores, se desplomaron, cada uno atravesado por la lanza del otro, asesino y asesinado por la única criatura a la que amaban.

Y esa fue la venganza de Artemis.

Dédalo

Tanto Ovidio como Apolodoro cuentan esta historia. Apolodoro vivió probablemente más de cien años antes de Ovidio, y es un escritor muy prosaico, cosa que no se puede decir en absoluto de Ovidio.

Aun así, en este caso he seguido a Apolodoro, porque el relato muestra al peor Ovidio: sentimental y declamatorio.

Dédalo era el arquitecto que había ideado el laberinto para el Minotauro, en Creta, y el que mostró a Ariadna cómo debía Teseo salir de allí (*véase* «Sin vacilar, Teseo dio un paso al frente…»). Cuando el rey Minos supo que los atenienses habían encontrado la salida, entendió que solo podían haberlo conseguido con la ayuda de Dédalo. Por lo tanto, encerró a este y a su hijo Ícaro en el laberinto, en prueba de la genialidad de su diseño: ni siquiera el creador podía encontrar la salida sin ayuda. Pero el gran inventor no se desesperó. Dijo a su hijo:

> *La huida puede impedirse por agua y tierra,*
>
> *pero el aire y el cielo son libres.*

Y fabricó dos pares de alas. Ambos se las pusieron, pero justo antes de despegar Dédalo le advirtió a Ícaro que mantuviera una altura media sobre el mar; si volaba demasiado alto, el sol podía derretir la cera con la que estaban pegadas y entonces las alas se desharían. Sin embargo, como a menudo muestran los relatos, los jóvenes hacen oídos sordos a lo que dicen los mayores. Mientras los dos volaban felizmente y sin esfuerzo alejándose de Creta, el placer de este nuevo y maravilloso poder se le subió a la cabeza al muchacho; se elevó, exultante, más y más alto cada vez, desoyendo las angustiadas órdenes de su padre. Entonces empezó a caer: las alas se habían despegado. Ícaro cayó al mar y las aguas se lo tragaron. El afligido padre llegó sano y salvo a Sicilia, donde lo recibió el rey Cocalos.

Mientras, Minos estaba enfurecido por la huida y resolvió encontrarlo. Ideó un taimado plan: hizo proclamar en todas partes que se entregaría una gran recompensa a quien pudiera pasar un hilo a través de una caracola con forma de intrincada espiral. Dédalo le dijo al rey siciliano que él podía hacerlo; per-

foró un pequeño agujero en la punta de la caracola, ató un hilo a una hormiga, introdujo al animalito por el agujero y luego lo cerró. Cuando la hormiga llegó al otro extremo, el hilo obviamente discurría por todas las curvas. «Solo Dédalo idearía eso», dijo Minos, y se fue a Sicilia a atraparlo. Pero el rey Cocalos rechazó rendirse a él, y en el enfrentamiento Minos encontró la muerte.

Tercera parte
LOS GRANDES HÉROES ANTERIORES A LA GUERRA DE TROYA

I

Perseo

Esta historia puede casi considerarse un cuento de hadas. Hermes y Atenea actúan como el hada madrina de La Cenicienta*. El zurrón y el casco mágico son dos de los talismanes que abundan en los cuentos de todo el mundo. Es el único mito en el que la magia representa un papel decisivo y parece ser uno de los favoritos en Grecia, ya que muchos poetas lo mencionan. La descripción de Dánae en el arca de madera era el pasaje más famoso de un célebre poema de Simónides de Ceos, un gran poeta lírico que vivió en el siglo* VI *. La historia completa la cuentan tanto Ovidio como Apolodoro. El último, probablemente unos cien años posterior a Ovidio, es aquí el mejor de los dos. Su relato es sencillo y directo; el de Ovidio, extremadamente verboso (por ejemplo, emplea unas cien líneas para matar a la serpiente marina). He seguido a Apolodoro, pero he añadido el fragmento de Simónides y breves citas de otros poetas, en especial de Hesíodo y Píndaro.*

El rey Acrisio de Argos tenía solo una hija, Dánae. Era la mujer más bella del país, pero esto ni mucho menos consolaba al rey de no tener ningún hijo varón. Viajó a Delfos para preguntar al dios si había alguna esperanza de ser algún día padre de un muchacho. La sacerdotisa le dijo que no, y añadió algo peor aún: el hijo de su primogénita lo mataría.

El único modo de escapar con certeza de tal destino era que él matara a Dánae cuanto antes, sin correr riesgos, pero Acrisio no estaba dispuesto a hacer tal cosa. No es que su afecto paternal fuera especialmente intenso, como luego quedará patente, pero sí su miedo a los dioses. Estos castigaban sin piedad a quienes derramaban la sangre de su familia, y Acrisio no se atrevía a dar muerte a su hija. Por el contrario, mandó construir una casa de bronce bajo tierra, de la que solo sobresalía

parte del tejado para que entraran la luz y el aire, y allí la mantuvo encerrada y vigilada.

Así resistió Dánae, la bella,
cambiar la amable luz del día por las paredes de metal,
y en esa cámara secreta como la tumba
vivió como una prisionera. Pero hasta ella llegó
Zeus en forma de lluvia de oro.

Mientras la pobre Dánae permanecía allí sentada durante interminables horas y días, sin nada que hacer salvo contemplar las nubes que se movían sobre su cabeza, ocurrió algo misterioso: del cielo comenzó a llover oro, y esa lluvia dorada llenó sus aposentos. No sabemos cómo entendió que era Zeus quien la visitaba con esa apariencia, pero ella supo que el niño que en consecuencia iba a dar a luz era hijo suyo.

Durante un tiempo logró ocultar su nacimiento al rey, pero el secreto era cada vez más difícil de guardar en los estrechos límites de aquella cámara de bronce, y finalmente un día el abuelo descubrió al pequeño, que se llamaba Perseo.

—¡Un hijo tuyo! —gritó Acrisio furioso—. ¿Quién es su padre?

—Zeus —contestó Dánae con orgullo.

Pero su padre no la creyó. Solo tenía una certeza: la vida de ese niño era un peligro terrible para él. Temía matarlo por la misma razón que se había abstenido de matarla a ella: miedo a Zeus y a las Furias que persiguen a tales asesinos. Pero, aunque no podía matarlos él mismo, sí podía ponerlos de camino a una muerte razonablemente certera. Mandó fabricar un gran cofre, y los metió a ambos allí. Luego ordenó llevarlo al mar y lanzarlo al agua.

Dánae y el pequeño flotaron a la deriva en tan extraña embarcación. Cuando la luz del día se fue extinguiendo, la madre se encontró sola en el mar.

Cuando en el cofre labrado los vientos y las olas
anegaron de miedo su corazón, ella rodeó con sus brazos,
no sin lágrimas, a Perseo, y tiernamente
le dijo: «Oh, hijo, grande es mi pena.
Pero tú duerme tranquilo, pequeño,
húndete en un profundo descanso en tu triste hogar,
solo una caja, hecha de metal. A la noche, esta oscuridad visible,
a las olas agitándose tan cerca de tus suaves rizos,
a la estruendosa voz del viento, no hagas caso.
Acurrucado en tu rojo manto, carita de ángel».

Mientras pasaba la noche en el cofre que se bamboleaba, oía las aguas que en todo momento amenazaban con hacerles naufragar. Llegó el amanecer, pero para Dánae no supuso consuelo alguno, porque no podía verlo; como tampoco podía ver que estaba rodeada de islas que se alzaban muy por encima del mar. Solo supo que, en un momento dado, una ola pareció barrerlos y empujarlos, para ir a dejarlos sobre algo sólido y que no se movía. Habían tomado tierra, a salvo del mar, pero no tenían forma alguna de salir de aquel cofre.

El destino —o quizá Zeus, que hasta entonces había hecho bien poco por su amada y su hijo— quiso que los descubriera un buen hombre, un pescador llamado Dictis. Este llegó hasta el cofre, lo rompió para abrirlo, y llevó el triste contenido a su esposa, tan amable como él. La pareja no tenía hijos, de modo que cuidaron de Dánae y Perseo como si lo fueran. Allí vivie-

ron los dos muchos años; Dánae estaba satisfecha con que su hijo siguiera el humilde oficio del pescador, lejos del peligro.

Pero, al final, terminaron por surgir problemas: el soberano de aquella islita, Polidectes, era hermano de Dictis, pero era cruel y despiadado. Durante mucho tiempo, pareció no haberse percatado de la presencia de la madre y el chaval, pero finalmente Dánae atrajo su atención; aunque Perseo ya era un adulto, su madre conservaba su radiante belleza, y Polidectes se enamoró de ella. Quiso tener a Dánae, pero no a su hijo, así que se dedicó a maquinar una forma de librarse de él.

Había unos monstruos terribles llamados Gorgonas que vivían en una isla y eran mundialmente conocidos por su poder mortífero. Polidectes, evidentemente, le habló a Perseo de ellas y probablemente le dijera que anhelaba tener la cabeza de una de ellas más que nada en el mundo, a juzgar por el plan que había diseñado para matar al hijo de Zeus. Luego anunció que estaba a punto de casarse y convocó a sus amigos para la celebración, Perseo incluido. Cada invitado, como era costumbre, llevó un regalo para la novia, con la única excepción del hijo de Dánae, que no tenía nada que entregar. Como era joven y orgulloso, esta situación le humilló profundamente. Se levantó ante todos ellos e hizo exactamente lo que el rey había esperado de él: dijo que su regalo sería mucho mejor que cualquiera de los que hubiera allí, la cabeza de la Medusa que él mismo mataría. Nada podía haber satisfecho más al rey. Jamás un hombre en sus cabales hubiera hecho semejante propuesta. Medusa era una de las Gorgonas.

Y son tres, las Gorgonas, cada una de ellas con alas
y cabello de serpiente, tan horribles para los mortales
que ninguno de quien las contempla exhala de nuevo
el aliento de la vida.

No se sabe muy bien por qué, aquel que las mirase quedaba convertido en piedra instantáneamente. Parecía que a Perseo solo le guiaba su orgullo herido para acometer tan inútil alarde: nadie podía matar a Medusa sin ayuda.

Pero Perseo se salvó de su propia locura, porque dos grandes dioses velaban por él. Tomó un barco en cuanto abandonó el salón del rey, sin atreverse a ver a su madre y contarle sus intenciones, y desde allí navegó hasta Grecia para averiguar dónde se encontraban los tres monstruos. Fue a Delfos, pero todo lo que pudo decirle la sacerdotisa fue que buscara la tierra donde los hombres no comen el grano dorado de Deméter, sino bellotas. Así que se fue a Dodona, tierra de los robles, donde estos árboles parlantes proclamaban la voluntad de Zeus y vivían los Selles, que se alimentaban de bellotas. Pero todo lo que alcanzaron a decirle fue que Medusa se encontraba bajo la protección de los dioses, y que no sabían dónde vivían las Gorgonas.

No se cuenta en ninguna historia cuándo ni cómo Hermes y Atenea acudieron en su ayuda, pero antes de que eso pasara debió de estar al borde de la desesperación. Finalmente, sin dejar de vagar, encontró a un extraño y bello ser. Sabemos cómo era por muchos poemas: un joven a quien le apuntaba el bozo y que tenía todo el encanto de la mocedad; llevaba, como nadie antes que él, un cetro de oro con alas en un extremo, se cubría con un casco con alas y calzaba unas sandalias también aladas. Al ver a este ser, el corazón de Perseo debió de llenarse de esperanza, pues sabía que no era otro que Hermes, guía y dispensador de los dioses.

Este radiante personaje le dijo que antes de atacar a la Medusa debía equiparse adecuadamente, y lo que necesitaba lo tenían las ninfas del norte. Para dar con la morada de estas ninfas, debía acudir a las Grayas, las mujeres grises, las únicas que

podían indicarle el camino. Las Grayas moraban en una tierra donde todo era nebuloso y estaba envuelto en el crepúsculo. Por el día, ni un rayo del sol llegaba a ese país, ni tampoco la luna por la noche. Ahí vivían las tres mujeres, también grises, marchitas como si fueran extremadamente viejas. Eran criaturas extrañas, sobre todo porque no tenían más que un solo ojo para las tres, y solían turnarse para utilizarlo: se lo quitaban de la frente cuando lo habían tenido un tiempo y se lo pasaban a otra.

Tras contarle esto a Perseo, Hermes expuso su plan: él mismo le guiaría hasta ellas y, una vez allí, el joven debía mantenerse oculto hasta que viera que una se quitaba el ojo de la frente. En ese momento, cuando ninguna de las tres pudiera ver, debía correr y agarrarlo, y luego negarse a devolverlo hasta que le dijeran cómo llegar a las ninfas del norte.

Hermes le dijo también que le daría una espada con la que matar a Medusa; la única arma que no se rompería y doblaría contra las escamas de las Gorgonas, por duras que estas fueran. Era un regalo maravilloso sin duda, y aun así, ¿qué utilidad tiene una espada cuando la criatura a la que hay que abatir puede convertir al espadachín en piedra antes de que pueda acercarse y golpear? Por fortuna, no estaba muy lejos otra gran deidad que podía serle de ayuda: tras Perseo, apareció Atenea, que se quitó el escudo de bronce pulido que le cubría el pecho y se lo tendió.

—Mira aquí cuando ataques a la gorgona —dijo—. Podrás verla en él como en un espejo y así evitarás su mortífero poder.

Ahora sí; ahora tenía Perseo un buen motivo para esperanzarse. El viaje a la tierra del crepúsculo fue largo, pasando el curso del río Océano y bordeando la frontera del país negro donde moraban los cimerios; pero Hermes le guiaba y gracias a

él no se llegó a extraviar. Finalmente encontraron a las Grayas, semejantes, bajo la luz tenue, a unos grises pájaros, ya que que tenían forma de cisne. Sin embargo, sus cabezas eran humanas y bajo las alas tenían brazos y manos. Perseo actuó tal y como Hermes le había indicado: se escondió hasta que vio que una de ellas cogía el ojo para dárselo a su hermana, y entonces se lo arrebató de las manos. Transcurrieron unos momentos antes de que las tres se dieran cuenta de que lo habían perdido: cada una pensó que lo tenía la otra. Entonces, Perseo habló y les dijo que lo había cogido y que solo se lo devolvería cuando le mostraran cómo encontrar a las ninfas del norte. Las Grayas se apresuraron a indicárselo con detalle; lo que fuera por recuperar su ojo. Perseo se lo devolvió y continuó por el camino descrito. Se dirigía, sin saberlo, al bendito país de los hiperbóreos, a espaldas del viento del norte, del que se dice que «ni por mar ni por tierra puede encontrarse el maravilloso camino hasta el lugar donde se reúnen los hiperbóreos». Pero Perseo contaba con Hermes a su lado, así que el camino se le hizo fácil: llegó ante aquella multitud de gente feliz que siempre está celebrando banquetes y alegres fiestas. Y Perseo fue testigo de su gran amabilidad: le dieron la bienvenida a su festín y las doncellas que bailaban al compás de la flauta y la lira dejaron lo que estaban haciendo para brindarle los regalos que él pidió.

Estos presentes eran tres: un par de sandalias aladas, un zurrón mágico que tendría siempre el tamaño adecuado para cualquier mercancía que llevara en él y, lo más importante de todo, un casco que hacía invisible a quien lo llevara. Con todo esto, más el escudo de Atenea y la espada de Hermes, Perseo estaba listo para enfrentarse a las Gorgonas. Hermes sabía dónde vivían y, dejando la feliz tierra, los dos volvieron volando, sobre Océano y sobre el mar, hasta la isla de las terribles hermanas.

Por suerte, estaban dormidas cuando las encontraron, y las pudo ver con claridad, reflejadas como en un espejo en el escudo bruñido: eran criaturas con grandes alas y cuerpos cubiertos de escamas doradas, y, a modo de cabello, una masa de serpientes retorciéndose. Atenea se encontraba junto a Perseo, al igual que Hermes, y ellos le indicaron cuál era Medusa, detalle crucial porque, de las tres, solo ella podía morir; las otras dos eran inmortales. Con las sandalias aladas, Perseo planeó alrededor de ellas, mirando solo al escudo. Luego dirigió un golpe a la garganta de Medusa y Atenea guio su mano; con un solo golpe de su espada le cortó el cuello y, sin mirar más que el reflejo en el escudo, descendió lo suficiente para agarrar su cabeza y soltarla en el zurrón, que se cerró guardándola. Ya no tenía por qué tenerle miedo, pero las otras dos gorgonas habían despertado y, horrorizadas por la visión del asesinato de su hermana, intentaron dar caza al asesino. Perseo utilizó entonces el casco de la invisibilidad y no pudieron encontrarle. Estaba a salvo.

Así sobre el mar el hijo de Dánae de ricos cabellos,
Perseo, con sus sandalias aladas corrió,
volando raudo como el pensamiento.
En un zurrón todo de plata, maravilloso,
portaba la cabeza del monstruo,
mientras Hermes, el hijo de Maya,
el mensajero de Zeus,
volaba a su vera.

Ya de vuelta a casa, se detuvo en Etiopía. Para entonces, Hermes le había dejado y allí se encontró, como le sucedería a Hércules más adelante, con que habían ofrecido a una encantadora muchacha para que la devorara una horrible serpiente

marina. La joven se llamaba Andrómeda y era hija de una mujer estúpida y vanidosa, Casiopea,

La reina etiope rutilante que buscaba
que se alabara más su belleza que la de
las ninfas marinas, y así las ofendió.

Esta mujer había alardeado de ser más bella que la hija de Nereo, el dios del mar. En aquella época, proclamar tu superioridad sobre cualquier deidad era una receta infalible para atraer la desdicha (y, aun así, la gente lo hacía todo el rato). Pero el castigo por esa arrogancia que tanto detestaban los dioses no recayó sobre la reina Casiopea, sino sobre su hija Andrómeda. La gran serpiente estaba haciendo estragos en la población etíope, y sabían, por el oráculo, que solo podían librarse de aquella plaga si ofrecían a Andrómeda como sacrificio; así pues, forzaron a su padre, Cefeo, a dar su consentimiento. Cuando Perseo llegó, la doncella se encontraba en un saliente rocoso junto al mar, atada y esperando la llegada del monstruo. El joven la vio y se enamoró de ella al instante. Esperó a su lado hasta que llegara la gran serpiente y le cortó la cabeza como había hecho con la gorgona; el cuerpo decapitado se hundió como un peso muerto, y Perseo pudo llevar a Andrómeda de vuelta junto con sus padres. Entonces les pidió su mano y ellos se la concedieron con mucho gusto.

Con ella, se embarcó para volver a su isla y reunirse con su madre; pero en la casa que tanto tiempo había sido suya no encontró a nadie. La esposa del pescador Dictis había muerto hacía mucho, y los otros dos, Dánae y el hombre que había sido como un padre para Perseo, habían tenido que huir y esconderse de un Polidectes furioso ante la negativa de Dánae de casarse con él. Le dijeron que se habían refugiado en un templo, y que el rey estaba celebrando un banquete en palacio con todos sus

hombres de confianza. Perseo vio de inmediato su oportunidad: se fue directamente a palacio y entró en el salón; allí de pie en la entrada, con el brillo del escudo de Atenea en su pecho y el zurrón de plata a un costado, atrajo la atención de todos los presentes. Entonces, antes de que nadie pudiera volver los ojos, levantó la cabeza de la gorgona y ante esta visión todos, absolutamente todos, el rey y sus serviles cortesanos, se convirtieron en piedra. Y allí se quedaron sentados: una fila de estatuas congeladas y rígidas en la actitud que habían adoptado nada más ver a Perseo.

Cuando los isleños se enteraron de que estaban libres del tirano, a Perseo no le resultó difícil encontrar a Dictis y a Dánae. Entonces nombró al pescador rey de la isla, pero él y su madre prefirieron regresar a Grecia con Andrómeda para tratar de reconciliarse con Acrisio. Habían pasado tantos años desde que les metiera en el cofre que quizá se habría apaciguado y estaría contento de recibir a su hija y a su nieto. Pero, cuando llegaron a Argos, se encontraron con que Acrisio se había ido de la ciudad y nadie sabía decirles adónde. Poco después, Perseo se enteró de que el rey de Larisa estaba celebrando una gran contienda atlética en el norte, y viajó hasta allí para participar. Cuando le llegó el turno de lanzar el disco, el pesado proyectil se desvió en dirección a los espectadores. Acrisio se encontraba allí visitando al rey, y el disco le impactó con un golpe fatal que lo mató al instante.

De modo que el oráculo de Apolo acertó de nuevo. Si Perseo sintió alguna pena, al menos podía consolarse sabiendo que su abuelo había hecho todo lo posible para matarlos, a él y a su madre. Con su muerte, sus problemas llegaban a su fin. Perseo y Andrómeda vivieron felices para siempre y su hijo, Electrión, fue el abuelo de Hércules.

La cabeza de Medusa acabó en manos de Atenea, que la llevó siempre sobre su égida, el escudo de Zeus que ella llevaba por él.

II
Teseo

El héroe favorito de los atenienses atrajo la atención de muchos escritores. Ovidio, que vivió en la época de Augusto, contó su vida al detalle, igual que Apolodoro, en los siglos I *o* II *de nuestra era, y Plutarco, hacia el final del siglo* I *. Teseo es un personaje destacado en tres de las obras de Eurípides y en una de las de Sófocles. Hay muchas alusiones a él tanto en escritores de prosa como en los poetas. En general, he seguido a Apolodoro, pero he añadido de Eurípides la historia de la llamada de Adrasto, la de la locura de Hércules, y la del destino de Hipólito; de Sófocles, su amabilidad con Edipo; y de Plutarco la historia de su muerte, a la que Apolodoro concede solo una frase.*

Teseo era el gran héroe ateniense. Vivió tantas aventuras y tomó parte en empresas tan grandiosas, que surgió un dicho en su ciudad: «Sin Teseo, nada».

Era hijo del rey Egeo, pero pasó su juventud en el hogar de su madre, una ciudad al sur de Grecia. Egeo regresó a Atenas antes de nacer el muchacho, pero antes de irse dejó en un hoyo su espada y sus sandalias, que cubrió con una gran piedra, diciéndole a su mujer que cuando el hijo —si es que era niño— creciera y fuera lo suficientemente fuerte para hacer rodar la piedra y coger lo que encontrara debajo, ella podía enviarlo a Atenas para que su padre lo reconociera.

Nació un niño, que creció hasta hacerse mucho más fuerte que los demás y, cuando su madre lo llevó hasta la piedra, él la movió sin ningún esfuerzo. Entonces, ella le explicó que había llegado el momento de buscar a su padre; había un barco a su disposición para ir por mar, porque el viaje sería más seguro y fácil. Pero el chico tenía en mente convertirse en un gran héroe cuanto antes, y lo seguro y fácil no era, desde luego, la manera

de conseguirlo. Tenía siempre presente a Hércules, el más magnífico de todos los héroes de Grecia —como se verá en el capítulo siguiente—, y estaba resuelto a ser tan magnífico como él, lo que resulta natural teniendo en cuenta que eran primos.

Por tanto, rehusó firmemente el barco que su madre y su abuelo le instaban a abordar, alegando que navegar en él supondría una despreciable huida del peligro, y anunció que iría a Atenas por tierra. El viaje era muy largo y peligroso, pues el camino estaba plagado de bandidos; él los mató a todos, sin dejar uno vivo que molestase a futuros viajeros. Su idea de repartir justicia era simple pero efectiva: lo que alguien hacía a los demás, Teseo se lo hacía a él. Por ejemplo: a Escirón, que hacía a sus cautivos arrodillarse para lavarle los pies antes de arrojarlos al mar de un patada, Teseo lo tiró por un precipicio; Sinis, que mataba a sus víctimas atándolos a dos pinos inclinados hacia el suelo y luego soltándolos, murió del mismo modo; Procrustes acabó sus días sobre la cama de hierro que utilizaba para sus víctimas, a las que ataba y torturaba para que encajasen en ella —estirando a aquellos que eran demasiado bajos y cortando los pies a los que eran demasiado altos—; aunque la historia no cuenta cuál de los dos métodos se usó para la venganza, tampoco había tantas opciones y, de uno de los dos modos, la carrera de Procrustes llegó a su fin.

Es fácil imaginar cómo resonaban en Grecia las hazañas del joven que había limpiado el país de semejantes plagas para los viajeros. Cuando llegó a Atenas, era un héroe reconocido al que el rey había invitado ya a un banquete, sin saber que se trataba de su hijo. De hecho, la gran popularidad del joven le daba algo de miedo, pensando que podía ganarse al pueblo y ser nombrado rey, y si lo había invitado era con la idea de envenenarlo. El plan no era suyo, sino de Medea, la heroína de la búsqueda del

Vellocino de Oro, que gracias a su brujería sabía de la identidad de Teseo. Medea había volado a Atenas cuando dejó Corinto en su carro alado, y había conseguido tener gran influencia sobre Egeo, influencia que no quería ver afectada por la aparición de un hijo. Pero cuando ella le pasó la copa envenenada, Teseo, deseando darse a conocer inmediatamente a su padre, desenvainó su espada. El rey la reconoció al instante y estrelló la copa contra el suelo. Medea escapó, como siempre, y huyó hasta ponerse a salvo en Asia. Egeo proclamó al país que Teseo era su hijo y heredero. Y, pronto, ese nuevo heredero tendría la oportunidad de ganarse la simpatía de los atenienses.

Años antes de su llegada a Atenas, había ocurrido una terrible desgracia en la ciudad. Minos, el poderoso gobernante de Creta, había perdido a su único hijo, Androgeo, mientras este vistaba al rey ateniense. El rey Egeo había hecho lo que ningún anfitrión debe hacer: enviar a su invitado a una expedición repleta de peligros. Se trataba de matar a un peligroso toro, pero en este caso fue el toro quien mató al joven. Minos invadió el país, tomó Atenas y declaró que arrasaría el lugar a menos que cada nueve años el pueblo le enviara un tributo de siete doncellas y siete muchachos, a los que aguardaría un terrible destino: ser entregados al Minotauro para que los devorara.

El Minotauro era un monstruo mitad toro, mitad humano, descendiente de la esposa de Minos, Pasífae, y de un toro gloriosamente bello. Poseidón se lo había entregado a Minos para que lo sacrificara en su honor, pero Minos no pudo soportar la idea de sacrificarlo y se lo quedó. Como castigo, Poseidón hizo que Pasífae se enamorara locamente de él. Cuando de este amor nació el Minotauro, Minos no lo mató; hizo que Dédalo, el sabio arquitecto e inventor, construyera un lugar en el que confinarlo, un lugar del que fuera imposible salir. Dédalo cons-

truyó el famoso laberinto, cuya salida era imposible encontrar por mucho que uno recorriera sus caminos y sus curvas. A este lugar se llevaba cada vez a los jóvenes atenienses y se les entregaba al monstruo. No había forma alguna de escapar: si corrían, podían estar haciéndolo en dirección al monstruo; si permanecían quietos, este podía aparecer en cualquier momento. Esta era la suerte que esperaba a los catorce jóvenes, unos días después de que Teseo llegara a Atenas. Era tiempo de entregar el siguiente pago del tributo.

Sin vacilar, Teseo dio un paso al frente y se ofreció a ser una de las víctimas. Todos adoraron su bondad y admiraron su nobleza, pero no podían ni imaginar que su plan era matar al Minotauro. Teseo solo se lo dijo a su padre, prometiéndole que, si tenía éxito, cambiaría la vela negra que llevaba siempre el barco por una blanca, de manera que Egeo sabría que su hijo estaba a salvo mucho antes de que llegara a tierra.

Cuando las jóvenes víctimas llegaron a Creta, tuvieron que desfilar ante los habitantes, de camino hasta el laberinto. La hija de Minos, Ariadna, se encontraba entre los espectadores y se enamoró de Teseo a primera vista. Mandó a buscar a Dédalo y le dijo que debía mostrarle un camino para salir del laberinto; luego hizo llamar a Teseo y le dijo que le ayudaría a fugarse si a cambio prometía llevarla de vuelta a Atenas y casarse con ella. Como es de imaginar, él no opuso resistencia alguna, así que ella le transmitió el truco que había obtenido de Dédalo: un ovillo de hilo que debía atar por un extremo a la parte interior de la puerta y desovillar mientras caminaba. Así lo hizo y, seguro de poder desandar sus pasos cuando quisiera, caminó con valentía por el laberinto, buscando al Minotauro. Lo encontró dormido y se abalanzó sobre él, sujetándolo contra el suelo;

con sus puños, pues no llevaba otra arma, golpeó al monstruo hasta matarlo.

Como un roble que cae por la ladera
destrozando todo que se encuentra bajo su peso,
así acabó Teseo con su vida.
La vida salvaje de la bestia, que ahora yace muerta.
Ya tan solo agita la cabeza, pero sus cuernos nada pueden.

Cuando Teseo se incorporó tras la terrible lucha, el ovillo de hilo seguía donde él lo había dejado. Con él en sus manos, la salida era tan fácil como dar un paseo. Los otros le siguieron y, tomando a Ariadna, corrieron hacia el barco y cruzaron el mar hacia Atenas. De camino hasta allí hicieron escala en la isla de Naxos y lo que ocurrió después se ha narrado de distintas formas.

Una historia dice que Teseo abandonó a Ariadna, que zarpó sin ella mientras la princesa dormía, pero que Dionisio la encontró y la consoló. El otro relato es mucho más favorable a Teseo: ella se encontraba sumamente mareada, y la dejó en la orilla para que se recuperara mientras él volvía al barco para cumplir con ciertos deberes. Un violento viento le echó de nuevo a la mar y le mantuvo allí durante largo tiempo. A su vuelta se encontró con que Ariadna había muerto, y quedó profundamente afligido. Sin embargo, ambas historias coinciden en que él olvidó izar la vela blanca al llegar a Atenas, ya sea porque la alegría ante el éxito de su viaje le borrara cualquier otro pensamiento, o por su pena por Ariadna. Desde la Acrópolis, donde había estado oteando el mar durante días, el rey Egeo avistó la vela negra. Para él era señal de que su hijo había muerto, así que se arrojó al mar desde una roca y se mató. El mar al que cayó se llama Egeo desde entonces.

Así pues, Teseo se convirtió en rey de Atenas, un rey de lo más sabio y desinteresado. Declaró que no deseaba gobernar a su pueblo, que quería un gobierno popular, en el que todos fueran iguales. Renunció a su poder real y organizó un Estado, construyendo una sala de consejo donde los ciudadanos pudieran reunirse y votar. La única función que se reservó fue la de juez supremo. Así Atenas se convirtió, de entre todas las ciudades de la tierra, en la más feliz y próspera, el único verdadero hogar de la libertad, el único lugar en el mundo donde el pueblo se gobernaba a sí mismo. Y fue por esta razón que en la gran Guerra de los Siete contra Tebas (*véanse páginas* 351-354), cuando los victoriosos tebanos se negaron a enterrar a los enemigos muertos, los vencidos acudieron a Teseo y a Atenas en busca de ayuda; creían que unos hombres libres, bajo el gobierno de semejante líder, nunca consentirían que se agraviase a los indefensos muertos. Y no se equivocaban: Teseo condujo a su ejército contra Tebas, la conquistó y obligó a los tebanos a permitir el entierro. Pero tras su victoria no devolvió el mal que los tebanos habían hecho; se mostró como un perfecto caballero. Rehusó que su ejército entrara y arrasara la ciudad. No había ido para hacer daño a Tebas, sino a enterrar a los argraviados muertos y, cumplida esta obligación, guio a sus soldados de vuelta a Atenas.

Muchas son las historias en las que luce estas mismas cualidades. Recibió al anciano Edipo, a quien todos los demás habían repudiado (*véase* «Ismene, que había ido a Colono para contarle…») y estuvo a su lado cuando murió, sosteniendo su mano y consolándolo. Protegió a sus dos hijas indefensas y las envió a casa, sanas y salvas, después de la muerte de su padre. Cuando, en su locura, Hércules mató a su esposa e hijos e intentó suicidarse al recobrar la razón, solo Teseo estuvo con él. Los otros amigos de Hércules habían huido, temerosos de que

la presencia de alguien que había cometido tan horrible acto les contaminara; pero Teseo le tendió la mano, despertó su coraje, le recordó que quitarse la vida es un acto de cobardes y lo llevó con él a Atenas.

Sin embargo, ni todos los deberes de Estado ni las exigencias de defender a los débiles podían refrenar el amor de Teseo por el peligro. Fue al país de las Amazonas, las mujeres guerreras —algunos dicen que con Hércules, otros que solo—, y se llevó a una de ellas, a Antíope según algunos relatos y a Hipólita según otros. Lo cierto es que el hijo que dio a Teseo se llamó Hipólito, como también que después de su nacimiento las Amazonas acudieron a rescatar a su compañera invadiendo Ática, la región que rodeaba a Atenas, y llegaron incluso a las puertas de la ciudad. Finalmente, Teseo las derrotó y ningún otro enemigo entró en Ática en vida de él.

Pero tuvo muchas otras aventuras. Fue uno de los hombres que navegó en el *Argo* para encontrar el Vellocino de Oro. Participó en la gran cacería del jabalí de Calidón, cuando el rey de esta ciudad convocó a los más nobles de Grecia para que le ayudaran a matar al terrible jabalí que estaba devastando el país. Durante esta cacería, Teseo salvó la vida de su imprudente amigo Piritoo, como sucedería muchas otras veces. Piritoo tenía una personalidad casi tan aventurera como la de Teseo, pero ni mucho menos la misma suerte, por lo que se encontraba constantemente en problemas; sin embargo, Teseo estaba muy unido a él y siempre le echaba una mano. La amistad entre ellos se inició con un acto especialmente temerario por parte de Piritoo: quería ver por sí mismo si Teseo era un héroe tan magnífico como decían, y se fue a Ática a robar parte de su ganado. Cuando oyó que Teseo le perseguía, en lugar de huir, dio media vuelta y fue a su encuentro; su intención, claramente, era que se

decidiera allí mismo quién era el mejor. Pero, cuando los dos estuvieron frente a frente, Piritoo tuvo uno de sus arrebatos de impulsividad, y tanta admiración sintió por Teseo que se le olvidó todo. Le tendió la mano y gritó:

—Me someteré a cualquier castigo que me impongas. Tú eres el juez.

Teseo, encantado ante esta demostración de afecto, contestó:

—Todo lo que quiero de ti es que seas mi amigo y compañero de armas.

Y los dos hicieron así un solemne juramento de amistad.

Cuando se casó Piritoo, que era rey de los lapitas, Teseo fue uno de los invitados, por supuesto, y también allí resultó ser tremendamente útil. El festín de boda fue quizá uno de los más desafortunados que se hayan celebrado: la novia estaba emparentada con los Centauros, criaturas con cuerpo de caballo y pecho y rostro de hombre, de manera que estos acudieron a la boda. Bebieron hasta emborracharse y decidieron raptar a las mujeres. Teseo acudió veloz en defensa de la novia y mató al centauro que estaba tratando de llevársela. Esto dio comienzo a una terrible batalla, que vencieron los lapitas expulsando finalmente a toda la raza de los Centauros del país, con la ayuda de Teseo.

Pero, en la última aventura que los dos emprendieron, no pudo salvar a su amigo. Después de la muerte de la novia en el nefasto festín, Piritoo decidió —algo típico en él— que por segunda esposa intentaría tener a la más inaccesible de todo el universo: nada más y nada menos que la mismísima Perséfone. Por supuesto, Teseo le ofreció su ayuda, pero, estimulado probablemente por los peligros de tan arriesgada empresa, declaró que primero se llevaría él mismo a Helena, la futura heroína de Troya (*véanse páginas* 235-263), que entonces era una niña, para

casarse con ella cuando creciera. Aunque esto era menos peligroso que raptar a Perséfone, no dejaba de presentar peligros suficientes como para satisfacer al más ambicioso: los dos hermanos de Helena, Cástor y Pólux, estaban a la altura de cualquier héroe mortal. Teseo consiguió raptar a la muchacha —no nos cuentan cómo exactamente—, pero sus dos hermanos fueron a la ciudad a la que se la habían llevado, y la llevaron de vuelta a casa. Afortunadamente para él, no encontraron allí a Teseo: estaba de camino al inframundo con Piritoo.

Los detalles de su viaje y llegada no se conocen, aparte de que el señor del Hades, al tanto de sus intenciones, se entretuvo buscando la forma más novedosa de frustrarles el plan. No fue matándoles, claro, pese a que ya estuvieran en el reino de la muerte, pero los invitó con gesto amistoso a sentarse con él. Así lo hicieron, en los asientos que él les indicó, y allí se quedaron sin poder levantarse: era el Trono de Leteo, el olvido, y quien se sentaba en ella lo olvidaba todo. Su mente se convertía en un espacio en blanco y ya no podía mover el cuerpo. Piritoo se quedó ahí sentado para siempre, mientras que a Teseo lo rescató su primo: Hércules llegó al inframundo, levantó a Teseo de su asiento y se lo llevó de vuelta a la tierra. Intentó hacer lo mismo con Piritoo, pero fue incapaz: el rey de los muertos le retuvo con celo, pues sabía que era él quien quería llevarse a Perséfone.

En los últimos años de su vida, Teseo se casó con la hermana de Ariadna, Fedra, y de ese modo atrajo terribles desgracias sobre ella, sobre sí mismo y sobre su hijo Hipólito, el que le había dado la amazona. Cuando este aún era pequeño, lo había enviado lejos para que se educara en la misma ciudad del sur en la que Teseo había pasado su juventud. El niño también creció y se convirtió en un hombre espléndido, gran atleta y cazador,

que despreciaba a quienes vivían en lujosa comodidad y más aún a quienes eran lo suficientemente blandos como para enamorarse. Despreciaba a Afrodita y adoraba solo a Artemis, la cazadora casta y justa. Así estaban las cosas cuando Teseo volvió a su antiguo hogar con Fedra. Inmediatamente surgió un gran afecto entre padre e hijo, encantados con su mutua compañía. En cambio, Hipólito ni siquiera reparaba en la presencia de Fedra, ya que le eran indiferentes todas las mujeres. Pero para ella fue algo completamente distinto: se enamoró de él loca y desconsoladamente, con un amor que la abrumaba de vergüenza y que era totalmente incapaz de dominar. Afrodita estaba detrás de esta desgraciada e inquietante situación: se había enfadado con Hipólito y había decidido castigarlo sin piedad.

Desesperada de angustia, y viendo que no había ayuda para ella en ninguna parte, Fedra decidió suicidarse sin confiar a nadie el motivo. Teseo se encontraba lejos de casa en ese momento, pero la anciana nodriza de Fedra —completamente entregada a ella, e incapaz de contrariar sus deseos— lo descubrió todo: su pasión secreta, su desesperación y su determinación de morir. Con el único pensamiento de salvar a su Fedra en la cabeza, se fue directa a por Hipólito.

—Se muere de amor por ti —le dijo—. Concédele la vida. Corresponde a su amor.

Pero Hipólito se apartó de ella, asqueado: le hubiera disgustado el amor de cualquier mujer, pero esta pasión culpable le enfermaba y horrorizaba. Con la nodriza suplicándole detrás, corrió hasta el patio. Allí se encontraba Fedra, pero él no la llegó a ver en ningún momento. Con furiosa indignación, se volvió hacia la anciana mujer.

—Lastimosa desgraciada —decía Hipólito—, intentas hacerme traicionar a mi padre. Solo de oír esas palabras, me siento

corrupto. Oh, mujeres, viles mujeres, viles todas y cada una de ellas. ¡Nunca entraré de nuevo en esta casa salvo cuando mi padre se encuentre en ella!

Y se marchó. La nodriza se volvió y miró a Fedra, que se había levantado, con un gesto en el rostro que atemorizó a la anciana mujer.

—Haré cualquier cosa por ti —tartamudeó.

—Silencio —le espetó Fedra—. Resolveré mis propios asuntos —y, dicho esto, entró en la casa, con la temblorosa nodriza siguiéndola sigilosamente.

Unos minutos más tarde se oyeron las voces de los hombres que saludaban al dueño de la casa a su regreso, y Teseo entró en el patio. A su encuentro salieron unas mujeres llorosas, que le dijeron que Fedra había muerto, que se había suicidado. Acababan de encontrarla, sin vida, con una carta en la mano para su marido.

—Oh, la mejor y más amada —dijo Teseo—. ¿Están tus últimos deseos escritos aquí? Lleva tu sello, el tuyo, de quien nunca más me sonreirá.

Abrió entonces la carta y la leyó una y otra vez. Luego se dirigió a sus sirvientes, que llenaban el patio.

—Esta carta clama a gritos —dijo—. Sus palabras lo dicen todo: sabed todos que mi hijo trató de forzar con violencia a mi esposa. Oh, Poseidón, escúchame mientras le maldigo y cumple mi maldición.

El silencio que siguió fue roto por unos pasos precipitados. Entró Hipólito.

—¿Qué sucede? —exclamó—. ¿Cómo murió? Padre, dímelo. No ocultes tu pena.

—Debería existir alguna forma de medir el cariño —dijo Teseo—, algún medio para saber de quién te puedes fiar y de quién no. Mirad a mi hijo, a quien acusa la mano de la muerta. La ha violado. Su carta tiene más peso que cualquier palabra que él pueda pronunciar. Vete. Eres un exiliado de esta tierra. Ve ahora mismo y busca tu perdición.

—Padre —contestó Hipólito—, no tengo destreza hablando y no hay testigo de mi inocencia, pues el único es quien ahora está muerta. Lo único que puedo hacer es jurar por el supremo Zeus que nunca toqué a tu esposa, nunca deseé hacerlo, y nunca fue el objeto de mis pensamientos. Que muera en desdicha si soy culpable.

—Su muerte demuestra que ella dijo la verdad —repitió Teseo—. Vete. Estás desterrado del país.

Hipólito se fue, pero no al exilio; la muerte también le esperaba a él a la vuelta de la esquina. Mientras cabalgaba por la costa, alejándose de su hogar para siempre, la maldición de su padre se cumplió. Un monstruo surgió del agua y los caballos, aterrados a pesar de su firme jinete, se desbocaron. El carro se hizo pedazos y él cayó, hiriéndose mortalmente.

Teseo no quedó impune: Artemis se le apareció y le dijo la verdad.

Vengo a traerte no ayuda, sino solo dolor,

para mostrarte que tu hijo fue honorable.

Tu esposa era culpable, locamente enamorada de él.

Y sin embargo ella luchó contra su pasión y murió.

Pero lo que escribió era falso.

Mientras Teseo escuchaba, abrumado por este cúmulo de terribles noticias, trajeron al agonizante Hipólito, que dijo con voz entrecortada:

—Soy inocente, Artemis. Mi diosa, tu cazador muere.

—Y ninguno puede ocupar tu lugar, el más querido para mí de los hombres —le dijo ella.

Hipólito apartó los ojos del resplandor de su diosa, volviéndolos hacia el corazón partido de Teseo.

—Padre, querido padre —dijo—. No fue culpa tuya.

—Hijo… ojalá pudiera morir por ti —gimió Teseo.

—Toma a tu hijo en brazos, Teseo. —La dulce y calma voz de la diosa interrumpió su angustia—. No fuiste tú quien le mató. Fue Afrodita. Debes saber que él nunca será olvidado. Los hombres le recordarán en canciones y en historias.

Y desapareció de su vista; Hipólito también se había ido. Su alma ya había iniciado el camino que conduce al reino de los muertos.

La muerte de Teseo también fue espantosa. Se encontraba en la corte de un amigo, el rey Licomedes, donde unos años antes Aquiles había ido a esconderse disfrazado de muchacha. Hay quien dice que Teseo había ido al lugar porque había sido desterrado de Atenas. En cualquier caso, el rey, su amigo y anfitrión, le mató, aunque no se nos explica por qué.

Por mucho que los atenienses le hubieran desterrado, le honraron como a ningún otro mortal muy poco después de su muerte. Construyeron una gran tumba para él y decretaron que debería ser para siempre un santuario para los esclavos y para todos los pobres y desvalidos, en memoria de alguien que durante toda su vida había sido el protector de los indefensos.

III
Hércules

Ovidio ofrece un relato de la vida de Hércules, pero muy breve, bastante distinto de su método habitualmente detallado al extremo. No profundiza en las hazañas heroicas; prefiere las historias llenas de patetismo. A primera vista parece extraño que pase por alto el asesinato de la esposa e hijos de Hércules, pero ese relato lo había contado todo un maestro, el poeta del siglo v Eurípides, y puede que la reticencia de Ovidio se deba más a una cuestión de inteligencia: era poco lo que él podía aportar sobre cualquiera de los mitos sobre los que escribían los trágicos griegos. Omitió también uno de los más famosos relatos sobre Hércules, el que cuenta cómo libró a Alcestis de la muerte, que era el tema de otra de las obras de Eurípides. Sófocles, contemporáneo de Eurípides, describe la muerte del héroe. Su aventura infantil con las serpientes la cuenta tanto Píndaro, en el siglo v , como Teócrito en el iii . En mi relato he seguido las historias tal como las ofrecen los dos poetas trágicos y Teócrito, más que Píndaro, que es uno de los poetas más difíciles de traducir e incluso de citar. Para el resto, he seguido a Apolodoro, un escritor de prosa de los siglos i o ii de nuestra era y que es el único, con la excepción de Ovidio, que cuenta la vida de Hércules en su totalidad. He preferido su tratamiento al de Ovidio porque, solo en este caso, resulta más detallado.

El héroe más grandioso de Grecia fue Hércules. Era un personaje bastante diferente al del gran héroe de Atenas, Teseo; a Hércules lo admiraban en toda Grecia salvo en la capital; los atenienses eran distintos al resto de los griegos y sus héroes, por tanto, también. Por supuesto, Teseo era el más valiente de los valientes, como todo héroe, pero, a diferencia de otros, era tan compasivo como valeroso, un hombre de gran intelecto que también poseía una gran fuerza física. Que los atenienses tuvieran semejante héroe era algo natural, porque valoraban el pen-

samiento y las ideas como ninguna otra región. Teseo encarnaba, pues, su ideal. Pero Hércules personificaba lo que más valoraba el resto de Grecia: en general, sus cualidades son las que más honran y admiran los griegos que, a excepción de su coraje, eran otras que las reconocían a Teseo.

Hércules era el hombre más fuerte de la tierra y tenía la suprema confianza en sí mismo que le proporcionaba su fuerza física. Se consideraba a la par con los dioses, y con cierta razón; estos necesitaron de su ayuda para vencer a los Gigantes. En la victoria final del Olimpo sobre los salvajes hijos de Gea, no fue menor el papel de las flechas de Hércules. Y trataba a los dioses en consecuencia: una vez, cuando la sacerdotisa de Delfos no le dio respuesta a la pregunta que le planteó, cogió el trípode en el que se hallaba sentada y declaró que se lo llevaría para tener su propio oráculo. Evidentemente, Apolo no iba a tolerar tal desmán, pero Hércules estaba tan dispuesto a luchar que tuvo que intervenir Zeus. La disputa tuvo fácil solución, pues Hércules tenía bastante buen carácter para estas cosas. No quería luchar con Apolo, solo quería obtener la respuesta de su oráculo: si Apolo se la podía proporcionar, por él el asunto quedaba resuelto. Apolo, por su parte, enfrentado a aquel impertérrito mortal, sintió admiración por su audacia e hizo que su sacerdotisa le diera la respuesta.

Durante toda su vida, Hércules mantuvo esa perfecta confianza que hacía que le diera igual contra quién se enfrentara: él nunca podía ser vencido, y los hechos lo confirmaron. En todas sus peleas se sabía el resultado de antemano: solo podía superarlo una fuerza sobrenatural. Sucumbió por ejemplo a la magia que Hera empleó contra él, pero nada ni nadie lo venció jamás en la tierra, en el mar ni en el aire.

Sus acciones no parecían dictadas por la inteligencia, y a menudo esta brillaba por su ausencia. En una ocasión, apuntó contra el sol y amenazó con aniquilarlo porque tenía mucho calor. En otra, cuando las olas zarandeaban el barco en el que se encontraba, les dijo que las castigaría si no se calmaban. Aunque su intelecto no era muy potente, sus emociones sí: se desbordaban rápidamente y tenían predisposición a descontrolarse, como cuando desertó del *Argo* y lo olvidó todo —a sus camaradas, la búsqueda del Vellocino de Oro—, desesperado por el dolor de perder a su joven escudero, Hilas. Esta capacidad de albergar sentimientos profundos resultaba en cierto modo entrañable para un hombre con su tremenda fuerza, pero también provocaba un daño inmenso. Sufría repentinos estallidos de ira que resultaban fatales para destinatarios a menudo inocentes: cuando la ira había pasado y se calmaba, mostraba un arrepentimiento cautivador y accedía humildemente a cualquier castigo que quisieran infligirle. Nadie hubiera podido castigarlo sin su consentimiento, pero nadie estaba más dispuesto que él a soportar castigos. Hércules pasó gran parte de su vida expiando un exceso tras otro y nunca protestó ante los requerimientos casi imposibles que se le exigían. Incluso hubo ocasiones en que se castigaba a sí mismo cuando los demás le absolvían.

Hubiera sido absurdo colocarle al mando de un reino como se hizo con Teseo; con manejarse a sí mismo tenía más que suficiente. Tampoco hubiera podido ocurrírsele una idea nueva o genial como se decía del héroe ateniense. Su pensamiento se limitaba a concebir una forma de matar al monstruo que amenazara con matarle a él. Sin embargo su grandeza era auténtica, no porque tuviera el coraje absoluto basado en su fuerza abrumadora, lo cual es indiscutible, sino porque los remordimientos que le causaban los malos actos y su voluntad de hacer lo posible por expiarlos, mostró la grandeza de su alma. De haber

tenido también algo de grandeza de mente, al menos la suficiente para guiarle por los caminos de la razón, hubiera sido el héroe perfecto.

Nació en Tebas y durante mucho tiempo se sostuvo que era hijo de Anfitrión, un distinguido general. En aquellos primeros años se le llamaba Alcides, «descendiente de Alceo», que era el padre de Anfitrión. Pero en realidad era hijo de Zeus, que había visitado a la esposa de Anfitrión, Alcmena, con la apariencia de su marido mientras el general se encontraba fuera, combatiendo. Alcmena dio a luz dos hijos: Hércules de Zeus, e Ificles de Anfitrión. La diferente filiación de ambos se demostró con claridad en la forma de actuar ante un mismo peligro que se les presentó cuando aún no habían cumplido un año. Un peligro que vino de que, como siempre, Hera estaba furibundamente celosa y decidió matar a Hércules.

Una noche, como de costumbre, Alcmena bañó a los niños, los amamantó y los metió en la cuna, donde les meció, acariciándolos y diciendo: «Dormid, mis pequeños, alma de mi alma. Feliz sea vuestro sueño y feliz vuestro despertar». Los bebés se durmieron al instante y, cuando el silencio se adueñó de la casa, en lo más oscuro de la medianoche, aparecieron dos grandes serpientes que se arrastraron hacia la habitación de los niños. Había una tenue luz en el dormitorio y, cuando las dos se alzaron sobre la cuna, agitando la cabeza y la lengua, los niños se despertaron. Ificles gritó y trató de salir de la cuna, pero Hércules se incorporó y agarró a las mortíferas criaturas por el cuello. Las serpientes se retorcieron, enrollando sus cuerpos alrededor del niño, pero él las tenía fuertemente sujetas. La madre oyó los gritos de Ificles y, llamando a su marido, corrió a la habitación: allí se encontraron a Hércules riendo, con una serpiente muerta, enorme y blanda, en cada mano. Se las entregó

con júbilo a Anfitrión. Tiresias, el profeta ciego de Tebas, le dijo a Alcmena:

—Te juro que habrá muchas mujeres griegas que, mientras cardan la lana junto al hogar, cantarán sobre tu hijo y sobre ti, que le diste a luz. Será el héroe de toda la humanidad.

Se prestó mucha atención a su educación, pero enseñarle lo que no quería aprender era un asunto peligroso. Parecía que no le gustaba la música, que era una de las partes más importantes de la educación de un griego. O quizá lo que le disgustaba era su profesor de música, porque montó en cólera con él y le rompió la crisma con su laúd. Esta fue la primera vez que dio un golpe fatal sin pretenderlo. No pretendía matar al pobre músico, simplemente le golpeó sin pensarlo, en el impulso del momento, sin ser muy consciente de su fuerza. Lo sentía, lo sentía mucho, pero eso no evitó que hiciera lo mismo una y otra vez. Las otras asignaturas que le enseñaban —esgrima, lucha y equitación—, las aprendía con gusto, y estos profesores sobrevivieron. Para cuando cumplió dieciocho años, ya estaba completamente desarrollado y había matado, él solo, un gran león que vivía en los bosques de Citerón, el león Tespio. Luego se puso su piel a modo de capa, con la cabeza del animal como una especie de capucha sobre su propia cabeza.

Su siguiente proeza fue luchar y vencer a los minios, que habían estado exigiendo unos impuestos insoportables a los ciudadanos de Tebas. En agradecimiento, los tebanos le concedieron la mano de su princesa Mégara como recompensa. Él la adoraba, y también a sus hijos; sin embargo, este matrimonio conllevó la pena más grande de su vida, junto a una serie de pruebas y peligros nunca vistos ni antes ni después. Mégara le dio tres hijos y en cierto momento él se volvió loco por culpa de Hera, que nunca olvidaba una ofensa: mató a sus hijos y a

Mégara cuando esta trataba de proteger al más pequeño. Entonces volvió a él la cordura y se encontró en su salón manchado de sangre, junto a los cadáveres de sus hijos y su esposa. No tenía ni idea de lo que había ocurrido, ni de cómo los habían matado. Le parecía que solo hacía un segundo que estuvieran todos juntos hablando. Mientras permanecía allí de pie, sumido en el desconcierto, la gente aterrada que lo observaban desde la distancia vio que el ataque de locura había pasado y Anfitrión se atrevió a acercársele. No había razón para ocultarle la verdad a Hércules; tenía que saber cómo había llegado a suceder esa atrocidad y Anfitrión se lo contó. Hércules lo escuchó y concluyó:

—Yo mismo soy el asesino de mis seres más queridos.

—Sí —contestó Anfitrión tembloroso—, pero habías perdido el juicio.

—¿Y por eso debo perdonarme la vida? —preguntó Hércules, haciendo caso omiso a la excusa implícita en las palabras de Anfitrión—. Me vengaré sobre mí mismo por estas muertes.

Pero antes de que pudiera huir y matarse, el destino le perdonó la vida. El milagro, porque no era otra cosa, de hacer recapacitar a un Hércules presa de sentimientos enloquecidos y deseando cometer un acto violento, volviéndolo a la sobria razón y a la aceptación de los hechos, no se dio por la intervención de una deidad desde el cielo; fue un milagro provocado por la amistad humana. Su amigo Teseo se plantó ante él y tomó con las suyas las manos de Hércules, manchadas de sangre. De este modo, y según la creencia popular griega, él mismo quedaba manchado de sangre y compartía la culpa de Hércules.

—No te separes de mí —le dijo—. No me impidas compartir todo esto contigo. El mal que tú y yo compartamos no es mal

para mí. Y escúchame bien: los hombres grandes de alma son capaces de soportar las embestidas del cielo sin flaquezas.

—¿Sabes lo que he hecho? —inquirió Hércules.

—Lo que sé —contestó el ateniense— es que tus sufrimientos claman al cielo.

—Por eso he de morir —dijo Hércules.

—Ningún héroe pronuncia esas palabras.

—¿Qué puedo hacer sino morir? ¿Vivir? ¿Ser un hombre marcado, del que todos dirán: «Mira, ahí va el que mató a su mujer y a sus hijos»? Por todas partes aparecerán carceleros y escorpiones de lengua venenosa.

—Aun así. Sufre y sé fuerte —contestó Teseo—. Ven a Atenas conmigo: compartiremos hogar y todo lo demás. Y nos darás a mí y a la ciudad una gran recompensa: la gloria de haberte ayudado.

Se hizo un largo silencio. Finalmente, Hércules habló, con palabras lentas e intensas.

—Así será —dijo—. Seré fuerte y esperaré que sea la muerte quien venga a mí.

Los dos marcharon para Atenas, pero Hércules no permaneció allí mucho tiempo. Teseo, el pensador, rechazaba la idea de que un hombre pudiera ser culpable de un asesinato si no sabía lo que estaba haciendo, y también la de que aquellos que lo ayudaran se pudieran considerar manchados. Los atenienses estuvieron de acuerdo y dieron la bienvenida al pobre héroe; pero a él estas ideas no le cabían en la cabeza. No podía meditar sobre ello lo más mínimo, solo era capaz de sentir. Había matado a su familia: estaba manchado y había manchado a otros. Merecía que todos se apartaran de él con asco.

En Delfos, adonde acudieron a consultar el oráculo, la sacerdotisa veía el asunto del mismo modo. Necesitaba ser purificado, le dijo, y solo podría lograrlo con una terrible penitencia. Entonces, le ordenó que fuera a ver a su primo Euristeo, rey de Mecenas (de Tirinto en otros relatos) y someterse a lo que él le demandara. Hércules acudió voluntarioso, preparado para lo que hiciera falta con tal de quedar limpio de nuevo. Queda claro, a juzgar por el resto de la historia, que la sacerdotisa sabía cómo era el rey y que sin duda alguna purgaría a Hércules a fondo.

Euristeo no era para nada estúpido, sino retorcido y muy ingenioso, y cuando el hombre más fuerte de la tierra llegó a él, humildemente preparado para ser su esclavo, ideó una serie de penitencias insuperables en su dificultad y peligro. Debe quedar constancia, eso sí, de que Hera estaba detrás de esto, ayudándole y alentándole. Hasta el final de la vida de Hércules, nunca le perdonó por ser hijo de Zeus. Las tareas que Euristeo le confió se llaman los «Trabajos de Hércules» y fueron doce, a cuál más imposible.

El primero fue matar al león de Nemea, una bestia a la que ningún arma podía herir: Hércules resolvió esa dificultad asfixiándolo. Luego levantó a duras penas la enorme y pesada piel y, cargándola sobre sus espaldas, la llevó a Mecenas. Visto esto, Euristeo, que era un hombre prudente, no le permitió entrar de nuevo en la ciudad y prefirió darle el resto de las órdenes desde lejos.

El segundo trabajo era ir a Lerna y matar a una criatura de nueve cabezas que llevaba por nombre Hidra y que vivía en una ciénaga de por allí. Era una prueba sumamente difícil, pues una de las cabezas era inmortal y las otras no menos temibles: cada vez que Hércules cortaba una, crecían dos más en su lugar. Sin

embargo, le ayudó su sobrino Yolao con un tizón ardiendo que cauterizaba el cuello tras cortar cada cabeza, de modo que no pudiera brotar otra. Cuando hubo cortado todas, se deshizo de la que era inmortal colocándole encima una gran roca.

El tercer trabajo consistió en capturar con vida una cierva con cuernos de oro, sagrada para Artemis, que vivía en los bosques de Cerintia. Podía haberla matado fácilmente, pero atraparla viva era otra historia y tuvo que perseguirla durante un año entero antes de conseguirlo.

El cuarto trabajo era capturar un gran jabalí cuya guarida estaba en el monte Erimanto. Hércules persiguió a esta bestia de un lado a otro hasta agotarla; entonces la condujo hasta una zona nevada y allí la atrapó a lazo.

El quinto trabajo era limpiar los establos de Augías en un solo día. Este hombre poseía miles de reses y sus establos no se habían limpiado en años. Hércules desvió los cursos de dos ríos y los hizo discurrir a través de los establos, creando una gran corriente que limpió la mugre en un momento. El sexto trabajo era ahuyentar las aves del lago Estínfalo, una plaga que asolaba el pueblo de Estínfalo debido a su gran número. Atenea le ayudó a sacarlos de sus escondrijos y cuando echaron a volar les disparó.

El séptimo trabajo fue ir a Creta y traer de allí el bello toro salvaje que Poseidón había entregado a Minos. Hércules lo domó, lo subió a un barco y se lo llevó a Euristeo.

El octavo trabajo consistió en robar las yeguas del rey de Tracia, Diomedes, que comían carne humana. Hércules mató primero a Diomedes, y luego atrapó a las yeguas sin dificultad alguna.

El noveno trabajo fue conseguir el cinturón de Hipólita, la reina de las Amazonas. Cuando llegó Hércules, ella le recibió

amablemente y le dijo que le daría el cinturón, pero Hera provocó unas complicaciones: hizo que las Amazonas pensaran que Hércules tenía intención de llevarse a su reina y le hundieran el barco. Sin pensar en lo amable que había sido Hipólita —sin pensar en nada, de hecho— Hércules la mató al instante, dando por supuesto que era la responsable del ataque. Luego, fue capaz de luchar contra las otras y huir con el cinturón.

El décimo trabajo fue llevarle a Euristeo los bueyes de Geríones, un monstruo con tres cuerpos que vivía en una isla occidental llamada Eritia. De camino, Hércules tocó tierra en los confines del Mediterráneo y colocó, como recuerdo de su viaje, dos grandes rocas, llamadas las Columnas de Hércules (ahora Gibraltar y Ceuta). Luego se apoderó de los bueyes y los llevó a Mecenas.

El undécimo trabajo fue el más difícil hasta el momento. Consistía en devolver las Manzanas de Oro de las Hespérides, que nadie sabía encontrar. Hércules fue a ver al padre de las Hespérides, Atlas —que soportaba la bóveda celeste sobre sus hombros—, y le pidió que cogiera las manzanas por él, ofreciéndose a soportar sobre sí el peso del cielo mientras Atlas estaba fuera. Viendo la oportunidad de que le relevaran para siempre de su pesada carga, el padre accedió amablemente y fue a por las manzanas, pero no se las dio a Hércules: le dijo que siguiera sosteniendo el cielo, que ya le llevaba él las manzanas a Euristeo. Con toda su fuerza concentrada en la poderosa carga, Hércules solo podía confiar en su ingenio esta vez. Aunque, si salió con bien del aprieto, fue más por la estupidez de Atlas que por la sagacidad del héroe. Hércules aceptó el trato, pero le rogó que antes de irse le aguantara el cielo solo un momento, para que pudiera colocarse una almohadilla en los hom-

bros con la que aliviar la presión. Atlas así lo hizo; Hércules cogió las manzanas y se marchó.

El duodécimo trabajo fue el peor de todos. Le llevó al mundo subterráneo —fue entonces cuando liberó a Teseo del trono del olvido— para subir a Cerbero, el perro de tres cabezas, del Hades. Plutón dio su permiso, a condición de que no usara armas para dominarlo: solo podía usar las manos. Y aun así, Hércules consiguió que el terrible monstruo se le sometiera. Lo alzó y lo llevó a hombros todo el trayecto hasta la tierra y hasta Mecenas. Euristeo no quiso quedárselo, muy prudentemente, e hizo que Hércules lo devolviera. Y este fue su último trabajo.

Con todos los trabajos completados, y conseguida la expiación por la muerte de su esposa e hijos, podría parecer que Hércules se había ganado paz y tranquilidad para el resto de su vida, pero no fue así; nunca estuvo tranquilo ni cómodo. Otra hazaña casi tan difícil como la mayoría de los trabajos fue la de derrotar a Anteo, un gigante peleón que obligaba a los extraños a luchar contra él a condición de que, si ganaba, podía matar al contrincante; tantas eran sus víctimas, que el gigante se estaba construyendo un templo con sus cráneos a modo de techumbre. Anteo se hacía invencible al contacto con la tierra: si caía al suelo, resurgía con fuerzas renovadas por el contacto. De manera que Hércules lo alzó en vilo y, sosteniéndolo en el aire, le estranguló.

Hay todo tipo de relatos que recogen aventuras: luchó contra el dios río Aqueloo, porque estaba enamorado de la muchacha con la que Hércules quería casarse. Como todo el mundo ya por entonces, Aqueloo no deseaba luchar contra el héroe, así que intentó razonar con él. Pero con Hércules, eso solo valía para enfadarlo aún más.

—Mi mano es mejor que mi lengua. Permíteme ganarte luchando y tú puedes ganarme hablando —dijo.

Entonces, Aqueloo le atacó con fiereza adoptando la forma de un toro, pero con los toros estaba Hércules más que acostumbrado a pelear: lo derribó y le rompió uno de los cuernos. Y así la joven princesa Deyanira, causa de la contienda, se convirtió en su esposa.

Hércules viajó a muchos países y realizó muchas otras proezas. En Troya rescató a una doncella del mismo apuro que pesó sobre Andrómeda: estaba en la orilla, esperando a que la devorara un monstruo marino que no podía ser aplacado de otro modo. Era la hija del rey Laomedonte, que había escatimado los salarios de Apolo y Poseidón después de que estos le hubieran construido, por orden de Zeus, los muros de Troya: en venganza, Apolo había enviado la peste y Poseidón, la serpiente marina. Hércules aceptó rescatar a la muchacha si el padre le entregaba los caballos que Zeus le había regalado a su abuelo. Laomedonte se lo prometió, pero cuando Hércules hubo matado al monstruo, el rey tampoco le quiso pagar a él. Hércules tomó la ciudad, mató al rey y dio la doncella a Telamón de Salamina, el amigo que le había ayudado.

Cuando iba a ver a Atlas para preguntarle por las Manzanas de Oro, Hércules pasó por el Cáucaso, donde liberó a Prometeo matando al águila que se alimentaba de él.

Junto con estas gloriosas hazañas hubo otras que no lo fueron tanto: por descuido, mató de un empujón a un muchacho que le estaba vertiendo agua en sus manos antes de un festín. Fue un accidente y el padre del chico perdonó a Hércules, pero este no podía perdonarse a sí mismo así que se exilió durante un tiempo. Mucho peor fue el asesinato deliberado de un buen amigo para vengar un insulto con el que el padre del joven, el

rey Éurito, le había ofendido. El propio Zeus fue quien le castigó por esta vil acción: le envió a Lidia para que fuera esclavo de la reina Ónfale, algunos dicen que por un año, otros que por tres. Ella se recreaba con él, haciéndole a veces vestir de mujer, u ocuparse de tareas femeninas, como tejer o hilar. Él se sometió, pacientemente como siempre, pero se sentía degradado por esta servidumbre y, sin razón alguna, culpaba a Éurito de todo ello y juró que le castigaría sin piedad cuando fuera liberado.

Todas las historias que sobre él se cuentan le son características, pero la que mejor le describe es la de una visita que hizo cuando iba camino de conseguir las yeguas antropófagas de Diomedes, en uno de sus doce trabajos. La casa en la que había planeado pasar la noche, la de su amigo Admeto, rey de Tesalia, se encontraba de riguroso luto cuando llegó, aunque él no lo sabía. Admeto acababa de perder a su esposa de una forma bastante extraña.

Para contar la causa de esta muerte hay que remontarse hasta el pasado: Apolo, furioso con Zeus por haber matado a su hijo Esculapio, aniquiló a los trabajadores de Zeus, los Cíclopes. En castigo, tuvo que servir en la tierra como esclavo durante un año y el amo que eligió, o el que Zeus eligió para él, fue Admeto. Durante su servidumbre, Apolo trabó amistad con la familia, especialmente con su jefe y la esposa de este, llamada Alcestis, y no perdía ocasión de demostrarles su buena voluntad.

En cierto momento, supo que las tres Moiras habían hilado toda la hebra de vida de Admeto, y estaban a punto de cortarla. Pero logró que le concedieran una prórroga: si alguien moría en el lugar de Admeto, este podría vivir. Apolo informó de esto a su amo, el cual se dispuso inmediatamente a buscar un sustituto que quisiera morir por él. En primer lugar fue a ver a su padre y a su madre, bastante confiado: ellos eran ya ancianos y

le adoraban, seguro que uno de los dos se ofrecería a ocupar su hueco en el mundo de los muertos. Pero, para su sorpresa, se encontró con una negativa frontal. Sus padres le dijeron: «La luz del día que Dios nos brinda es dulce incluso para los viejos. Nosotros no te pedimos que mueras en nuestro lugar, y no lo haremos por ti». Y permanecieron completamente impasibles cuando Admeto les interpeló con iracundo desdén: «¡Estáis paralíticos, en las puertas de la muerte, y aun así os da miedo morir!».

Pero no se rindió. Acudió a sus amigos, rogándoles a uno tras otro que murieran para que él pudiera vivir. Evidentemente, pensaba que su vida era tan valiosa que alguien habría dispuesto a salvarla incluso a costa del supremo sacrificio. Pero se encontró con un no tras otro. Finalmente, regresó a su casa desesperado y allí halló a un sustituto: su esposa Alcestis se ofreció a morir por él. Nadie que haya leído hasta aquí necesita que le digan que el hombre aceptó el ofrecimiento. Pero, eso sí, se sintió extremadamente triste por ella y más todavía por sí mismo, por perder a tan buena esposa, y permaneció llorando junto a ella hasta que le llegó la muerte. Tan abrumado se encontraba por la pena, que ordenó que tuviera el más magnífico de los funerales.

Fue en este momento cuando llegó Hércules, pensando en descansar y disfrutar bajo el techo de un amigo en su viaje al norte, donde estaba Diomedes. La forma en la que Admeto le trató muestra con ejemplar claridad lo alto que se encontraba el listón de la hospitalidad en Grecia, y cuánto esperaba un invitado de su anfitrión.

En cuanto Admeto se enteró de la llegada de Hércules, se acercó a recibirlo sin dar muestra alguna de que estaba de luto, excepto por su ropa. Su comportamiento fue el de quien recibe

a un amigo con placer. Cuando Hércules preguntó quién había muerto, él contestó tranquilamente que se disponían a enterrar ese día a una mujer de la casa, pero no pariente suya. El héroe afirmó que no le molestaría con su presencia en ese momento, pero Admeto se negó con firmeza a dejarle ir a ninguna otra parte. «No permitiré que duermas bajo otro techo», le aseguró. Indicó a sus sirvientes que llevaran al invitado a una de las habitaciones más apartadas, donde no pudiera oír las muestras de dolor, y que la cena y el hospedaje se le facilitaran allí. Nadie debía hacerle saber lo que había ocurrido. Hércules cenó solo, pero entendió que Admeto debía asistir al funeral por cuestión de formas, así que no tuvo problemas en pasárselo bien. Los sirvientes que se quedaron para atenderle se ocuparon de satisfacer su enorme apetito y, sobre todo, de rellenarle su jarra de vino. Hércules se puso muy feliz, muy borracho y muy alborotado. Empezó a entonar canciones a voz en cuello, algunas altamente censurables; se comportaba de un modo que era poco menos que indecente en un funeral. Cuando los sirvientes mostraron su desaprobación, les pidió a gritos que no fueran tan solemnes. ¿No podían brindar una sonrisa de vez en cuando como buena gente? Sus rostros lúgubres le quitaban el apetito.

—Tomad una copa conmigo —exclamó—. ¡Muchas copas!

Uno de ellos contestó tímidamente que no era momento de risas ni borracheras.

—¿Por qué no? —bramó Hércules—. ¿Porque una desconocida ha muerto?

—U-una desconocida… —tartamudeó el sirviente.

—Bueno, eso es lo que a mí me dijo Admeto —respondió el héroe, airado—. Supongo que no me estaréis diciendo que me ha mentido.

—Oh, no, no —contestó el sirviente—. Solo que él es muy hospitalario. Pero, por favor, tome un poco más de vino. Nuestro problema es solo nuestro.

Y se volvió para rellenar la copa, pero Hércules lo asió con fuerza y no había forma de liberarse de tal agarrón.

—Aquí pasa algo raro —le dijo al atemorizado hombre—, ¿qué sucede?

—Tú mismo puedes verlo: estamos de luto.

—Pero ¿por qué, hombre? ¿Por qué? ¿Me ha dejado en ridículo mi anfitrión? ¿Quién ha muerto?

—Alcestis —susurró el sirviente—. Nuestra reina.

Hubo un largo silencio. Hércules tiró su copa al suelo.

—Debí haberlo sabido —dijo—. Vi que había estado llorando. Tenía los ojos enrojecidos. Pero él juró que era una extraña. Me hizo entrar. Oh, buen amigo y buen anfitrión. Y yo aquí borracho, divirtiéndome, en esta casa de dolor. Oh, debería habérmelo dicho.

Entonces hizo lo de siempre: se culpó a sí mismo. Había sido un imbécil, un estúpido borracho, mientras el hombre que tan bien le atendía estaba roto de dolor. Como siempre también, sus pensamientos se dedicaron rápidamente a encontrar algún modo de expiación. ¿Qué podía hacer para compensar? No había nada que pudiera hacer, estaba completamente seguro, pero ¿qué podría ayudar a su amigo? Entonces se le ocurrió una cosa. «Pues claro —se dijo a sí mismo—. Eso es: debo traer a Alcestis de vuelta del mundo de los muertos. Por supuesto. Nada más claro. Encontraré a ese anciano, la Muerte, que seguro se encuentra cerca de su tumba, y lucharé con él. Haré crujir su cuerpo entre mis brazos hasta que me la entregue. Si no es desde la tumba, bajaré tras ella al mismo Hades. Oh, devolveré el

bien al amigo que tan bueno ha sido conmigo.» Y echó a correr, encantado consigo mismo, y disfrutando de la perspectiva de lo que prometía ser un estupendo combate.

Cuando Admeto volvió a su casa, vacía y desolada, Hércules estaba allí para recibirlo, y a su lado se encontraba una mujer.

—Mírala, Admeto —le dijo—. ¿No te recuerda a alguien?

—¡Un fantasma! ¿Es un truco? ¿Una burla de los dioses? —exclamó Admeto.

—Es tu esposa. Luché con la Muerte por ella e hice que me la devolviera —contestó Hércules.

No hay historia sobre Hércules que muestre tan claramente su carácter, tal y como lo veían los griegos: su simpleza y su torpe ingenuidad, su incapacidad de no emborracharse en una casa donde alguien había muerto, su rápido arrepentimiento y el deseo de enmienda sin atención al precio, la perfecta seguridad de que ni siquiera la muerte era rival para él… Ese es el retrato de Hércules. Quizá le falte, como detalle, el que en un ataque de ira hubiera matado a uno de los sirvientes que le molestaban con sus rostros sombríos; pero el poeta Eurípides, de quien tomamos la historia, la mantuvo limpia de todo lo que no se relacionara específicamente con la muerte de Alcestis y su vuelta a la vida. Una o dos muertes más, por lógicas que fueran cuando Hércules estaba presente, hubieran enturbiado la estampa que quería pintar.

Como había jurado mientras era esclavo de Ónfale, el héroe empezó a castigar al rey Éurito en cuanto quedó libre, ya que a él le había castigado Zeus por matar a su hijo. Reunió un ejército, tomó la ciudad del rey y le dio muerte. Pero Éurito también tuvo su venganza: esta victoria fue indirectamente la causa de la muerte de Hércules.

Antes de haber completado la destrucción de la ciudad, Hércules envió a casa —donde su entregada esposa Deyanira esperaba que regresara desde Lidia— a un grupo de doncellas prisioneras. De ellas, la más bella era Yole, la hija del rey, y el hombre que las llevó hasta allí dijo que Hércules estaba locamente enamorado de esta princesa. La noticia no afligió a Deyanira como cabría esperar, pues creía tener un poderoso hechizo de amor que la había protegido durante años contra el riesgo de tener en su propia casa a otra mujer a quien prefirieran. Justo después de su boda, cuando Hércules la llevaba a casa, ella se había acercado al río donde el centauro Neso hacía de barquero: este había subido a Deyanira a su lomo y en mitad de la corriente la había ultrajado. Al oír los gritos de su mujer, Hércules había disparado a la bestia desde la otra orilla. Antes de morir, Neso le dijo a Deyanira que cogiera un poco de su sangre y la usara como hechizo sobre Hércules si alguna vez se enamoraba de otra. Al oír lo de Yole, Deyanira pensó que había llegado el momento: ungió una espléndida túnica con la sangre del centauro y se la envió a Hércules con un mensajero.

Cuando el héroe se la puso, el efecto fue el mismo que el de la túnica que Medea había enviado a la rival con la que Jasón estuvo a punto de casarse: lo invadió un terrible dolor, como si estuviera ardiendo. Su primer impulso, en plena agonía, fue volverse hacia el mensajero de Deyanira —el cual era, por supuesto, totalmente inocente—, agarrarlo y arrojarlo al mar. El inmenso dolor que sentía apenas le quitaba fuerzas: aún pudo matar a otros, mientras seguía con vida. La princesa de Corinto había muerto al instante de aquel veneno, pero con Hércules no era tan fácil. Torturado pero vivo, lo llevaron a su casa.

Mucho antes, Deyanira había sabido lo que su regalo le había provocado y se había suicidado… y él decidió hacer lo mismo.

Ya que la muerte no le llegaba, él iría a por ella. Ordenó a los que se encontraban a su alrededor que construyeran una pira gigante en el monte Eta y que lo llevaran allí. Cuando llegó allí al fin, supo entonces que podía morir y se sintió feliz. «Aquí está mi reposo —dijo—. Este es el final.» Y cuando le elevaron hasta la pira, se tumbó en ella como quien se reclina en su diván ante la mesa de un banquete.

Entonces le pidió a su joven seguidor, Filoctetes, que sujetara la antorcha con que iba a prender fuego a la madera y le dio su arco y sus flechas, que también serían archiconocidas por toda Troya en manos del joven. Las llamas se alzaron hacia el cielo y nunca más se vio a Hércules en la tierra. De allí se fue a las alturas, donde se reconcilió con Hera y se casó con su hija Hebe, y donde

Después de sus grandísimos esfuerzos tuvo descanso.
Y su mejor premio, la paz eterna
en los hogares de la felicidad.

Pero cuesta imaginarlo contento y satisfecho en reposo y paz, ni permitiendo que los sagrados dioses lo hagan.

IV

Atalanta

Solo los escritores más recientes —Ovidio y Apolodoro— cuentan la historia de Atalanta en su totalidad, pero el relato es antiguo. Uno de los poemas que se le atribuyen a Hesíodo —aunque probablemente sea de una fecha algo más tardía, digamos el siglo VII *— describe la carrera y las manzanas de oro, y la* Ilíada *retrata la cacería del jabalí de Calidón. He seguido en este texto a Apolodoro, que probablemente escribió en los siglos* I *o* II *de nuestra era. La historia de Ovidio es buena solo a ratos: ofrece una encantadora estampa de Atalanta entre los cazadores que he incluido en mi relato, pero a menudo —en la descripción del jabalí, por ejemplo— es tan exagerada que roza el ridículo. Apolodoro no resulta tan pintoresco, pero tampoco absurdo.*

En ocasiones se ha dicho que había dos heroínas con este nombre. Es cierto que hay dos hombres, Jasón y Esqueneo, a los que se consideraba padres de Atalanta, pero ocurre a menudo en las historias antiguas que se dan diferentes nombres a los personajes menos relevantes. Si de verdad hubo dos Atalantas, sería sin duda notable que ambas quisieran navegar en el *Argo* ; que ambas participaran en la caza del jabalí de Calidón; que ambas se casaran con un hombre que las venció en una carrera y que ambas se transformaran finalmente en leonas. Ya que la historia de ambas es prácticamente la misma, es más facil dar por supuesto que había solo una. De hecho, parece traspasar los límites de lo probable —incluso para un relato mitológico— suponer que había dos doncellas en la misma época que amaban la aventura como el héroe más intrépido y que podían disparar, correr y luchar mejor que los hombres de una de las dos grandes épocas de heroísmo.

Sea cual fuere su nombre, el padre de Atalanta se sintió amargamente decepcionado al tener una hija en lugar de un hi-

jo. Decidió que educarla no merecía la pena y abandonó a la criatura en la ladera de una agreste montaña para que muriera de frío y hambre. Pero, como tan a menudo ocurre en estas historias, los animales demostraron más amabilidad que los humanos. Una osa se hizo cargo de ella: la cuidó, le dio calor, y el bebé creció hasta convertirse en una inquieta y atrevida muchacha. Entonces la encontraron unos amables cazadores y la llevaron a vivir con ellos. Al final, terminó por participar en las arduas proezas de la vida de un cazador. Una vez, dos centauros, sobradamente más veloces y fuertes que cualquier mortal, la avistaron cuando se encontraba sola y la persiguieron. Ella supo que huir de ellos sería estúpido, así que permaneció inmóvil: colocó una flecha en su arco y disparó una vez, y luego otra. Los dos centauros cayeron, heridos de muerte.

Entonces llegó la famosa cacería del jabalí de Calidón: una terrible criatura que Artemis había enviado para hacer estragos en el país de Calidón con el fin de castigar a su rey, Eneo, porque se había olvidado de ella al sacrificar los primeros frutos de la cosecha en honor a los dioses. La bestia devastó el lugar, acabó con el ganado, mató a los hombres que intentaron cazarlo… No tardó Eneo en pedir ayuda a los hombres más valientes de Grecia, reuniendo un espléndido grupo de jóvenes héroes, muchos de los cuales navegarían después en el *Argo* . Y con ellos llegó automáticamente Atalanta, «el orgullo de los bosques de Arcadia». Disponemos de una descripción de su aspecto mientras caminaba entre la comitiva masculina: «Un escudo brillante anudaba su ropa al cuello; sus cabellos, peinados con sencillez, le caían en bucles sobre la nuca. Una aljaba de bronce colgaba de su hombro izquierdo y su mano sostenía un arco. Así vestía. En cuanto a su rostro, parecía demasiado torneado para ser de muchacho, y demasiado varonil para una doncella». Pero a cierto hombre que andaba por allí le pareció más hermosa y

deseable que ninguna otra doncella que jamás hubiera visto: el hijo de Eneo, Meleagro, se enamoró de ella a primera vista. Pero, eso seguro, el trato que Atalanta le dio fue de buen compañero, no de posible amante. No le gustaban los hombres, excepto como compañía para cazar, y estaba decidida a no casarse nunca.

Algunos hombres se molestaron por su presencia, pues ir a cazar con una mujer les parecía indigno, pero accedieron finalmente ante la insistencia de Meleagro. Y resultó ser una buena idea porque, cuando rodearon al jabalí, la bestia los embistió con tanta rapidez que mató a dos hombres antes de que los otros pudieran acudir en su ayuda y, para colmo de males, un tercero cayó atravesado por una jabalina mal dirigida. En este caos de hombres y armas cruzando el aire, Atalanta mantuvo la cabeza fría y mató al jabalí: su flecha acertó en el blanco a la primera. Entonces, Meleagro se abalanzó sobre la criatura herida y lo apuñaló en el corazón. Técnicamente hablando, fue él quien mató al jabalí, pero los honores de la caza fueron para Atalanta y, de hecho, Meleagro insistió en que deberían entregarle la piel a ella. Esta decisión resultaría ser la causa de su propia muerte. Cuando Meleagro tenía solo una semana de edad, las Parcas se le habían aparecido a su madre, Altea, y habían arrojado un tizón a la chimenea que calentaba la estancia. Luego, como siempre sin parar de hilar, dando vueltas a la rueca y enrollando la hebra del destino, habían cantado:

A ti, oh niño recién nacido, te concedemos un don:

vivir hasta que este leño se convierta en cenizas.

Altea había apartado el tizón del fuego, apagando la llama y escondiéndolo después en un cofre.

Los hermanos de Altea también habían ido a cazar el jabalí y estaban furiosos: para ellos —al igual que otros muchos, sin du-

da—, el que los honores hubieran sido para una mujer suponía una afrenta: eran los tíos de Meleagro, pero no tenían por qué respetar sus decisiones. Llegaron a la conclusión de que Atalanta no debería quedarse con la piel, y le dijeron a Meleagro que él no tenía más derecho que los demás a regalarla; al oírlos Meleagro los mató, sin que ellos se lo esperaran en absoluto.

Altea no tardó en recibir la noticia: sus queridos hermanos habían muerto a manos de su propio hijo y este había hecho el ridículo por una pícara que cazaba con hombres. La poseyó una ira abrasadora; corrió hasta el cofre en busca del tizón y lo arrojó al fuego. Mientras ardía, Meleagro cayó al suelo, agonizante: cuando el tronco se hubo consumido, su espíritu abandonó su cuerpo. Se dice que Altea, horrorizada por sus actos, se ahorcó. Y así, la caza del jabalí de Calidón terminó en tragedia.

Pero para Atalanta fue solo la primera de sus aventuras. Algunos dicen que navegó con los Argonautas, otros que Jasón la convenció de que no lo hiciera. No se la menciona en el relato de esa hazaña, y ella no era precisamente de los que se quedan atrás cuando llega el momento de dar la cara, así que es probable que no fuera. No se tienen más noticias de ella hasta que regresaron los Argonautas, cuando Medea mató al tío de Jasón, Pelias, con el pretexto de devolverle la juventud. Atalanta estaba entre los contendientes de los juegos que se celebraron en su honor, y en el torneo de lucha venció al joven que sería el padre de Aquiles, el gran héroe Peleo. Fue después de esta hazaña cuando descubrió quiénes eran sus padres y se marchó a vivir con ellos: por lo visto, su padre se había reconciliado con el hecho de tener una hija, pues realmente parecía casi tan buena, si no mejor, que un hijo. Sorprende un poco que hubiera tantos hombres dispuestos a casarse con ella —a fin de cuentas, sabía cazar, disparar y luchar—, pero así era: tenía una gran cantidad

de pretendientes. Para deshacerse de ellos, anunció que se casaría con aquel que la derrotara en una carrera a pie, consciente de que no existía tal hombre. Se lo pasó en grande con esta prueba: empezaron a llegar jóvenes de pies rápidos para competir y ella siempre los superaba.

Pero, finalmente, llegó uno que usaba la cabeza tanto como los talones: aunque sabía que no era tan buen corredor como ella, había ideado un plan. El ingenioso joven, de nombre Melanión (o Hipómenes), contaba con el favor de Afrodita, siempre dispuesta a someter a las doncellas jóvenes y salvajes que despreciaran el amor. La diosa se había hecho con tres manzanas maravillosas, de oro puro, preciosas como las que crecen en el jardín de las Hespérides. No había mortal que, al verlas, no las deseara.

En la pista, mientras Atalanta —preparada para la señal de salida y cien veces más bella sin armadura que con ella— miraba a su alrededor con altivez, el asombro ante su hermosura se apoderó de todos los que la vieron, especialmente del hombre que aguardaba para competir con ella. Aun así, el joven pudo mantener la calma y aferró con más fuerza las manzanas de oro. Comenzaron. Ella echó a correr, veloz cual flecha, con el pelo volando sobre los hombros blancos, y su bello cuerpo cubierto de un rosado rubor. Ya le estaba dejando atrás cuando él lanzó una manzana directamente a sus pies. La joven solo necesitó un momento para detenerse y recoger el objeto precioso, pero esa breve pausa fue suficiente para que él la alcanzara. Un momento más tarde, tiró la segunda, esta vez algo alejada. La cazadora tuvo que desviarse para atraparla y él la adelantó. Ella le alcanzó casi al instante, cuando la meta estaba muy cerca, y entonces la tercera esfera dorada brilló ante ella y rodó lejos, hasta la hierba que rodeaba la pista. Al verla brillar entre el ver-

dor, Atalanta no pudo resistirse: fue a recogerla cuando su pretendiente llegaba a la meta casi sin aliento. Era suya. Sus días de libertad en el bosque y victorias deportivas habían llegado a su fin.

Se dice que los dos se convirtieron en leones debido a alguna ofensa que cometieron contra Zeus o Afrodita. Pero, antes de eso, Atalanta dio a luz a un hijo, Partenopeo, que luego sería uno de los Siete contra Tebas.

Cuarta parte
LOS HÉROES DE LA GUERRA DE TROYA

I

La guerra de Troya

Obviamente, esta historia está tomada de Homero casi en su totalidad, aunque la Ilíada *comienza después de que los griegos hayan llegado a Troya, cuando Apolo hace caer la peste sobre ellos; no hace mención al sacrificio de Ifigenia, y solo una breve alusión al juicio de Paris. He tomado el relato de Ifigenia de una obra del poeta trágico del siglo v Esquilo, el* Agamenón*; y el del juicio de Paris de* Las troyanas*, una obra de su contemporáneo Eurípides. He añadido algunos detalles como el relato de Enone, del prosista Apolodoro, que probablemente escribió en los siglos I o II de nuestra era. No suele tener mucho interés, pero a la hora de narrar los eventos que desembocaron en la* Ilíada *parece inspirarse con un tema tan magnífico y resulta menos aburrido que casi todas las demás partes del libro.*

Más de mil años antes de nuestra era, cerca del extremo oriental del Mediterráneo, había una rica y poderosa ciudad, sin igual sobre la tierra. Su nombre era Troya, y a día de hoy es todavía la ciudad más célebre del mundo. Esa fama tan prolongada se debe a la guerra que se describe en uno de los poemas más importantes de la literatura universal, la *Ilíada* , y el motivo de la guerra fue, una vez más, una disputa entre tres deidades celosas.

Prólogo: el juicio de Paris

Éride, la malvada diosa de la Discordia, no era precisamente querida en el Olimpo, como cabe esperar; cuando los dioses celebraban un banquete, solían dejarla de lado. Profundamente resentida, decidió crear problemas… y vaya si los creó. Durante una boda importante, la del rey Peleo y la ninfa marina Tetis, a la que habían invitado a todas las deidades menos a ella, arrojó una manzana de oro en el salón del banquete con una nota: «Para la más bella». Obviamente, todas las diosas la querían,

pero al final la decisión quedó entre tres: Afrodita, Hera y Atenea.

Le pidieron a Zeus que hiciera de árbitro, pero este rechazó sabiamente involucrarse en el asunto y les dijo que se fueran al monte Ida, cerca de Troya, donde el joven príncipe Paris —también llamado Alejandro— pastoreaba los rebaños de su padre. Él era un excelente juez de la belleza, les informó Zeus. A pesar de ser príncipe, Paris trabajaba de pastor porque su padre, Príamo, el rey de Troya, había sabido que algún día su hijo iba a suponer la ruina de su país, así que le había enviado lejos. Por aquel entonces, Paris vivía con una encantadora ninfa llamada Enone.

Puede imaginarse su sorpresa cuando aparecieron ante él las figuras maravillosas de tres grandes divinidades. Sin embargo, lo que estas le pidieron no fue que las mirara y eligiera a la que le pareciese más bella, sino solo que prestara atención a los regalos que cada una le ofrecía y escogiera el que creyera más valioso. La elección no era fácil: las diosas pusieron ante él lo que más puede desear un hombre. Hera le prometió hacerle soberano de Europa y Asia; Atenea, que llevaría a los troyanos a la victoria contra los griegos y reduciría Grecia a ruinas; Afrodita, que la mujer más bella del mundo sería suya. Paris, débil y algo cobarde, como los sucesos posteriores demostrarían, eligió esto último y le dio a Afrodita la manzana de oro.

Y así fue el juicio de Paris, famoso en todo el mundo por ser la verdadera razón que desencadenó la guerra de Troya.

La guerra de Troya

La mujer más hermosa del mundo era Helena, hija de Zeus y Leda, y hermana de Cástor y Pólux. La fama de su belleza era tal que no había en Grecia un solo príncipe que no quisiera casarse con ella. Cuando los pretendientes se juntaban en su casa

para hacerle una petición formal, eran tantos y de familias tan poderosas que su supuesto padre —el marido de su madre—, el rey Tíndaro, tenía miedo de elegir uno entre todos ellos, pues temía que los otros se aliaran en su contra. Por tanto, les exigió antes de nada un solemne juramento: que defenderían la causa del marido de Helena, fuera quien fuera, si algo malo sucedía durante el matrimonio. Al fin y al cabo, esto suponía una ventaja para todos, ya que cada uno de ellos aspiraba a ser la persona elegida, así que se comprometieron a aplicarle el castigo supremo a cualquiera que intentara hacer daño a Helena. Entonces Tíndaro pudo elegir a Menelao, el hermano de Agamenón, y lo nombró rey de Esparta.

Así estaban las cosas cuando Paris le dio la manzana de oro a Afrodita. La diosa del amor y la belleza sabía muy bien dónde encontrar a la mujer más bella de la tierra: guio al joven pastor —que en ningún momento se acordó de Enone, a quien había abandonado miserablemente— directo a Esparta, donde Menelao y Helena le recibieron cortésmente como invitado. En aquellos tiempos, los lazos entre huésped y anfitrión eran muy estrechos: ambos estaban obligados a ayudarse y a no dañar nunca al otro. Pero Paris no cumplió ese vínculo sagrado, y Menelao, confiando ciegamente en él, partió hacia Creta dejando a Paris bajo su techo. Entonces,

Al llegar Paris
entró en la amable morada de un amigo,
deshonrando la mano que allí le dio de comer,
y robándole a la esposa.

Cuando Menelao regresó, Helena había desaparecido. Solicitó entonces ayuda a toda Grecia. Los jefes respondieron, como era su obligación, que estaban deseando cruzar el mar y reducir a cenizas la poderosa Troya si hacía falta. Sin embargo, entre

los voluntarios no se encontraban dos de la máxima importancia: Ulises (al que los griegos llaman Odiseo), rey de la isla de Ítaca, ni Aquiles, el hijo de Peleo y la ninfa marina Tetis.

Ulises, que era uno de los hombres más astutos y sensatos de Grecia, no quería dejar su hogar y su familia para embarcarse en una romántica aventura allende los mares por una mujer infiel. Fingió entonces haberse vuelto loco y, cuando llegó un mensajero del ejército griego a buscarle, encontró al rey sembrando sus tierras con sal en lugar de semillas. Pero el mensajero también era astuto: cogió al hijo pequeño de Ulises y lo colocó frente al arado. El padre lo desvió, probando así que se encontraba en plena posesión de sus facultades mentales y que, por mucho que se resistiera, debía unirse al ejército.

En cuanto a Aquiles, lo que lo retenía era su madre. La ninfa marina sabía que, si iba a Troya, estaría condenado a morir allí, así que lo envió a la corte de Licomedes, el rey que había matado a Teseo a traición, y lo hizo vestirse con ropas de mujer y ocultarse entre las doncellas. Por encargo de los jefes, Ulises se presentó en esta corte, donde se decía que estaba el muchacho. Se disfrazó como un vendedor ambulante, con un fardo lleno de llamativos adornos de los que les encantan a las mujeres, y también con algunas armas de calidad. Mientras las muchachas se agolpaban en torno a las baratijas, Aquiles toqueteaba las espadas y dagas. Ulises le reconoció enseguida, y no tuvo ningún problema en hacerle desobedecer a su madre y llevárselo al campamento griego.

Así pues, la gran flota estaba preparada. Mil naves, que llevaban a las huestes griegas, se reunieron en Áulide, lugar de fuertes vientos y peligrosas mareas, donde era imposible hacerse a la mar mientras soplara el viento del norte. Y, día tras día, seguía soplando,

Rompiendo el corazón de los hombres
sin perdonar nave ni soga.
Y el tiempo se arrastraba lenta, lentamente.

El ejército estaba desesperado. Finalmente, el profeta Calcante declaró que los dioses le habían hablado: Artemis estaba furiosa porque los griegos habían matado a una de sus criaturas amadas, una liebre, junto a su cría. La única forma de calmar el viento y asegurarse un viaje seguro a Troya era apaciguarla sacrificando en su honor a una doncella de estirpe real: Ifigenia, la hija mayor del comandante en jefe, Agamenón. Esto les espantaba a todos, pero para al padre le resultaba casi insoportable:

Si debo matar
a la alegría de mi casa, mi hija.
Las manos de un padre
manchadas del sombrío torrente
de la sangre de una muchacha
asesinada ante el altar.

Sin embargo, terminó por ceder. Se jugaba su reputación con el ejército, así como su ambición de conquistar Troya y ensalzar Grecia.

Y afrontó el desafío
matando a su hija para ayudar en la guerra.

Agamenón envió a buscarla a casa, con una carta en la que le decía a su esposa que había acordado un magnífico matrimonio entre ella y Aquiles, que ya se había mostrado como el mejor y más grande de todos los jefes. Pero, cuando ella llegó a su boda, la condujeron en cambio al sacrificio:

Y todas sus súplicas, sus gritos de «Padre, Padre...»,

su vida de doncella,
no significaron nada
para unos guerreros salvajes, sedientos de sangre.

La doncella murió y el viento del norte dejó de soplar. Los barcos griegos zarparon con la mar calma, pero el terrible precio que habían pagado les condenaba a hacerse acreedores de un gran mal.

Cuando llegaron a la desembocadura del Simunte, uno de los ríos de Troya, el primer hombre en pisar tierra fue Protesilao. Fue un acto muy valiente, ya que el oráculo había anunciado que el primero en desembarcar sería también el primero en morir. Y así, cuando cayó bajo una lanza troyana, los griegos le rindieron honores como si fuera un dios, y también estos lo distinguieron: hicieron que Hermes lo trajera de vuelta de entre los muertos para ver una vez más a su esposa, Laodamia, que estaba profundamente afligida. La mujer se resistía a dejarlo marchar por segunda vez y, cuando volvió al inframundo, ella lo acompañó suicidándose.

Los mil barcos transportaban una gran multitud de luchadores y la armada griega era muy fuerte, pero también lo era la ciudad troyana. El rey Príamo y su reina, Hécuba, tenían muchos hijos valientes capaces de liderar el combate y defender sus murallas; entre ellos estaba Héctor, a quien nadie superaba en nobleza ni valentía; el único guerrero que le podía superar era el paladín de los griegos, Aquiles. Los dos sabían que iban a morir antes de que se produjese la caída de Troya. A Aquiles se lo había dicho su madre: «Muy breve es tu destino. Ojalá el tiempo te ahorre ahora lágrimas y problemas, pues no durarás mucho, hijo mío, el más efímero y desgraciado de todos los hombres». Héctor, por su parte, tenía la misma certeza, aunque no se lo hubiera dicho ninguna divinidad: «En mi corazón y en

mi alma sé muy bien —le dijo a su esposa Andrómaca— que llegará el día en el que la sagrada Troya será doblegada junto con Príamo y su pueblo.» Ambos héroes lucharon bajo estas sombras de una muerte segura.

Durante nueve años, la victoria no dejó de oscilar: a veces de un lado, a veces del otro. Pero ninguno de los dos bandos parecía capaz de inclinir definitivamente la balanza, hasta que sucedió algo que la hizo inclinarse a favor de los troyanos: una pelea entre dos de los griegos, Aquiles y Agamenón. Una vez más, el motivo era una mujer, Criseida, hija del sacerdote de Apolo, a la que habían raptado los griegos para entregarla a Agamenón. Su padre acudió a rogar que la liberaran, pero Agamenón se negó; el sacerdote rogó entonces al poderoso dios al que servía, Apolo, y este le escuchó. Desde su carro de fuego, arrojó unas flechas abrasadoras sobre el ejército griego, y los hombres enfermaron y murieron en tal número que las piras funerarias ardían sin cesar.

Finalmente, Aquiles convocó una asamblea de jefes. Les contó que no podían seguir resistiendo la peste y a los troyanos a la vez, y que o encontraban un modo de apaciguar a Apolo o tendrían que irse a casa, derrotados. Entonces el profeta Calcante se levantó y dijo que sabía qué era lo que enfadaba al dios, pero temía hablar a menos que Aquiles le garantizara que no le iba a pasar nada.

—Te lo aseguro —contestó Aquiles—, así acuses al mismísimo Agamenón.

Todos los presentes entendieron esta insinuación, pues se acordaban del trato que había recibido el sacerdote de Apolo. Cuando Calcante declaró que debían devolver a Criseida a su padre, todos los jefes lo respaldaron y Agamenón se vio obligado a aceptar, furioso.

—Pero, si la pierdo a ella, ¿quién será mi trofeo de honor? —le dijo a Aquiles—. Tomaré a otra en su lugar.

Y así, cuando Criseida volvió con su padre, Agamenón envió a dos de sus escuderos a la tienda de Aquiles para arrebatarle al héroe su trofeo de honor, otra doncella que se llamaba Briseida. Allí se dirigieron, de muy mala gana, y se plantaron ante el héroe en absoluto silencio. Pero este sabía de su misión, y les dijo que no eran ellos quienes le agraviaban; les permitió llevarse a la chica sin obstáculos, pero tendrían que oír antes lo que juraba ante los dioses y los hombres: Agamenón pagaría caras sus acciones.

Esa misma noche, la madre de Aquiles, Tetis, la ninfa marina de pies de plata, se presentó ante él. Estaba tan enfadada como su hijo, y le ordenó que no se involucrara más en los asuntos de los griegos; tras ello, subió al cielo y pidió a Zeus que les diera el triunfo a los troyanos. Zeus no parecía muy decidido, pues la guerra también había llegado al Olimpo. Los dioses estaban enfrentados entre sí: Afrodita, lógicamente, del lado de Paris; por la misma lógica, Hera y Atenea en su contra; Ares, dios de la guerra, siempre tomaba partido por Afrodita, mientras que Poseidón, señor del mar, favorecía a los griegos, un pueblo de agua, cuna de grandes marineros; Apolo velaba por Héctor y por ello ayudaba a los troyanos; igual que Artemis, que se situaba como su hermana. A Zeus le gustaban más los troyanos, pero prefería mantenerse neutral, ya que Hera podía ser realmente desagradable si se la contradecía abiertamente… Y, por otra parte, Tetis le parecía francamente irresistible. Estaba pasando una mala racha con Hera, ya que esta había intuido, como siempre, que andaba tramando algo. De hecho, Zeus llegó a decirle que la azotaría si no se estaba quieta. Y entonces sí que guardó silencio la diosa, pero se concentró en maquinar cómo

ayudaría a los griegos a espaldas de Zeus. El plan que había tramado Zeus era simple: sabía que, sin Aquiles, los griegos eran inferiores a los troyanos, así que envió a Agamenón un sueño engañoso en el que le prometía la victoria si pasaba al ataque. Y, mientras se desencadenaba la batalla más encarnizada hasta el momento, Aquiles permanecía en su tienda. A su vez, en lo alto de los muros de Troya, el rey Príamo y los demás ancianos, sabios en asuntos de guerra, se sentaron a observar la contienda. Hasta ellos llegó Helena, la causante de tanta lucha y tantas muertes, y al mirarla nadie sintió arrepentimiento:

—Un hombre debe luchar por una mujer así —se decían unos a otros—. Porque su rostro es como el de un espíritu inmortal.

Helena se quedó junto a ellos, diciéndoles cómo se llamaban algunos héroes griegos, hasta que, para su sorpresa, la batalla cesó. Los ejércitos se retiraron cada uno a un lado y, en el campo que quedó en el medio, se encontraron frente a frente Paris y Menelao. Evidentemente, habían llegado a la sensata conclusión de dejar que los más interesados resolvieran solos sus diferencias.

Paris golpeó primero, pero Menelao detuvo la rápida lanza con su escudo y entonces lanzó la suya. No lo hirió, pero por poco: llegó a rasgarle la túnica. Menelao desenvainó la espada, su única arma, pero al hacerlo la rompió y se le cayó de la mano. Desarmado pero impertérrito, se lanzó contra Paris y lo empujó contra el suelo agarrándolo por el penacho de su casco. Lo hubiera arrastrado victorioso hasta los griegos si no hubiera sido por Afrodita, que rompió el cordón del casco de forma que a Menelao se le quedó entre las manos. A Paris, que no había luchado en absoluto excepto para arrojar su espada, la diosa lo envolvió en una nube y se lo llevó de vuelta a Troya.

Furioso, Menelao atravesó las filas troyanas en busca de su contrincante, y, aunque nadie hubiera dudado en ayudarlo —ya que todos odiaban a Paris—, no sabían cómo ni adónde había ido. Por tanto Agamenón se dirigió a ambos bandos, declarando vencedor a Menelao y pidiendo a los troyanos que devolvieran a Helena. Era una petición justa, y los troyanos la hubieran aceptado si Atenea —alentada por Hera, que estaba decidida a que la guerra no terminara hasta que Troya no quedara en ruinas— no hubiera interferido. La diosa recorrió el campo de batalla y convenció al insensato troyano Pándaro de que le lanzara una flecha a Menelao y rompiera la tregua. Así lo hizo el guerrero, hiriendo ligeramente al griego: sus hombres, furiosos ante esa traición, arremetieron contra los troyanos y la batalla se reanudó.

El Terror, la Destrucción y el Conflicto, amigos todos del sangriento dios de la guerra cuya furia no admite reposo, estaban allí para alentar a los hombres a matarse brutalmente unos a otros. Entonces resonaron los gemidos de agonía, y la clamorosa voz triunfal del asesino, y la tierra se tiñó de sangre.

En el bando griego, sin Aquiles, los dos grandes adalides eran Áyax y Diomedes. Ambos lucharon gloriosamente aquel día y muchos troyanos mordieron el polvo ante ellos. El más aguerrido y cercano a Héctor, el príncipe Eneas, era más que rey, ya que su madre era la mismísima Afrodita y estuvo a punto de morir a manos de Diomedes. Cuando este lo hirió, la diosa se precipitó sobre el campo de batalla para salvarlo y lo elevó en sus suaves brazos. Pero Diomedes sabía que era una diosa cobarde —no como Atenea, por ejemplo, que encabeza la lucha de los guerreros—, así que saltó hacia ella, la hirió en la mano y, con un grito, ella dejó caer a Eneas, y se dirigió al Olimpo llorando de dolor. Zeus, riendo al ver a la risueña diosa deshecha

en lágrimas, le ordenó que se alejara de la batalla y que recordara que lo suyo era el amor y no la guerra. Pero, aunque su madre le hubiera fallado, Eneas no murió: Apolo lo envolvió en una nube y lo llevó a Pérgamo, el lugar sagrado de Troya, donde Artemis le curó la herida.

Pero Diomedes seguía haciendo estragos en las filas troyanas, hasta que se encontró cara a cara frente a Héctor. Para su consternación, vio que allí también estaba Ares, el sanguinario y asesino dios de la guerra, luchando a favor del bando troyano. Ante esto, Diomedes se estremeció y gritó a los griegos que retrocedieran lentamente y mirando hacia los troyanos. Esto enfadó a Hera, que arreó a sus caballos en dirección al Olimpo y le preguntó a Zeus si podía expulsar a Ares, que era una peste para los hombres, del campo de batalla. A Zeus le gustaba ese dios tan poco como a Hera, aunque fuera su hijo, y se lo concedió con gusto. Ella, entonces, regresó a toda prisa al campo de batalla para ponerse al lado de Diomedes, y le animó a golpear al terrible dios sin miedo. Oyéndola, el júbilo llenó el corazón del héroe: corrió hacia Ares y arrojó su lanza contra él. Atenea dirigió su trayectoria y el arma se clavó en el cuerpo del dios de la guerra, que bramó tan alto como diez mil soldados en plena batalla; el sonido fue tan horrible que el ejército al completo, el bando griego y el troyano, temblaba de pavor.

Ares, un matón de la cabeza a los pies, incapaz de soportar los sufrimientos que él mismo hacía caer sobre tantos mortales, huyó al Olimpo y se quejó amargamente de la violencia de Atenea. Zeus le miró con dureza, llegó a la conclusión de que era tan insoportable como su madre y le ordenó que dejara de quejarse.

Sin embargo, con Ares lejos de allí, los troyanos se vieron forzados a retroceder. En esta crisis, Héctor recibió el consejo

de uno de sus hermanos, que era capaz de discernir con sabiduría la voluntad de los dioses y le recomendó que fuera a la ciudad cuanto antes para decirle a su madre, la reina, que ofreciera a Atenea la más bella de sus túnicas y le rogara clemencia. Héctor entendió lo sabio del consejo y atravesó las puertas del palacio a toda velocidad; allí, su madre hizo todo lo que le pidió. Cogió una túnica tan preciosa que brillaba como una estrella, y, colocándola en las rodillas de la diosa, le suplicó:

—Dama Atenea, perdona a la ciudad, a las esposas de los troyanos y a sus hijos pequeños. —Pero Atenea rechazó la oración.

Al volver a la batalla, Héctor se desvió para ver una vez más, quizá la última, a Andrómaca, la esposa a la que tan tiernamente amaba, y a su hijo Astianacte. La halló en la muralla, donde había acudido aterrorizada al oír que los troyanos se hallaban en retirada, para observar el combate. La acompañaba una criada que llevaba al pequeño. Héctor sonrió y los miró en silencio, pero Andrómaca tomó sus manos y lloró.

—Mi querido señor —dijo—, tú que eres para mí padre, madre y hermano al tiempo que marido, quédate aquí con nosotros. No me conviertas en viuda y a tu hijo en huérfano.

Héctor se negó con dulzura. No podía ser cobarde, le dijo. Su destino era luchar siempre en el frente de la batalla. Sin embargo, ella debía saber que en ningún momento olvidaría su angustia cuando él muriera: era el pensamiento que más le turbaba, por encima de todo, más que sus otras muchas preocupaciones. Se volvió para marcharse, pero primero alargó los brazos hacia su hijo. El pequeño retrocedió aterrado, temeroso del casco y de su fiero penacho. Héctor rio y se quitó el casco brillante. Sosteniendo a su hijo en brazos, lo acarició y rogó:

—Oh, Zeus, que en los años venideros puedan decir los hombres de mi hijo cuando vuelva de la batalla: «Más grande

de lo que fue su padre». —Luego, dejó al niño en brazos de su esposa y ella lo tomó sonriente, aunque seguía llorando.

Héctor se compadeció de ella y la abrazó:

—Querida, no estés tan apenada —le dijo—, pues lo que está escrito para mí debe ocurrir, pero contra mi destino ningún hombre puede matarme. —Acto seguido, recogiendo su casco, la dejó y ella se fue a casa, volviéndose a menudo para mirarle y llorando amargamente.

Ya de vuelta en el campo de batalla, Héctor estaba ansioso de luchar y, durante un tiempo, se sintió optimista: para entonces, Zeus había recordado la promesa que le había hecho a Tetis de vengar el mal de Aquiles. Ordenó a todos los inmortales que se quedaran en el Olimpo; él mismo bajaría a la tierra para ayudar a los troyanos. La cosa se puso difícil para los griegos, privados de su gran paladín: Aquiles se quedaba solo en su tienda, dándole vueltas a sus errores. Por el contrario, Héctor parecía invencible: nunca antes se había mostrado el gran héroe troyano tan brillante y valiente. El domador de caballos, como lo llamaban los suyos, conducía su carro atravesando las filas griegas como si corceles y guía fueran dos partes de un mismo espíritu. Su reluciente casco parecía verse por todas partes y bajo su terrible lanza de bronce comenzó a caer un gallardo guerrero tras otro. Cuando la noche puso fin a la batalla, los troyanos habían hecho retroceder a los griegos casi hasta sus barcos.

Aquella noche reinó la fiesta en Troya, y la pena y desesperación en el campamento griego. Hasta el propio Agamenón estaba a favor de rendirse y volver a Grecia. Por otro lado, Néstor, el más viejo de todos los jefes y por tanto el más sabio —más incluso que el sagaz Ulises— habló con elocuencia y le dijo a Agamenón que, si no se hubiera enfadado con Aquiles, no hubieran sido derrotados.

—Intenta encontrar la forma de aplacarlo —dijo—, en lugar de volver a casa deshonrado.

Todos aplaudieron el consejo y Agamenón confesó que había actuado sin pensar. Prometió devolver a Briseida, junto con varios regalos espléndidos, y le rogó a Ulises que fuera él quien llevara esa ofrenda ante Aquiles.

Ulises fue con dos de los jefes elegidos para acompañarlo en busca del héroe. Lo encontraron con su amigo Patroclo, al que más quería de todos los hombres en la tierra. Aquiles los recibió con cortesía, ofreciéndoles comida y bebida, pero, cuando le revelaron el motivo de su visita y todos los obsequios que serían suyos si aceptaba, y le rogaron que se compadeciera de sus desesperados compañeros, recibieron una negativa rotunda: dijo que no se dejaría comprar ni con todos los tesoros de Egipto. Pensaba poner rumbo a casa y ellos deberían usar la cabeza y hacer lo mismo.

Pero no hubo nadie que aceptara tal consejo cuando Ulises volvió para transmitirlo. Y de nuevo volvieron a la batalla al día siguiente, con ese coraje desesperado tan característico de los valientes que se hallan entre la espada y la pared. Una vez más, los troyanos les hicieron retroceder hasta la playa, donde se hallaban anclados sus barcos. Pero la ayuda no se iba a hacer esperar mucho más: Hera tenía sus propios planes bien urdidos. Al ver a Zeus sentado en el monte Ida, contemplando la victoria de los troyanos, pensó en cuánto le odiaba. Pero bien sabía que solo había un modo de ganarle por la mano: debía acercársele de forma tan seductora que no pudiera resistírsele, y, cuando la tomara en sus brazos, embriagarle con un dulce sueño que le hiciera olvidar a los troyanos. Así lo hizo. Se fue a sus aposentos y usó todo su arte para ponerse tan guapa que no tuviera rival. Por último, pidió prestado el cinturón de Afrodita,

que portaba todos sus encantos; con este atractivo añadido, se presentó ante Zeus. Según la vio, el amor desbordó su corazón y olvidó la promesa que le había hecho a Tetis.

Así que, por fin, la batalla se inclinó a favor de los griegos. Áyax arrojó a Héctor al suelo aunque, antes de que pudiera herirle, Eneas lo levantó y lo rescató. Sin Héctor, los griegos pudieron llevar a los troyanos a bastante distancia de los barcos y Troya podría haber caído ese mismo día si Zeus no se hubiera despertado: se levantó de un salto y vio a los troyanos en combate y a Héctor caído y gimiendo de dolor. Entonces entendió y, furioso, se volvió hacia Hera. Esto era típico en ella, le espetó: «Tú y tus sucias y pérfidas maniobras». Parecía dispuesto a darle una paliza ahí mismo. Cuando la discusión tomaba ese cariz, Hera sabía que tenía las de perder. Negó rotundamente tener nada que ver con la derrota de los troyanos, y alegó que era cosa de Poseidón: efectivamente, el dios del mar había estado ayudando a los griegos contraviniendo las órdenes de Zeus, pero solo porque ella se lo había pedido. Sin embargo, a Zeus le bastaba cualquier excusa para no ponerle la mano encima: la envió de vuelta al Olimpo y llamó a Iris, la mensajera del arcoíris, para que transmitiera a Poseidón la orden de retirarse del campo. El dios del mar le obedeció, si bien hoscamente, y una vez más la suerte de la batalla se volvió contra los griegos.

Apolo había reanimado al débil Héctor y le había infundido un poder incomparable. Contra ambos, dios y héroe, los griegos eran como un rebaño de ovejas pastoreadas por linces: huyeron en desbandada hacia los barcos, mientras la muralla de defensa que habían construido se venía abajo… algo así como un castillo de arena pisoteado por un niño al jugar. Los troyanos estaban tan cerca que ya casi podían prender fuego a las

naves. Los desesperados griegos solo pensaban en morir con honor.

Patroclo, el amado amigo de Aquiles, observaba horrizado la matanza. A pesar de su lealtad hacia este, no podía mantenerse al margen de la batalla por más tiempo.

—Tú podrás quedarte aquí con tu ira mientras hacen trizas a tus compatriotas —le gritó a su amigo—, pero yo no. Dame tu armadura. Si me confunden contigo, puede que los troyanos se detengan y den un respiro a los griegos. No estamos agotados: aún podemos hacer retroceder al enemigo. Pero si prefieres quedarte aquí sentado, regodeándote en tu furia, al menos permíteme llevar tu armadura.

Mientras decía esto, uno de los barcos griegos estalló en llamas.

—Así podrán cortar la retirada a los griegos —dijo Aquiles—. Ve. Toma mi armadura, y toma también a mis hombres. Defiende los barcos. Yo no puedo ir, soy un hombre deshonrado. Lucharé por mis propios barcos, si la batalla se acerca a mí, pero no por los hombres que me han deshonrado.

Así que Patroclo se vistió con la brillante armadura que tanto conocían y temían los troyanos, y llevó a los mirmidones, los hombres de Aquiles, a la batalla. Con la llegada de estas nuevas tropas, los troyanos vacilaron; pensaron que Aquiles les mandaba y, de hecho, Patroclo luchó durante un tiempo tan gloriosamente como podría haberlo hecho el gran héroe. Pero pronto se encontró cara a cara con Héctor y su destino estuvo decidido con la misma certeza que el de un jabalí ante un león. Cuando la lanza de Héctor le provocó una herida mortal, su alma abandonó su cuerpo y descendió hasta el Hades. El guerrero le quitó entonces la armadura y, dejando la suya a un lado, se puso la de

Aquiles. Fue como si también se hubiera revestido con la fuerza de Aquiles: no había griego que pudiera plantarle cara.

Finalmente, llegó el atardecer, que detiene toda batalla. Aquiles esperaba en su tienda el regreso de Patroclo, pero lo que vio fue al hijo del viejo Néstor, Antíloco, el de los pies rápidos, dirigiéndose hacia él, con las lágrimas ardiéndole en los ojos.

—¡Malas noticias! —exclamó—. Patroclo ha caído y Héctor tiene su armadura.

Aquiles se sintió invadido por tal pena que los que le rodeaban temieron por su vida. Desde las profundidades de las cuevas marinas, su madre se enteró de su dolor y subió para consolarlo.

—No tengo el menor deseo de vivir más entre los hombres —le dijo a ella—, si no logro que Héctor pague con su muerte la de Patroclo.

Tetis le recordó, llorosa, que él mismo estaba condenado a morir inmediatamente después que Héctor.

—Así lo haré —le contestó su hijo— ya que no ayudé a mi compañero en su momento de mayor necesidad. Mataré al asesino de mi amado amigo; solo entonces aceptaré la muerte cuando llegue.

Tetis no intentó detenerle:

—Pero espera a mañana —dijo— y no irás desarmado a la batalla. Te traeré armas fabricadas por el mismísimo dios Hefesto, el herrero de los dioses.

Y divinas fueron las armas que trajo al día siguiente: dignas de su forjador, como nadie jamás las había esgrimido en la tierra. Los mirmidones las contemplaban con asombro, y, al vestirlas Aquiles, una llama de fiero júbilo le iluminó la mirada.

Por fin, dejó la tienda en la que tanto tiempo había permanecido sentado, y bajó adonde los griegos se hallaban reunidos. Allí estaba su miserable escuadrón, junto con Diomedes, gravemente herido, Ulises, Agamenón y muchos otros. Al verlos, sintió vergüenza; afirmó que ahora comprendía que había sido una locura desmedida permitir que el perder una mujer le hiciera olvidar todo lo demás, pero eso pertenecía ya al pasado y ahora se disponía a guiarles como antes, así que ya podían prepararse para la batalla. Los jefes le aplaudieron con alegría, pero Ulises habló por todos cuando dijo que debían comer y beber vino, pues un hombre hambriento siempre será un mal guerrero. Aquiles le contestó con desprecio:

—Nuestros compañeros yacen muertos en el campo y tú pides comida. Hasta que mi querido camarada sea vengado, no bajará nada por mi garganta. —Y, para sí mismo, añadió: «Oh, mi más querido amigo, tu ausencia me impide comer, me impide beber».

Cuando los otros hubieron satisfecho su hambre, él capitaneó el ataque: el último combate entre los dos grandes capitanes, como sabían todos los inmortales. También sabían cuál sería el resultado: el padre Zeus sacó su balanza de oro, colocó en un platillo la muerte de Héctor y en el otro, la de Aquiles, y el platillo que bajó fue el de Héctor. Su muerte quedó sentenciada.

Sin embargo, la victoria no estuvo nada clara durante largo rato. Los troyanos, bajo el mando de Héctor, lucharon como valientes ante los muros de su ciudad. Incluso el gran río de Troya, que los dioses llamaban Xanthus y los hombres Escamandro, tomó partido y procuró ahogar a Aquiles cuando cruzaba sus aguas. Pero fue en vano, pues nada podía detener al enardecido guerrero que iba arrasando a su paso, buscando a Héctor por todas partes. Los dioses combatían ahora como los

hombres, mientras Zeus permanecía sentado a un lado en el Olimpo, riéndose para sí al ver a un dios enfrentándose a otro: Atenea derribando a Ares, Hera cogiendo el arco de Artemis de sus hombros e hiriendo a diestro y siniestro; Poseidón provocando a Apolo con insultos para ver si el otro le golpeaba primero… El dios sol prefirió no tomar partido: sabía que ya no tenía sentido luchar por Héctor.

Para entonces, las puertas de Troya, las enormes puertas de Ilión, se habían abierto, pues los derrotados troyanos se estaban dando a la fuga, entrando en masa a la ciudad. Solo Héctor permaneció inamovible ante el muro. Desde las puertas, su padre, el viejo Príamo, y su madre, Hécuba, le suplicaron que entrara y se salvara, pero él no hizo caso. Pensaba: «Yo dirigía a los troyanos. Su derrota es culpa mía. ¿Debo entonces perdonarme la vida? Y sin embargo, ¿qué sucedería si dejo mi escudo y mi lanza y voy a decirle a Aquiles que nos devuelva a Helena y la mitad de los tesoros de Troya con ella? Inútil. No haría más que matarme desarmado como si fuera una mujer. Mejor unirme ahora a la batalla, así muera».

Y en la escena irrumpió Aquiles, glorioso como el sol al amanecer, acompañado por Atenea. Pero Héctor estaba solo —Apolo le había abandonado a su destino— y, al ver a la pareja, se dio la vuelta y huyó. Tres vueltas alrededor de las murallas de Troya dieron perseguido y perseguidor con sus pies voladores. Tuvo que ser Atenea quien detuviera a Héctor, que se le apareció bajo la forma de su hermano Deífobo, y, pensando que era un aliado, el héroe troyano se enfrentó a Aquiles y bramó:

—Si te mato devolveré tu cuerpo a tus amigos; haz lo mismo conmigo.

—¡Insentato! No hay pactos entre ovejas y lobos, como no los hay entre tú y yo —replicó Aquiles.

Y, diciendo esto, arrojó su lanza. Erró en su objetivo, pero Atenea se la devolvió. Héctor contraatacó entonces con mejor puntería: la lanza golpeó el centro del escudo de Aquiles. Pero ¿de qué servía? La armadura era mágica y no se podía atravesar. Se volvió rápidamente a Deífobo para coger su lanza, pero ya no estaba allí. Fue entonces cuando comprendió la verdad: Atenea le había engañado y no había forma de escapar. «Los dioses me han llamado a la muerte —pensó—. Pero no moriré sin luchar, sino en una gesta de armas que los hombres que aún no han nacido se contarán unos a otros.»

Entonces desenvainó su espada, la única arma que le quedaba, y se abalanzó sobre su enemigo. Pero este tenía una lanza, la que Atenea le había recogido. Antes de que Héctor pudiera acercarse, él, que tan bien conocía esa armadura que el troyano había usurpado a Patroclo, apuntó a una abertura en el cuello, y dirigió la lanza allí. Héctor cayó, agonizando. Con su último aliento, imploró:

—Devuélvele mi cuerpo a mi padre y a mi madre.

—No me ruegues tú a mí, perro —le espetó Aquiles—. Desearía poder devorarte crudo por el mal que has causado.

Y así, el alma de Héctor abandonó su cuerpo y se fue al Hades, lamentando su destino y dejando atrás su vigor y juventud.

Aquiles despojó el cuerpo de la ensangrentada armadura mientras los griegos se acercaban, atónito al verlo tendido en el suelo, tan alto y tan noble como parecía. Pero Aquiles aún no se daba por satisfecho: perforó los pies del muerto y los ató con correas a la parte trasera de su carro, con la cabeza sobre la arena del suelo; fustigó a los caballos y arrastró los restos del glorioso Héctor dando vueltas y más vueltas a los muros de Troya.

Cuando finalmente su alma implacable consideró cumplida la venganza, se detuvo junto al cuerpo de Patroclo y le habló:

—Escúchame aun desde la casa de Hades. He arrastrado a Héctor en mi carro y se lo daré a los perros para que lo devoren junto a tu pira funeraria.

Mientras, en el Olimpo no había consenso. Esta forma de abusar de un muerto desagradaba a todos los inmortales menos a Hera, Atenea y Poseidón. A quien menos le gustaba era a Zeus, que envió a Iris a ver a Príamo con el encargo de que fuera sin miedo ante Aquiles y reclamara el cuerpo de Héctor con un generoso rescate. Debía decirle que, a pesar de lo violento que era, en realidad no era malvado, sino que atendería adecuadamente a quien le suplicara.

El anciano rey preparó un carro con espléndidos tesoros, lo mejor de Troya, y en él bajó la pradera hacia el campamento griego. De camino, se presentó Hermes ante él, bajo la apariencia de un joven griego, ofreciéndose como guía hasta la tienda de Aquiles y acompañó al anciano a presencia del hombre que había asesinado y torturado a su hijo. Príamo se agarró a sus rodillas y besó sus manos y Aquiles sintió entonces un profundo respeto, igual que los demás que allí se encontraban, mirándose entre sí con extrañeza.

—Recuerda, Aquiles —dijo Príamo—, recuerda a tu propio padre, de mi misma edad y desdichado como yo por la pérdida de un hijo. Pero yo soy, con mucho, más merecedor de compasión, pues he afrontado lo que ningún hombre ha soportado antes: estrechar la mano del asesino de mi hijo.

La pena sacudió el corazón de Aquiles al oír estas palabras y, amablemente, hizo levantarse al anciano hombre.

—Siéntate aquí conmigo —le dijo— y dejemos que la pena repose en nuestros corazones. El mal es el destino de todo hombre, pero aun así debemos mantener el coraje.

Luego, ordenó a sus sirvientes que lavaran y ungieran el cuerpo de Héctor y que lo cubrieran con una suave túnica, por temor a que, al verlo tan mutilado, Príamo no fuera capaz de contener su ira. Temía no poder controlarse si el anciano le provocaba.

—¿Cuántos días deseas que dure su funeral? —preguntó—. Contendré a los griegos mientras tanto.

Príamo se llevó el cuerpo de Héctor a casa. Troya se cubrió de un luto nunca visto hasta entonces; incluso Helena lloró:

—Los otros troyanos me censuraban —dijo—, pero siempre encontraba consuelo en la amabilidad de tu espíritu y en tus amables palabras. Tú eras mi único amigo.

Nueve días le lloraron. Luego tendieron su cuerpo en una pira y lo incineraron. Cuando todo ardió, apagaron la llama con vino y colocaron los huesos en una urna de oro, envolviéndolos en un sudario de tela morada, antes de sepultar la urna y cubrirla con grandes piedras.

Así fue el funeral de Héctor, domador de caballos. Y con él, termina la *Ilíada.*

II

La caída de Troya

La mayor parte de esta historia procede de Virgilio. La conquista de Troya es el tema del segundo libro de la Eneida*: uno de los mejores, si no el mejor, relato que Virgilio jamás firmara: conciso, directo, vívido. Pero el principio y el final de mi relato no proceden de allí. He tomado la historia de Filoctetes y la muerte de Áyax de dos obras de Sófocles, poeta trágico del siglo* v *. El final, que cuenta lo que les ocurrió a las mujeres troyanas al caer su ciudad, procede de la obra de un contemporáneo de Sófocles, Eurípides. Existe un curioso contraste entre el espíritu sosegado del griego y el ambiente marcial de la* Eneida*: para Virgilio, como para todo poeta romano, la guerra era la más noble y gloriosa de las actividades humanas. Cuatrocientos años antes de Virgilio, un poeta griego lo veía de otra manera. ¿En qué acabó tan célebre lucha?, parecía preguntarse Eurípides. Justo en eso: en una ciudad en ruinas, un bebé muerto, y unas pocas mujeres desdichadas.*

Muerto Héctor, Aquiles sabía —pues su madre se lo había dicho— que su propia muerte estaba cerca. Pero realizó aún otra gran hazaña antes de terminar sus luchas para siempre. El príncipe Memnón de Etiopía, hijo de la diosa del amanecer, acudió a Troya a prestar ayuda con un gran ejército, y durante un tiempo, aun sin Héctor, los griegos recibieron un feroz castigo y perdieron a muchos de sus gallardos guerreros, entre ellos a Antíloco, el de los pies rápidos, hermano mayor de Néstor. Finalmente, Aquiles mató a Memnón en un combate glorioso, la última batalla del héroe griego. Fue entonces cuando este cayó junto a las puertas de Ilión: había conducido a los troyanos hasta los muros de Troya, y allí Paris le lanzó una flecha que Apolo guio para que le acertara en el punto del pie donde se le podía herir: en el talón. Al nacer, su madre Tetis había intentado ha-

cerlo invulnerable sumergiéndolo en el río Éstige, pero olvidó meter en el agua la parte del talón por la que le tenía sujeto. Así pues, el héroe cayó, y fue Áyax quien trasladó el cuerpo fuera del campo de batalla mientras Ulises contenía a los troyanos. Se dice que, después de incinerarlo en la pira funeraria, colocaron sus huesos en la misma urna que conservaba los de su amigo Patroclo.

Sus armas, aquellas maravillosas armas que Tetis le había traído, hechas por Hefesto, fueron las causantes de la muerte de Áyax. En una asamblea, se había decidido que los héroes que más las merecían eran este y Ulises. Sometieron a votación secreta cuál de los dos se las quedaría, y Ulises salió elegido. Una decisión así era algo muy serio en aquellos días: no solo por la honra que conllevaba ser elegido, sino por la deshonra que tenía que aceptar quien perdiera. En este caso, Áyax se sintió ultrajado y, en un ataque de furia, decidió matar a Agamenón y Menelao. Creía, y con razón, que ellos habían sido quienes habían inclinado la votación en su contra. Al caer la noche, fue en su busca y ya había llegado a sus aposentos cuando Atenea lo volvió loco. Confundió al ejército con un rebaño de ganado, y corrió hacia ellos para matarlos, creyendo que estaba matando a los capitanes. Finalmente, arrastró hasta su tienda un carnero enorme que, en su trastornada mente, era Ulises; lo ató al mástil de la tienda y lo descuartizó. En ese momento volvió en sí, recuperó la razón y vio que su desgracia al perder las armas no era más que una sombra en comparación con la vergüenza que le inspiraban sus propios actos. Su furia, su estupidez, su locura, habían quedado a la vista de todos. El campo estaba lleno de animales muertos. «El pobre ganado —se dijo—, asesinado por mis propias manos, sin propósito alguno. Y aquí estoy, solo, odiado por hombres y dioses. Solo un cobarde se aferra a la vida en esta situación. Si un hombre no puede vivir noblemente,

al menos debe morir con nobleza.» Entonces, desenvainó su espada y se suicidó. Los griegos no incineraron su cuerpo, lo enterraron. Sostenían que un suicidio no debe ser honrado ni con pira funeraria ni con urna.

Su muerte, tan seguida a la de Aquiles, hizo desfallecer a los griegos. La victoria parecía más lejana que nunca. Su profeta, Calcante, les dijo que no tenía ningún mensaje de los dioses, pero también entre los troyanos había quien conocía el futuro: el profeta Héleno. Si lo capturaban, podrían saber por él qué habría que hacer. Ulises consiguió capturarlo, y este reveló a los griegos que Troya no caería hasta que alguien luchara contra los troyanos con el arco y las flechas de Hércules.

Al morir este, sus armas habían ido a parar a manos del príncipe Filoctetes, el hombre que había prendido su pira funeraria y que más tarde se había unido a las huestes griegas cuando estas partieron hacia Troya. En el viaje, cuando los griegos se detuvieron en una isla para ofrecer un sacrificio, Filoctetes sufrió el ataque de una serpiente, que le infligió una espantosa herida. Ya no sanó. En su estado, era imposible llevarlo a Troya, pero el ejército no podía esperar. Finalmente, lo dejaron en Lemnos, una isla ahora deshabitada, pero en la que una vez los héroes de la búsqueda del Vellocino de Oro habían encontrado una multitud de mujeres.

Abandonar allí al pobre desgraciado era una crueldad, pero los hombres estaban desesperados por llegar a Troya y, gracias a su arco y sus flechas, al menos la comida nunca le faltaría. Así pues, cuando les habló Héleno, todos pensaron que sería muy difícil persuadir a alguien con quien se iba a cometer tal barbaridad de que les entregara las preciosas armas. Por eso enviaron a Ulises, el maestro de vivo ingenio, para que las obtuviera con engaños. Hay quien dice que Diomedes fue con él, otros que

fue el hijo de Aquiles, Neoptólemo, también conocido como Pirro. El caso es que consiguieron hacerse con las armas, pero, a la hora de abandonar al pobre desgraciado sin ellas, no fueron capaces. Le convencieron de que se fuera con ellos y, una vez en Troya, el sabio médico de los griegos lo curó; cuando por fin volvió feliz y contento a la batalla, el primer hombre al que hirió con sus flechas fue Paris. Al caer, el causante de toda la guerra rogó que lo llevaran a Enone, la ninfa con la que había vivido en el monte Ida antes de que se le aparecieran las tres diosas: ella afirmaba tener una droga mágica que curaba cualquier enfermedad. Y ante ella le llevaron; él le suplicó que le salvara la vida, pero ella rehusó. Su traición, su largo abandono, no podían olvidarse tan rápido solo porque a él le conviniera. Así pues, ella lo vio morir, y a continuación se suicidó.

La pérdida de Paris no supuso la caída de Troya; de hecho, tampoco fue una pérdida muy grande. Los griegos descubrieron al poco que en la ciudad se encontraba la imagen más sagrada de Palas Atenea: una estatua llamada el Paladio. Mientras los troyanos la tuvieran, la ciudad no podría ser conquistada. Con esta nueva pista, los dos líderes más importantes que a esas alturas seguían con vida, Ulises y Diomedes, decidieron robarla. Fue Diomedes quien se encargó de la faena: aprovechando una noche oscura, escaló el muro con ayuda de Ulises, encontró el Paladio y lo llevó al campamento. Con tan alentador empujón a su favor, los griegos decidieron no esperar más, y poner fin a aquella guerra interminable.

Entonces lo vieron claro: si no introducían sus ejércitos en la ciudad y tomaban a los troyanos por sorpresa, nunca vencerían. Ahora, tras casi diez años después del primer asedio, la ciudad parecía más fuerte que nunca. Las murallas permanecían intactas, prueba de que nunca habían sufrido un auténtico

ataque; por lo general, los combates se habían librado a bastante distancia. De ahí que, o encontraban un modo de entrar en la ciudad, o tendrían que aceptar la derrota. Con esta nueva resolución, idearon la estratagema del caballo de madera. Y esta idea fue, como es fácil suponer, creación de la mente astuta de Ulises.

Mandó que un hábil carpintero hiciera un inmenso caballo de madera que fuera hueco, y tan grande como para albergar a varios hombres en su interior. Luego, convenció con mucha dificultad a algunos de los jefes para que se escondieran dentro, él incluido por supuesto. A todos —salvo al hijo de Aquiles, Neoptólemo— les asustaba la idea, y es que el peligro que afrontaban no era precisamente menor. La idea era que todos los griegos debían levantar el campamento y aparentar hacerse a la mar, pero en realidad se esconderían detrás de la isla más cercana, donde los troyanos no pudieran verlos. Allí estarían a salvo pasara lo que pasara: si el plan no funcionaba, podían navegar de vuelta a casa… aunque, en ese caso, los hombres que iban dentro del caballo de madera seguramente morirían.

Como es de suponer, Ulises no había obviado ese detalle: su plan era dejar en el campamento desierto a un griego solo, un cebo que tuviera preparada una historia para que los troyanos accedieran a entrar el caballo en la ciudad sin inspeccionarlo antes. Entonces, en lo más oscuro de la noche, los griegos escondidos saldrían de su prisión de madera y abrirían las puertas de la ciudad para su ejército, que para entonces habría vuelto y estaría esperando ante las murallas.

Llegó la noche designada para el plan. El último día de Troya había amanecido. Los vigilantes de las murallas de la ciudad vieron asombrados dos cosas igualmente inesperadas: frente a las puertas de Ilión se encontraba una enorme figura de un ca-

ballo, una cosa nunca vista hasta entonces, una aparición tan extraña que resultaba ligeramente inquietante, aunque de ella no procediera sonido ni movimiento alguno. De hecho, no había sonido ni movimiento en ninguna parte. El ruidoso campamento griego estaba en silencio, sin agitación. Los barcos se habían ido. Todo apuntaba a la misma conclusión: los griegos se habían rendido, poniendo rumbo a Grecia y aceptando la derrota. Toda Troya se regocijaba. La larga guerra, sus sufrimientos habían llegado a su fin.

El pueblo se dirigió en tropel al campamento griego para verlo: aquí era donde Aquiles había permanecido enclaustrado tanto tiempo; allí había levantado Agamenón su tienda; estos eran los aposentos del embustero Ulises. Qué éxtasis les supuso ver aquellos lugares vacíos, sin nada que temer en ellos. Finalmente, se acercaron a aquella monstruosidad de madera y se arremolinaron a su alrededor, preguntándose qué hacer con ella. Entonces, apareció ante ellos el griego al que habían dejado atrás: su nombre era Sinón, un hombre de gran elocuencia. Lo arrestaron y llevaron ante Príamo, llorando y afirmando que ya no quería ser griego. La historia que les contó fue una de las obras maestras de Ulises: dijo que Atenea se había enfadado seriamente por el robo del Paladio, y que los griegos, temerosos, habían consultado al oráculo cómo aplacarla. El oráculo había contestado: «Con sangre y con una doncella muerta calmasteis los vientos cuando llegasteis por primera vez a Troya. Con sangre debéis buscar vuestro regreso. Con una vida griega conseguiréis la expiación». Y él, le dijo Sinón a Príamo, era el elegido para tal sacrificio. Todo estaba listo para el terrible rito, que debía llevarse a cabo justo antes de la partida de los griegos, pero durante la noche había conseguido escapar y, escondido en una ciénaga, había observado los barcos que zarpaban.

La historia era tan coherente que los troyanos no la cuestionaron. Se apiadaron de Sinón y le prometieron que desde entonces podría vivir como un troyano más. Y así fue cómo, con tretas y lágrimas fingidas, consiguieron conquistar a aquellos que no pudo conquistar Diomedes, ni el salvaje Aquiles, ni diez años de guerra, ni mil naves. Porque Sinón no olvidó la segunda parte de la historia: el caballo de madera había sido construido, dijo, como ofrenda para Atenea, y se había hecho tan inmenso precisamente para que a los troyanos no se les ocurriera meterlo en su ciudad. Lo que los griegos esperaban era que los troyanos lo destruyeran, atrayéndose así la ira de Atenea. Si lo colocaban en la ciudad, el caballo les brindaría los favores de la diosa, y se los retiraría a los griegos.

La historia es lo bastante ingeniosa como para haber tenido efecto de por sí, pero Poseidón, el dios más resentido contra Troya, añadió un detalle que dotó al asunto de mayor verosimilitud: el sacerdote Laocoonte, al ver el caballo por primera vez, había insistido en que los troyanos lo destruyeran: «Temo a los griegos, hasta cuando traen regalos», había dicho. Casandra, la hija de Príamo, se había hecho eco de esta advertencia, pero nadie le prestó atención y ella había vuelto a encerrarse en palacio antes de que apareciera Sinón. Laocoonte y sus dos hijos escucharon la historia de Sinón con recelo; fueron los únicos en ponerla en duda. Cuando el griego hubo terminado, aparecieron de repente dos temibles serpientes desde el mar, arrastrándose hacia tierra. Se deslizaron directamente hacia Laocoonte y lo mataron envolviéndole, junto a los dos muchachos, con sus enormes anillos. Luego desaparecieron en el interior del templo de Atenea.

No había lugar a dudas: para los horrorizados espectadores, Laocoonte había recibido su castigo por oponerse a la entrada

del caballo, así que ahora nadie más lo haría. Todo el pueblo gritó:

«Haced que entre la imagen tallada,
llevadla hasta Atenea,
es un regalo digno de la hija de Zeus.»
¿Hubo siquiera un joven que no se apresurara?
¿Hubo algún mayor que se quedara en casa?
Con canciones y celebración invitaron a la muerte,
a la traición y a la destrucción.

Y entre todos arrastraron el caballo a través de las puertas que daban al templo de Atenea. Luego, encantados de su suerte, convencidos de que la guerra había terminado y que les había sido devuelto el favor de Atenea, se fueron a sus casas con la paz que no habían tenido en diez años.

A mitad de la noche, se abrió una compuerta del caballo. Uno por uno, bajaron los líderes. Se dirigieron sigilosamente a las puertas y las abrieron de par en par, permitiendo la entrada del ejército griego a la ciudad dormida. Sus primeras acciones fueron las que se podían hacer en silencio: iniciaron incendios por toda la ciudad. Para cuando los troyanos despertaron, mientras trataban de ponerse su armadura antes de darse cuenta de lo que había ocurrido, Troya estaba en llamas. En descomunal desorden, todos los ciudadanos salieron a la calle. Allí les esperaba escuadrón tras escuadrón de soldados griegos, para matar a los troyanos uno por uno, antes de que pudieran unirse. Aquello no fue un combate, fue una carnicería. Muchos murieron sin oportunidad de devolver un solo golpe. En las partes más alejadas de la ciudad, algunos troyanos pudieron hacer grupos, y allí fueron los griegos quienes tuvieron que defenderse, asaltados por hombres desesperados que solo pensa-

ban en morir matando. Sabían que, para alguien derrotado, la única esperanza consiste en no tener esperanza, un espíritu que ha convertido a muchos vencedores en vencidos. Los astutos troyanos se quitaron su propia armadura y se pusieron la de los griegos muertos, de forma que cada vez más y más invasores pensaron que se les unían camaradas, y descubrían demasiado tarde que eran enemigos, y que el error lo iban a pagar con la vida.

En lo alto de las casas, los troyanos despedazaban los tejados y arrojaban las vigas contra los griegos. Una torre entera que se erguía en el tejado del palacio de Príamo fue arrancada de sus cimientos y derribada. Exultantes, los defensores vieron cómo al caer aniquilaba a un numeroso grupo de griegos que forzaba la entrada a palacio. Pero el triunfo solo les supuso un breve respiro: otros corrían portando una viga enorme. Sobre los restos de la torre y los cuerpos mutilados, golpearon con ella las puertas, las derribaron e invadieron el palacio antes de que los troyanos pudieran abandonar el tejado. En el patio interior, alrededor del altar, había mujeres, niños y un hombre, el viejo rey. Aquiles podía haber perdonado a Príamo, pero su hijo lo degolló ante la mirada de su esposa e hijas.

Para entonces, el fin ya estaba cerca. Desde el primer momento, había sido una contienda desigual. Tras la sorpresa, habían caído demasiados troyanos como para contraatacar, y los griegos parecían ya imparables. La defensa se fue debilitando gradualmente y, antes de que llegara la mañana, todos los líderes estaban muertos salvo uno: el hijo de Afrodita, Eneas, fue el único jefe troyano en escapar. Eneas se enfrentó a los griegos mientras aún quedaba algún troyano vivo que luchara a su lado, pero, cuando la matanza se extendió y la muerte empezó a rondarle a él, pensó en su hogar y en sus desgraciados seres queri-

dos. Por Troya ya no se podía hacer nada, pero por ellos a lo mejor sí. Se apresuró a buscarlos: su anciano padre, su hijito, su esposa… y, mientras marchaba, su madre apareció ante él, alentándolo y protegiéndolo de las llamas y de los griegos. Pero ni con la ayuda de la diosa pudo salvar a su mujer: al dejar la casa separándose de él, había muerto. A quien sí pudo llevarse fue a los otros dos, pasando entre los enemigos, cruzando las puertas de la ciudad, y saliendo del país, con su padre sobre los hombros y su hijo de la mano. Nadie sino una divinidad podía haberlos salvado, y Afrodita fue la única que en ese día ayudó a los troyanos.

La misma diosa auxilió también a Helena. La sacó de la ciudad y la llevó hasta Menelao, quien la acogió feliz; mientras navegaba de regreso a Grecia, ella estaba con él.

Cuando llegó la mañana, la que había sido la ciudad más orgullosa de Asia era una ruina. Todo lo que quedaba de Troya era un grupo de mujeres cautivas e indefensas cuyos maridos habían muerto y cuyos hijos habían sido raptados. Ya solo podían esperar que sus nuevos amos las llevaran al extranjero para venderlas como esclavas.

Entre las cautivas estaban la anciana reina Hécuba y su nuera, la esposa de Héctor, Andrómaca. Para Hécuba, todo había terminado. Agachada en el suelo, vio los barcos preparándose y observó la ciudad arder. «Troya ya no existe —se dijo—. Y yo, ¿quién soy yo?» Un esclavo las condujo como si fueran un rebaño. «Una anciana y gris mujer que no tiene hogar.»

¿Existe una pena que no sea mía?
Perdidos país, marido e hijos
la gloria de todo mi hogar se ha demolido.

Y las mujeres a su alrededor contestaron:

Nuestro dolor y el tuyo son iguales.
También somos esclavas,
nuestros hijos lloran llamándonos:
«Madre, estoy solo.
A los oscuros barcos ahora me conducen,
y no puedo verte, madre».

Pero quedaba una mujer que aún tenía a su hijo. Andrómaca sostenía en sus brazos a Astianacte, aquel pequeño que había retrocedido de temor ante el penacho del casco de su padre. «Es tan pequeño —pensó—, que me permitirán llevarlo conmigo.» Pero del campamento griego le llegó un heraldo que pronunció unas palabras entrecortadas: le pidió que no le odiara por las malas noticias que traía muy a su pesar. Su hijo…

Ella le interrumpió:

¿No será que no va conmigo?

Y el hombre le respondió:

El muchacho debe morir, ser arrojado
desde los altos muros de Troya.
Ahora debes permitir que se haga.
Resiste como mujer valiente. Piensa. Estás sola.
Mujer, y esclava, y sin ayuda en ninguna parte.

Ella sabía que lo que decía era cierto: no había opción. Se despidió de su hijo.

¿Lloras, mi pequeño? Ya, ya.
No puedes saber lo que te aguarda.
¿Cómo será? Caer, caer, todo roto
y nadie que te compadezca.
Bésame. Nunca más. Acércate más, y más todavía.

A tu madre que te dio a luz, abrázame.

Ahora bésame, unamos nuestros labios.

Los soldados se lo llevaron. Justo antes de que lo arrojaran desde el muro habían asesinado sobre la tumba de Aquiles a una joven, la hija de Hécuba, Políxena. Con la muerte del hijo de Héctor, el último sacrificio de Troya se había completado. Las mujeres que esperaban los barcos vieron el final.

Troya ha caído, en la gran ciudad.

ya solo vive una llama roja.

El polvo se eleva, extendiéndose como una gran nube de humo

y todo se oculta.

Ahora nos vamos, uno aquí, otro allí,

y adiós a Troya para siempre.

Adiós, querida ciudad.

Adiós, mi país, donde vivieron mis hijos.

Allí abajo los barcos griegos esperan.

III

Las aventuras de Ulises

La única autoridad para esta historia es la Odisea*, salvo por el relato del trato entre Atenea y Poseidón para destruir la flota griega, que no se encuentra en la mencionada obra y que he tomado de* Las Troyanas*, de Eurípides. Parte del interés de la* Odisea*, tan distinta de la* Ilíada*, radica en los detalles, como los que se ofrecen en la historia de Nausícaa y la visita de Telémaco a Menelao. Se emplean, con destreza admirable, para animar la historia y hacerla más real, nunca para interrumpir ni distraer la atención del lector del tema principal.*

Cuando la victoriosa flota griega se hizo a la mar después de la caída de Troya, muchos de sus capitanes afrontaban, sin saberlo, problemas tan graves como los que les habían causado a los troyanos. Atenea y Poseidón habían sido los mejores aliados de los griegos, pero todo eso cambió al caer Troya: se volvieron sus peores enemigos. El ejército estaba ebrio de victoria desde la noche en que entraran en la ciudad, y había olvidado que esta se la debían a los dioses; por tanto, en su viaje de vuelta a casa sufrieron terribles castigos.

Casandra, una de las hijas de Príamo, era profetisa: Apolo se enamoró de ella y le concedió el poder de predecir el futuro. Luego terminó por volverse contra ella por rechazar su amor y, aunque no pudo retirarle el don —los favores divinos no se pueden revocar una vez otorgados—, sí pudo hacer que nadie la creyera. Ella les había dicho a los troyanos lo que iba a ocurrir en cada momento, pero nunca le hacían caso: nadie dio crédito a sus palabras cuando avisó de que los griegos estaban ocultos en el caballo. Era su destino, saber siempre el desastre que se avecinaba y no poder advertir de ello. Cuando los griegos saquearon la ciudad, Casandra se encontraba en el templo

de Atenea aferrada a la imagen de la diosa, amparándose bajo su protección. Allí la encontraron los griegos y osaron ponerle la mano encima: Áyax —no el gran Áyax, por supuesto, pues había muerto, sino un jefe menor del mismo nombre— la apartó del altar y la arrastró fuera del santuario. Ni un solo griego protestó contra el sacrilegio. Atenea montó en cólera y fue a Poseidón para contarle la afrenta.

—Ayúdame a vengarme —le pidió—. Haz que los griegos tengan la más amarga vuelta al hogar. Agita tus aguas con torbellinos salvajes cuando naveguen: que sus cadáveres cubran las playas, y jalonen las orillas y los arrecifes.

Poseidón accedió: Troya ya solo era un montón de cenizas y podía dejar de lado su rabia contra los vencidos. En cuanto los griegos dejaron la ciudad, se desencadenó una temible tempestad, en la que Agamenón estuvo a punto de perder todos sus barcos; Menelao fue a parar a Egipto y el consumado pecador, el sacrílego Áyax, se ahogó. En el momento más crítico de la tormenta, su bote recibió la embestida de una ola y se fue a pique, pero él consiguió llegar a la orilla nadando. Se hubiera podido salvar, pero su loca insensatez lo llevó a proclamar que ni el mar podía con él; la típica arrogancia que nunca dejaba de provocar la ira de los dioses. Poseidón partió el pedazo de roca por el que Áyax estaba trepando, y el insensato volvió a caer a las olas, que esta vez lo llevaron a la muerte.

Ulises (Odiseo en griego) no llegó a perder la vida y, aunque no fue el que más sufrió de los suyos, sí el que lo hizo durante más tiempo: tuvo que vagar durante diez años antes de ver de nuevo su hogar. Cuando por fin volvió, el pequeño que había dejado era ya todo un hombre. Habían pasado nada menos que veinte años desde que partiera hacia Troya.

En Ítaca, la isla donde se encontraba su hogar, la situación iba de mal en peor. Todos le daban ya por muerto, salvo su esposa Penélope y su hijo Telémaco, que nunca perdieron del todo la esperanza. En el pueblo se daba por hecho que, como Penélope era viuda, podía y debía casarse de nuevo. A la casa de Ulises llegaban sin parar hombres provenientes de todas las islas, Ítaca y las de alrededor, para cortejar a su esposa. Ella no dejaba de ponerles pegas a todos; por muy tenue que fuera la esperanza de volver a ver a su marido, nunca le faltó. Además, al igual que Telémaco, los detestaba a todos y con razón. Eran rudos, avariciosos, despóticos… se pasaban los días sentados en el gran salón de la casa devorando la reserva de provisiones de Ulises, matando su ganado, sus ovejas y sus cerdos, bebiéndose su vino, quemando su leña y dando órdenes a sus esclavos. Además, afirmaban que no tenían la más mínima intención de irse a menos que Penélope aceptara a alguno de ellos. A Telémaco lo trataban con cierto desdén, como si no fuera más que un niño, indigno de su atención. Era una situación intolerable tanto para la madre como para el hijo, y sin embargo se hallaban indefensos: eran dos —y uno de ellos, una mujer— contra tanta gente.

Durante un tiempo, Penélope confiaba en que la paciencia de aquellos hombres se agotara pronto. Les dijo que no podía casarse antes de haber terminado de tejer un precioso y elaborado manto para el padre de Ulises, el anciano Laertes, antes que este muriera. Ante un propósito tan pío, estaban obligados a ceder, así que acordaron esperar hasta que el trabajo quedara terminado. Pero nunca llegaba el momento: Penélope descosía cada noche lo que había cosido durante el día. Finalmente, el engaño terminó por descubrirse. Una de sus doncellas la delató ante los pretendientes y estos la sorprendieron con las manos en la masa. Como se puede predecir, a partir de entonces se

volvieron más insistentes e intratables. Así estaban las cosas a finales del décimo año de los viajes de Ulises.

Atenea estaba furiosa con los griegos en general por la despiadada forma en la que habían tratado a Casandra, pero antes de eso, durante la guerra, había favorecido especialmente a Ulises. Le agradaban su mente sagaz, su perspicacia, su astucia; siempre estaba dispuesta a ayudarle. Tras la caída de Troya, sin embargo, la cólera de Atenea le llegó también a él y, mientras navegaba, recibió el azote de la tormenta, que le desvió totalmente de su rumbo hasta que ya no pudo orientase. Erró durante diez años, vagando de peligro en peligro.

Pero diez años son muchos años para que dure un enfado. Para entonces, los dioses —con la única excepción de Poseidón — habían empezado a compadecerse del pobre Ulises; Atenea, la más apenada de todos, volvía a sentir su antigua debilidad por el héroe griego, así que decidió poner fin a sus sufrimientos y devolverlo a su hogar. Con esta idea en la cabeza, no pudo sino alegrarse al ver que Poseidón estaba ausente de una reunión en el Olimpo. Había ido a visitar a los etíopes, en la orilla más alejada al sur del Océano, y seguramente iba a pasar algún tiempo de fiesta con ellos. Inmediatamente, expuso el triste caso de Ulises ante los otros; les contó que, en ese momento, estaba prisionero en una isla gobernada por la ninfa Calipso, que estaba enamorada de él y no pensaba dejarlo irse nunca más. Es cierto que, salvo la libertad, ella no le negaba nada; incluso llegaba a abrumarlo con sus amabilidades. Pero Ulises seguía siendo profundamente infeliz: echaba de menos su hogar, a su esposa y su hijo… Pasaba los días en la orilla, oteando el horizonte a la espera de un barco que nunca llegaba, enfermo de nostalgia por ver siquiera el humo saliendo de la chimenea de su casa.

En el Olimpo se conmovieron con esas palabras. Sintieron que Ulises se había ganado un trato más amable, y Zeus habló por todos cuando dijo que debían idear entre todos la forma de que pudiera volver: Poseidón no podría oponerse si todos estaban de acuerdo. Dijo que él, por su parte, enviaría a Hermes a ver a Calipso para que le pidiera la libertad de Ulises. Atenea abandonó el Olimpo satisfecha y echó a volar en dirección a Ítaca. Tenía sus propios planes.

La diosa le tenía mucho cariño a Telémaco, no solo porque fuera el hijo de su querido Ulises, sino porque era un joven sobrio, discreto, formal, prudente y cumplidor. Pensó que le vendría bien hacer un viaje mientras Ulises ponía rumbo a casa, en lugar de limitarse a observar con rabia contenida el escandaloso comportamiento de los pretendientes. Y tampoco le vendría mal, de cara a los demás, que el objeto de tal viaje fuera buscar noticias de su padre: así lo verían como un joven pío con los más admirables sentimientos filiales, y tendrían razón. Por consiguiente, la diosa se disfrazó para parecer un viejo marinero y se dirigió a la casa. Telémaco vio a un hombre esperando en el umbral y se avergonzó de que no hubiera nadie para recibir al invitado. Se apresuró a saludarle, tomó su arpón, y le hizo acomodarse en el sitio de honor. Los sirvientes también se apresuraron a mostrar la hospitalidad de la magnífica casa, disponiendo comida y vino sin tasa ante él.

Entonces pudieron hablar: Atenea empezó por preguntarle amablemente quiénes eran ese hatajo de borrachos que se encontraban allí. No deseaba ofender, pero se puede perdonar que un hombre bien educado muestre su disgusto ante el comportamiento de quienes lo rodean. Entonces Telémaco se le contó todo: su temor de que seguramente Ulises ya estuviera muerto, lo de los muchos hombres que habían llegado de todas

partes para cortejar a su madre, el que ella no podía rechazar rotundamente sus ofertas, pero tampoco quería aceptar a ninguno, y cómo esa pandilla les estaban arruinando, comiéndose su despensa y haciendo estragos en la casa.

Atenea se mostró indignada: era una historia vergonzosa, dijo. Si alguna vez Ulises volvía a casa, podían librarse rápidamente de esos rufianes y estos sabrían lo que es un final amargo. Luego, afirmó que trataría de averiguar algo sobre el paradero de su padre. Los hombres que más noticias podían darle eran Néstor y Menelao. Con esto, la diosa partió, dejando al joven lleno de determinación y ardor; su anterior incertidumbre, su indecisión, habían desaparecido. Sorprendido ante su propio cambio, llegó pronto a la conclusión de que su visitante había sido una deidad.

Al día siguiente, Telémaco reunió a los pretendientes para contarles su nuevo proyecto y pedirles un barco bien resistente con veinte remeros que lo llevaran. No obtuvo más respuesta que insultos y burlas. «Quédate sentado en casa y espera noticias desde allí, hombre», le dijeron todos, seguros de que no se embarcaría en viaje alguno. Y, entre abucheos y carcajadas, salieron del palacio de Ulises pavoneándose. Telémaco, desesperado, echó a andar hasta la orilla, rezándole a Atenea. La diosa oyó sus oraciones y se acercó a él. Había cobrado la apariencia de Mentor —el ciudadano de Ítaca en el que Ulises más había confiado—, y le dedicó amables palabras para consolarlo y animarlo. Le prometió que le construirían una rápida embarcación y que él mismo le acompañaría en el viaje. Obviamente, Telémaco no tenía ni idea de que no era Mentor quien le hablaba, pero con su ayuda se sintió preparado para plantarle cara a los pretendientes; así pues, volvió corriendo a su casa para preparar el viaje. Esperó prudentemente a que llegara la noche y,

cuando todos en la casa estuvieron dormidos, bajó hasta el barco donde le esperaba Mentor (que seguía siendo Atenea disfrazada), embarcaron y se echaron a la mar hacia Pilos, patria del anciano Néstor.

Y allí lo encontraron, junto a sus hijos, ofreciéndole un sacrificio a Poseidón en la orilla. Néstor los recibió calurosamente, pero no los ayudó mucho en lo que respecta al objeto de su visita. No sabía nada de Ulises, solo que no habían partido juntos de Troya. En su opinión, quien seguramente tendría noticias de él sería Menelao, que había viajado hasta Egipto antes de volver a casa. Si Telémaco lo deseaba, él le podía facilitar un carro, que sería mucho más rápido que un barco, con el que ir a Esparta junto a uno de sus hijos, que conocía el camino. Telémaco se lo agradeció aceptando y dejando a Mentor a cargo del barco. Al día siguiente, comenzó su camino al palacio de Menelao con el hijo de Néstor.

Al llegar a Esparta, se encontraron ante una mansión majestuosa, la más espléndida que ninguno de los dos jóvenes hubiera visto. Dentro, les aguardaba una recepción digna de príncipes: los sirvientes de la casa les condujeron a los baños, los bañaron en tinas de plata y los ungieron con aceites perfumados. Sobre unas túnicas de la más fina tela les pusieron mantos de color púrpura, y les invitaron a pasar al salón del banquete; allí, una sirvienta con una jarra de oro vertió agua sobre sus dedos, dejándola caer en un cuenco de plata. Había una mesa perfecta completamente servida con platos deliciosos, y cada uno de ellos tenía delante una copa dorada llena de vino. Menelao les saludó cortésmente y les invitó a comer cuanto quisieran. Los jóvenes estaban encantados, aunque algo intimidados ante tanta magnificencia. Telémaco le susurró a su amigo, en voz muy baja por miedo a que alguien le oyera:

—El salón de Zeus en el Olimpo debe de ser como este. Estoy sin palabras.

Pero pronto se le pasó la timidez, cuando Menelao empezó a hablar de Ulises, de sus grandezas y de sus largas penurias. Oyéndolo, Menelao tuvo que taparse los ojos con el manto para ocultar su agitación, pues habían empezado a correr las lágrimas por su rostro. Menelao se dio cuenta, y dedujo así la identidad de su interlocutor.

Entonces llegó una bella aparición que distrajo la atención de todos los allí congregados. La hermosa Helena había bajado de sus perfumados aposentos, asistida por sus doncellas: una que portaba su silla, otra con la suave alfombra para sus pies, y una tercera con su cesta de labor de plata llena de lana morada. Helena reconoció a Telémaco inmediatamente por su parecido con su padre y lo llamó por su nombre. Contestó el hijo de Néstor diciéndole que estaba en lo cierto: su amigo era el hijo de Ulises y había llegado hasta allí en busca de ayuda y consejo. Entonces Telémaco les contó las desgracias de su casa, de las que solo podrían librarse si regresaba su padre. Preguntó a Menelao si podía darle alguna noticia sobre él, ya fuera buena o mala.

—Es una larga historia —contestó Menelao—, pero de una forma muy extraña sí que llegué a saber algo de él. Fue en Egipto. Estuve varios días retenido por el mal tiempo en una isla llamada Faros. Nuestras provisiones se estaban acabando y yo estaba desesperado, cuando una diosa marina se apiadó de mí. Me hizo saber que su padre, el dios marino Proteo, podía decirme cómo dejar la maldita isla y llegar a casa sano y salvo, solo con pedírselo. Eso sí, debía atraparlo y retenerlo hasta que le diera la información que necesitaba. La diosa había urdido un plan excelente: Proteo salía del mar cada día con unas focas y se

tumbaba en la arena con ellas, siempre en el mismo lugar. Allí cavé cuatro hoyos en los que nos escondimos tres de mis hombres y yo, cada uno bajo una piel de foca que nos había entregado la diosa. Cuando el anciano dios se tumbó, no muy lejos de mí, no fue difícil atraparlo de un salto. Ah, pero sujetarlo… eso ya era otra historia. Tenía el poder de cambiar de forma a voluntad y en nuestras propias manos se convirtió en león, dragón y en muchos otros animales, incluso en un árbol de grandes ramas. Pero no le soltamos en todo ese tiempo, y acabó por rendirse y contarme todo lo que quería saber. De tu padre dijo que estaba en una isla, consumido por la nostalgia del hogar, retenido allí por una ninfa llamada Calipso. Pero, aparte de eso, no sé nada de él desde que dejamos Troya, hace diez años.

Cuando terminó de hablar, el salón quedó sumido en un espeso silencio. Al pensar en Troya, y en lo que había pasado desde entonces, todos lloraron. Telémaco por su padre; el hijo de Néstor por su hermano, Antíloco de pies rápidos, muerto ante los muros de Troya; Menelao por los muchos compañeros caídos en la llanura troyana y Helena… ¿quién podría saber por quién caían las lágrimas de Helena? ¿Pensaba en Paris, sentada allí en el espléndido salón de su marido?

Los dos jóvenes pasaron la noche en Esparta. Helena ordenó que las doncellas les prepararan las camas, suaves y cálidas, con gruesas sábanas color púrpura cubiertas por colchas finamente tejidas y mantas de lana encima. Una sirvienta les guio hasta allí con una antorcha y durmieron plácidamente hasta el amanecer.

Mientras tanto, Hermes se disponía a ver a Calipso para transmitirle las órdenes de Zeus: se ató las sandalias de oro, que le llevaban raudo como un soplo de aire por tierra y mar, cogió su caduceo, con el que podía provocar el sueño a los hombres, y

se precipitó al vacío hasta el mar. Voló a ras de las olas hasta dar con la bella isla que se había convertido en la prisión tan odiosa para Ulises, y allí encontró a la ninfa sola. El héroe, como siempre, estaba en la orilla, mirando desde la sombra el horizonte mientras las lágrimas saladas le caían por el rostro. A Calipso no le sentaron nada bien las órdenes de Zeus. Había salvado la vida del héroe, dijo, cuando su barco naufragó cerca de la isla, y desde entonces le había cuidado. Sabía que todo el mundo debe ceder ante Zeus, pero aquello era injusto. Y, ¿cómo iba ella a ayudarle en el viaje de vuelta? No tenía barcos ni tripulaciones a su disposición.

Pero Hermes no prestó atención a lo que le parecieron excusas.

—Tú solo cuídate de no enfadar a Zeus —le dijo antes de marcharse alegremente.

Apenada, Calipso se puso a hacer los preparativos necesarios. Se lo contó a Ulises, que en un principio se sintió inclinado a pensar que todo era un truco para hacerle algo horrible —provocarle el naufragio, probablemente—, pero terminó por convencerse. La ninfa le prometió que le ayudaría a construir una balsa magnífica y resistente, y que proveería de todo lo necesario. Nunca un hombre trabajó con más alegría que Ulises en esa balsa. Veinte grandes árboles formaron la almadía, todos muy secos para que flotaran bien. Calipso le dio grandes cantidades comida y bebida, e incluso un saco de las exquisiteces que le más le gustaban a Ulises. Cinco mañanas después de la visita de Hermes, Ulises ya estaba haciéndose a la mar, con viento suave sobre aguas tranquilas. Y así viajó durante diecisiete días, sin cambios en el tiempo, al mando del barco, sin permitir ni que el sueño cerrara sus ojos. En el decimoctavo

día, surgió ante él la cima de una montaña cubierta de nubes. Estaba a salvo.

Pero ese fue el momento en que lo avistó Poseidón, que regresaba de Etiopía, y entendió de inmediato que aquello debía de ser obra de los dioses. «Pero —musitó para sí—, creo que puedo hacerle el viaje un poquito más largo y penoso antes de que llegue a tierra.» Con esto, reunió a todos los vientos y los desató, oscureciendo tierra y mar con nubes de tormenta. El viento del este luchó con el del sur; el terrible viento del oeste con el del norte; las olas se elevaron con tal fuerza que Ulises vio la muerte frente a él. «Oh, felices aquellos que cayeron con gloria en las llanuras de Troya —pensó—. Que muera yo con tan indigno final…» Parecía que no podía escapar. La balsa se agitaba de un lado para otro como un cardo seco en el campo de un día de otoño.

Pero no muy lejos de allí había una amable diosa. Ino, la de los tobillos delgados, que antes había sido princesa tebana, se compadeció de él y, surgiendo suavemente del agua como una gaviota, le dijo que su única oportunidad era abandonar la lancha y nadar hasta la orilla. Le entregó su velo, que le mantendría a salvo de todo mal mientras estuviera en el mar y, luego, desapareció entre el oleaje.

Ulises vio que no tenía opción: Poseidón le estaba enviando en ese momento la ola más grande del mundo, el terror del mar. Una masa de agua destrozó los troncos de la balsa como si fueran una bala de paja que esparce el viento, y lanzó al héroe a las aguas furiosas. La situación tenía tan mal cariz, que a Ulises le costaba creer que ya había pasado lo peor. Muy contento, el dios del mar se marchó haciendo planes de desencadenar alguna que otra tormenta en otro lugar; entonces, llegó Atenea y

calmó las olas. Aun así, Ulises estuvo nadando durante dos días y dos noches antes de llegar a tierra y encontrarse a salvo.

Cuando por fin salió del mar, estaba exhausto, muerto de hambre y desnudo. Caía la tarde; no se veía ni una casa, ni un solo ser vivo. Pero Ulises no era solo un héroe, era un hombre de recursos. Encontró un lugar donde crecían muy juntos varios árboles tan gruesos y pegados al suelo que la humedad no podía penetrar entre ellos. Y, no muy lejos, vio unos montones de hojas secas, suficientes como para cubrir a varios hombres. Cavó un agujero y se tumbó, tapándose con hojas a modo de manta. Después, ya entrado en calor y más tranquilo, rodeado del suave olor de la tierra, se durmió apaciblemente.

Por supuesto, no tenía ni idea de dónde estaba, pero Atenea se lo había dejado todo bien atado: el país pertenecía a los feacios, un amable pueblo de espléndidos marineros. Su rey, Alcínoo, era bondadoso y sensato, y sabía que su esposa Arete era mucho más sabía que él, por lo que siempre permitía que fuera ella quien tomara las decisiones importantes. Tenían una bella hija aún sin casar.

Nausícaa, que así se llamaba la muchacha, nunca imaginó que a la mañana siguiente rescataría a un héroe. Al despertar, solo pensaba en hacer la colada de la familia. Era una princesa, cierto, pero en aquellos días se esperaba que las damas de alta cuna fueran de utilidad, y la colada era responsabilidad de Nausícaa. Lavar la ropa era entonces de las ocupaciones más agradables. La joven hizo que los sirvientes le prepararan un carro tirado por unas mulas muy dóciles, y lo cargó con la ropa sucia. Su madre llenó una caja con todo tipo de cosas buenas de comer y beber, y le entregó también una redoma dorada de aceite de oliva puro por si ella o sus doncellas pensaban bañarse. Luego, con Nausícaa a las riendas, partieron. Se dirigían

precisamente al lugar donde había acampado Ulises. Un río precioso desembocaba en el mar allí mismo, dejando unas charcas de abundante agua, clara y burbujeante. Lo que hacían las chicas era introducir las prendas en el agua y bailar sobre ellas hasta que desapareciera toda la suciedad. Las charcas eran frescas y se encontraban a la sombra; era una tarea, pues, muy agradable. Después tendían la colada bien extendida para que se secara en la orilla.

Luego podían descansar. Entonces, se bañaron y ungieron con el aceite puro, almorzaron y se entretuvieron lanzándose una pelota mientras bailaban. Al final, el anochecer puso punto final a tan precioso día. Las chicas recogieron la colada, uncieron las mulas, y ya estaban a punto de partir cuando vieron a un hombre desnudo de aspecto salvaje que se había despertado con las voces de las muchachas. Nausícaa lo miró sin miedo y él habló del modo más persuasivo que su elocuente lengua le permitió:

—Me postro suplicante a tus pies, oh, reina —dijo—. No sé si eres divina o mortal, pero mis ojos nunca se han posado ante nada parecido: tu visión me confunde. Sé misericordiosa con tu suplicante, un náufrago sin amigos ni ayuda, sin un harapo con el que cubrirse.

Nausícaa le contestó con dulzura. Le dijo que se encontraba en un país de gente amable con los viajeros desafortunados. El rey, su padre, le recibiría con hospitalidad. Luego, reunió a las atemorizadas doncellas y les ordenó que le entregaran el aceite al extraño para que pudiera lavarse y que encontraran para él una capa y una túnica. Una vez bañado y vestido, pusieron rumbo a la ciudad. Pero antes de entrar a la casa de Nausícaa, la discreta doncella pidió a Ulises que se bajara y permitiera que ella y las muchachas llegaran solas:

—La gente tiene muy mala lengua —le explicó—. Si ven a un hombre apuesto como tú a mi lado, empezarán a insinuar todo tipo de cosas. Y tú puedes encontrar la casa de mi padre sin problemas, pues es con diferencia la más espléndida de todas. Entra sin miedo y ve directo a mi madre, que estará hilando junto al hogar. Lo que diga mi madre será lo que haga mi padre.

Ulises accedió al instante, admirando su buen juicio, y siguió sus indicaciones al pie de la letra. Al entrar en la casa, cruzó el salón hasta el hogar, cayó de rodillas ante la reina y, abrazado a sus rodillas, le rogó que le ayudara. El rey le hizo levantarse rápidamente y le pidió que se sentara a la mesa y comiera y bebiera cuanto quisiera. Quienquiera que fuese y dondequiera que estuviese su hogar, podía estar seguro de que organizarían todo lo necesario para enviarle hasta allí en uno de sus barcos. Ahora era ya la hora de dormir, pero por la mañana podría darles su nombre y contarles cómo había llegado hasta ellos. Así que durmieron toda la noche; Ulises feliz de estar en un lecho suave y calentito como no había tenido desde que dejara la isla de Calipso.

Al día siguiente, en presencia de todos los jefes feacios, les relató su errar durante diez años. Comenzó con la partida de Troya y la tormenta que había sacudido la flota. El mar arrastró sus barcos durante nueve días; al décimo llegaron a la tierra de los lotófagos, los comedores de loto, y echaron ancla allí. A pesar de lo cansados que se encontraban y de lo mucho que necesitaban reponerse, se vieron forzados a marcharse a toda velocidad: los de aquella tierra les recibieron con amabilidad y les dieron a comer sus flores, pero quienes las probaron —afortunadamente solo unos cuantos— perdieron su añoranza del hogar. Solo querían vivir en la tierra del loto y olvidarse de todo lo demás. Ulises tuvo que arrastrarlos a bordo y encadenarlos,

mientras ellos lloraban desconsolados, pues ya solo querían quedarse allí deleitándose con aquellas flores que sabían a miel.

Su siguiente aventura fue con el cíclope Polifemo, como se relata en las páginas 104-107. Habían perdido un buen número de compañeros a manos del gigante y, lo que es peor, el padre de Polifemo, Poseidón, se había sentido tan ultrajado por lo sucedido que juró que Ulises solo volvería a su país después de largos padecimientos y de ver morir a todos sus hombres. Durante aquellos diez años, su ira le había acosado por todos los mares.

De la isla del cíclope pasaron al país de los vientos, gobernado por el rey Éolo, al que Zeus había nombrado guardián de los vientos, con capacidad de calmarlos o despertarlos a voluntad. Éolo los había recibido hospitalariamente, e incluso, cuando se marcharon, le había entregado a Ulises un regalo de despedida: un saco de piel en el que estaban todos los vientos de tormenta, atado con tanta firmeza que no podría ni asomarse el más leve soplo que pudiera poner en peligro un barco. Aunque tal perspectiva resultaba excelente para un marinero, la tripulación de Ulises se las apañó para llevarlos a la perdición. Al ver una bolsa tan cuidadosamente sellada, pensaron que estaría llena de oro o algo precioso y quisieron comprobarlo a cualquier precio. La abrieron, y obviamente, todos los vientos comenzaron a soplar a la vez, formando una terrorífica tempestad. Tras varios días de peligro, avistaron tierra, aunque mejor les hubiera ido si se hubieran quedado en medio del mar y la tormenta: era el país de los lestrígones, un pueblo de gigantes caníbales.

Estas horribles criaturas destruyeron todos los barcos de la expedición excepto el de Ulises, que todavía no había entrado al puerto cuando se produjo el ataque.

Este había sido, de lejos, el peor desastre que habían sufrido hasta el momento. Llenos de desesperación, habían atracado después en la siguiente isla. Y, también en esta ocasión, hubieran pasado de largo de haber sabido lo que les esperaba. Habían llegado a Eea, el reino de Circe, la bruja más bella y peligrosa del mundo: todo aquel que se acercaba a ella se transformaba en bestia; de su encarnación anterior, solo le quedaba el uso de razón, pues el pobre infeliz era perfectamente consciente de lo que le sucedía. Ulises mandó una expedición que inspeccionara la zona: ella los vio, los engatusó para que entraran en su casa, y los convirtió en cerdos. Luego, los encerró en una pocilga y les dio para comer unas bellotas, que les hicieron convertirse en cisnes. Sin embargo, seguían siendo hombres por dentro, conscientes de su lamentable estado, pero completamente a merced de Circe.

Afortunadamente para Ulises, uno de sus hombres había tenido la cautela de no entrar en la casa y, al ver lo que ocurría, había vuelto al barco horrorizado. La noticia solivió a Ulises. Partió, solo, para ofrecer alguna ayuda a sus hombres. En su camino, se le apareció Hermes, con el aspecto de un joven en la flor de su juventud. Le dijo a Ulises que conocía una hierba que podía salvarle de las mortíferas artes de Circe: con ella, podía probar todo lo que la bruja le diera sin que le hiciera efecto alguno. Tras beber de la copa que le ofrecería, dijo Hermes, debía amenazarla con ejecutarla con su espada si no liberaba a sus hombres. Agradecido, Ulises tomó la hierba y siguió su camino. Todo resultó incluso mejor de lo que Hermes había predicho: cuando Circe usó sobre Ulises su magia, tan eficaz hasta entonces, vio para su sorpresa que el griego permanecía inmutable. Maravillada ante un hombre tan fuerte como para resistir sus hechizos, se enamoró de él, y estaba tan dispuesta a hacer lo que fuera que devolvió la forma humana a sus compañeros.

Desde entonces, los trató con tanta amabilidad, acogiéndolos en su casa, que se quedaron felizmente con ella durante todo un año.

Cuando decidieron que había llegado la hora de partir, Circe usó sus conocimientos de magia para ayudarlos. Averiguó lo que debían hacer para llegar a casa sanos y salvos, pero la empresa que les expuso era espantosa: debían cruzar el río Océano y varar el barco en la orilla de Perséfone, donde había una entrada al oscuro reino de Hades. Ulises debía descender y dar con el espíritu del profeta Tiresias, que había sido el hombre sagrado de Tebas; él le diría cómo regresar a casa. Pero solo había una manera de conseguir que este espíritu se apareciera ante él, y era matando ovejas y llenando un hoyo con su sangre. Todos los espíritus sentían un anhelo irresistible de beber sangre, así que irían corriendo al hoyo, pero Ulises debía desenvainar su espada y mantenerlos a raya hasta que Tiresias se dirigiera a él.

Eran malas noticias, y todos lloraron al dejar la isla de Circe y dirigir su proa hacia Érebo, donde gobierna Hades con la sobrecogedora Perséfone. Les resultó realmente terrible cavar la zanja y llenarla de sangre, especialmente cuando todos los espíritus de los muertos se acercaron en tropel. Pero Ulises conservó la calma y les mantuvo a raya con su espada hasta que vio al fantasma de Tiresias. A este le permitió aproximarse y beber de la negra sangre antes de plantearle la pregunta. Efectivamente, el vidente le contestó cuando se hubo saciado: el principal peligro que les amenazaba, dijo, era hacerle algún daño a los bueyes del sol cuando llegaran a su isla. El destino de todos los que herían a estos animales estaba escrito, pues eran los bueyes más bellos del mundo y a los que el sol más apreciaba. Pero le

aseguró que volvería a casa pese a todos los problemas con los que sin duda se iba a encontrar.

Una vez dieron por terminado el intercambio con el profeta, se les aproximó una larga procesión de muertos que también quería beber la sangre y hablar con Ulises: grandes héroes y mujeres antaño bellísimas, así como los guerreros que habían caído en Troya. Llegó Aquiles, llegó Áyax, aún airado porque los griegos habían decidido darle la armadura de Aquiles a Ulises y no a él. Llegaron otros muchos, todos ansiosos por hablar con el héroe… demasiados, de hecho. Ante tal gentío, Ulises sintió que le superaban y se apresuró a volver a su nave, pidiéndole a su tripulación que izaran velas.

Todos sabían por Circe que debían pasar la isla de las Sirenas. Estas criaturas eran maravillosas cantantes: sus voces lograban que un hombre olvidase todo lo demás hasta entregarles la vida. Cantaban desde la orilla, rodeadas de montones de esqueletos mohosos; los de aquellos que no habían podido resistir la tentación. Ulises previno a sus hombres de que la única forma de pasar a salvo era que todos se taparan los oídos con cera. Pero él era el primero que estaba deseando oírlas, y pidió a su tripulación que lo ataran al mástil, tan fuerte que no pudiera huir por mucho que lo intentara. Así lo hicieron, y así llegaron a las proximidades de la isla: ajenos todos, salvo Ulises, a la hipnótica canción. El héroe la oyó, y descubrió que las letras eran incluso más tentadoras que la propia melodía, al menos para un griego. Prometían, a quien fuera con ellas, todo el conocimiento, total sabiduría y ánimo de espíritu. «Sabemos *todo* lo que ocurrirá de aquí en adelante en la tierra.» Así sonaba la canción, aderezada con preciosas cadencias que anegaban de añoranza el corazón de Ulises.

Pero las sogas le retuvieron hasta que el peligro hubo pasado. No así del que les aguardaba a continuación: el paso entre Escila y Caribdis. Los Argonautas lo habían pasado; Eneas, que precisamente sobre esta época había puesto rumbo a Italia, había sido capaz de evitarlo gracias a la advertencia de un profeta; por supuesto Ulises, bajo el amparo de Atenea, también logró superarlo con éxito.

Pero la experiencia resultó fatal, pues seis hombres de la tripulación perdieron su vida allí. Aunque, en cualquier caso tampoco hubieran llegado a vivir mucho más, gracias a la soberana estupidez con la que actuaron los hombres en su siguiente escala: la Isla del Sol. Al llegar, se encontraban tan famélicos que mataron a los bueyes sagrados mientras Ulises se encontraba lejos (se había adentrado él solo en la isla para orar). Cuando el héroe vio la escena a su regreso, la desesperación se apoderó de él, pero las bestias ya habían sido asadas y comidas y ya nada se podía hacer. La venganza del sol no se hizo esperar: en cuanto los hombres dejaron la isla, un rayo partió el barco, ahogando a todos menos a Ulises, que se agarró a la quilla y pudo capear el temporal. Luego vagó a la deriva durante días hasta que finalmente llegó a la orilla de la isla de Calipso, donde tuvo que quedarse muchos años. Por fin había partido hacia su hogar, pero una tempestad le hizo naufragar y quedó a la deriva hasta que, tras muchos y grandes peligros, había conseguido llegar a las tierras feacias, indigente e indefenso.

Así terminaba la larga historia, pero la audiencia permaneció callada, sin moverse, todos embelesados con el relato. Finalmente, fue el rey quien habló. Sus problemas habían acabado, le aseguró a Ulises; le enviarían a casa ese mismo día, y cada uno de los presentes le entregaría un regalo de despedida para que volviera a ser rico. Nadie se opuso. El barco estuvo listo ense-

guida, embalaron los presentes, y Ulises embarcó dando las gracias a tan amables anfitriones. Luego, se tendió en la cubierta del barco y cerró los ojos.

Cuando despertó, estaba en tierra firme, tumbado en una playa. Los marineros le habían desembarcado tal cual estaba, habían colocado sus pertenencias junto a él y habían emprendido el camino de vuelta. Ulises se levantó y miró a su alrededor: no reconocía su propia patria. En ese momento se le acercó un joven, pastor en apariencia, pero elegante y educado, como los hijos de los reyes cuando se ocupan de los rebaños. Al menos eso le parecía a Ulises, pero en realidad bajo esa fachada estaba Atenea, que contestó a sus preguntas confirmándole que estaba en Ítaca. Loco de alegría al oírlo, Ulises mantuvo sin embargo la cautela y se inventó un largo relato, lleno de falsedades, sobre su identidad y sus intenciones; cuando acabó de contárselo, la diosa sonrió y le hizo una caricia. Entonces se mostró en su verdadera forma, en toda su divina altura y belleza:

—Serás granuja, retorcido y malicioso… —rio—. Hace falta toda la astucia del mundo para medirse contigo.

Ulises la saludó extasiado, pero ella le recordó cuánto quedaba aún por hacer, y acordaron idear un plan. Atenea le describió la situación en la casa y prometió que le ayudaría a echar a los pretendientes. Por el momento, lo convertiría en un mendigo anciano, para que pudiera ir a todas partes sin ser reconocido. Podía pasar la noche con su porquero, Eumeo, hombre fiel y de toda confianza.

Entonces, ocultaron los tesoros en una cueva cercana y se separaron: ella se fue a buscar a Telémaco y él, convertido en un andrajoso mendigo, a la casa del porquero. Eumeo acogió a aquel pobre extraño, y le dio comida y alojamiento para la noche, e incluso su propio manto para que se cubriera.

Mientras tanto, por indicación de Atenea, Telémaco se despidió de Helena y Menelao, y se hizo a la mar nada más llegar al barco, ansioso por volver a su hogar cuanto antes. Había pensado —una vez más, Atenea había puesto tal pensamiento en su mente— no ir directamente a la casa al atracar, sino acudir al porquero para saber si algo había ocurrido en su ausencia. Y efectivamente, algo había ocurrido: Ulises estaba ayudando a preparar el desayuno cuando el joven apareció en la puerta. Eumeo le saludó con lágrimas de alegría y le rogó que se sentara y comiera. Telémaco accedió, pero le pidió al porquero que fuera a avisar a Penélope de que ya estaba allí.

Entonces padre e hijo se quedaron a solas. Ulises vio que Atenea estaba llamándole, justo detrás de la puerta. Salió a verla, y esta le devolvió a su aspecto normal en cuestión de segundos, explicándole que le debía revelar su identidad a Telémaco. El chico no había notado nada hasta que vio que, en lugar del mendigo, quien volvía era una persona de majestuosa presencia. Se levantó sorprendido, creyendo que veía a un dios.

—Soy tu padre —dijo Ulises.

Los dos se abrazaron llorando. Pero el tiempo apremiaba y había mucho que planear. Comenzaron a charlar ansiosamente; Ulises estaba decidido a expulsar a los pretendientes por la fuerza, pero ¿cómo podían enfrentarse dos hombres solos a todo aquel regimiento? Finalmente, decidieron que deberían ir a casa por la mañana; Ulises evidentemente iría disfrazado mientras Telémaco escondería todas las armas, dejando solo las suficientes para ellos dos, en un lugar al que pudieran acceder fácilmente. De momento, Atenea les echó una mano: cuando regresó, Eumeo se encontró al mendigo tal y como lo había dejado.

Al día siguiente, Telémaco salió el primero, seguido de lejos por los otros dos. Pronto llegaron a la ciudad, frente al palacio; por fin, por primera vez en veinte años, Ulises pudo pisar su querida morada. Al hacerlo, un perro viejo tumbado allí levantó la cabeza e irguió las orejas. Era Argos, al que Ulises había criado antes de marcharse a Troya. En el momento en que su amo apareció, le reconoció y agitó la cola, pero no tenía fuerzas para arrastrarse a recibirle. Ulises le reconoció también, pero tuvo que contenerse y limitarse a enjugar una lágrima para no despertar sospechas en el porquero. En el mismo momento en que se dio la vuelta, el viejo perro murió.

En el salón, los pretendientes se encontraban holgazaneando distraídamente tras la comida cuando decidieron que les apetecía divertirse a costa del pobre mendigo que había entrado. Ulises escuchó todas sus burlas con sumisa paciencia, hasta que uno de ellos, un hombre de muy mal carácter, se hartó y le propinó una bofetada; había osado golpear a un extraño que solicitaba hospitalidad. Penélope se enteró del agravio y declaró que ella misma hablaría con el agredido, pero antes pasó por el salón. Quería ver a Telémaco y le parecía que era hora de hacer una visita a los pretendientes. Era tan prudente como su hijo: si Ulises estaba muerto, lo mejor para ella sería casarse con el más rico y más liberal de estos hombres. No debía desalentarlos demasiado. Además, tenía una idea que le parecía prometedora.

Así, bajó al salón desde sus aposentos, asistida por dos doncellas, con un velo cubriéndole el rostro, tan hermosa que los pretendientes se estremecieron solo de verla. Varios se levantaron para halagarla, pero la discreta dama contestaba que sabía bien que, con el luto y tantas preocupaciones, había perdido ya belleza. Su propósito al venir a hablarles era serio; era evidente que su marido nunca regresaría. ¿Por qué entonces no la corte-

jaban de la forma adecuada para una dama de familia y fortuna, ofreciéndole sus mejores regalos? La sugerencia surtió efecto de inmediato: todos ordenaron que sus sirvientes trajeran sus pertenencias más bellas, vestidos, joyas y cadenas de oro. Sus doncellas lo guardaron todo en los aposentos de la recatada Penélope, y esta se retiró muy satisfecha.

Entonces mandó llamar al extranjero que había sido ultrajado. Le habló con amabilidad y Ulises le contó que se había encontrado con su marido de camino a Troya, haciéndole llorar tanto que tuvo que consolarla. Pero aún no se descubrió, sino que se mantuvo frío como el acero. No tardó Penélope en recordar sus obligaciones como anfitriona: hizo llamar a una anciana niñera, Euriclea, que había cuidado de Ulises desde la infancia y le ordenó que lavara los pies del extranjero. Esto preocupó al héroe camuflado, pues en uno de los pies tenía una cicatriz que se había hecho cazando un jabalí salvaje cuando era niño, y pensó que ella lo reconocería. Efectivamente, así ocurrió: la niñera soltó el pie, que cayó volcando la jofaina. Ulises la tomó de la mano y musitó: «Querida nodriza, lo sabes. Pero ni una palabra a nadie». Ella se lo prometió en susurros antes de que Ulises se despidiera. El héroe encontró una cama en el salón de la entrada, pero no pudo dormir pensando en cómo reducir a tantos hombres desvergonzados. Finalmente, se confortó pensando que la situación en la cueva del cíclope había sido aún peor y que, con la ayuda de Atenea, aún cabía esperanza de que aquello saliera bien. Con esa confianza pudo dormir.

Con el nuevo día, volvieron los pretendientes, más arrogantes aún. Sin preocupación alguna y con toda tranquilidad, se sentaron ante el rico festín dispuesto para ellos, sin saber que la diosa y el duro Ulises les estaban preparando por otro lado un banquete de lo más espantoso.

Ajena a todo esto, Penélope prosiguió con su propio plan. Durante la noche, había tomado una decisión: cuando llegara la mañana se dirigiría a su almacén donde, entre otros muchos tesoros, se encontraban el arco y la aljaba llena de flechas, que habían sido de Ulises, y que jamás había tocado otra mano. Tomándolos, descendió hasta donde se encontraban reunidos los pretendientes.

—Escúchenme, señores míos —dijo—. Ante ustedes, traigo el arco del divino Ulises. Aquel que lo tense y lance una flecha capaz de atravesar doce círculos en fila será quien se convierta en mi marido.

Inmediatamente, Telémaco vio que esto podía volverse a su favor y no tardó en seguirle el juego:

—Vamos, pretendientes —exclamó—. Nada de excusas, síganme. Yo mismo lo intentaré primero, para ver si soy tan hombre que pueda portar las armas de mi padre.

Dicho esto, alineó perfectamente los círculos. Luego, cogió el arco y trató con todas sus fuerzas de tensarlo. Quizá lo hubiera conseguido, si Ulises no le hubiera hecho una señal para que lo dejara. Tras él, llegó el turno de los demás, pero uno tras otro fueron viendo que el arco estaba demasiado duro, y el más fuerte no pudo sino doblarlo un poco.

Seguro de que nadie iba a conseguirlo, Ulises abandonó la competición y salió al patio, donde el porquero estaba hablando con el boyero, que era asimismo un hombre de toda confianza. Como necesitaba de su ayuda, a ambos les reveló su identidad, mostrándoles como prueba la cicatriz en el pie que tantas veces habían visto antaño. Los sirvientes la reconocieron y estallaron en lágrimas de alegría, pero Ulises les hizo callar rápidamente.

—No es momento para eso —dijo—. Escuchad lo que quiero de vosotros: tú, Eumeo, busca algún modo de poner el arco y las flechas en mis manos; luego, asegúrate de que los aposentos de las mujeres estén cerrados y que nadie pueda entrar. Y tú, que reúnes el ganado, debes cerrar y atrancar todas las puertas de la corte.

Luego, regresó al salón, con los dos hombres tras él. Cuando entraron, el último pretendiente en probar suerte acababa de fallar. Ulises anunció:

—Pásame el arco y déjame ver si aún conservo algo de mi fuerza de otros tiempos.

Ante tales palabras, se alzaron voces indignadas: ¡un extranjero miserable nunca debería tocar ese arco!, gritaron. Pero Telémaco les habló muy serio: era decisión de él, y no suya, decir quién manejaba el arco. Y ordenó a Eumeo que se lo entregara a Ulises.

Todos observaron atentamente al mendigo mientras cogía el arma y la examinaba. Luego, sin esfuerzo alguno, como un buen músico que afina su lira, Ulises dobló el arco y lo encordó; colocó una flecha en la cuerda y apuntó. Sin moverse de su asiento, soltó la flecha, que atravesó directamente los doce círculos.

De un salto, se encontró en la puerta, junto a Telémaco.

—Por fin…, ¡por fin! —grito con voz estentórea, disparando otra flecha.

Uno de los pretendientes cayó muerto al suelo. Los otros se levantaron de un salto, horrorizados. ¿Dónde estaban sus armas? Desde luego, no a la vista. Ulises no paraba de disparar. Cada vez que una flecha surcaba silbando el salón, caía muerto un hombre. Telémaco sacó su larga lanza para mantener a la multitud a raya, evitando que pudieran escaparse o atacar a

Ulises desde atrás. Eran un objetivo fácil, allí reunidos y, mientras duraron las flechas, fueron cayendo sin posibilidad alguna de defenderse. Cuando se acabaron, todavía fue peor: apareció Atenea para tomar parte de la gran hazaña e hizo fracasar todos los intentos de parar a Ulises. Este, mientras tanto, manejaba con destreza su lanza brillante, y cada golpe iba acompañado del sonido horrible de un cráneo roto, y de la sangre corriendo por el suelo.

Finalmente, aquel grupo de insolentes se vio reducido a a dos: un sacerdote y un bardo. Ambos rogaron clemencia; el sacerdote, abrazado a las rodillas de Ulises en agónica súplica, no la encontró. La espada del héroe lo atravesó y murió con el ruego aún en los labios. El poeta, sin embargo, tuvo mejor suerte: Ulises vaciló a la hora de matar a alguien adiestrado por los dioses para cantar divinamente, y le perdonó a condición de que no cesara de hacer música.

La batalla —la matanza, mejor dicho— había terminado. Llamaron a la vieja nodriza Euriclea y a las doncellas para que limpiaran el lugar y pusieran todo en orden. Todos rodearon a Ulises, llorando y riendo, dándole la bienvenida que provocó en su propio corazón el deseo de llorar también. Antes de ponerse a trabajar, Euriclea subió hasta los aposentos de su ama y se acercó a su lecho:

—Despierta, querida —dijo—, despierta, porque Ulises ha vuelto a casa y todos los pretendientes han muerto.

—Ah, vieja loca —gruñó Penélope—. Estaba durmiendo tan a gusto… Sal de aquí y alégrate de que no te abofetee como haría cualquiera a quien despertaran así.

Pero Euriclea insistió:

—De veras está aquí. Ulises está *aquí* . Me ha mostrado la cicatriz. ¡Es él!

Penélope seguía sin creerla. Bajó rápidamente al salón para verlo con sus propios ojos.

Un hombre alto y de presencia espléndida estaba sentado junto al hogar, iluminado por la luz del fuego. Penélope se sentó frente a él y le miró en silencio, desconcertada. En un momento, parecía reconocerlo; al siguiente, le resultaba un extraño.

Telémaco exclamó:

—Madre, madre, oh, qué cruel eres. ¿Qué mujer puede quedarse insensible cuando su hombre vuelve a casa después de veinte años?

—Hijo mío —contestó ella—. No tengo fuerzas para moverme. Si este es en verdad Ulises, entonces los dos tenemos formas de reconocernos.

Oyéndola, Ulises sonrió, y ordenó a Telémaco que los dejara:

—Nos reconoceremos ahora —dijo.

Entonces, el salón perfectamente ordenado se llenó de alegría. El juglar arrancó dulces sonidos de su lira y despertó en todos las ganas de bailar. Felizmente, hombres y mujeres de elegantes vestidos se dejaron llevar por la melodía, hasta que en toda la gran mansión se oyeron sus pasos de baile. Pues Ulises, tras un largo vagar, había vuelto por fin a casa y no había un corazón que no se alegrara.

IV

Las aventuras de Eneas

La Eneida*, el más grande de los poemas latinos, es la principal autoridad para esta historia. Se escribió cuando Augusto asumió el mando del pueblo romano, sumido en la ruina y el caos tras el asesinato de César. Su mano dura terminó con las furiosas guerras civiles y trajo la* pax augusta*, que duró casi medio siglo. Virgilio y toda su generación se entusiasmaron con este nuevo orden, y la* Eneida *sirvió para exaltar el imperio, para proporcionar un gran héroe nacional y un fundador de «la raza destinada a mantener el mundo bajo su ley». Es probable que el patriótico propósito de Virgilio sea responsable del cambio del Eneas humano de los primeros libros al prodigio sobrehumano de los últimos. El poeta se dejó llevar, al final, por lo puramente fantástico, por su decisión de crear un héroe romano que hiciera palidecer a los demás (la tendencia a la exageración era uno de los rasgos de la cultura romana). Aquí, por supuesto, utilizamos los nombres latinos de los dioses y también las formas latinas en los casos de personajes que tienen un nombre latino y uno griego, como Ulises (Odiseo).*

Parte I. De Troya a Italia

Eneas, hijo de Venus, fue uno de los héroes más famosos que lucharon en la guerra de Troya. En el bando troyano, únicamente Héctor le superaba. Cuando los griegos tomaron la ciudad, pudo escapar con la ayuda de su madre, llevándose a su padre y a su hijo pequeño, y poner rumbo hacia un nuevo hogar.

Tras largos viajes y muchas peripecias por tierra y mar, llegó a Italia; allí, venció a los que no le permitían entrar en el país, se casó con la hija de un poderoso rey y fundó una ciudad. Siempre se le consideró el verdadero fundador de Roma, pues Ró-

mulo y Remo, los fundadores reales, nacieron en una ciudad, llamada Alba Longa, que construyó el hijo de Eneas.

Cuando zarpó desde Troya, muchos fueron los troyanos que se unieron a él; deseaban encontrar un lugar en el que instalarse, pero nadie tenía una idea concreta de dónde podían hacerlo. Varias veces empezaron a construir una ciudad, pero siempre acababan huyendo de todas partes por desgracias o malos augurios. Finalmente, Eneas tuvo un sueño en el que se le decía que su tierra prometida era un lejano país en dirección oeste: Italia, en aquellos días llamada Hesperia (la región del poniente). Él estaba entonces en la isla de Creta y, aunque esa tierra prometida quedaba lejos y supondría un largo viaje por mares desconocidos, agradecieron la seguridad de que algún día tendrían su propia patria, y de inmediato se pusieron en camino. Pero, antes de que llegaran a tal destino, hubo de pasar mucho tiempo en el que ocurrieron todo tipo de cosas; de haberlas sabido, quizá los guerreros no se hubieran mostrado tan bien dispuestos.

Si bien los Argonautas habían navegado hacia el este desde Grecia y la empresa de Eneas se dirigía hacia el oeste desde Creta, los troyanos se toparon con las Harpías tal y como les había ocurrido a Jasón y sus hombres. Los griegos habían sido más valientes —o quizá es que eran mejores espadachines—, porque estuvieron a punto de matar a las horrendas criaturas hasta que intervino Iris; pero a los troyanos consiguieron expulsarlos, y no les quedó más remedio que huir haciéndose a la mar. En la siguiente escala se encontraron, para su sorpresa, a Andrómaca, la esposa de Héctor. Al caer Troya, ella fue entregada a Neoptólemo, en ocasiones llamado Pirro, el hijo de Aquiles que había matado al viejo Príamo en el altar; este la abandonó enseguida por la hija de Helena, Hermíone, pero no

vivió mucho después de la boda, y Andrómaca terminó casandose con el profeta troyano Héleno. Ahora, ambos gobernaban el país y, por supuesto, se mostraron encantados de recibir a Eneas y sus hombres. Los acogieron con la mayor hospitalidad y, antes de despedirse de ellos, Héleno les dio un consejo útil sobre el viaje: no debían atracar en la costa más cercana a Italia, la costa este, porque estaba llena de griegos. El hogar que les estaba reservado se encontraba en la costa occidental, en algún lugar por el norte, pero bajo ningún concepto debían tomar el camino más corto, el paso entre Sicilia e Italia. En aquellas aguas estaba el estrecho más peligroso, el que custodiaban Escila y Caribdis, que los Argonautas solo habían conseguido pasar con la ayuda de Tetis, y en el que Ulises había perdido a seis de sus hombres. No está claro cómo, partiendo de Asia y en dirección a Grecia, habían llegado los Argonautas a la costa oeste de Italia, ni tampoco cómo lo hizo Ulises; pero, en cualquier caso, Héleno no tenía la menor duda de dónde se encontraba aquel estrecho. Le dio a Eneas instrucciones detalladas para que los marineros evitaran esos dos azotes: debían dar un gran rodeo hacia el sur alrededor de Sicilia y llegar a Italia, alejándose del norte, del torbellino del implacable Caribdis y de la negra caverna en la que Escila se tragaba barcos enteros.

Cuando los troyanos se hubieron despedido de sus amables anfitriones y rodeado con éxito el extremo oriental de Italia, siguieron navegando hacia el suroeste alrededor de Sicilia, confiando en su profético guía. Pero por lo visto, a pesar de sus extraños poderes, Héleno ignoraba que Sicilia —la parte sur, al menos— estaba entonces ocupada por los Cíclopes, y no advirtió a los troyanos para que no desembarcaran allí. Los de Eneas arribaron a la isla tras la puesta de sol y acamparon en la orilla sin miedo alguno. Seguramente, los Cíclopes les hubieran capturado y devorado, de no ser porque, antes de que los mons-

truos se despertaran a la mañana siguiente, un pobre desgraciado llegó corriendo hasta donde dormía Eneas. Se arrojó a sus rodillas —aunque su lastimoso aspecto ya era una súplica en sí mismo: pálido, medio muerto de inanición, vestido con harapos sujetos por espinas, escuálido e hirsuto— y dijo ser uno de los marineros de Ulises, a quien habían dejado atrás por accidente en la cueva de Polifemo y desde entonces había vivido en los bosques, de lo que encontrara por ahí, siempre en tensión por miedo a que uno de los Cíclopes se topara con él. Había cien, dijo, todos tan enormes y temibles como Polifemo.

—Huyan —les urgió—. Recojan sus cosas y váyanse a toda velocidad. Rompan las sogas que sujetan los botes a la orilla.

Ellos obedecieron, cortando las cuerdas a toda prisa y con el menor ruido posible. Pero apenas habían entrado en el mar cuando apareció el gigante ciego, avanzando lentamente hacia la orilla para limpiarse la cavidad donde antes estaba su ojo, que todavía sangraba. Desde allí oyó el chapoteo de los remos y echó a correr en dirección del sonido. Pero los troyanos ya llevaban suficiente ventaja: antes de que pudiera alcanzarlos, el agua ya cubría hasta su imponente altura.

Apenas habían escapado a este peligro, cuando fueron a dar con otro no menos terrible. Al rodear Sicilia, les golpeó una tormenta como nunca se había visto: las olas eran tan altas que las crestas tocaban las estrellas, y los abismos entre ola y ola eran tan profundos que podía verse el fondo del océano. Estaba claro que no se trataba de una tormenta como todas… y, efectivamente, Juno se encontraba detrás.

Era obvio que la diosa odiaba a los troyanos (no había olvidado el juicio de Paris y había sido la más amarga de sus enemigas durante la guerra), pero más a Eneas que a ninguno. Además, sabía que Roma, que iba a ser fundada por hombres de

sangre troyana, si bien generaciones después de Eneas, estaba destinada por las Parcas a conquistar algún día Cartago, su ciudad favorita. No se sabe si realmente pensaba que podía ir contra los decretos de las Parcas —lo que le estaba vedado hasta al mismísimo Júpiter—, pero hizo todo lo posible por ahogar a Eneas. Acudió a Éolo, el rey de los vientos, que había estado del lado de Ulises, y le pidió que hundiera el barco troyano prometiéndole a cambio la más bella de las ninfas. El resultado fue aquella magnífica tormenta, que sin duda hubiera tenido todo el efecto que la diosa deseaba, de no haber sido por Neptuno. Como hermano de Juno, este estaba al tanto de sus andanzas y no le sentaba nada bien que interfiriera en sus mares. Pero era tan cauto al tratar con ella como Júpiter: no le dijo nada, sino que se limitó a enviarle una dura reprimenda a Éolo. Entonces él calmó el mar e hizo lo posible por que los troyanos llegaran a tierra, a la costa norte de África, adonde habían ido a parar sus barcos desde Sicilia. Justamente, el lugar en el que habían desembarcado se encontraba bastante cerca de Cartago y Juno empezó a buscar la forma de que esa escala se convirtiera en una desventaja para ellos y una ventaja para los cartagineses.

Cartago había sido fundada por una mujer llamada Dido, que aún la gobernaba y la estaba convirtiendo en una ciudad inmensa y magnífica; era una mujer bella, pero viuda. Como Eneas había perdido a su mujer la noche en que salió de Troya, Juno maquinó que los dos se enamoraran para que el héroe se olvidara un poco de Italia y quisiera irse a vivir con Dido. Hubiera sido un buen plan de no haber mediado Venus. Esta sospechaba lo que rondaba por la mente de Juno, y estaba decidida a impedirlo. Tenía su propio plan: no le parecía mal que Dido se enamorara de Eneas, pues así no sufriría daño alguno en Cartago, mientras el único sentimiento que él tuviera hacia Dido fuera el de dejarse querer, pero sin perder el deseo de volver

a Italia llegado el momento. Así las cosas, subió al Olimpo para hablar con Júpiter y ante él, con los hermosos ojos arrasados en lágrimas, expuso sus agravios: su querido hijo Eneas estaba prácticamente en la ruina, dijo, y él, rey de los mortales y de los inmortales, le había jurado que el troyano sería el ancestro de la raza que algún día gobernaría el mundo. Júpiter se rio, le secó las lágrimas a besos, y le aseguró que lo que él había prometido seguramente ocurriría. Los descendientes de Eneas serían los romanos, a quienes las Parcas habían augurado un imperio sin límites ni fin.

Venus se marchó reconfortada, pero, para asegurarse de que las cosas salieran bien, buscó la ayuda de su hijo Cupido. Aunque era de esperar que Dido impresionara a Eneas, no estaba tan claro que el sentimiento fuera recíproco: la viuda era reconocida por su indiferencia. Todos los reyes de los alrededores habían intentado sin éxito casarse con ella. De ahí que Venus consiguiera de Cupido la promesa de prender el corazón de Dido con el fuego del amor en cuanto esta posara su mirada sobre Eneas. Solo faltaba conseguir que los caminos de ambos se cruzaran, lo que para Venus no tenía mayor complicación.

A la mañana siguiente de su llegada, Eneas y su amigo, el fiel Acates, dejaron a sus pobres compañeros en lo que quedaba del barco naufragado para averiguar a qué parte del mundo habían ido a parar. El héroe les dirigió unas palabras de ánimo antes de partir.

Compañeros, ni vosotros ni yo somos extraños al sufrimiento.
Males aun peores hemos conocido. También este acabará.
Hagamos volver el coraje.
Alejemos el miedo sombrío. Quizá algún día el recordar
este peligro nos hará sonreír...

Cuando los dos héroes empezaron a explorar el extraño país, se les apareció Venus, disfrazada de cazadora. Les explicó dónde se encontraban y les aconsejó que se fueran directamente a Cartago, donde seguramente su reina les ayudaría. Muy tranquilizados, tomaron el camino que Venus les señaló, protegidos sin saberlo por la espesa niebla en la que les envolvió la diosa. Así llegaron a la ciudad sin incidentes y pudieron andar por calles abarrotadas sin ser vistos. Se pararon ante un gran templo, preguntándose cómo podrían llegar hasta la reina, pero lo que vieron allí les dio grandes esperanzas: en el espléndido edificio encontraron, esculpidas sobre las paredes, las batallas de Troya en las que ellos mismos habían participado. Reconocieron a sus enemigos y a sus amigos: los hijos de Atreo, el viejo Príamo tendiendo la mano a Aquiles, el fallecido Héctor…

—Es alentador —dijo Eneas— ver que aquí también se llora, y que sus corazones se conmueven por el destino de los mortales.

En ese momento se acercó Dido, bella como la mismísima Diana, rodeada de un gran séquito de asistentes. La niebla alrededor de Eneas se disipó de inmediato y apareció radiante como Apolo. Cuando se identificó, la reina lo saludó con la mayor de las cortesías y les dio la bienvenida en su ciudad a él y a sus acompañantes. Conocía bien los sentimientos de los hombres desolados y sin hogar, pues ella misma había llegado a África con unos pocos amigos huyendo de un hermano que quería asesinarla.

—No soy ajena al sufrimiento; he aprendido a ayudar a los desafortunados —dijo.

Aquella noche, celebró un espléndido banquete en honor de los extranjeros, en el que Eneas le contó su historia; primero la caída de Troya y luego su largo viaje. Habló de forma admirable

y elocuente, y quizá Dido hubiera sucumbido a tal heroísmo y tan bello lenguaje aun sin la ayuda de dios alguno, pero lo había: Cupido estaba allí y ella no podía resistirse.

Durante un tiempo, la reina fue feliz. Eneas parecía adorarla, y ella le colmaba de regalos. Le dio a entender que su ciudad era tan suya como de ella: él, un pobre náufrago, merecía los mismos honores que la reina. Hizo que los cartagineses lo consideraran su otro gobernante, e incluso sus hombres recibían un trato de favor. Dido no parecía cansarse nunca de hacer cosas por ellas: solo quería dar, y a cambio no pedía sino el amor de Eneas. Él, por su parte, recibía encantado tanta generosidad: vivía cómodamente con una bella mujer y poderosa reina que lo amaba, cubría todas sus necesidades, le organizaba cacerías para su diversión y no solo le permitía, sino que le rogaba, que le contara una y otra vez el relato de sus aventuras.

No es de extrañar que la idea de hacerse a la mar en busca de una tierra desconocida le pareciera cada vez menos atractiva. Juno estaba muy satisfecha con el cariz que estaba tomando el asunto, y ciertamente Venus tampoco estaba muy preocupada; entendía a Júpiter mejor que su esposa. Estaba segura de que él haría que Eneas se marchara finalmente a Italia sin que este breve interludio con Dido perjudicara en nada a su hijo. Y no le faltaba razón: cuando lo provocaban, Júpiter podía resultar bastante efectivo. Envió a Mercurio a Cartago con un mensaje para Eneas; el dios encontró al héroe paseando, admirablemente vestido con una soberbia espada tachonada de jaspe a un lado y un bello manto de púrpura cosida con hilos de oro sobre los hombros (ambos regalos de Dido, por supuesto; el último, además, hecho por ella misma). Pero el elegante caballero despertó de su estado de indolente satisfacción al oír estas duras palabras:

—¿Cuánto tiempo vas a perder aquí, en esta lujosa ociosidad? —le preguntó una voz severa.

Eneas se volvió, y reconoció a Mercurio detrás de él, sin ocultar su forma divina.

—El gobernante del cielo mismo me ha enviado a ti —continuó el dios—. Te ordena que partas y encuentres el reino al que estás destinado.

Y, dicho esto, se desvaneció en una espiral de niebla que se disipó en el aire, dejando a Eneas asombrado, muy inquieto, y decidido a obedecer; pero, sobre todo, terriblemente consciente de lo difícil que iba a ser todo con Dido.

Entonces reunió a sus hombres y les ordenó que formaran la flota y prepararan el barco para partir de inmediato, pero que lo hicieran en secreto. Aun así, Dido se enteró y envió a buscarlo. Al principio, fue todo dulzura con él: no podía creerse que quisiera dejarla.

—¿Es de mí de quien huyes? —preguntó—. Deja que te suplique con mis lágrimas, con la mano que te entregué… Si he merecido tu bondad, si algo de mí te ha sido agradable…

Eneas le respondió que no podía negar cuánto había hecho ella, y que nunca la olvidaría. Pero ella tenía que recordar que no era su marido, y que era libre de dejarla cuando quisiera. Júpiter le había ordenado que partiera y él debía obedecer.

—Cesa en tus lamentos —le rogó—, solo nos turban a ambos.

Entonces, ella le habló con franqueza, recordándole cómo había llegado a ella náufrago, muerto de hambre, indigente; y cómo ella se le había entregado, a sí y su reino. Pero nada pudo la pasión de la reina contra la completa imperturbabilidad del héroe. En plena súplica, se le rompió la voz y huyó de él, escondiéndose donde nadie pudiera verla.

Los troyanos partieron esa misma noche. Era una decisión sabia: una palabra de la reina y les hubiera sido imposible zarpar. Desde la cubierta del barco, Eneas volvió la vista a los muros de Cartago, y los vio iluminados bajo el fulgor de un gran incendio. Mientras observaba el fragor de las llamas, que luego se consumían, se preguntó cuál sería la causa.

Sin saberlo, estaba contemplando el resplandor de la pira funeral de Dido. Al ver que su héroe se había ido, la reina se había suicidado.

Parte II. El descenso al inframundo

El viaje desde Cartago hasta la costa occidental de Italia fue fácil en comparación con todo lo que había ocurrido antes. Sin embargo, hubo que lamentar una gran pérdida, la del leal timonel Palinuro, que se ahogó cuando sus aventuras marinas casi tocaban a su fin.

Eneas sabía, por el profeta Héleno, que en cuanto llegaran a tierras italianas debían buscar la cueva de la sibila de Cumas, una mujer de gran sabiduría capaz de predecir el futuro y de aconsejarle qué hacer después. Y así fue: la encontró, y ella se comprometió a guiarle hasta el inframundo, donde todo lo que necesitaba saber se lo diría su padre Anquises, que había muerto justo antes de la gran tormenta. Pero le advirtió de que no sería una tarea fácil:

Troyano, hijo de Anquises, el descenso al Averno es fácil.

Pues día y noche están abiertas las puertas del oscuro Hades.

Pero desandar el camino, y respirar de nuevo el dulce aire del cielo,

esa es la tarea difícil.

Pero, si él estaba decidido, ella lo acompañaría. Antes de nada, debía encontrar una rama dorada que creciera de un árbol

en el bosque, para llevarla consigo. Solo con ella en la mano podría entrar en Hades. Eneas empezó la búsqueda de inmediato, acompañado por el siempre fiel Acates. Se dirigieron, sin mucha esperanza, hacia un enorme bosque, donde no les parecía posible hallar nada. Pero de repente divisaron dos palomas, los pájaros de Venus, y siguieron su vuelo hasta las cercanías del lago Averno, una oscura masa de agua que desprendía un olor pestilente; allí, según le había contado la sibila a Eneas, se encontraba la caverna desde la cual se emprendía el descenso al inframundo. Las palomas planearon hasta un árbol en el que se veía brillar algo amarillo: la rama dorada. Eneas la arrancó con júbilo y se la llevó a la sibila. Luego, profetisa y héroe juntos, iniciaron su viaje.

Otros héroes habían bajado al inframundo antes que Eneas sin encontrarlo especialmente aterrador. La muchedumbre de fantasmas había conseguido atemorizar a Ulises, pero ni Teseo, ni Hércules, ni Orfeo ni Pólux habían encontrado grandes dificultades en el camino. Hasta la tímida Psique había bajado por allí solo para obtener el don de la belleza de Proserpina que Venus le había encargado, y lo peor que había encontrado había sido el perro de tres cabezas, Cerbero, al que había apaciguado con un dulce.

El héroe romano, sin embargo, se fue encontrando con un horror tras otro. Además, los preparativos de la sibila parecían pensados para asustar al más atrevido. En plena noche, frente a la oscura caverna, a la orilla de aquel sombrío lago, ella mató cuatro bueyes negros como el carbón en honor de Hécate, la terrible diosa de la noche. Cuando colocó las ofrendas sobre el altar en llamas, la tierra empezó a retumbar y a estremecerse bajo sus pies y se oyó a lo lejos el aullido de los perros entre las tinieblas. La sibila gritó: «¡Ármate ahora de valor!», y se preci-

pitó a la cueva; Eneas la siguió, impertérrito. Pronto se encontraron en un camino envuelto en sombras, que aun así les permitía intuir temibles siluetas a ambos lados: la pálida Enfermedad y la Inquietud vengadora, el Hambre que lleva a delinquir, y apariciones terroríficas como la mortífera Guerra y la loca Discordia, de cabello enmarañado y manchado de sangre, entre otros muchos azotes de la humanidad. La pareja cruzó las filas sin que nadie les molestara y finalmente llegó a un tramo de agua sobre el que un anciano remaba en un bote. La escena era en verdad lastimera: los espíritus en la orilla, innumerables como las hojas que caen en el bosque con los primeros fríos del invierno, alargando los brazos mientras rogaban al barquero que les cruzara hasta la otra orilla. Pero era el lúgubre anciano quien los elegía, admitiendo a algunos en su esquife y apartando a los demás.

Mientras Eneas contemplaba la escena, la sibila le informó de que habían llegado al punto de unión de los dos grandes ríos del inframundo: el Cócito, que significa río de las lamentaciones, y el Aqueronte. El barquero se llamaba Caronte y aquellos no admitidos en su barca eran los desafortunados a los que nadie había enterrado correctamente, y quedaban condenados a vagar sin rumbo durante cien años, sin hallar nunca reposo.

Por un momento, pareció que Caronte iba a rechazar a Eneas y a la sibila cuando llegaron a su barca, porque les ordenó que se detuvieran, diciendo que solo llevaba a los muertos, no a los vivos. Pero, en cuanto vio la rama dorada, cedió y los invitó a embarcar. En la otra orilla les esperaba el Can Cerbero para negarles la entrada, pero siguieron el ejemplo de Psique: la sibila también había traído un dulce para que no les diera problemas. Entonces llegaron al solemne lugar en el que Minos, el hijo de Europa, el inflexible juez de los muertos, dictaba sen-

tencia a las almas que se presentaban ante él. Rápidamente abandonaron aquel lugar inexorable y se encontraron en los Campos del Duelo, donde moran los amantes infelices, a los que la tristeza llevó a suicidarse. En tan triste y bello lugar, bajo una arboleda de mirtos, Eneas divisó a Dido, a quien saludó entre lágrimas.

—¿Fui yo la causa de tu muerte? —le preguntó—. Juro que te dejé en contra de mi voluntad.

Ella ni le miró ni le contestó: una pieza de mármol no podría haber permanecido más inmóvil. Sin embargo, él quedó bastante agitado, y continuó llorando aun después de haberla perdido de vista.

Y por fin llegaron a una bifurcación en el camino. Del ramal izquierdo llegaban unos ruidos horribles, con lamentos, violentos golpes y el resonar metálico de las cadenas. Eneas se detuvo aterrado, pero la sibila le dijo que no tuviera miedo, que atara bien la rama dorada en la pared que estaba frente al cruce. Le explicó que las regiones de la izquierda estaban gobernadas por el severo Radamantis, también hijo de Europa, que castigaba a los malvados, pero el camino de la derecha llevaba a los Campos Elíseos, donde encontrarían al padre de Eneas.

Al llegar allí, comprobaron que se trataba de un lugar precioso: praderas verdes, bosques cantarines, un aire deliciosamente vivificante, un sol que proyectaba una suave luz rosada… era una morada de paz y bendición. Allí vivían las almas de los grandes hombres: héroes, poetas, sacerdotes y todos aquellos a quienes la humanidad recordaba porque habían sido buenos con los demás. No tardó Eneas en ver a Anquises entre ellos, y fue a saludarle con incrédula alegría. Padre e hijo derramaron lágrimas de júbilo ante tan extraño encuentro entre un muerto

y un vivo, unidos por un amor tan poderoso como para que el vivo bajara al inframundo.

Obviamente, tenían mucho que contarse. Anquises llevó a Eneas a las orillas del Leteo, el río del olvido, del que debían beber todas las almas que querían volver a vivir en el mundo exterior.

—Un trago de largo olvido —le dijo.

Y le mostró a quienes iban a ser sus descendientes, que estaban esperando junto al río a que les llegara el momento de beber y perder la memoria de las aventuras y sufrimientos de sus vidas anteriores. Componían un grupo maravilloso: los futuros romanos, los amos del mundo. Anquises los nombró uno por uno, y relató las hazañas que llevarían a cabo, unas gestas cuya grandeza quedaría para siempre en la historia. Al final, le reveló a su hijo la manera de evitar y resistir todos los contratiempos que le aguardaban.

Entonces se despidieron, pero sin sufrir, pues sabían que su separación era solo temporal. Eneas y la sibila subieron de nuevo a la tierra y el héroe regresó a su barco. Al día siguiente, los troyanos partieron rumbo a la costa de Italia, en busca de la tierra prometida.

Parte III. La guerra en Italia

Terribles peligros acechaban al grupito de aventureros y, como siempre, Juno estaba detrás de todo. Ella hizo que los dos pueblos más poderosos del país, los latinos y los rútulos, se negaran en redondo a que los troyanos se instalaran allí, aunque no hubieran puesto objeción alguna de no haber mediado la diosa. Uno de los latinos más ancianos y venerables, bisnieto de Saturno y rey de la ciudad de Lacio, había recibido la visita del espíritu de su padre, Fauno, advirtiéndole de que su única hija, Lavinia, no debía casarse con un compatriota, sino con un ex-

tranjero que iba a llegar dentro de poco; de esa unión nacería una raza destinada a dominar el mundo. Por tanto, cuando llegó una embajada de Eneas pidiendo que les dejaran algún lugar donde acampar, Latino los recibió amablemente. Estaba convencido de que Eneas era el yerno predicho por su padre, y prometió a los mensajeros que, mientras él viviera, nunca les faltaría un amigo. También les pidió que transmitieran a Eneas el siguiente mensaje: tenía una hija a la que el cielo le había prohibido casar con nadie que no fuera extranjero, y creía que el capitán troyano era el hombre indicado.

Pero aquí fue donde intervino Juno, que hizo subir a una de las Furias, Alecto, desde el mismo Hades, y le ordenó que desencadenara una guerra en el país. Alecto obedeció con mucho gusto: primero enardeció el corazón de la reina Amata, esposa de Latino, para que se opusiera radicalmente al matrimonio entre Eneas y su hija. Luego se fue volando a ver a Turno, el rey de los rútulos, que hasta entonces había sido el pretendiente favorito, entre muchos, de la mano de Lavinia. Respecto a él la visita no era estrictamente necesaria, ya que la mera idea de que Lavinia se casara con otro lo ponía furioso; en cuanto se enteró de que una embajada troyana se dirigía al rey, Turno partió con su ejército hacia Lacio para evitar por la fuerza cualquier acuerdo entre los latinos y los extranjeros.

En su tercera iniciativa, Alecto fue más ingeniosa. Vivía en el país un granjero que tenía un venado por mascota; era un animal precioso, tan manso que le dejaban correr libremente por el día y aun así regresaba cada noche a la puerta de su hogar. La hija del granjero lo cuidaba con cariño: le cepillaba el pelaje y le engalanaba los cuernos con guirnaldas. Todos los vecinos conocían y protegían al precioso animal, y hubieran castigado severamente a cualquiera que le hiciera daño, aunque fuera un

conocido. Pero el que lo hiciera un extranjero era sencillamente una provocación a todos los granjeros. Y eso fue precisamente lo que hizo Ascanio, el joven hijo de Eneas, por indicación de la furia: estando el chico de caza, Alecto le llevó adonde se encontraba el venado descansando. El joven disparó, hiriendo fatalmente a la criatura, que aun así consiguió huir y llegar a casa, muriendo ante la atónita mirada de su ama. Alecto se ocupó de que la voz se corriera enseguida, y granjeros y troyanos se enzarzaron en una cruel batalla, los primeros tratando de matar a Ascanio y los segundos defendiéndolo.

La noticia llegó a Lacio casi a la vez que Turno. Para el rey de los latinos, el que su pueblo estuviera ya en armas y los rútulos hubieran acampado ante sus puertas era ya demasiado, así que, espoleado por la indignación de su esposa, tomó la decisión de encerrarse en su palacio y dejar que los hechos siguieran su curso. Si Lavinia iba a ser el premio de quien ganara la batalla, Eneas no debía contar con ninguna ayuda por parte de su futuro suegro.

Según la tradición, cuando se declaraba una guerra, el rey debía abrir las dos puertas del templo del dios Jano, que se mantenían cerradas en tiempos de paz. Pero Latino, encerrado en su palacio, no estaba dispuesto a cumplir el sagrado rito. Mientras los ciudadanos dudaban qué hacer, la propia Juno bajó del cielo, golpeó las cerraduras y las puertas quedaron abiertas de par en par. La ciudad se llenó de alegría: la alegría de presentar batalla, de ponerse las brillantes armaduras y montar unos caballos fogosos, alegría de combatir enfrentándose a la muerte.

Contra los troyanos había ahora un formidable ejército, los latinos y rútulos unidos. Su líder, Turno, era un guerrero valiente y diestro; contaba con la ayuda de Mecencio, que era un

excelente soldado, pero tan brutal que sus súbditos, el gran pueblo etrusco, se habían rebelado contra él y había tenido que huir con Turno. También tenían de su parte a la doncella Camila, a quien su padre había criado en un lugar remoto y salvaje; la niña era capaz de abatir con una honda grullas y cisnes cuando aún era un bebé al que le pesaban más los pies que a las aves las alas. Dominaba las artes de la guerra, y nadie la ganaba con la jabalina, el hacha de doble filo ni el arco. Desdeñaba el matrimonio, y amaba la caza, la batalla y su libertad. Entre los guerreros que la seguían, había un buen número de doncellas.

En tan peligrosa situación para los troyanos, Eneas recibió en sueños la visita del venerable Tíber, el dios del gran río cerca del cual habían acampado, ordenándole que se dirigiera corriente arriba, a la tierra de Evandro. Esta era entonces una ciudad pequeña y pobre, pero estaba destinada a convertirse, con el correr de los años, en el orgullo del mundo: de ella se elevarían las torres de Roma hasta casi tocar el cielo. Allí, le prometió el dios-río, Eneas conseguiría la ayuda que necesitaba. Al amanecer, el héroe zarpó con unos pocos elegidos, y por primera vez un barco lleno de hombres armados surcó el Tíber.

Al llegar, recibieron la efusiva bienvenida del rey Evandro y de su hijo, el joven Palante que, mientras les conducían al tosco edificio que les servía de palacio, les fueron enseñando la ciudad. Vieron la gran roca Tarpeya, junto a una colina consagrada a Júpiter, cubierta de zarzas, la misma donde más adelante se asentaría el dorado y resplandeciente Capitolio y, al fondo, una pradera repleta de rumiante ganado, que pasaría a ser el foro romano, punto de reunión del mundo.

—Aquí antes vivían los faunos y las ninfas —les explicó el rey—, junto con una violenta raza de hombres. Pero llegó Saturno, un exiliado sin hogar que huía de su propio hijo, Júpi-

ter, y todo cambió. Los hombres renunciaron a sus costumbres rudas y anárquicas. Saturno gobernó con tanta justicia y paz que desde entonces su reino se conoce como «la edad de oro». Pero luego empezaron a subvertirse los valores, y la avaricia y la locura ganaron la partida a la paz y la justicia. Los tiranos gobernaron la cuidad hasta que el destino me trajo aquí, exiliado de mi querido hogar en Arcadia.

Para cuando el anciano terminó su historia, habían llegado a una simple choza, que era su hogar, y Eneas pasó la noche en un lecho de hojas cubriéndose con la piel de un oso, hasta que el canto de los pájaros y la luz le despertaron con el nuevo día. Todos se levantaron y siguieron el rey, que caminaba en cabeza con dos grandes perros a su lado, su único séquito y guardaespaldas.

Tras desayunar, Evandro le dio a Eneas el consejo que este había ido a buscar. Arcadia —había llamado a su nuevo país igual que al antiguo— era un estado débil, dijo, y podía hacer bien poco por ayudar a los troyanos. Pero en la orilla más alejada del río vivían los ricos y poderosos etruscos, cuyo rey fugitivo, Mecencio, estaba ayudando a Turno. Con esto bastaba para que la nación tomara partido por Eneas en la guerra, tan intenso era el odio que sentían hacia su antiguo gobernante. Mecencio se había mostrado como un monstruo de crueldad, se deleitaba infligiendo sufrimiento, y había inventado la forma de matar más horrible que jamás concibiera hombre alguno. Unía a un muerto y a un vivo, emparejándolos mano a mano y cara a cara, y dejaba que el lento veneno de ese nauseabundo abrazo provocara la lenta muerte del que aún vivía. Toda Etruria se había levantado finalmente contra él, pero había conseguido escapar. Estaban decididos, sin embargo, a hacerle volver y castigarle como merecía. Eneas encontraría en ellos voluntariosos y

fuertes aliados. Él mismo, dijo el anciano rey, enviaría a Palante, que era su único hijo, para que entrara en la guerra al servicio del héroe troyano, y con él un grupo de jóvenes, la flor de la caballería arcadia. También entregó a cada uno de sus invitados un noble corcel que les permitiría llegar rápidamente hasta los cuarteles del ejército etrusco y recabar su ayuda.

Mientras tanto el campamento troyano, fortificado solo con taludes de tierra y privado de su líder y sus mejores guerreros, sufría durísimas presiones. Turno lo atacaba sin darles tregua. Durante el primer día, los troyanos se defendieron con éxito, siguiendo las estrictas órdenes que les había dado Eneas en el momento de su partida de no iniciar ellos el ataque. Pero quienes los asediaban eran mucho más numerosos; la situación parecía desesperada a menos que pudieran enviarle un mensaje a Eneas contándole lo que sucedía, y esto no parecía fácil con los rútulos rodeando por completo su campamento. Sin embargo, en el grupito de troyanos había dos hombres dispuestos a no sopesar los pros y los contras de la misión: el peligro que entrañaba era suficiente razón para que ellos la emprendieran. Así, decidieron que intentarían cruzar el sitio enemigo, al abrigo de la oscuridad de la noche, y llegar hasta Eneas. Se llamaban Niso y Euríalo; el primero era un soldado de gran valor y experiencia, y el otro solo un joven imberbe, pero igualmente valiente e imbuido de generoso ardor por las hazañas heroicas. Ambos tenían por costumbre luchar siempre juntos: donde estuviera uno, de guardia o en el campo, allí se encontraba también al otro. Niso fue el primero en concebir la gran idea; estaba mirando al enemigo desde los terraplenes y se fijó en que las luces eran tenues y escasas, y se hacía un profundo silencio cuando los hombres se iban a dormir. Le contó su plan a su amigo, pero no con la intención de que le acompañara. Cuando el muchacho dijo que nunca se quedaría atrás, y que despreciaba la vida

si podía perderla en tan gloriosa misión, Niso solo pudo sentir pena y consternación.

—Deja que vaya solo —le rogó—. Si por casualidad ocurriera algo, y en una aventura como esta hay grandes probabilidades de que así sea, tú estarás aquí para rescatarme y organizar los ritos funerarios.

—Hablas en vano —le contestó Euríalo—: partamos sin más demora.

Niso vio que le sería imposible convencerle y, muy a disgusto, cedió. Los dos amigos encontraron a los líderes troyanos celebrando una asamblea, y les expusieron su plan, que fue aceptado de inmediato. Con lágrimas en los ojos y la voz rota de emoción, los príncipes troyanos les prometieron ricas recompensas.

—Yo solo quiero una cosa —dijo Euríalo—. Mi madre está aquí, en el campamento. No quiso quedarse en la retaguardia con las demás mujeres, sino que me siguió. No me tiene más que a mí en el mundo. Si yo muero…

—Será mi madre —le interrumpió Ascanio—. Ocupará el lugar de la madre que perdí aquella última noche en Troya. Te lo juro. Y lleva esto contigo: es mi propia espada y no te fallará.

Entonces los dos partieron, cruzando el campo enemigo a través de la trinchera. A su alrededor solo se veían hombres dormidos.

—Abriré el paso —susurró Niso—. Quédate vigilando.

Entonces, empezó a matar a un hombre tras otro, con tal destreza que ni uno solo pronunció un solo sonido al morir. Ni un gemido dio la alarma. Euríalo pronto se unió a él en la sanguinaria tarea y, cuando llegaron al final del campamento, lo

habían despejado como si lo atravesara una gran carretera, ocupada solo por hombres muertos.

Pero cometieron el error de entretenerse. La luz del día se acercaba; desde una tropa de caballos que llegaban de Lacio alguien avistó el brillante casco de Euríalo y le dio el alto. Cuando vieron que se internaba en el bosque sin contestar, supieron que era un enemigo y rodearon los árboles. Con las prisas, los dos amigos se separaron y Euríalo se equivocó de senda. Niso, loco de angusta, retrocedió para buscarlo y, desde un escondite, lo vio en manos de las tropas. ¿Cómo podía rescatarlo? Estaba completamente solo. La empresa era imposible, y sin embargo prefería intentarlo y morir que abandonar a su amigo. Así que luchó contra ellos, un hombre contra una compañía entera, y con su lanza veloz fue fulminando un guerrero tras otro.

El líder, sin saber de qué parte venía el ataque, se volvió hacia Euríalo gritando.

—¡Pagarás por esto!

Pero antes de que pudiera abatir la espada, llegó Niso ante él.

—Mátame a mí, a mí —gritó—. Yo lo he hecho todo: él solo me estaba siguiendo.

Aún tenía estas palabras en los labios, cuando ya la espada atravesaba el pecho del muchacho. Mientras Euríalo caía, Niso degolló al hombre que lo había matado, al tiempo que las flechas de los demás se clavaban en su cuerpo y le hacían caer también muerto, al lado de su amigo.

El resto de las aventuras de los troyanos suceden en el campo de batalla. Eneas regresó con un gran ejército de etruscos, pudo aún salvar el campamento y desató una furiosa contienda. A partir de ahí, la historia se convierte en poco más que un relato de cómo los hombres se matan unos a otros. Batalla tras batalla, todas similares. Innumerables héroes resultan muertos,

ríos de sangre empapan la tierra, los cuellos de latón de las trompetas resuenan, flechas como torrentes vuelan desde arcos tensados, cascos de fieros corceles goteando sangre pisotean los cadáveres. Mucho antes del final, los horrores han dejado de horrorizar. Caen todos los enemigos de Troya, por supuesto. Camila muere tras hacerles saber a todos quién es ella, y el malvado Mecencio recibe su merecido, pero no sin que antes caiga su hijo, un valiente joven que lo estaba defendiendo. En el bando de los buenos también hay bajas, entre ellas la de Palante, el hijo de Evandro.

Finalmente, Turno y Eneas se encuentran en un combate frente a frente. Para entonces, Eneas, que en la primera parte de la historia parecía tan mortal como Héctor o Aquiles, se ha convertido en algo extraño y portentoso; ya no es un ser humano. El que en tiempos sacara lealmente a su padre de una Troya en llamas, animando a su joven hijo a correr junto a él; el que al llegar a Cartago sintió lo que significaba la compasión, en un lugar donde «se llora por las cosas»; el mismo Eneas, tan humano que se pavoneaba por el palacio de Dido con sus bellas ropas, en los campos de batalla latinos ya no es un hombre, sino un prodigio digno de temerse. Es «vasto como el monte Atos, vasto como el padre Apenino cuando sacude sus poderosos robles y alza sus cumbres nevadas hasta el cielo»; como «Egeón que tenía cien brazos y cien manos y disparaba fuego por cincuenta bocas, lanzando rayos sobre cincuenta escudos impenetrables y desenvainando cincuenta afiladas espadas, así Eneas proyectó su furia victoriosa sobre el campo entero». Cuando se enfrenta a Turno, ya se sabe cómo va a acabar. Es tan inútil que Turno luche contra Eneas como si lo hiciera contra un trueno o un temblor de tierra.

El poema de Virgilio termina con la muerte de Turno. Eneas, se nos da a entender, se casa con Lavinia y funda la raza romana, que, según el poeta, «legaron a las demás naciones cosas tales como la ciencia o el arte, e incluso recordaron que estaban destinados a someter bajo su mando a los pueblos de la tierra en rendida sumisión, y a ayudar a los humildes aplastando a los orgullosos».

Quinta parte
LAS GRANDES FAMILIAS DE LA MITOLOGÍA

I

La casa de Atreo

Si la historia de Atreo y sus descendientes resulta importante para la mitología, es porque el poeta trágico del siglo v *Esquilo la tomó como tema de su drama más importante, la* Orestíada*, que se compone de tres obras:* Agamenón*,* Las coéforas *y* Las Euménides*. Esta obra no tiene rival en la tragedia griega, exceptuando las cuatro tragedias de Sófocles sobre Edipo y sus hijos. Píndaro, a principios del siglo* v *, refiere la fiesta que Tántalo celebra para los dioses y pone en duda su veracidad. El suplicio de Tántalo se describe con frecuencia, a partir de la* Odisea*, de donde lo he tomado. La historia de Anfión y la de Níobe las he sacado de Ovidio, que es el único que las cuenta íntegras. Para la victoria de la carrera de carros de Pélope he preferido a Apolodoro, de los siglos* i *o* ii *d. C., que es quien firma el relato completo que ha llegado hasta nosotros. La historia de los crímenes de Atreo y Tiestes y todo lo que les sigue está tomado de la* Orestíada *de Esquilo.*

La dinastía de los Atridas, o de Atreo, es una de las más famosas de la mitología. Agamenón, que dirigió a los griegos contra Troya, pertenecía a ella, y todos sus familiares más cercanos —su esposa Clitemnestra, su hijos Ifigenia, Orestes y Electra— son célebres al igual que él. Su hermano Menelao estaba casado con Helena, la causante de la guerra de Troya.

Era una dinastía marcada. La causa de todas sus desgracias se atribuía a un antepasado, un rey de Lidia llamado Tántalo, que atrajo sobre sí el más terrible castigo por cometer un acto horrible. Pero la cosa no acabó ahí: sus malos actos continuaron tras su muerte en la persona de sus descendientes, que fueron también malvados. Sobre toda la familia parecía pesar una maldición, que los hacía pecar incluso contra su voluntad, y

tanto los culpables como los inocentes conocieron por su causa el sufrimiento y la muerte.

Tántalo y Níobe

Tántalo era hijo de Zeus y los dioses le honraban mucho más que a ninguno de sus otros hijos mortales: le permitían comer en su mesa y probar el néctar y la ambrosía, delicias que nadie excepto los inmortales pueden catar. Y aún más: asistieron a un banquete en su palacio y accedieron a cenar con él. En agradecimiento por tal favor, sin embargo, Tántalo actuó de un modo tan atroz que ningún poeta ha tratado nunca de explicar su conducta: mató a su propio hijo, Pélope, lo coció en un gran caldero y se lo sirvió a los dioses. Al parecer, le embargó un odio arrebatado hacia ellos que le hizo sacrificar a su hijo para mostrarles el horror de ser caníbales. Puede ser también que quisiera mostrarles del modo más espantoso y llamativo posible lo fácil que era engañar a esas divinidades terribles, veneradas y humildemente adoradas. Sentía tanto desprecio hacia los dioses, y una confianza en sí mismo tan desmesurada, que nunca se le ocurrió pensar que los invitados se darían cuenta de qué era la comida que les había ofrecido.

Eso fue una estupidez, pues los del Olimpo se dieron cuenta, y abandonaron el horrible banquete volviéndose en contra del criminal que lo había preparado. Había que darle un castigo tan ejemplar, declararon, que ningún hombre, al saber lo que Tántalo había sufrido, se atreviera de nuevo a insultarles. Así que metieron al culpable en una charca del Hades pero cuando, atormentado por la sed, se inclinaba para beber, no podía llegar al agua; desaparecía, se drenaba al tiempo que Tántalo se agachaba, y volvía a su sitio en cuanto se levantaba de nuevo. Sobre el agua colgaban árboles frutales profusamente cargados de peras, granadas, manzanas lustrosas y dulces higos. Pero cada

vez que extendía la mano para cogerlas, el viento las agitaba y las elevaba, fuera de su alcance. Y así permaneció durante toda la eternidad, la garganta siempre abrasada de sed, el hambre siempre corroyéndolo, y sin poder satisfacerlas. A su hijo Pélope los dioses le devolvieron la vida, pero tuvieron que crear un hombro de marfil para ponérselo; una de las diosas —hay quien dice que Deméter, otros señalan a Tetis— había empezado a comer sin darse cuenta de lo que era el horrible manjar, y cuando se reajustaron las extremidades superiores faltaba un hombro. Parece ser que esta horrible historia se transmitió inicialmente en toda su brutalidad, sin suavizarla, pero a los griegos posteriores no les gustaba y la ponían en cuestión.

El poeta Píndaro la denomina

Un relato adornado con mentiras brillantes que atentan contra la verdad

pues ningún hombre puede llamar caníbales a los dioses venerados.

Por extraño que parezca, el resto de la vida de Pélope resultó feliz; fue el único de los descendientes de Tántalo que no quedó marcado por la desgracia. Conoció también la felicidad en su matrimonio, aunque se enamoró de una peligrosa mujer que había sido la causa de muchas muertes, la princesa Hipodamía. Realmente, la culpa de tanto muerto no era suya, sino de su padre, un rey que tenía un magnífico par de caballos regalo de Ares. Estas bestias eran, lógicamente, superiores a todos los caballos de los mortales y, como el rey no quería que su hija se casara, cada vez que un pretendiente venía a pedir su mano se le decía que antes debía competir con su futuro suegro. Si los caballos del pretendiente ganaban, la princesa sería suya; pero, si ganaba el padre, el pretendiente debía pagar la derrota con su

vida. Así encontraron la muerte una buena cantidad de jóvenes imprudentes.

Pero Pélope, a pesar de todo, se atrevió. Tenía unos caballos de confianza, regalo de Poseidón, y ganó la carrera. Hay otra historia que dice que fue Hipodamía quien le hizo ganar, y no los caballos de Poseidón; quizá se enamorara de Pélope, o quizá sintiera que había llegado el momento de acabar con aquel tipo de carreras. La cuestión es que sobornó al auriga de su padre, un hombre llamado Mírtilo, para que la ayudara, y él retiró los tornillos que sujetaban las ruedas del carro del rey. Así, Pélope no tuvo problema alguno en lograr la victoria. Tiempo después, Pélope asesinó a Mírtilo, y este le maldijo mientras moría, lo que para algunos explica las desgracias que después persiguieron a la familia. Pero la mayoría de los escritores sostienen, y ciertamente con razón, que fue la maldad de Tántalo lo que condenó a sus descendientes.

Ninguno de ellos sufrió peor destino que su hija Níobe. Y, sin embargo, al principio parecía que los dioses la habían elegido para tener buena fortuna al igual que su hermano Pélope. Ella era feliz en su matrimonio; estaba casada con Anfión, hijo de Zeus y músico incomparable. Anfión y su gemelo Zeto se comprometieron una vez a fortificar Tebas, construyendo un elevado muro a su alrededor. Zeto era un hombre de una gran fuerza física, que se reía de su hermano porque este despreciaba los deportes varoniles y sentía devoción por el arte. Sin embargo, cuando tuvieron que enfrentarse a la pesada tarea de reunir piedras suficientes para el muro, el delicado músico superó al atleta: extrajo de su lira unos sonidos tan encantadores que las mismas piedras se movían solas y le siguieron hasta Tebas.

Allí, él y Níobe gobernaban en completa felicidad hasta que se vio que también ella llevaba dentro la loca arrogancia de Tántalo. Tanta era su prosperidad, que se sentía por encima de todo lo que reverencian y temen los mortales corrientes. Ella era rica, noble de familia y poderosa. Le habían nacido siete hijos, valientes y hermosos, y siete hijas, las más bellas de entre las bellas. Se consideraba lo suficientemente fuerte no solo para engañar a los dioses como su padre había intentado hacer, sino para desafiarles abiertamente.

Así que convocó al pueblo de Tebas para que la adorara.

—Quemáis incienso en honor de Leto —les dijo—, pero ¿qué es ella comparada conmigo? Leto solo tuvo dos hijos, Apolo y Artemis. Yo tengo siete veces más y soy reina. Ella era una vagabunda, y no tuvo hogar hasta que, de todos los lugares de la tierra, la diminuta isla de Delos la admitió. Yo soy feliz, fuerte, grande… demasiado grande para que nadie, mortal o inmortal, pueda hacerme daño. Haced vuestros sacrificios para mí en el templo de Leto, que ahora será el mío.

Esta clase de palabras insolentes, pronunciadas con la arrogante consciencia del propio poder, nunca pasaban inadvertidas en el cielo, y nunca quedaban impunes. Apolo y Artemis —el dios arquero y la divina cazadora— descendieron rápidamente hasta Tebas desde el Olimpo, y, disparando a matar, fulminaron a los hijos e hijas de Níobe. La angustia de la reina al verlos morir no se puede expresar con palabras. Junto a aquellos cuerpos, jóvenes y fuertes un instante antes, se hundió inmóvil en una pena pétrea. Muda como una piedra, con su corazón solidificado también en su interior, se quedó inmóvil, y solo las lágrimas corriendo sin parar se movían en ella. Y así se quedó para siempre, como una roca empapada en llanto.

De Pélope nacieron dos hijos, Atreo y Tiestes, y sobre ambos cayó la maligna herencia con toda su fuerza. Tiestes se enamoró de la esposa de su hermano y consiguió que ella traicionara sus votos matrimoniales. Atreo se enteró y juró que Tiestes sería castigado con un rigor nunca visto. Mató a los dos hijos pequeños de su hermano, los troceó, los coció y se los sirvió al padre. Y cuando este se los hubo comido

El pobre infeliz, al saber el hecho horrendo
dio un grito terrible y cayó vomitando
aquella carne y sobre la casa entera atrajo una maldición
atroz que hizo pedazos la mesa del banquete.

Pero Atreo era rey, y Tiestes no tenía poder alguno. Por eso, el espantoso crimen no fue vengado en vida de Atreo, sino que fueron sus hijos y los hijos de sus hijos quienes lo sufrieron.

Agamenón y sus hijos

En el Olimpo los dioses estaban reunidos todos en asamblea. Zeus, el padre de todos los dioses y de todos los hombres, tomó la palabra el primero: estaba profundamente enojado por la mala educación que los mortales mostraban constantemente ante los dioses, culpándoles por lo que ellos mismos provocaban con su maldad, y eso a pesar de que los del Olimpo trataban de contenterlos.

—Todos conocéis a Egisto, a quien el hijo de Agamenón, Orestes, ha matado —dijo Zeus—; sabéis que amaba a la esposa de Agamenón, y que lo mató cuando él regresó de Troya. Ciertamente no nos corresponde a nosotros ninguna culpa de eso. Le advertimos por boca de Hermes: «La muerte del hijo de Atreo será vengada por Orestes», esas fueron las palabras exactas de Hermes, pero ni siquiera ese consejo amistoso pudo disuadir a Egisto, que ahora pagará su inicua acción.

Este pasaje de la *Ilíada* es la primera mención a la dinastía de Atreo. En la *Odisea* , cuando Ulises llega a la tierra de los feacios y les habla de su descenso al Hades y de los espíritus que allí se encontró, dice que, de todos ellos, fue el de Agamenón el que le pareció más conmovedor. Le había rogado que le contara cómo había muerto y el capitán repuso que había sido asesinado vergonzosamente, mientras se encontraba sentado a la mesa, como un buey sacrificado por el carnicero.

—Fue Egisto —prosiguió—, con la ayuda de mi culpable esposa. Me invitó a su casa y allí me asesinó junto a mis hombres. Tú has visto muchos muertos en los combates, o en el campo de batalla, pero nunca que alguien muriera como yo lo hice, con las copas de vino y la mesa servida en un salón donde corría la sangre por el suelo. El grito de muerte de Casandra resonó en mis oídos mientras ella caía. Clitemnestra la acuchilló encima de mí. Yo traté de protegerla alzando las manos, pero no pude levantarlas: ya entonces estaba agonizando.

Así se contó la historia por primera vez: Agamenón había sido asesinado por el amante de su mujer, un relato ciertamente sórdido. No sabemos durante cuánto tiempo fue el que prevaleció, pero el siguiente relato que nos llega, escrito por Esquilo en torno al año 450 antes de nuestra era, es muy diferente. Ahora se trata de una gran historia de implacable venganza, pasiones trágicas y destinos fatales. El motivo de la muerte de Agamenón ya no es el amor culpable entre un hombre y una mujer, sino el amor de una madre por una hija asesinada por su propio padre, y la determinación de una esposa de vengar a la hija matando al marido. En primer plano está la esposa de Agamenón, Clitemnestra.

Los dos hijos de Atreo —Agamenón, el comandante del ejército griego en Troya, y Menelao, el marido de Helena— aca-

baron sus días de formas bien distintas. Menelao, al principio el más desgraciado, fue notablemente próspero en esos últimos años. Perdió a su esposa durante un tiempo, pero después de la caída de Troya la recuperó. Su nave fue arrastrada hasta Egipto por la tormenta que Atenea envió sobre la flota griega, pero finalmente llegó a casa sano y salvo y vivió felizmente con Helena para siempre. Pero con su hermano las cosas fueron totalment diferentes.

Cuando cayó Troya, Agamenón fue el más afortunado de los jefes vencedores. Su barco llegó sin problemas, cruzando la tormenta que hundió o arrastró a muchos otros hasta lugares lejanos. Entró en su ciudad no solo sano y salvo después de grandes peligros por tierra y mar, sino triunfante: el orgulloso conquistador de Troya. En su hogar se le esperaba: había llegado un mensaje avisando de que iba a tocar tierra, y el pueblo se había reunido para darle una gran bienvenida. Parecía que no había entre los hombres un triunfador más glorioso, de nuevo con los suyos tras una brillante victoria, y con la feliz perspectiva de la paz y la prosperidad abriéndose ante él.

Pero en la multitud que lo saludaba dando gracias por su regreso había rostros ansiosos, y corrían palabras cargadas de oscuros presentimientos. «Se encontrará con terribles sucesos —murmuraban—. Hubo un tiempo feliz en su palacio, pero pasó. Si la casa hablara, contaría una gran historia.»

Ante el palacio, los ancianos de la ciudad se habían reunido para honrar al rey, pero también se encontraban afligidos, con una ansiedad aún más ominosa, un oscuro presentimiento más profundo que el que pesaba sobre la multitud expectante. Mientras esperaban, hablaban en voz baja del pasado; eran viejos, y para ellos resultaba casi más real que el presente. Recordaron el sacrificio de Ifigenia, la bella e inocente criatura, que

confiaba absolutamente en su padre y tuvo que enfrentarse al altar del sacrificio y a los crueles cuchillos, rodeada de rostros impávidos. Con las palabras de los ancianos, el recuerdo revivía: era como si ellos mismos hubieran estado allí, como si hubieran oído a la vez que ella la voz del padre amado diciéndoles a los hombres que la colocaran en el altar y la dispusieran para sacrificarla. La había matado, en verdad, no por voluntad suya, sino guiado por la impaciencia del ejército que necesitaba vientos favorables para navegar hasta Troya. Y sin embargo el asunto no era tan sencillo. Cedió ante el ejército porque la antigua maldad de su raza, que pasaba de generación en generación, llegaba también hasta él. Y los ancianos sabían de esta maldición de su estirpe:

... La sed de sangre
está en su sangre. Antes de que la vieja herida
pueda curarse, ya habrá sangre fresca brotando.

Diez años habían pasado desde la muerte de Ifigenia, pero sus consecuencias llegaban hasta el presente. Los ancianos eran sabios, y no olvidaban que cada pecado causa un pecado nuevo; cada mal conlleva otro similar. La maldición de la muchacha muerta se cernía sobre su padre en su hora de triunfo. Y sin embargo, quizá, se decían los unos a los otros, quizá no se materializara todavía, por un tiempo. Así que intentaron encontrar algún atisbo de esperanza, pero en el fondo de sus corazones sabían y no se atrevían a decir en voz alta que la venganza ya se encontraba allí en el palacio, esperando a Agamenón.

La venganza llevaba aguardando desde que la reina Clitemnestra había regresado de Áulide, donde había visto a su hija morir. Después, le fue infiel a su marido, que había matado a la hija de ambos; tomó un amante y todo el pueblo lo sabía. Y sabían también que no había despedido a su amante cuando reci-

bió la noticia del regreso de Agamenón. Allí seguía, con ella. ¿Qué se planeaba tras las puertas de palacio? Mientras se lo preguntaban y temían, un tumulto de ruidos llegó hasta ellos: carros rodando, voces, griterío… Con gran estrépito entró en el patio un carro en el que iba el rey, y a su lado una joven de aspecto extranjero. Le seguían sus servidores y los ciudadanos. Las grandes puertas de la casa se abrieron y apareció la reina.

El rey bajó del carruaje, rogando en voz alta: «Oh, victoria ahora mía, sé mía para siempre». Su esposa se adelantó a su encuentro con el rostro radiante y la cabeza alta. Sabía que todos los hombres allí excepto Agamenón eran conscientes de su infidelidad, pero ella se había enfrentado a todos diciéndoles con una sonrisa que en aquel momento debía hablar del gran amor que sentía por su marido y de la pena abrumadora que había sufrido en su ausencia. Entonces, le ofreció su bienvenida con palabras jubilosas: «Eres nuestra salvación —dijo—, nuestra mejor defensa. Tu presencia nos es tan querida como para el marinero la tierra tras la tormenta, o como para el sediento caminante un arroyo límpido.»

Él le contestó sin grandes expresiones, y se dirigió a la entrada del palacio. Pero primero señaló a la muchacha del carro. Era Casandra, la hija de Príamo, le dijo a su esposa, el regalo del ejército para él, la flor entre todas las mujeres cautivas. Luego, encareció a Clitemnestra que la cuidara y la tratara bien. Con esto, entró en la casa y las puertas se cerraron tras el marido y la esposa. Nunca se abrieron de nuevo para ambos. La multitud se había marchado. Solo los ancianos seguían esperando, incómodos, ante el edificio silencioso y las puertas vacías. La princesa cautiva llamó su atención y ellos la miraron con curiosidad. Habían oído hablar de su extraña fama como profetisa a quien nadie creía y cuyas profecías, sin embargo, siempre re-

sultaban verdaderas. Ella volvió su aterrado rostro a ellos: ¿Dónde la habían llevado?, preguntó con cara de espanto. ¿Qué casa era aquella? Le respondieron, en tono tranquilizador, que era el lugar donde vivía el hijo de Atreo. Y entonces ella gritó: «¡No! Es una casa maldita de dios, donde los hombres mueren asesinados y el suelo se tiñe de sangre». Los ancianos intercambiaron miradas aterrorizadas. Sangre, hombres asesinados, lo mismo que ellos estaban pensando: un pasado sombrío con la promesa de un futuro más oscuro aún. ¿Cómo podía ella, una extraña y extranjera, conocer el pasado? «Oigo niños llorar», gimió la joven,

... lloran por heridas que sangran.
Un padre se dio un banquete con la carne de sus hijos.

Tiestes y sus hijos… ¿Dónde había oído ella eso? De sus labios seguían brotando palabras cargadas de violencia: parecía como si hubiera visto lo que había ocurrido en aquella casa a lo largo de todos estos años, como si hubiera estado allí presenciando muerte tras muerte, crimen tras crimen que daban origen a otro crimen más. Entonces, desde el pasado volvió al futuro. Gritó que ese mismo día dos muertes más se añadirían a la lista, y una sería la suya propia. «Soportaré la muerte», dijo, mientras se apartaba dirigiéndose hacia el palacio. Los ancianos intentaron alejarla de aquel lugar ominoso, pero no lo consiguieron; la joven entró, y las puertas se cerraron para siempre también tras ella.

El silencio que siguió a su marcha se vio interrumpido repentina y terriblemente. Resonó un grito, la voz de un hombre que agoniza: «¡Dios! Me han herido de muerte», y de nuevo el silencio. Los ancianos, aterrados y perplejos, se acurrucaron entre sí; era la voz del rey. ¿Qué debían hacer? «¿Irrumpimos en palacio? Rápido, piensa rápido —se urgían entre ellos—. De-

bemos saber.» Pero ya no había necesidad de forzar la entrada: las puertas se abrieron y en el umbral apareció la reina.

Sus vestidos, sus manos y su rostro estaban manchados de rojo oscuro, y sin embargo ella parecía ilesa, impasible y confiada. Proclamó ante todos lo que había sucedido: «Aquí yace mi marido muerto, fulminado con justicia por mi mano». Era la sangre de él la que manchaba su vestido y su rostro, y ella estaba feliz.

Cayó y mientras agonizaba, su sangre
brotaba y me salpicaba, un oscuro rocío
de muerte, dulce para mí como la más dulce lluvia del cielo
sobre el grano que germina.

No veía razón alguna para justificar su acto o excusarlo. A sus propios ojos, ella no lo había matado: lo había ejecutado. Había castigado a un asesino, el asesino de su propia hija

A quien no le importa más que si una bestia hubiera muerto
cuando los rebaños están cargados y repletos.
Pero mató a su hija... la mató por conjurar los vientos tracios.

Tras ella, apareció su amante, Egisto, el hijo pequeño de Tiestes, que había nacido después del festín horrible. Él no tenía nada en contra de Agamenón, pero Atreo, que había matado a unos niños para servirlos a la mesa, estaba muerto y la venganza no podía esperar: su hijo debía cumplir la penitencia.

Los dos, la reina y su amante, tenían razones para saber que un crimen no acaba con otro crimen, y el cadáver del hombre al que acababan de matar lo probaba, pero no se pararon a pensarlo: «Para nosotros, ya no habrá más sangre —le dijo Clitemnestra a Egisto—. Ahora somos los amos, y haremos que todo vuelva al orden». Era una esperanza vana.

Además de Ifigenia, Clitemnestra tenía otros dos hijos, una chica y un chico: Electra y Orestes. Probablemente Egisto habría matado al chico de haber estado allí, pero el joven se hallaba a salvo en casa de un amigo fiel. En cuanto a la muchacha, Egisto desdeñó matarla; solo la hizo tan infeliz, de todas las formas a su alcance, que su esperanza entera se concentró en un deseo: que Orestes volviera y vengara a su padre. Pero ¿en qué consistiría esa venganza? A esta idea daba vueltas sin cesar. Egisto, por supuesto, debía morir, pero con matarle solamente no se haría justicia. Su delito era menos grave que el del otro. Entonces ¿qué? ¿Podía ser justo que un hijo matara a su madre para vengar el asesinato del padre? Y pasaba los años con estos sombríos pensamientos mientras Clitemnestra y Egisto gobernaban el país.

Cuando Orestes creció y se hizo un hombre, la terrible situación le pareció todavía más clara que a su hermana. Matar a los asesinos de su padre era la obligación de un hijo, la primera obligación incluso. Pero el que un hijo matara a su madre era aborrecible en el cielo y en la tierra; había una obligación sagrada vinculada con el crimen más aborrecible. Y él, que solo quería hacer lo correcto, se encontraba en la situación de elegir entre dos crímenes atroces: o traicionar a su padre o ser el asesino de su madre.

Agobiado por la duda, viajó a Delfos para pedirle al oráculo que lo ayudara y Apolo le habló claramente, ordenándole:

Mata a los dos que mataron,
expía una muerte con la muerte
y derrama sangre por la sangre derramada.

Y Orestes supo que debía cargar con la maldición de la casa, exigir venganza y pagar con su propia perdición. Volvió entonces a ese hogar que no había vuelto a ver desde la infancia,

acompañado por su primo y amigo Pílades; los dos jóvenes se habían criado juntos y su amistad era más intensa de lo que se puede describir con palabras. Electra, sin tener la menor idea de que en ese momento estaban a punto de llegar, estaba ya alerta: se pasaba la vida esperando a aquel hermano que iba a traerle lo único que esperaba de la vida.

Un día ante la tumba de su padre, la joven había hecho una ofrenda a los muertos, rogando: «Oh, padre, guía a Orestes hasta su hogar». Y, de repente, ahí estaba, a su lado, diciendo que ella era su hermana y mostrándole como prueba la capa que llevaba, hecha por ella, la que le había envuelto como regalo en su partida.

Pero Electra no necesitaba pruebas. Gritó entre lágrimas: «Tu rostro es el rostro de mi padre», y vertió sobre él todo el amor concentrado a lo largo de aquellos años de desgracia.

Todo, todo es tuyo,
el amor que debo a mi padre muerto,
el amor que pude haber entregado a mi madre,
el de mi pobre hermana cruelmente condenada.
Todo tuyo ahora, solo tuyo.

Pero Orestes se encontraba demasiado preocupado, demasiado absorto en lo que le esperaba, para contestarle o siquiera prestarle atención. La interrumpió para hablarle de aquello que lo atormentaba hasta el punto de borrar todo lo demás: las terribles palabras del oráculo de Apolo, pronunció Orestes con horror:

Él me dijo que calmara a los furiosos muertos.
Que para quien no oye la llamada de sus muertos
no hay hogar, no hay refugio en ninguna parte.
Ningún fuego arde en el altar, ningún amigo lo saluda.

Muere solo y miserable. Oh, dios, ¿puedo creer
tales oráculos? Y sin embargo, sin embargo,
el acto va a producirse y yo debo hacerlo.

Los tres trazaron un plan. Orestes y Pílades irían a palacio proclamando ser portadores del mensaje de la muerte de Orestes. Serían buenas noticas para Clitemnestra y Egisto, que siempre habían temido lo que podría hacer, y seguramente querrían ver personalmente a los mensajeros. Una vez dentro, los dos jóvenes podían confiar en sus propias espadas y en la sorpresa absoluta que resultaría su ataque.

Efectivamente, entraron en el palacio y Electra se quedó esperando: ese había sido su amargo papel a lo largo de toda su vida. Luego, las puertas se abrieron despacio y salió una mujer que se quedó parada tranquilamente en las escaleras. Era Clitemnestra. Llevaba solo un instante allí cuando apareció a todo correr un esclavo gritando: «¡Traición! ¡Amo! ¡Traición!», antes de ver a Clitemnestra y jadear: «Orestes, vivo, aquí». Entonces ella supo. Lo vio todo claro: lo que había ocurrido y lo que estaba por llegar. Muy seria, ordenó al esclavo que le trajera un hacha de guerra. Estaba resuelta a no morir sin presentar batalla, pero en cuanto tuvo el arma en sus manos cambió de idea. Un hombre cruzó la puerta con la espada ensangrentada, y ella conocía esa sangre igual que conocía al que sostenía la espada. De inmediato, vio que tenía una defensa más segura que la que le procuraba el hacha: era la madre de aquel hombre.

—Detente, hijo mío —dijo—. Mira mi pecho. Aquí reposabas la cabeza y te dormías, y tu boca de bebé, aún sin dientes, succionaba la leche que te hizo crecer.

Orestes gritó entonces:

—Oh, Pílades, es mi madre. ¿Puedo evitarlo?

—No —dijo su amigo solemnemente—. No. Apolo lo ha ordenado. Los dioses deben ser obedecidos.

—Obedeceré —dijo Orestes—. Sígueme.

Clitemnestra sabía que había perdido, y dijo muy calmada:

—Parece, hijo mío, que matarás a tu madre.

Él le señaló la casa, ella entró y él la siguió.

Cuando volvió a salir, ninguno de los que le esperaban en el patio necesitó que le dijera qué había pasado. Sin preguntarle nada, observaban compasivamente al que ahora era su señor. Orestes parecía no verlos: miraba algo horrible, algo que se encontraba más allá. Con palabras entrecortadas, dijo al fin:

—El hombre ha muerto. De ello, no soy culpable: era un adúltero. Tenía que morir. Pero ella. Pero ella, ¿tenía que morir o no? A vosotros, amigos míos, os digo que maté a mi madre con razón; era vil, y mató a mi padre, y dios la odiaba.

Sus ojos permanecían fijos en aquel horror invisible. Gritó:

—¡Mirad! ¡Mirad a aquellas mujeres de allí! ¡Negras, todas negras, con largos cabellos como serpientes!

Todos le dijeron que no había ninguna mujer, que eran solo fantasías.

—¿No las veis? —gritó—. No es mi imaginación. Yo… yo las veo. Mi madre las ha enviado. Me rodean y lloran lágrimas de sangre. Oh, ¡dejadme!

Y echó a correr, solo, seguido por aquellas presencias invisibles.

Cuando llegó de nuevo a su país, habían pasado años. Había viajado por muchos lugares, siempre perseguido por las mismas formas terribles. Estaba agotado por el sufrimiento, pero, al perder todo aquello que aprecian los hombres, también había ganado: «La desgracia me ha enseñado», decía. Había aprendi-

do que ningún crimen está libre de expiación, y que hasta él, deshonrado por el asesinato de su madre, podía purificarse de nuevo. Viajó a Atenas, enviado allí por Apolo para presentar su caso ante Atenea. Iba a rogarle ayuda con el corazón lleno de confianza, porque no se puede rechazar a aquel que desea purificarse, y la negra mancha de la culpa va aclarándose con el paso de los años, errando y penando en soledad. Orestes creía que, para entonces, ya se habría borrado: «Puedo hablarle a Atenea como un hombre limpio», pensó.

La diosa escuchó su alegato, y Apolo respaldó a Orestes: «Soy yo el responsable de lo que hizo —dijo—. Mató siguiendo mis órdenes». Las terribles formas que lo perseguían, las Erinias o Furias, volvieron a clamar venganza; Orestes las oyó impertérrito: «Soy yo, y no Apolo, el culpable del asesinato de mi madre —dijo—, pero he purgado mis culpas». Estas eran palabras que nunca había pronunciado antes un miembro de la dinastía de Atreo; los asesinos atridas jamás habían sufrido la culpabilidad ni habían pensado en expiarla. Así, Atenea aceptó su defensa y convenció a las vengativas diosas de que la aceptaran también, y estableciendo esta nueva ley basada en la piedad consiguió que hasta ellas cambiaran: dejaron de ser las Furias de terrorífico aspecto y se convirtieron en seres benignos, las Euménides, que protegen a los que suplican. Ellas absolvieron a Orestes, y con sus palabras de perdón el espíritu del mal que había rondado su casa durante tanto tiempo se esfumó. Orestes salió del tribunal de Atenea como un hombre libre: ni él ni ninguno de sus descendientes se dejaría de nuevo arrastrar al crimen por el poder irresistible del pasado. La maldición de la dinastía atrida había terminado.

IFIGENIA ENTRE LOS TAUROS

He tomado esta historia enteramente de dos obras de Eurípides, el poeta trágico del siglo V, *que es el único que cuenta la historia completa. El final feliz propiciado por una divinidad, el* Deus ex machina, *es un recurso habitual, aparte de en Eurípides, en tres poetas trágicos. Para nosotros constituye un síntoma de debilidad, y ciertamente es innecesario en este caso, donde el mismo final podía haberse asegurado simplemente omitiendo el viento de proa. La aparición de Atenea, de hecho, perjudica la bondad del argumento. Una posible razón para este fallo por parte de uno de los más grandes poetas que ha conocido el mundo es que los atenienses, que sufrían enormemente en esa época debido a la guerra con Esparta, estuvieran hambrientos de milagros y que Eurípides decidiera darles satisfacción.*

A los griegos, como ya se ha dicho, les horrorizaban las historias en las que se realizaban sacrificios humanos, ya fuera para aplacar la ira de los dioses, para conseguir una buena cosecha de la Madre Tierra o por cualquier otra razón. Su opinión sobre estos sacrificios era la misma que la nuestra: se trataba de un acto abominable. Cualquier deidad que los exigiera probaba con ello que era malvada, y, como decía el poeta Eurípides: «Si los dioses hacen el mal entonces no son buenos dioses». Así, era inevitable que surgiera más de una historia sobre el sacrificio de Ifigenia en Áulide. Según el antiguo relato, la joven fue asesinada porque uno de los animales salvajes favoritos de Artemis había sido abatido por los griegos y la diosa exigió a los cazadores responsables que le sacrificaran una muchacha como expiación. Pero, para los griegos posteriores, esto era difamar a Artemis: la encantadora dama de los bosques y las selvas, la que protegía en especial a las pequeñas criaturas indefensas, jamás hubiera pedido nada semejante:

Tan amable es ella, Artemis la sagrada,
para la juventud cubierta de rocío, para los tiernos lactantes,

para las crías que pacen en la pradera
y para todos los que viven en lo profundo del bosque.

Así que se buscó otro desenlace para la historia. Cuando los soldados griegos que estaban en Áulide se acercaron a buscar a Ifigenia, que esperaba la muerte junto a su madre, la joven le dijo a Clitemnestra que prefería ir sin ella: «Es mejor para ti y para mí», le habría dicho. La madre se quedó sola. Al cabo, vio a un hombre que se acercaba corriendo y se sorprendió de que alguien se diera tanta prisa para llevar una mala noticia. Pero el enviado gritó: «¡Buenas nuevas! ¡Su hija se ha salvado!». Así había sido, pero nadie sabía por qué. Cuando el sacerdote estaba a punto de abatir su brazo, todos los presentes bajaron la cabeza, atenazados por la angustia, y oyeron luego un grito del oficiante. Al levantar la vista, vieron una maravilla increíble: la muchacha se había evaporado, pero junto al altar, en el suelo, había un cervatillo decapitado. «Esto es obra de Artemis —proclamó el sacerdote—. No desea que se manche su altar con sangre humana. Ella misma ha proporcionado la víctima y ella recibe el sacrificio.» «Te digo, oh reina —le dijo a Clitemnestra el mensajero—, que yo estaba allí y así sucedió. A tu hija, sin duda, se la han llevado los dioses.»

Pero Ifigenia no había sido conducida al cielo. Artemis la había llevado a la Táuride, la tierra de los tauros (lo que hoy es Crimea), a orillas del mar Hostil, un pueblo fiero que tenía por salvaje costumbre la de sacrificar en honor de la diosa a cualquier griego que encontraran en sus tierras. Artemis se cuidó de que Ifigenia estuviera a salvo convirtiéndola en sacerdotisa de su templo. Pero, como tal, tenía a su cargo la terrible tarea dirigir los sacrificios; no se trataba de matar ella misma a sus paisanos, pero sí realizaba los ritos ancestrales que precedían al asesinato. Llevaba la joven muchos años sirviendo a la diosa

cuando una galera griega hizo escala en tan inhóspita orilla, y no por extrema necesidad o arrastrada por una tormenta, sino por propia decisión. Los navegantes sabían perfectamente qué hacían los tauros a los griegos que capturaban, pero tenían una causa de fuerza mayor para anclar su barco allí.

Al amanecer, dos jóvenes bajaron silenciosamente de la nave y se dirigieron al templo. Ambos eran claramente nobles de nacimiento y parecían hijos de reyes, pero el rostro de uno se encontraba profundamente marcado por las líneas del dolor. Susurró a su amigo:

—¿Crees que este es el templo, Pílades?

—Sí, Orestes —contestó el otro—. Debe de ser este lugar manchado de sangre.

¿Orestes aquí con su fiel amigo? ¿Qué estaban haciendo en un país tan peligroso para los griegos? ¿Ocurrió esto antes o después de que Orestes expiara su culpa por la muerte de su madre?

Fue algún tiempo después. Aunque Atenea le había declarado limpio, en esta historia no todas las Erinias habían aceptado el veredicto; algunas seguían persiguiéndolo, o al menos Orestes pensaba que lo hacían. Ni siquiera la absolución de Atenea le había devuelto la paz de espíritu. Ahora eran menos las que lo perseguían, pero aún estaban con él.

Desesperado, se fue entonces a Delfos; si no encontraba ayuda allí, en el lugar más sagrado de Grecia, no la encontraría en ningún sitio. El oráculo de Apolo le dio esperanzas, pero a cambio de que arriesgara su vida: debía ir al país de los tauros, dijo la sacerdotisa délfica, y llevarse la sagrada imagen de Artemis de su templo. Cuando la hubiera colocado en Atenas estaría finalmente curado y en paz; nunca más volvería a ver formas terribles que lo perseguían. Era una empresa de lo más pe-

ligrosa, pero de ella dependía todo lo que a Orestes le importaba. Tenía que intentarlo, a cualquier precio, y Pílades dijo que no le dejaría hacerlo solo.

Cuando los dos jóvenes llegaron al templo, se dieron cuenta de que tendrían que esperar a que cayera la noche antes de emprender su misión: no había forma de entrar sin ser visto. Así que se retiraron a un lugar oscuro y solitario, donde pudieran permanecer a salvo.

Ifigenia, apenada como siempre, se dirigía a cumplir con sus obligaciones para con la diosa cuando la detuvo un mensajero: se había apresado a dos jóvenes griegos y debían sacrificarlos al instante. El hombre dijo traer órdenes para ella: tenía que disponer todo lo necesario para los sagrados ritos. Al oír esto, Ifigenia sintió una vez más el horror tan familiar para ella, y se estremeció ante el solo pensamiento de la sangre derramada y las víctimas agonizando. Pero, en esta ocasión, entró en su cabeza un pensamiento que nunca se le había ocurrido: «¿Es posible que una diosa ordene semejantes actos? ¿Se regodeará en el sacrificio de asesinar a un hombre? No lo creo. Son los hombres de esta tierra quienes están sedientos de sangre, y atribuyen su propia maldad a los dioses».

Allí estaba, meditando, cuando trajeron a los cautivos. Ifigenia envió a sus ayudantes al templo para que iniciaran los preparativos y se quedó a solas con los dos jóvenes. Les preguntó dónde se encontraba su casa, el hogar que no volverían a ver, sin poder contener las lágrimas, y ellos se maravillaron al verla tan compasiva. Orestes le dijo amablemente que no penara por ellos: eran conscientes de lo que podía sucederles cuando llegaron a aquellas tierras. Ella siguió preguntando: ¿eran hermanos? De corazón sí, replicó Orestes, aunque no de nacimiento. ¿Cuáles eran sus nombres?, preguntó entonces ella.

—¿Por qué preguntar a un hombre que está a punto de morir? —dijo Orestes.

—¿No me quieres decir de qué ciudad eres? —insistió ella.

—Vengo de Micenas —contestó Orestes—, esa ciudad que fue en tiempos tan próspera.

—Allí había un rey muy poderoso —dijo Ifigenia—. Se llamaba Agamenón.

—No sé nada de él —dijo Orestes bruscamente—. Terminemos esta charla.

—No, no. Háblame de él —rogó ella.

—Muerto —dijo Orestes—. Su propia esposa lo mató. No me preguntes más.

—¡Solo otra cosa! —gritó ella—. ¿Su esposa vive?

—No —dijo Orestes—. Su hijo la mató.

Los tres se miraron en silencio.

—Es de justicia —susurró Ifigenia, tartamudeando—; aunque de una justicia malvada, terrible… —Intentó reponerse. Luego preguntó—: ¿Hablan alguna vez de la hija que fue sacrificada?

—Solo como uno habla de los muertos —dijo Orestes.

El rostro de Ifigenia cambió. Parecía ansiosa, alerta.

—He pensado en un plan para ayudaros a vosotros y a mí misma —dijo—. ¿Estaríais dispuestos a llevar una carta a mis amigos en Micenas si os salvo?

—No, yo no —dijo Orestes—, pero mi amigo lo hará. Él vino aquí solo por mí. Dale a él tu carta y mátame a mí.

—Así será —contestó Ifigenia—. Esperad mientras voy a buscar la carta.

Se marchó corriendo y Pílades se volvió hacia Orestes.

—No te dejaré aquí morir solo —le dijo—. Todos me llamarían cobarde si así lo hiciera. No. Te quiero… y temo lo que puedan decir los demás.

—Te entregué a mi hermana para que la cuidaras —dijo Orestes—. Electra es tu esposa, no puedes abandonarla. Por lo que a mí respecta, la muerte no es una desgracia.

Mientras hablaban en susurros apresurados, Ifigenia entró con una carta en la mano.

—Convenceré al rey. Dejará partir a mi mensajero, estoy segura. Pero primero —se volvió a Pílades—, te diré lo que contiene la carta, de tal modo que, incluso si alguna desgracia te hiciera perder tus pertenencias, llevarías el mensaje en tu memoria y lo entregarías a mis amigos.

—Buen plan —dijo Pílades—. ¿A quién debo llevarlo?

—A Orestes —dijo Ifigenia—, el hijo de Agamenón.

Ifigenia tenía la vista perdida: su mente estaba en Micenas. No vio que los dos hombres se sobresaltaban y la miraban fijamente.

—Debes decirle —continuó— que esa que fue sacrificada en Áulide le envía este mensaje. No está muerta.

—¿Pueden los muertos volver a la vida? —gritó Orestes.

—Cálmate —le dijo ella, excitada—. El tiempo apremia. Dile: «Hermano, llévame de vuelta a casa, libérame de este asesino sacerdocio, de esta tierra bárbara». Toma buena nota, joven: el nombre es Orestes.

—Oh, Dios, Dios —gimió Orestes—. Esto es increíble.

—Te estoy hablando a ti, no a él —le dijo Ifigenia a Pílades—. ¿Recordarás el nombre?

—Sí —contestó Pílades—. Pero no me llevará mucho entregar tu mensaje. Orestes, aquí tienes una carta. La traigo de par-

te de tu hermana.

—Y yo la acepto —dijo Orestes—, con una felicidad que no se puede mostrar con palabras.

Abrazó a Ifigenia al instante, pero ella se soltó.

—No sé —gritó—. ¿Cómo puedo saberlo? ¿Qué prueba hay?

—¿Recuerdas el último fragmento de bordado que hiciste antes de irte a Áulide? —preguntó Orestes—. Yo te lo describiré. ¿Recuerdas tu aposento del palacio? Yo te diré lo que había allí.

Entonces, ella se convenció y se arrojó a sus brazos, sollozando:

—Hermano mío, mi amor, mi cariño, eras un bebé cuando te vi por última vez. Mi pequeño bebé… esto que está sucediendo es maravilloso…

—Pobre muchacha —dijo Orestes—, tan cargada de sufrimiento como yo… Y pensar que podías haber matado a tu propio hermano…

—¡Es horrible! —gritó Ifigenia—. Pero he sido obligada a hacer esas cosas horribles. ¡Podría haberte matado con estas mismas manos! Y ahora, ¿cómo podré salvarte? ¿Qué dios, qué hombre nos ayudará?

Pílades había estado esperando en silencio, conmovido pero impaciente. Pensaba que ya era hora de actuar.

—Tendremos tiempo de hablar —les recordó a los hermanos— cuando hayamos salido de este lugar horrible.

—¿Y si matamos al rey? —propuso Orestes con entusiasmo.

Pero Ifigenia rechazó la idea, indignada. El rey Toante había sido muy bueno con ella, no podía hacerle daño. En ese momento, le vino a la mente un plan perfecto, pensado hasta el úl-

timo detalle. Rápidamente lo explicó y los jóvenes estuvieron de acuerdo. Los tres entraron en el templo.

Al cabo de unos instantes, Ifigenia salió portando una imagen en sus brazos. Un hombre en ese momento cruzaba el umbral del templo. Ifigenia gritó:

—Oh, rey, detente. Quédate donde estás.

Sorprendido, Toante le preguntó qué ocurría. Ella le dijo que los dos hombres que le habían enviado para la diosa no eran puros. Estaban manchados, eran viles; habían matado a su madre, y Artemis estaba enfadada.

—Me llevo la imagen a la orilla para purificarla —dijo—. Y allí también limpiaré a los hombres. Solo así podrá hacerse el sacrificio. Debo hacerlo en soledad: permite que me lleve a los cautivos y que se anuncie a la ciudad que nadie debe acercarse a mí.

—Así lo haré —contestó Toante—, y tómate todo el tiempo que necesites.

El rey se quedó observando la comitiva que se ponía en marcha: Ifigenia delante llevando la imagen, Orestes y Pílades detrás, y unos ayudantes que portaban las vasijas para el rito purificador. Ifigenia rezaba en voz alta:

—Doncella y reina, hija de Zeus y Leto, morarás en un lugar de pureza, y será eterna la felicidad.

Y así se perdieron de vista, camino a la ensenada donde se encontraba el barco de Orestes. Parecía que el plan de Ifigenia no podía fallar. Sin embargo, falló. La joven consiguió que los ayudantes la dejaran sola con su hermano y con Pílades antes de llegar al mar: tan asombrados estaban, que la obedecieron. Luego, los tres embarcaron a toda prisa y la tripulación se hizo a la mar. Pero en la boca del puerto, donde este se abría al mar,

empezó a soplar un fuerte viento que los devolvió a tierra sin que pudieran luchar contra él; por mucho que bogaron, la nave retrocedía y parecía haberse clavado a las rocas.

Para entonces, los tauros ya se habían dado cuenta de lo que estaba pasando; unos observaban, atentos para apresar el barco cuando hubiera encallado, otros corrían con las noticias hasta el rey Toante. Furioso, este llegó corriendo desde el templo, dispuesto a capturar y dar muerte a los impíos extranjeros y a la traicionera sacerdotisa. Pero en ese momento apareció sobre él, flotando en el aire, una radiante silueta, que claramente pertenecía a una diosa. El rey retrocedió sorprendido y detuvo sus pasos.

—Detente, oh rey —dijo aquella presencia—. Soy Atenea. Este es mi mensaje para ti: permite que el barco se marche. Poseidón está ya calmando los vientos y las olas para asegurarles la travesía. Ifigenia y los demás actúan por mandato divino. Aplaca tu cólera.

Toante contestó sumiso:

—Tus deseos serán cumplidos, oh diosa.

Y los que aguardaban en la orilla vieron cómo cambiaba el viento, cómo se calmaban las olas y cómo el barco griego salía del puerto, navegando a toda vela hacia otros mares.

II

La casa real de Tebas

La historia de la familia tebana rivaliza con la de los atridas en fama, y por razones muy semejantes. De igual modo que las más grandes obras de Esquilo, en el siglo V *, tratan de los descendientes de Atreo, las de su contemporáneo Sófocles versan sobre Edipo y sus hijos.*

CADMO Y SUS HIJAS

El relato de Cadmo y sus hijas no es más que el prólogo a una historia todavía mayor. Fue muy popular en la Grecia clásica, y varios escritores la contaron en parte o completa. He preferido el relato de Apolodoro, que escribió en los siglos I *o* II *de nuestra era, porque lo cuenta con sencillez y claridad.*

Cuando a Europa se la llevó el toro, su padre envió a sus hermanos a buscarla, ordenándoles que no volvieran hasta encontrarla. Uno de ellos, Cadmo, en lugar de buscar en vano por aquí y por allá, se fue muy sensatamente a Delfos para preguntarle a Apolo dónde se encontraba. El dios le dijo que dejara de preocuparse por ella, o por la decisión de su padre de no volver a recibirlo si no se la devolvía, y que fundara una ciudad propia. Al salir de Delfos, le dijo Apolo, se encontraría con una vaquilla: tenía que seguirla y construir su ciudad en el lugar donde el animal se tumbara a descansar. De este modo se fundó Tebas y el terreno a su alrededor recibió el nombre de «la tierra de la vaca», Beocia.

Primero, sin embargo, Cadmo tuvo que combatir y matar a un terrible dragón que custodiaba un manantial cercano y que había matado a sus compañeros cuando trataban de coger agua. Él solo jamás podía haber construido la ciudad, pero, cuando el dragón estuvo muerto, se le apareció Atenea y le dijo que sem-

brara la tierra con los dientes del monstruo. Cadmo obedeció sin poder imaginar qué iba a ocurrir, y para su terror vio que de los surcos empezaban a surgir hombres armados; estas apariciones, sin embargo, no le prestaron atención, sino que empezaron a matarse entre ellos hasta que solo quedaron cinco. Cadmo los convenció para que lo ayudaran a edificar la nueva ciudad.

Con la ayuda de estos hombres, Cadmo hizo de Tebas una ciudad gloriosa y la gobernó con gran prosperidad y gran sabiduría. Su esposa era Harmonía, la hija de Ares y Afrodita. Los dioses bendijeron su matrimonio y Afrodita le regaló a Harmonía un maravilloso collar que había creado Hefesto, el artesano del Olimpo, pero que por su origen divino iba a traer el desastre un generación después.

Tuvieron cuatro hijas y un hijo, y aprendieron con ellos que el viento del favor divino nunca sopla en la misma dirección. Todas sus hijas sufrieron por grandes desgracias. Una de ellas fue Sémele, madre de Dionisio, la que murió cuando quiso ver a Zeus en todo su esplendor majestuoso. Otra fue Ino, la malvada madrastra de Frixo, el niño al que salvó de la muerte el carnero del Vellocino de Oro. El marido de Ino sufrió un acceso de locura, mató a su hijo, Melicertes y ella se tiró al mar con el cadáver en brazos. Los dioses los salvaron a ambos, sin embargo, convirtiendo a Ino en diosa marina —que luego salvó a Ulises de ahogarse cuando su balsa se hizo pedazos—, y a su hijo en dios marino. En la *Odisea* se la llama todavía Ino, pero después su nombre pasaría a ser Leucótea, y su hijo recibiría el de Palemón. Como el de su hermana Sémele, su final fue menos infeliz. Las otras dos no tuvieron tanta suerte: ambas sufrieron a causa de sus hijos. Ágave fue la más desgraciada de las madres: confundida por Dionisio, pensó que su hijo Penteo era un

león y lo mató con sus propias manos. La última, Autónoe, tuvo un hijo llamado Acteón y, aunque no soportó como su hermana la desgracia de matar a su propio hijo, sí lo vio morir de una forma terrible, en plena flor de su juventud y además de forma completamente inmerecida, pues el chico no había hecho nada malo.

Acteón había salido a cazar y, cansado y muerto de sed, entró en una gruta donde una pequeña corriente se convertía en lago: solo quería refrescarse con el agua cristalina. Pero ignoraba por completo que había llegado casualmente al lugar de baño favorito de Artemis, que acababa de quitarse la ropa y estaba a la orilla del agua con toda su belleza al desnudo. Ofendidísima, la diosa no se pensó dos veces si el joven la había ofendido a propósito o si había llegado allí con la más absoluta inocencia: arrojó al rostro de Acteón unas gotas de sus manos húmedas y lo convirtió en un venado. La transformación no fue solo externa: también el corazón del joven se convirtió en el de un ciervo y, lleno de temor, aquel chico que nunca había conocido el miedo salió huyendo. Sus propios perros se lanzaron a perseguirlo y, aunque el miedo le daba alas, no pudo dejarlos atrás: cayeron sobre él y lo mataron.

Así, tras una larga vida de prosperidad, Cadmo y Harmonía conocieron el sufrimiento a través de sus hijas y nietos. Tras la muerte de Penteo, los dos huyeron de Tebas como intentando alejarse también de la desgracia, pero esta les seguía. Cuando llegaron a la lejana Iliria, los dioses los convirtieron en serpientes, pero no como castigo, puesto que no lo merecían: su destino prueba que el sufrimiento no siempre es consecuencia de las malas acciones, y que a menudo el inocente sufre tanto como el culpable. De toda esa raza desafortunada, ninguno era

más inocente que Edipo, uno de los tataranietos de Cadmo, pero ninguno sufrió tanto como él.

EDIPO

He tomado esta historia por completo de la obra de Sófocles del mismo nombre, excepto por el acertijo de la Esfinge, que solo menciona de paso, pero al que aluden muchos otros autores, básicamente de la misma forma.

El rey Layo de Tebas era el tercero en la línea sucesoria de Cadmo. Se casó con una prima lejana llamada Yocasta. Durante su reinado, el oráculo de Apolo empezó a representar un papel importante en la suerte de las familias.

Apolo era el dios de la verdad. Dijera lo que dijera, las palabras de su sacerdotisa en Delfos se hacían realidad indefectiblemente. Intentar actuar de modo que se anulara la profecía resultaba tan absurdo como oponerse a los decretos del destino. Sin embargo, cuando el oráculo advirtió a Layo de que moriría a manos de su hijo, el rey decidió que no iba a ser así. Al nacer el niño, le ató los pies y lo dejó expuesto en la cumbre solitaria de una montaña, donde debía morir pronto. Ya no sintió miedo; estaba seguro de que en ese momento podía predecir el futuro mejor que el dios, y nunca se dio cuenta de hasta qué punto eso era una locura. De hecho, murió asesinado, pero creyó que el hombre que lo atacaba era un desconocido, sin saber que su muerte había demostrado que Apolo siempre decía la verdad.

Cuando murió, se encontraba lejos de su hogar y habían transcurrido muchos años desde que el bebé hubiera sido abandonado en la montaña. Se dijo que una banda de ladrones lo habían matado a él y a sus ayudantes, a todos menos al que volvió con las noticias. El suceso no se pudo investigar a fondo, porque Tebas se hallaba entonces en una situación desesperada:

toda la región estaba amenazada por un monstruo terrible, la Esfinge, una criatura con forma de león alado, pero con el pecho y la cabeza de una mujer. La Esfinge se apostaba junto a los caminos, al acecho de los viajeros que llegaban a la ciudad, y a quien apresara le planteaba un acertijo; si el pobre cautivo acertaba, lo dejaba libre. Pero nadie daba con la respuesta, y la horrible criatura devoró viajero tras viajero, hasta que la ciudad quedó en estado de sitio. Las siete grandes puertas, que eran el orgullo de los tebanos, permanecían cerradas, y el hambre amenazaba a los ciudadanos.

Así estaban las cosas cuando llegó a la zona un desconocido, un hombre de gran valentía e inteligencia; se llama Edipo. Había dejado su hogar, Corinto, donde se decía que era el hijo del rey Pólibo, y la razón su autoexilio no era otra que el oráculo de Delfos: Apolo había declarado que estaba destinado a matar a su padre. Él también, como Layo, intentó que no fuera posible hacer realidad la predicción del oráculo, decidiendo no ver nunca más a Pólibo. Viajando solo, llegó a los alrededores de Tebas y se enteró de lo que estaba ocurriendo allí. Como era un hombre sin hogar, sin amigos, y para quien la vida no tenía excesivo valor, quiso buscar a la Esfinge e intentar solucionar el acertijo.

—¿Qué criatura —le preguntó el monstruo— camina a cuatro patas por la mañana, con dos a mediodía y con tres por la noche?

—El hombre —contestó Edipo—. En la infancia gatea con las manos y las rodillas, en la edad adulta camina erguido y en la vejez se ayuda con un bastón.

Era la respuesta correcta. La Esfinge, inexplicable pero felizmente, se suicidó y los tebanos se vieron libres. Edipo recuperó todo lo perdido y más: los agradecidos ciudadanos le hicieron

su rey y se casó con la esposa del rey muerto, Yocasta. Durante muchos años vivieron felices. Parecía que en este caso las palabras de Apolo habían resultado falsas.

Pero, cuando sus dos hijos se hubieron convertido en adultos, Tebas fue visitado por una terrible epidemia que la arrasó entera. No solo morían hombres en todo el país: los rebaños y las manadas y los frutos del campo estaban malditos también, y aquellos que se salvaban de morir por enfermedad morían de hambre.

Nadie sufría más que Edipo: se consideraba el padre de todo el Estado, su pueblo eran como sus hijos, y la desgracia de cada uno de ellos también era la suya. Así que despachó al hermano de Yocasta, Creonte, a implorar la ayuda del dios yendo a Delfos.

Creonte volvió con buenas noticias. Apolo había declarado que la plaga cesaría con una condición: había que castigar a quien hubiera sido responsable del asesinato del rey Layo. Edipo se sintió sumamente aliviado. Seguramente, sería fácil localizar al responsable o responsables, a pesar de los años transcurridos, y sabrían darle su merecido. Decretó que el pueblo se reuniera para escuchar el mensaje que traía Creonte:

No permitas que nadie de esta tierra
le dé cobijo. Vétalo en tus hogares,
como a un apestado, impuro,
y solemnemente pido que él, que hizo el mal
acabe sus días en el mal que merece.

Edipo tomó las riendas del asunto con energía. Envió a buscar a Tiresias, el anciano profeta ciego, el más reverenciado de los tebanos: ¿había algún medio de averiguar, preguntó, dónde

estaban los culpables? Para su sorpresa e indignación, el vidente rehusó contestar.

—Por el amor de dios —imploró Edipo—. Si lo sabes…

—Estúpidos —dijo Tiresias—. Estúpidos todos vosotros. No contestaré.

Pero cuando Edipo llegó a acusarlo de guardar silencio porque él mismo había sido uno de los asesinos, el profeta se irritó tanto que se le escaparon aquellas palabras que nunca hubiera querido decir.

—Tú mismo eres el asesino al que buscas.

Edipo pensó que el anciano había perdido la cabeza: lo que decía era un puro sinsentido. Ordenó que se apartara de su vista y nunca más apareciera ante él.

Yocasta también consideró aquella afirmación con desprecio.

—Ni profetas ni oráculos tienen ningún conocimiento cierto —dijo.

Luego, le relató a su marido cómo la sacerdotisa de Delfos había profetizado que Layo moriría a manos de su hijo, y cómo él y ella se habían ocupado de que tal cosa no ocurriera, matando al niño.

—Y Layo fue asesinado por ladrones, en un cruce de tres caminos, en el camino de Delfos —concluyó triunfante.

Edipo le dirigió una mirada extraña.

—¿Cuando ocurrió esto? —preguntó en voz baja.

—Justo antes de que tú llegaras a Tebas.

—¿Cuántas personas estaban con él? —preguntó Edipo entonces.

—Cinco en total —contestó Yocasta sin duda—, y todos murieron excepto uno.

—Debo ver a ese hombre —repuso él—. Envía a buscarlo.

—Así se hará —dijo ella—. Pero debes decirme qué estás pensando.

—Te diré todo lo que sé —contestó Edipo—. Yo estuve en Delfos justo antes de venir aquí, porque un hombre me había dicho a la cara que yo no era hijo de Pólibo. Así que fui a preguntárselo al dios. Él no me contestó, pero me dijo cosas terribles: que debía matar a mi padre, casarme con mi madre, y tener hijos que hicieran estremecerse a quienes los miraran. Nunca regresé a Corinto. Cuando volvía desde Delfos, en un lugar donde se juntan tres carreteras, me topé con un hombre con cuatro servidores. Este hombre trató de apartarme del camino y me golpeó con su bastón. Irritado, caí sobre ellos y los maté. ¿Puede ser que el líder fuera Layo?

—El único hombre que quedó vivo contó la historora de unos ladrones —dijo Yocasta—. Layo fue asesinado por asaltadores, no por su hijo, el pobre inocente que murió en la montaña.

Mientras hablaban, pareció llegar otra prueba de que Apolo podía equivocarse al hablar. Apareció un mensajero llegado de Corinto para anunciar a Edipo la muerte de Pólibo.

—Oh, oráculo de dios —gritó Yocasta—. ¿Dónde estás ahora? El hombre ha muerto, pero no a manos de su hijo.

El mensajero sonrió con inteligencia.

—¿Te fuiste de Corinto por miedo de matar a tu padre? —preguntó—. Oh, rey, no había razón para ello. No tenías nada que temer, porque no eres hijo de Pólibo. Él te crio como si lo fueras, pero te recibió de mis manos.

—¿Dónde me encontraste? —preguntó Edipo—. ¿Quiénes eran mi padre y mi madre?

—Nada sé de ellos —dijo el mensajero—. Un pastor trashumante te entregó a mí, sirviente de Layo.

Yocasta se puso blanca; una mirada de horror transfiguró su rostro.

—¿Por qué perdemos el tiempo con lo que dice este tipo? —gritó—. Nada nos importa lo que diga.

Habló tan rápido, con tal violencia, que Edipo apenas la entendía.

—¿Mi nacimiento no importa? —preguntó.

—Por amor de dios, no sigas —repuso ella—. Ya he tenido bastante dolor… —Y se marchó corriendo al palacio.

En ese momento, entró un anciano. Él y el mensajero se miraron con curiosidad.

—Este es el mismísimo hombre, oh, rey —gritó el mensajero —. Este es el pastor que te entregó a mí.

—Y tú —preguntó Edipo entonces al otro—, ¿le conoces como él te conoce a ti?

El anciano no quiso contestar, pero el mensajero insistió.

—Debes acordarte. Me diste una vez un bebé que habías encontrado. El rey que aquí ves es ese niño.

—Maldito seas —musitó el anciano—. Refrena tu lengua.

—¿Qué? —exclamó Edipo, furioso—. ¿Conspiras con él para ocultarme lo que deseo saber? Sabes que tengo formas de hacerte hablar.

—Oh, no me hagas daño —se lamentó el anciano—. Le entregué un bebé, pero no me preguntes más, amo, por amor de dios.

—Si tengo que ordenarte por segunda vez que me digas dónde lo encontraste, estás perdido —dijo Edipo.

—Pregunta a tu mujer —gritó el anciano—. Ella puede contártelo mejor.

—¿Fue ella quien me entregó a ti? —inquirió Edipo.

—Sí… sí… —gimió el pastor—. Yo tenía que matar al niño… había una profecía…

—Una profecía… —repitió Edipo— ¿la de que mataría a su padre?

—Sí —susurró el anciano.

El rey dejó escapar un grito agónico. Finalmente, todo estaba claro: «¡Todo es verdad! Que caigan las tinieblas sobre mí. Estoy maldito». Había matado a su padre y se había casado con su esposa, su propia madre. No había salvación para él, ni para sus hijos ni los hijos de sus hijos. Todos estaban malditos.

De vuelta al palacio, Edipo corrió como un loco buscando a su esposa que era su madre. La encontró en sus aposentos, muerta: al saber la verdad, se había suicidado. Allí mismo, junto a ella, también él atentó contra sí mismo, pero no matándose. Desde entonces, se refugió en el negro mundo de la ceguera: mejor estar allí que ver, con los ojos llenos de vergüenza, aquel mundo que tanto había brillado sobre él.

ANTÍGONA

He tomado esta historia de Antígona *y* Edipo en Colono *, dos obras de Sófocles, con la excepción de la muerte de Meneceo, que se cuenta en una tragedia de Eurípides,* Las suplicantes.

Tras el fin de Yocasta y de todos los males que había causado, Edipo siguió viviendo en Tebas y criando a sus hijos. Eran dos chicos, Polinices y Eteocles, y dos chicas, Antígona e Ismene. Los cuatro tuvieron poca fortuna, pero tampoco eran mons-

truos que hicieran estremecerse a quienes les veían, como había profetizado el oráculo a su padre. Los muchachos eran muy queridos por los tebanos, y las chicas eran las mejores hijas que un padre puede desear.

Por supuesto, Edipo había renunciado al trono, y tampoco lo aceptó Polinices, el hijo mayor. A los tebanos les parecía correcto, considerando la terrible posición de la familia, y aceptaron a Creonte, el hermano de Yocasta, como regente. Durante muchos años trataron a Edipo con amabilidad, pero llegó un día en el que decidieron desterrarlo. No se sabe por qué tomaron tal decisión, pero Creonte la aplaudió y los hijos la aceptaron. A Edipo solo le quedaron sus hijas, que le fueron leales a través de todas sus desgracias. Antígona le acompañó al destierro, para servirle de guía y cuidar de él, mientras que Ismene se quedó en Tebas velando por los intereses de su padre y para mantenerlo informado de cualquier acontecimiento que le concerniera.

Tras el exilio de Edipo, los dos hijos reclamaron su derecho al trono, intentando cada uno por su lado convertirse en rey. Venció Eteocles, a pesar de que era el más joven, y expulsó a su hermano de Tebas. Polinices se refugió en Argos y empezó a conspirar para que su nueva ciudad entrara en guerra con Tebas: tenía la intención de reunir un ejército y asaltar la ciudad.

En el curso de su triste errar, Edipo y Antígona llegaron a Colono, un precioso lugar cerca de Atenas, donde las que en un tiempo fueron Erinias o Furias, y que ahora se habían convertido en diosas benignas, las Euménides, tenían un lugar sagrado para ellas, que era por tanto un refugio para los suplicantes.

El anciano ciego y su hija encontraron allí un lugar donde se sentían seguros, y allí murió Edipo, feliz en sus últimos días tras una larga vida de mucha infelicidad. El oráculo, que en

tiempos había pronunciado terribles palabras para él, lo confortó en la hora de su muerte. Apolo le prometió que él, el infeliz, el exiliado sin hogar, atraería sobre el lugar donde estuviera su tumba una misteriosa bendición de los dioses. Teseo, el rey de Atenas, lo recibió con todos los honores, y el anciano murió con la satisfacción de que ya no iba a ser odioso para sus semejantes, sino bienvenido como benefactor de la tierra donde descansara.

Ismene, que había ido a Colono para contarle a su padre las buenas noticias de este oráculo, estaba con su hermana cuando él murió y después Teseo las mandó a ambas, sanas y salvas, de vuelta a su hogar. Al llegar, se encontraron con que uno de sus hermanos amenazaba la ciudad, decidido a conquistarla, mientras el otro afirmaba que la defendería hasta el final. Polinices, el atacante, defendía su derecho a la corona, mientras que el joven, Eteocles, luchaba por Tebas, para salvarla de la conquista. Para las jóvenes, sin embargo, era imposible tomar partido por uno de ellos.

A Polinices se le habían unido seis mandatarios, uno de ellos el rey de Argos, Adrasto, y otro el yerno de Adrasto, Anfiarao. Este último estaba allí muy en contra de su voluntad, porque era profeta y sabía que ninguno de los siete volvería vivo, excepto Adrasto. Sin embargo, había jurado que permitiría a su esposa, Erifile, que solventara las disputas que pudieran surgir entre él y su hermano. El juramento venía de una ocasión en que él y Adrasto habían reñido y Erifile había conseguido que se reconciliaran. Polinices se la ganó engatusándola con el maravilloso collar que había sido el regalo de boda de su antepasada Harmonía, y ella obligó a su marido ir a la guerra.

Siete paladines atacaban las siete puertas de Tebas, y siete hombres de igual mérito las defendían desde dentro. Eteocles

guardaba la puerta por la que intentaría entrar Polinices. Sus hermanas, en palacio, aguardaban la noticia de que uno de ellos había matado al otro. Pero, antes de que se celebrara el combate decisivo, ya había muerto por su país un joven tebano que aún no había llegado a la edad adulta, y que al morir mostró que era el más noble de sus compatriotas. Se trataba del menor de los hijos de Creonte, Meneceo.

Tiresias, el profeta que había llevado tantas y tan dolorosas profecías a la familia real, había sido el portador de una más. Le dijo a Creonte que Tebas solo se salvaría si Meneceo era sacrificado. El padre se negó en redondo a hacer semejante cosa: estaba dispuesto a morir él mismo, dijo, «pero ni siquiera por mi ciudad mataré a mi hijo». Entonces se dirigió a Meneceo, que estaba presente cuando Tiresias habló, y le dijo:

—Levántate, hijo mío y corre lo más rápido que puedas antes de que la ciudad lo sepa.

—¿Adónde, padre? —preguntó el muchacho—. ¿Qué ciudad he de buscar? ¿A qué amigo?

—Lejos, muy lejos —contestó el padre—. Yo encontraré los medios… encontraré oro.

—Ve a por él entonces —repuso dijo Meneceo.

Pero, en cuanto Creonte salió, el joven pronunció unas palabras muy distintas:

Mi padre, que robaría la esperanza a nuestra ciudad,
me hace un cobarde. Ah, bien, es mayor,
y por ello será perdonado. Pero yo soy joven.
Y si traiciono a Tebas no tengo perdón.
¿Cómo puede pensar que no salvaré la ciudad
y no iré directo hacia la muerte por ella?
¿Qué sería de mi vida si huyera

cuando puedo liberar a mi país?

Salió entonces para unirse a la batalla y, como era totalmente inexperto en las artes guerreras, fue abatido de inmediato.

Mientras tanto, ni asediados ni asediadores eran capaces de sacar ventaja al otro, y finalmente ambas partes acordaron que el asunto se decidiera con un combate entre los hermanos. Si Eteocles era el vencedor, el ejército argivo se rendiría; si Eteocles resultaba vencido, Polinices sería el rey. Pero no hubo victoria: se mataron el uno al otro. Eteocles cayó mirando a su hermano y sollozando, sin fuerzas para hablar. Polinices consiguió murmurar unas palabras: «Mi hermano, mi enemigo amado, amado siempre. Entiérrame en mi hogar, para que al menos tenga eso de mi ciudad».

Como este resultado no decidía nada, se reanudó la batalla. Pero Meneceo no había muerto en vano: al final los tebanos prevalecieron y de los siete paladines todos fueron abatidos excepto Adrasto, que se retiró con su maltrecho ejército en dirección a Atenas. En Tebas, Creonte tomó el mando y decretó que ninguno de los que había atacado su ciudad recibiera sepultura. Eteocles debía ser honrado con todos los ritos que reciben los nobles a su muerte, pero el cuerpo de Polinices se dejaría a merced de las bestias y las aves, para que lo hicieran pedazos y lo devoraran. Esta venganza sobrepasaba los límites de la ley divina y los del derecho; equivalía a castigar a un muerto. Las almas de los no enterrados no podían cruzar el río que rodea el reino de los muertos, y debían por tanto vagar desoladas, sin lugar donde permanecer ni sitio donde aliviar su fatiga. Enterrar a los muertos era la obligación más sagrada; y no solo a los propios, sino también a cualquier extraño. Pero esta obligación, ante la proclama de Creonte, se había convertido en un delito: quien enterrara a Polinices sería castigado con la muerte.

Antígona e Ismene supieron con horror de esta decisión de Creonte. Ismene, espantada, pensaba sin embargo que no podía hacerse nada por aquel pobre cadáver, por aquella alma solitaria y sin hogar: había que ceder. Antígona y ella estaban solas. La ciudad entera saltaba de júbilo por el terrible castigo que iba a recibir el hombre que trajera la guerra a Tebas.

—Somos mujeres —le dijo Ismene a su hermana—. Debemos obedecer. No tenemos fuerza para desafiar al Estado.

—Haz tú lo que quieras —repuso Antígona—: yo me voy a enterrar a mi hermano amado.

—No tienes la suficiente fuerza —gritó Ismene.

—Pues ya me rendiré cuando me fallen las fuerzas —contestó Antígona, y salió dejando a su hermana, que no se atrevió a seguirla.

Unas horas después, un grito sobresaltaba el palacio de Creonte.

—¡Polinices ha sido enterrado contraviniendo tus órdenes!

Creonte se levantó de un salto y se encontró frente a los guardias que había enviado para custodiar el cadáver y a Antígona.

—Esta muchacha lo enterró —gritaron los guardias—. Nosotros la vimos. Aprovechó una tormenta de arena para hacerlo y, cuando se despejó, el cuerpo ya estaba bajo tierra y ella haciendo una ofrenda al muerto.

—¿Sabías de mi edicto? —le preguntó Creonte.

—Sí —contestó Antígona.

—Y, ¿transgredes la ley?

—Es tu ley, pero no la de la justicia en la que moran los dioses —contestó Antígona—. Las leyes no escritas e inmutables de los dioses no son para hoy ni para ayer: son para siempre.

En ese momento llegó al palacio Ismene, llorando, para secundar a su hermana.

—Yo la ayudé —sollozaba.

Pero Antígona no estaba dispuesta a permitirlo.

—Ella no tiene parte en esto —le dijo a Creonte, ordenándole a su hermana que dejara de repetir esas palabras—. Tú elegiste vivir, y yo elegí la muerte.

Y así habló a todos los que la miraban mientras la conducían al sacrificio:

Contempladme, mirad que sufro

por haber cumplido la ley más elevada.

Ismene desapareció. No hay historias, ni poemas sobre ella. Y de la casa de Edipo, la última de la familia real de Tebas, ya nunca se supo más.

Los Siete contra Tebas

Dos grandes escritores contaron esta historia en sendas obras: Esquilo y una de Eurípides. He elegido la versión de este último porque, como ocurre tan a menudo con él, refleja admirablemente nuestro punto de vista. Esquilo cuenta la historia espléndidamente, pero en sus manos se convierte en un conmovedor poema marcial. La obra de Eurípides, Las suplicantes*, muestra su mentalidad moderna más que cualquier otra de sus obras.*

Polinices había recibido sepultura, pagada con la vida de su hermana; su alma era libre de cruzar al otro lado del río y encontrar su lugar entre los muertos. Pero cinco de los mandatarios que habían marchado con él sobre Tebas yacían sin ser enterrados y, según el decreto de Creonte, así se quedarían para siempre.

Adrasto, el único de los siete paladines que seguía vivo, acudió a Teseo, rey de Atenas, suplicándole que convenciera a los

tebanos para enterrar aquellos cuerpos. Le acompañaban las madres y los hijos de los muertos.

—Solo buscamos —dijo Adrasto— el entierro de los hombres a los que hemos perdido. Rogamos tu ayuda, porque Atenas se compadece de todas las ciudades

—No seré vuestro aliado —contestó Teseo—. Guiaste a tu pueblo contra Tebas. La guerra fue cosa tuya, no de ellos.

Pero Etra, la madre de Teseo, a quien se habían dirigido las demás madres apenadas, se atrevió interrumpir a los dos reyes.

—Hijo mío —dijo—, ¿puedo hablar por tu honor y por Atenas?

—Habla —contestó él, y la escuchó atentamente mientras la mujer abría su corazón.

—Tú estás obligado a defender a los perjudicados —dijo—. Estás obligado a hacer cumplir la ley a esos hombres crueles que niegan a los muertos el entierro. Eso es sagrado en toda Grecia. ¿Qué es lo que mantiene unidos nuestros estados, y todos los grandes estados del mundo, sino el cumplimiento de las grandes leyes y del derecho?

—Tienes mucha razón, madre —exclamó Teseo—; sin embargo, no puedo tomar esta decisión yo solo, porque he hecho de esta tierra un Estado libre donde todos votan por igual. Si los ciudadanos consienten, iré a Tebas.

Las pobres mujeres, y Etra con ellas, se quedaron esperando mientras deliberaba la asamblea que decidiría la buena o mala fortuna de sus hijos muertos. Juntas, rezaron.

—Oh, ciudad de Atenas, ayúdanos, haz que las leyes de la justicia no sean ultrajadas y que en todos los países los desfavorecidos y oprimidos sean liberados.

Cuando Teseo volvió, traía buenas noticias. La asamblea había decidido enviar a los tebanos el mensaje de que Atenas deseaba la buena vecindad, pero que no podía quedarse inmóvil mientras se cometía aquel grave error. «Cede a nuestra petición —dirían a Tebas—. Solo pedimos lo que es justo. Si vosotros no lo hacéis, elegís entonces la guerra, puesto que debemos luchar por aquellos que ahora están indefensos.»

No había acabado de hablar, cuando entró un heraldo y preguntó:

—¿Quién es el señor aquí, el señor de Atenas? Traigo un mensaje del amo de Tebas.

—Buscas a alguien que no existe —contestó Teseo—. Aquí no hay amo. Atenas es libre y la gobierna su pueblo.

—Eso a Tebas le viene muy bien —exclamó el heraldo—. Nuestra ciudad no está gobernada por el populacho que se deja llevar aquí o allá, sino por un hombre. ¿Cómo puede una multitud ignorante dirigir sabiamente el curso de un país?

—Nosotros, en Atenas —dijo Teseo—, escribimos nuestras propias leyes y luego todos nos sometemos a ellas. Sostenemos que no hay peor enemigo para un Estado que aquel que guarda la ley en sus propias manos. Tenemos esa gran ventaja: sabemos que nuestra tierra se alegra por todos sus hijos, que si son fuertes y poderosos es gracias a su sabiduría y justicia. Pero a un tirano tal cosa le parece odiosa. Él los mata, temiendo que puedan actuar en detrimento de su poder. Regresa a Tebas y di que sabemos cuánto mejor para los hombres es la paz que la guerra. Los estúpidos corren a la guerra para esclavizar a un Estado más débil. Nosotros no haremos daño a tu Estado. Solo queremos a los muertos; queremos devolver a la tierra esos cuerpos que ningún hombre posee, sino que habita como un huésped temporal. El polvo debe volver al polvo.

Creonte hizo oídos sordos a este alegato de Teseo, y los atenienses marcharon contra Tebas, conquistándola. Los ciudadanos, aterrorizados, pensaban que serían asesinados o esclavizados, y que su ciudad quedaría reducida a cenizas. Pero, aunque el ejército ateniense encontró el camino de la victoria expedito, Teseo hizo a sus hombres contenerse.

—No vamos a destruir la ciudad —les dijo—, sino solo a reclamar los muertos.

—Y nuestro rey —dijo el mensajero que llevó las noticias al pueblo de Atenas, que esperaba expectante—, Teseo, preparó él mismo para la tumba a esos cinco pobres cadáveres, lavándolos, cubriéndolos y acomodándolos en unas angarillas.

Las apenadas madres sintieron al fin cierto alivio cuando sus hijos fueron colocados en la pira funeraria con todas las reverencias y honores. Adrasto pronunció el elogio fúnebre.

—Aquí yace Capaneo, un hombre rico y poderoso, pero tan humilde como un mendigo y un verdadero amigo para todos. No conocía la picardía: en sus labios solo hubo palabras amables. Eteocles le sigue, pobre en todo excepto en honor; en eso fue rico. Cuando los hombres le ofrecían oro, lo rehusaba; no quiso ser un esclavo de las riquezas. Junto a él yace Hipomedón, un hombre que sufría las privaciones con alegría, un cazador y soldado. Desde la infancia desdeñó la vida fácil. El hijo de Atalanta, Partenopeo, está a su lado; amado por muchos hombres y muchas mujeres, nunca hizo mal a nadie. Se alegraba con el bien de su país, se entristecía con sus males. El último es Tideo, un hombre callado; razonaba mejor con la espada y el escudo. Su alma era noble y sus hazañas, mejor que sus palabras, revelan su altura.

Cuando la pira estuvo encendida, apareció una mujer en lo alto, de pie sobre una roca. Era Evadne, la esposa de Capaneo.

Gritó:

He hallado la luz de tu pira, tu tumba.
Terminaré allí el sufrimiento y la angustia de mi vida.
Oh, dulce muerte es morir con el muerto querido al que amo.

Y se arrojó a la pira en llamas, partiendo junto a su marido hacia el mundo de abajo.

Las madres hallaron así la paz, sabiendo que el alma de sus hijos descansaba al fin. Pero no los hijos jóvenes de los muertos: ellos juraron, ante las llamas de la pira, que se vengarían de Tebas cuando fueran adultos. «Nuestros padres duermen en la tumba, pero el mal que les hicieron no dormirá nunca», dijeron. Diez años más tarde, atacaron Tebas y vencieron; los tebanos, conquistados, huyeron y la ciudad quedó reducida a polvo. Solo quedó, de Tebas, el collar de Harmonía, que fue llevado a Delfos y contemplaron allí los peregrinos durante cientos de años. Estos hijos de los siete paladines, aunque vencieron donde sus padres fracasaron, siempre fueron llamados los Epígonos, «los nacidos después», como si hubieran llegado al mundo demasiado tarde, cuando todas las grandes hazañas ya se habían realizado.

Pero, cuando cayó Tebas, los barcos griegos no habían zarpado aún hacia tierras troyanas y el hijo de Tideo, Diomedes, alcanzaría la fama como uno de los más gloriosos guerreros que lucharon ante los muros de Troya.

III
La casa real de Atenas

He tomado la historia de Procne y Filomela de Ovidio, que es quien mejor la cuenta aunque en ocasiones resulta increíblemente malo. Por ejemplo, dedica quince largas líneas (que omito) a describir exactamente cómo le cortan la lengua a Filomela y a qué recuerda mientras «palpita» sobre la tierra donde Tereo la ha arrojado. Los poetas griegos no son dados a tales detalles, pero el latino no tiene ningún tipo de objeción. He seguido a Ovidio también para la mayor parte de las historias de Procris y Oritía, tomando unos pocos detalles de Apolodoro. El relato de Creúsa e Ión es el tema de una obra de Eurípides, una de las muchas en las que intentó mostrar a los atenienses cómo eran realmente los dioses mitológicos cuando se les juzgaba según los estándares humanos normales de piedad, honor y autocontrol. La mitología griega estaba llena de historias, como la del rapto de Europa, en las que no hay la menor sugerencia de que la deidad en cuestión haya actuado de manera poco divina. En su versión de la historia de Creúsa, Eurípides le dice a su audiencia: «Mirad a vuestro Apolo, señor de la lira, brillante como el sol, el puro dios de la verdad. Esto es lo que hizo. Forzó brutalmente a una joven indefensa y luego la abandonó». El final de la mitología griega estaba cerca cuando tales obras llenaban las casas de Atenas.

De todas las familias mitológicas, la de Atenas se distingue especialmente por los singulares sucesos en que se vieron envueltos sus miembros. Ninguna otra historia contiene elementos tan extraños como esta.

Cécrope

El primer rey de Ática se llamó Cécrope. No tenía antepasados humanos, y él mismo solo lo era a medias.

Cécrope, señor y héroe

nacido de dragón
y medio dragón él mismo.

Se le consideraba el responsable de que Atenea fuera la diosa protectora de Atenas. También Poseidón quería tener a su cargo la ciudad y, para mostrar lo buen benefactor que podía ser, golpeó la roca de la Acrópolis con su tridente e hizo manar una fuente de agua salada de la grieta. Pero Atenea hizo algo mejor: consiguió que creciera allí un olivo, el árbol más apreciado en Grecia.

El olivo de verde plateado
mostró Atenea a los hombres
gloria y corona de la brillante Atenas.

En agradecimiento por este gran regalo, Cécrope, al que habían nombrado árbitro, decidió que Atenas se consagraría a ella. Poseidón se enfadó enormemente y castigó al pueblo enviándoles una desastrosa inundación. Hay un relato sobre esta contienda entre las dos deidades en el que el sufragio femenino juega un papel importante. En aquellos días remotos, se nos dice, las mujeres votaban al igual que los hombres, pero todas daban su voto a las diosas mientros ellos se inclinaban siempre por los dioses. Atenea ganó porque había una mujer más. Los hombres, como Poseidón, se disgustaron mucho con este triunfo femenino y, mientras el dios procedía a inundar la tierra, los hombres decidieron quitarles el voto a las féminas. Sin embargo, Atenea conservó Atenas.

La mayoría de los escritores dicen que estos hechos ocurrieron antes del Diluvio y que el Cécrope que pertenecía a la famosa familia ateniense no era la antigua criatura mitad dragón y mitad humano, sino un hombre normal, que debía su importancia a su ilustre parentesco. Era hijo de un célebre rey, sobrino de dos heroínas mitológicas famosas y hermano de otras

tres. Y, por encima de todo, era el bisabuelo del héroe de Atenas, Teseo.

De su padre, Erecteo de Atenas, se solía decir que era el rey durante cuyo reinado llegó Deméter a Eleusis y comenzó la agricultura. Erecteo tenía dos hermanas, Procne y Filomela, cuyas desgracias se hicieron muy famosas. Su historia es una verdadera tragedia.

Procne y Filomela

Procne, la mayor, estaba casada con Tereo de Tracia, uno de los hijos de Ares, que demostró haber heredado todas las detestables cualidades de su padre. Tenían un hijo llamado Itis, y, cuando este cumplió cinco años, Procne, que había vivido hasta entonces en Tracia lejos de su familia, le rogó a Tereo que le permitiera invitar a su hermana Filomela a visitarla. Él accedió y dijo que él mismo iría a Atenas para acompañarla durante el viaje. Pero, tan pronto como sus ojos se posaron en su cuñada, se enamoró de ella; Filomela era hermosa como una ninfa o una náyade. Tereo convenció fácilmente a su padre para que le permitiera viajar con él, y la chica estaba feliz ante la perspectiva de la visita. Todo fue bien durante el viaje, pero, cuando desembarcaron y emprendieron el camino por tierra hacia el palacio, Tereo le dijo a Filomela que había recibido la noticia de la muerte de Procne y la forzó a un matrimonio simulado. Poco después, sin embargo, la joven supo la verdad, y cometió la imprudencia de amenazar a Tereo con decírselo a todo el mundo, y convertirlo así en un paria. Él, furioso y lleno de temor, la agarró y le cortó la lengua. Luego la dejó guardada a buen recaudo en lugar seguro, y fue a Procne contándole la historia de que Filomela había muerto durante el viaje.

La situación de Filomela parecía desesperada: estaba silenciada, no podía hablar, y en aquellos días no había escritura. Pa-

recía que Tereo estaba a salvo. Sin embargo, aunque la gente de entonces no escribía, podían contar historias sin necesidad de palabras porque eran magníficos artesanos, los mejores que ha habido nunca. Un herrero podía hacer un escudo que mostrara la caza de un león, dos leones devorando un toro mientras los cazadores azuzaban a sus perros para que atacaran. O una escena de cosecha, un campo con recolectores y agavilladores, y un viñedo atestado de racimos de uva que los jóvenes y las doncellas recolectaban en cestos mientras uno de ellos tocaba el caramillo para animar la tarea. Las mujeres eran igualmente diestras en este tipo de trabajos: podían bordar, sobre los preciosos tejidos que elaboraban, unas siluetas tan llenas de vida que quien las viera podía leer el relato que narraran. Así que Filomela se dirigió a su telar: tenía el mejor motivo que nunca haya tenido ningún artista para exponer claramente la historia que iba a bordar. Con gran sufrimiento e incomparable destreza, creó un maravilloso tapiz sobre el que se revelaba la historia completa de sus tristes aventuras y se lo entregó a la anciana que la atendía con el encargo de que se lo hiciera llegar a la reina.

Orgullosa de portar tan bello regalo, la anciana se lo llevó a Procne, que todavía vestía luto riguroso por su hermana y estaba tan de duelo por dentro como por fuera. La reina desenrolló el tejido y allí vio a Filomela, con su propio rostro y su misma silueta, y a Tereo igualmente inconfundible. Con horror leyó lo que había ocurrido, que estaba tan claro como impreso, y se sintió tan ultrajada que decidió dominarse: no había lugar para las lágrimas ni para las palabras. Todos sus pensamientos se concentraron en liberar a su hermana y en maquinar un castigo adecuado para su marido.

Primero, fue a donde estaba Filomela, sin duda a través de la anciana mensajera, y tras decirle a la pobre chica que no podía responder que lo sabía todo, la llevó consigo al palacio. Allí, mientras Filomela lloraba, Procne pensó: «Ya lloraremos después», y le dijo a su hermana: «Estoy dispuesta a todo con tal de que Tereo pague por lo que te ha hecho». En este momento, entró en la estancia Itis, su hijito, y la madre al mirarlo pensó que lo odiaba. «Como tu padre eres», dijo lentamente, y esas palabras le revelaron claramente cuál era el plan. Mató al niño de una puñalada, troceó el pequeño cadáver, coció los miembros en un gran perol al fuego y se lo servió a Tereo esa misma noche, durante la cena. Tras observarlo atentamente mientras comía, le dijo al final qué contenía el plato que acababa de degustar.

Al principio, el horror de Tereo fue tal que se quedó inmóvil, y las dos hermanas pudieron huir. Cerca de Dáulide, sin embargo, les dio alcance y ya iba a matarlas cuando de repente los dioses las convirtieron en pájaros: Procne en un ruiseñor y Filomela en golondrina, que solo pía y no puede cantar porque tiene la lengua cortada. Procne,

El pájaro de castañas alas,
el ruiseñor musical,
que pena eternamente: oh, Itis, mi hijo
para mí perdido, perdido, perdido.

Su canción es la más dulce de todas las aves, porque también es la más triste. Nunca olvida al hijo al que mató. El infeliz Tereo también quedó convertido en ave, un horrible pájaro con enorme pico, que algunos identifican con el halcón.

Los escritores romanos que contaron la historia confundieron de algún modo a las hermanas y decían que la que no tenía

lengua, Filomela, era el ruiseñor. Esto es absurdo, obviamente, pero así se la llama siempre en la poesía inglesa.

Procris y Céfalo

Procris era sobrina de las desgraciadas Procne y Filomela, y su historia es casi tan trágica como la de ellas. Se casó muy felizmente con Céfalo, un nieto de Éolo, el rey de los vientos, pero llevaban casados solo unas semanas cuando a él se lo llevó todo un personaje, nada menos que la mismísima Aurora, la diosa del amanecer. Él era amante de la caza y solía levantarse temprano para perseguir a los venados; por eso, al romper el día, Aurora veía a menudo al joven cazador y finalmente se enamoró de él. Pero Céfalo amaba a Procris y su corazón era solo de ella: ni siquiera aquella radiante diosa podía conseguir que le fuera infiel. Enfurecida ante esta obstinada devoción e incapaz de debilitarla con ninguno de sus ardides, Aurora finalmente lo expulsó diciéndole que volviera con su esposa, pero que se asegurara bien de que ella le había sido igual de fiel en su ausencia.

Esta insinuación llena de maldad volvió loco de celos a Céfalo: había estado tanto tiempo fuera y Procris era tan bella… Así que pensó que no podría quedarse tranquilo a menos que le quedara probado, sin duda alguna, que Procris solo lo quería a él y no cedía ante ningún otro amante. Decidió entonces disfrazarse, y algunos dicen que Aurora lo ayudó. Sea como sea, el disfraz era tan hábil que cuando volvió al hogar nadie lo reconoció. Era reconfortante ver que toda la casa anhelaba su regreso, pero su propósito se mantuvo firme. Sin embargo, cuando Procris lo recibió su pena era tan evidente, su rostro estaba tan triste y sus maneras eran tan apagadas que estuvo a punto de olvidar su propósito. Pero no lo hizo porque no se le iban de la cabeza las palabras burlonas de Aurora. Céfalo empezó de

inmediato a intentar que Procris se enamorara del falso extranjero que era. Le hizo la corte apasionadamente, recordándole sin cesar que su marido la había abandonado. Sin embargo, durante mucho tiempo no pudo conmover su corazón; a todas sus súplicas, ella daba la misma respuesta.

—Le pertenezco a él. Sigo enamorada de él, donde quiera que esté.

Pero un día, mientras él la cubría de promesas, incentivos y peticiones, ella dudó; no se rindió, solo se negó con algo menos de firmeza, pero a Céfalo le pareció suficiente. Gritó:

—Oh, mujer falsa y desvergonzada, soy tu marido. Con mis propios ojos he visto que eres una traidora.

Procris le miró. Luego se volvió y, sin una palabra, le dejó y dejó también su casa. Su amor por él parecía haberse transformado en odio: maldijo a toda la raza masculina y se fue a las montañas a vivir sola. Céfalo, sin embargo, había recuperado rápidamente el sentido común, dándose cuenta del vergonzoso papel que había hecho. La buscó por todas partes hasta que por fin la encontró, y le pidió perdón humildemente.

Ella no fue capaz de volver con él de inmediato, tan resentida estaba por la decepción que le había causado. Pero, finalmente, Céfalo la recuperó y pasaron juntos unos años muy felices. Entonces, un día se fueron a cazar, como a menudo hacían. Procris le había regalado a Céfalo una jabalina que nunca fallaba el objetivo. Al llegar al bosque, marido y mujer se separaron para buscar la caza. Céfalo iba mirando atentamente a su alrededor y vio que algo se movía en la espesura, frente a él. Arrojó la jabalina y dio en el blanco: Procris estaba allí y cayó al suelo muerta, con el corazón atravesado.

Oritía y Bóreas

Oritía era una de las hermanas de Procris. Bóreas, el viento del norte, se enamoró de ella, pero su padre, Erecteo, y todo el pueblo de Atenas, se opusieron a esta unión. Tras el triste destino de Procne y Filomela y dado que el malvado Tereo procedía del norte, habían llegado a odiar todo lo que viviera allí y rehusaron entregarle la doncella a Bóreas. Pero eran estúpidos si creían que podrían retener aquello que el viento del norte quería llevarse. Un día, estaba la joven jugando con sus hermanas a la orilla de un río cuando Bóreas se convirtió en una gran ráfaga de viento y se la llevó. Le dio dos hijos, Zetes y Calais, que años después participaron en la búsqueda del Vellocino de Oro con Jasón.

En una ocasión estaba Sócrates, el gran sabio ateniense que vivió cientos, quizás miles, de años después de que se narraran por primera vez estas historias mitológicas, paseando con un joven al que apreciaba mucho llamado Fedro. El chico le preguntó:

—Dime, Sócrates, ¿no fue por algún sitio de estos junto al Iliso donde se cuenta que Bóreas arrebató a Oritía?

—Sí que se cuenta —dijo Sócrates.

—Entonces ¿fue por aqui? Grata, pues, y límpida y diáfana parece la corriente del arroyuelo. Muy a propósito para que jugueteen en ella unas muchachas.

—No, no fue aquí —dijo Sócrates—, sino dos o tres estadios más abajo. Por algún sitio de esos hay un altar, dedicado a Bóreas. No estoy muy seguro.

—Pero dime, por Zeus —siguió el chico—, ¿crees tú que todo ese mito es verdad?

—Si no me lo creyera, como hacen los sabios, no sería nada extraño.

Esta conversación tuvo lugar a finales del siglo v antes de Cristo: las viejas historias habían comenzado ya a perder su arraigo en la mente de los hombres.

Creúsa e Ión

Creúsa era hermana de Procris y Oritía, y como ellas una mujer desdichada. Un día, siendo apenas una niña, estaba recogiendo azafrán en un acantilado donde había una cueva profunda. Tenía ya el velo, que había usado como cesta, lleno de flores amarillas y volvía en dirección a su casa, cuando la apresaron los brazos de un hombre que había aparecido como de la nada, algo invisible que de repente se dejaba ver. Era divinamente bello, pero la chica sintió tal terror y angustia que ni se dio cuenta. Gritó llamando a su madre, pero nadie acudió en su rescate: su captor era el mismísimo Apolo, y la hizo entrar en la oscura cueva. Ella sintió odio por él, aunque fuera un dios, sobre todo cuando le llegó el momento de dar a luz y él no dio señales de vida ni le prestó ayuda. Creúsa no se atrevía a decírselo a sus padres; el hecho de que su amante fuera un dios y la hubiera forzado no era excusa suficiente. Una muchacha se arriesgaba a la muerte si confesaba.

Así que, llegado el momento, Creúsa se marchó sola a la misma cueva oscura; allí nació su hijo, y allí lo abandonó ella para que muriera. Pero luego, guiada por la angustia de saber qué había sido de él, regresó. La cueva estaba vacía y no se veían manchas de sangre. Era seguro que el niño no había sido devorado por ningún animal salvaje. Además, y esto era rarísimo, las suaves prendas con que lo había envuelto, su velo y una capa tejida por sus propias manos, tampoco estaban. La joven se preguntó, atemorizada, si habría entrado un gran águila o un buitre, llevándose al bebé en sus crueles garras con ropas y todo. Parecía la única explicación posible.

Poco tiempo después, el rey Erecteo, su padre, le concedió su mano a un extranjero que le había ayudado en una guerra. Este hombre, de nombre Juto, era griego, desde luego, pero no provenía ni de Atenas ni del Ática, así que se le consideraba un extranjero y como tal se le despreciaba. Creúsa y él no tuvieron descendencia, y a nadie le parecía una desgracia más que a Juto. Él, mucho más que Creúsa, deseaba apasionadamente un hijo. Fueron por consiguiente a Delfos, el refugio de los griegos cuando tenían problemas, para preguntar al dios si tenían razones para seguir esperando.

Dejando a su marido en la ciudad, Creúsa subió al santuario sola. En el patio exterior se encontró a un bello muchacho con atuendo sacerdotal que se afanaba en purificar el sagrado lugar con agua de una vasija dorada, cantando mientras trabajaba un himno de alabanza al dios. El chico y aquella dama bella y majestuosa se miraron con amabilidad y empezaron a hablar. Él le dijo que veía claramente que era noble de nacimiento y que disfrutaba de buena fortuna. Pero ella respondió con amargura:

—¡Buena fortuna! Di más bien que los sufrimientos me hacen la vida insoportable.

Estas palabras resumían todas sus desgracias: su terror y dolor de tantos años, su pena por su hijo, la carga del secreto que le había pesado largo tiempo. Pero, viendo la mirada asombrada del joven, se repuso y le preguntó quién era, tan joven y aparentemente tan dedicado a este alto servicio, uno de los más sagrados de Grecia.

Él le dijo que su nombre era Ión, pero que no sabía de dónde venía. La pitonisa, sacerdotisa y profetisa de Apolo, lo había encontrado una mañana, cuando era un bebé, en las escaleras de un templo, y le había educado con la ternura de una madre.

Siempre había sido feliz, trabajando alegremente en el templo, orgulloso de servir no a los hombres, sino a los dioses.

Luego, Ión se aventuró a preguntarle a ella la razón de su tristeza y de sus lágrimas. Le dijo que no era ese el modo en que los peregrinos llegaban a Delfos, sino que se regocijaban al verse cerca del puro brillo de Apolo, el dios de la verdad.

—¡Apolo! —exclamó Creúsa—. ¡No! No es así como yo me acerco a él.

Luego, en respuesta a la mirada de reproche de Ión, le dijo que había llegado a Delfos con una misión secreta. Su marido venía para preguntar si podía esperar un hijo, pero el propósito de ella era averiguar qué había sido de un bebé que era el hijo de… dudó, se calló.

Luego habló rápidamente:

—… de una amiga mía, una mujer desgraciada a quien nuestro sagrado dios délfico ultrajó. Y, cuando nació el niño que él la forzó a tener, ella lo abandonó. Debe de estar muerto. Ocurrió hace años. Pero ella desea asegurarse, saber cómo murió. Así que yo he venido para preguntarle a Apolo en nombre de mi amiga.

Ión estaba horrorizado ante la acusación que levantaba contra su amo y señor.

—No es verdad —dijo acalorado—, tuvo que ser otro hombre, y ella excusa su vergüenza haciéndola recaer sobre el dios.

—No —afirmó Creúsa, tajante—. Fue Apolo.

Ión se quedó callado. Luego sacudió la cabeza.

—Aunque fuera cierto —dijo al fin—, cometes una estupidez. No debes acercarte al altar del dios para intentar probar que es un villano.

Creúsa sintió que su voluntad decaía al oír a aquel muchacho desconocido.

—No lo haré —dijo entonces, sumisa—. Seguiré tu consejo.

En su interior se estaban despertando unos sentimientos que le resultaban desconocidos. Y allí estaban, mirándose uno al otro, cuando llegó Juto con la alegría pintada en el rostro y trayendo buenas noticias. Le tendió los brazos a Ión, que retrocedió con desconfianza; pero Juto consiguió abrazarlo, para gran incomodidad del chico.

—Eres mi hijo —gritó—. Apolo así lo ha declarado.

Creúsa sintió que el corazón se le inundaba de amargo rechazo hacia Juto.

—¿Tu hijo? —se le enfrentó—. ¿Y quién es la madre?

—No lo sé. —Juto estaba confuso—. Creo que es mi hijo, pero quizá el dios me lo haya regalado a mí. En cualquier caso, es mío.

En ese momento se unió al grupo —Ión frío como el hielo, Juto desconcertado pero feliz, Creúsa sintiendo que odiaba a los hombres y que no cargaría con un hijo de una mujer desconocida y vil que le endosaran— la anciana sacerdotisa, la vidente de Apolo. Llevaba en la mano dos objetos que hicieron que Creúsa, a pesar de todas sus preocupaciones, la mirara con los ojos abiertos de par en par. Uno era un velo y el otro la capa de una doncella.

La venerable mujer le dijo a Juto que el sacerdote deseaba hablar con él, y en cuanto se fue, ella entregó a Ión lo que portaba.

—Querido muchacho —dijo—, debes llevar esto contigo cuando vayas a Atenas con tu nuevo padre. Son las ropas que te envolvían cuando te encontramos.

—Oh —exclamó Ión—, mi madre debió de ponérmelas: son una pista para llegar a ella. La buscaré por todas partes, por toda Europa y por toda Asia.

Pero Creúsa se había acercado a él sigilosamente y, antes de que él pudiera retroceder ofendido como antes, le rodeó el cuello con los brazos y lloraba con el rostro apoyado sobre él, llamándole «hijo mío, hijo mío».

Esto ya fue demasiado para Ión.

—Debe de estar loca —gritó.

—No, no —dijo Creúsa—. Ese velo, esa capa, son mías. Yo te cubrí con ellas cuando te abandoné. Mira. Esa amiga que te dije… no era mi amiga, sino yo misma. Apolo es tu padre. Oh, no te vayas. Puedo probarlo. Desenvuelve las ropas: te diré todos los bordados que tienen. Las hice con estas manos. Y mira, encontrarás dos pequeñas serpientes de oro prendidas a la capa. Yo las puse allí.

Ión halló lo que decía y se quedó mirando primero a los objetos y luego a ella.

—Mi madre —dijo, maravillado—. Pero entonces ¿acaso miente el dios de la verdad? Dijo que era hijo de Juto. Oh, madre, no entiendo nada…

—Apolo no ha dicho que fueras verdaderamente hijo de Juto: te daba a él como un regalo —lloró Creusa, pero ella temblaba también.

De repente, llegó de las alturas un resplandor que los cubrió a los dos y les hizo alzar la vista. Todas sus aflicciones quedaron suspendidas en el asombro y la maravilla, viendo una forma divina, de incomparable belleza y majestad.

—Soy Atenea —dijo la aparición—. Apolo me ha enviado para deciros que Ión es hijo suyo y tuyo. Él lo trajo aquí desde la

cueva donde lo dejaste. Llévalo contigo a Atenas, Creúsa: merece gobernar sobre mi ciudad y mi tierra.

Luego se desvaneció. La madre y el hijo se miraron con perfecta felicidad. Pero… ¿y Creúsa? ¿Le compensaría esta reaparición de Apolo por todo lo que había sufrido? No podemos más que intentar adivinarlo: la historia no lo cuenta.

Sexta parte
LOS MITOS MENORES

I

Midas (entre otros)

Midas

Quien mejor cuenta la historia de Midas es Ovidio, de quien la he tomado. Para Esculapio, mi autoridad es Píndaro, que narra su vida entera. Las danaides son el tema de una de las obras de Esquilo. Glauco y Escila, Pomona y Vertumno, Erisictón y los demás, provienen todos de Ovidio.

Midas, cuyo nombre se ha convertido en sinónimo de «rico», disfrutó muy poco de sus riquezas: la experiencia de tenerlas le duró menos de un día, y fue suficiente para que por poco muriera por ellas. Fue un ejemplo de que la estupidez es tan fatal como el pecado; no tuvo ninguna mala atención, pero tampoco usaba la inteligencia. De hecho, de la historia se deduce que la inteligencia no le sobraba.

Era el rey de Frigia, la tierra de las rosas, y grandes jardines de estas flores rodeaban su palacio. En ellos una vez se extravió el anciano Sileno, que, ebrio como siempre, se había alejado de la comitiva de Baco y se había desorientado. El anciano, gordo y borracho, apareció dormido en un emparrado de rosas, donde lo encontraron unos sirvientes de palacio que, muertos de risa, lo cubrieron de guirnaldas, lo coronaron de rosas, lo despertaron y lo llevaron ante el rey en procesión festiva. Midas le dio la bienvenida y se entretuvo con él durante diez días. Luego se lo devolvió a Baco, que, encantado de tenerlo otra vez, le dijo a Midas que haría realidad cualquier deseo suyo. Sin pensárselo apenas y sin valorar lo que inevitablemente ocurriría, Midas expresó el deseo de que todo lo que él tocara se convirtiera en oro. Por supuesto, Baco previó, al otorgarle el favor, lo que le ocurriría en la siguiente comida, pero Midas ni se lo imaginó hasta que vio que la comida que se llevaba a la boca se conver-

tía en un trozo de metal. Desmayado, muerto de hambre y de sed, tuvo que ir corriendo ante el dios para que le revocara el don. Baco le dijo que fuera a lavarse en el nacimiento del río Pactolo y se quedaría como antes. Así lo hizo, y dicen que esa es la razón por la que se encontraba oro en las arenas del río.

Tiempo después, Apolo le cambió las orejas a Midas por unas de burro, y de nuevo fue por tonto, no como castigo a una mala acción. Midas había sido elegido árbitro en una competición musical entre Apolo y Pan. Las melodías del rústico dios y su siringa eran muy agradables, pero, cuando Apolo tocaba su lira de plata, no había sonido que se le pudiera comparar ni en la tierra ni en el cielo, excepto quizá el coro de las Musas. Sin embargo, y a pesar de que otro de los árbitros, el dios montaña Tmolo, le daba la palma a Apolo, Midas, que de música no sabía más que de otras cosas, manifestó que prefería honestamente a Pan. Fue una doble estupidez por su parte: la mínima prudencia aconsejaba no tomar partido contra Apolo a favor de Pan, que era infinitamente menos poderoso. Y así se ganó las orejas de burro: Apolo dijo que con ellas no hacía más que darles a esos oídos duros y sordos la forma que merecían.

Midas escondió las orejas de burro tras un gorro especialmente diseñado para disimularlas, pero su peluquero tenía por fuerza que verlas. El hombre había jurado solemnemente no contarlo nunca, pero el secreto le pesaba tanto que finalmente fue, cavó un hoyo en el campo y dijo muy bajito a la tierra: «El rey Midas tiene orejas de burro». Luego, más aliviado, rellenó el agujero. Pero en primavera crecían juncos allí y, al mecerlos el viento, las cañas susurraron aquellas palabras enterradas y revelaron a todos no solo lo que de verdad le había ocurrido a aquel pobre rey de cortas luces, sino que cuando dos dioses se enfrentan, lo sabio es ponerse de parte del más fuerte.

Había en Tesalia una doncella llamada Corónide, de belleza tan arrebatadora que Apolo se enamoró de ella. Pero, incomprensiblemente, ella no prestaba mucha atención a su divino enamorado; prefería a un simple mortal. No se le ocurrió que a Apolo, el dios de la verdad que nunca engaña, no se le puede engañar.

El señor pitio de Delfos,
tiene un compañero de confianza,
honrado, que nunca decepciona,
y su mente, que todo lo sabe,
que jamás se toca con la falsedad, a la que nadie,
dios o mortal, engaña, ve
si el acto se ha cometido o solo pensado.

Corónide fue tan insensata como para creer que él no se enteraría de que le era infiel. Se dice que las noticias se las llevó su pájaro, el cuervo, que entonces tenía el plumaje níveo, del blanco más puro; y que Apolo, con la feroz injusticia de la que suelen hacer gala los dioses cuando están enfadados, castigó al fiel mensajero volviéndole negras las alas. Por supuesto, Corónide fue castigada con la muerte. Según algunos, el propio dios actuó de verdugo; otros dicen que Apolo le pidió a Artemis que disparara una de sus certeras flechas contra ella.

A pesar de su espíritu despiadado, Apolo sintió una punzada de pena mientras observaba a la muchacha tendida en la pira funeraria y con las llamas crepitando a su alrededor. «Al menos, salvaré a mi hijo», se dijo para sí, y, tal como había hecho Zeus con Sémele, sacó al bebé que estaba a punto de nacer y se lo llevó a Quirón, el sabio y bondadoso centauro, ya anciano, para que lo criara en su cueva del monte Pelión y le diera el

nombre de Esculapio. Grandes personajes le habían entregado a Quirón a sus hijos para que los criara, pero de todos sus alumnos el hijo de la fallecida Corónide fue su favorito. No era como los demás chicos, siempre correteando y pensando en los deportes; Esculapio quería aprender todo lo que su padre adoptivo le enseñara sobre el arte de cura, que era mucho. Quirón estaba muy versado en el uso de las hierbas, ensalmos y pociones curativas, pero su alumno lo superaba. Pronto fue capaz de ayudarle con todo tipo de males; cualquiera que llegara hasta él sufriendo, por una extremidad herida o por una enfermedad que le consumiera el cuerpo, hasta los casos más terminales, hallaba el alivio de su tormento.

Un hábil maestro que ahuyentaba el dolor
y aplacaba sus pinchazos. Una bendición
que traía la salud a los hombres.

A todos hacía el bien. Y, sin embargo, también atrajo sobre sí la ira de los dioses, y por ese pecado que estos nunca perdonan: concibió «pensamientos demasiado sublimes para un hombre». En cierta ocasión, le ofrecieron una fuerte suma por traer a alguien de entre los muertos, y Esculapio lo hizo. Muchos dicen que el hombre al que devolvió a la vida fue Hipólito, el hijo de Teseo que murió tan injustamente, y que ya nunca volvió a caer en manos de la muerte, sino que vivió para siempre, inmortal, en Italia, adorado como un dios y con el nombre de Virbio.

Sin embargo, el gran médico que lo había rescatado del Hades no iba a tener un destino tan feliz. Zeus no estaba dispuesto a permitir que un mortal tuviera tal poder sobre los muertos, y golpeó a Esculapio con su rayo, matándolo. Apolo, enfurecido por la muerte de su hijo, se fue al Etna, donde los Cíclopes forjan los rayos y los mató con sus flechas (algunos autores dicen que a los Cíclopes, otros que a sus hijos). Zeus, muy irritado a

su vez, condenó a Apolo a servir al rey Admeto como esclavo por un periodo que difiere, según las fuentes, entre uno y nueve años. Fue este Admeto aquel a cuya esposa, Alcestis, rescató Hércules del Hades.

Pero Esculapio, aunque había caído en desgracia ante el rey de los dioses y de los hombres, recibió en la tierra unos honores que nunca había conocido otro mortal. Cientos de años después de su muerte, los enfermos, los lisiados y los ciegos siguen acudiendo a sus templos para curarse; allí rezan y ofrecen sacrificios antes de irse a dormir. Entonces, en sueños, el buen médico les revela cómo hallarán la curación. Las serpientes desempeñan un papel muy importante en las curas, aunque no se sabe muy bien en qué consiste; las servidoras consagradas de Esculapio las cuidan.

Y, ciertamente, miles y miles de enfermos, a través de los siglos, han creído que Esculapio les ha liberado de sus dolores y les ha devuelto la salud.

Las danaides

Estas doncellas son famosas… bastante más de lo que uno supondría leyendo su historia. Los poetas las mencionan con frecuencia y en el infierno mitológico son de las que más sufren, condenadas a llenar por toda la eternidad unas jarras que pierden agua. Sin embargo —excepto una, Hipermestra—, no hicieron más que lo que, como los Argonautas averiguaron bien, hacían las mujeres de Lemnos: matar a sus maridos. Y, mientras que casi nadie ha oído hablar de los pobres hombres de Lemnos, cualquiera que haya leído u oído algo de mitología sabe de las danaides.

Eran cincuenta, hijas todas ellas de Dánao, uno de los descendientes de Io, que moraba cerca del Nilo. Sus cincuenta primos, hijos de su tío Egipto, querían casarse con ellas y, por al-

guna razón inexplicable, las chicas se oponían rotundamente. Así que huyeron con su padre por barco hacia Argos, donde fundaron un santuario. Los argivos se pusieron unánimemente del lado de aquellas que llegaban suplicando su ayuda y, cuando los hijos de Egipto llegaron dispuestos a luchar por sus novias, la ciudad se levantó contra ellos. No iban a permitir que ninguna mujer se casara en contra de su voluntad, les dijeron a los recién llegados, ni entregarían a ninguna de las suplicantes, por débiles que fueran ellas y fuertes que fueran sus perseguidores.

En este punto hay una pausa en la historia. Cuando se recupera, por así decirlo, en el capítulo siguiente, las doncellas se están casando con sus primos y su padre preside el banquete de boda. No hay explicación de cómo llega a suceder tal cosa, y pronto se ve que ni Dánao ni sus hijas habían cambiado de idea, porque durante el convite el padre entrega una daga a cada una de las muchachas. Como luego se verá, todas han recibido instrucciones y han accedido a obedecerlas. Tras el matrimonio, en plena noche, las novias matan a los novios… todas menos Hipermestra. Ella fue la única en sentir un poco de compasión mirando al fuerte joven que yacía dormido a su lado, y no se animó a atacarlo por su daga, trocando ese vigor ardoroso en fría muerte. La promesa que ha hecho a su padre y sus hermanas se le olvida y, como dice el poeta latino Horacio, fue «soberbiamente traidora». Despertó al joven, que se llamaba Linceo, se lo contó todo y lo ayudó a huir.

En castigo a esta traición, su padre la metió en la cárcel. Hay una historia sobre ella que dice que se reunió con Linceo y que vivieron felices y tuvieron un hijo llamado Abante, que sería bisabuelo de Perseo. Otras historias terminan con la noche de bodas fatal y su encarcelamiento.

Pero todos hablan de la interminable tarea que deben cumplir las danaides en el Hades en pena por el asesinato de sus maridos. A la orilla del río, llenan eternamente de agua unas jarras acribilladas de agujeros que deben volver a llenar de inmediato para verlas de nuevo vaciarse por completo.

Glauco y Escila

Glauco era un pescador que estaba un día tirando su caña al mar desde una verde pradera. Había extendido la pesca sobre la hierba para contar los pescados, cuando los vio agitarse y luego, escurriéndose por la hierba, saltar hasta el agua y alejarse. Se quedó boquiabierto: ¿habría un dios detrás de esto, o sería algún extraño hechizo de la hierba? Arrancó un puñado de verde, se lo comió y, al instante, sintió un irresistible anhelo de tirarse al mar. No pudo vencerlo y salió corriendo hasta el agua. Los dioses del mar lo recibieron amablemente y llamaron a Océano y a Tetis para que purgaran su naturaleza mortal y le hicieran uno de ellos. Cientos de ríos se reunieron para verter sus aguas sobre él, y el hombre se desvaneció con la fuerza de las aguas. Cuando recuperó el sentido, se vio convertido en un dios marino con el pelo verde agua como el mar y el cuerpo terminado en una cola de pez; una forma bonita y familiar para los que moran el mar, pero extraña y repelente para los de la tierra. Eso mismo pensó la hermosa ninfa Escila, que estaba bañándose en una playa cuando lo avistó surgiendo del mar. Huyó de él hasta un risco elevado desde donde podía mirarlo sin peligro, extrañada ante aquel ser mitad hombre y mitad pez.

—Doncella, no soy un monstruo —le dijo Glauco—. Soy un poderoso dios de las aguas, y te amo.

Pero Escila dio media vuelta y, alejándose tierra adentro, se perdió de vista.

Glauco se quedó desesperado, porque se había enamorado como un loco y decidió acudir a Circe, la hechicera, pidiéndole un filtro amoroso que derritiera el duro corazón de Escila. Pero, mientras le contaba su historia de amor e imploraba su ayuda, Circe se enamoró de él; lo cortejó con las palabras y las miradas más dulces, pero Glauco no quería nada con ella: «Los árboles cubrirán el fondo del mar y las algas las cimas de las montañas antes de que yo deje de amar a Escila», le dijo. Circe estaba furiosa, pero con Escila, no con Glauco, y preparó un frasquito con un potente veneno. Luego, se dirigió a la ensenada donde se bañaba Escila, y vertió el funesto líquido. Tan pronto como la ninfa entró en el agua, se transformó en un terrible monstruo: le crecieron cabezas de serpientes y de perros, unas formas bestiales que salían de su cuerpo, y de las que no podía librarse. Y allí se quedó, clavada a una roca, el ser más infeliz del mundo, odiando y destruyendo todo lo que se le ponía al alcance, y amenazando a todos los marineros que pasaban cerca de ella, como bien descubrieron Jasón, Ulises y Eneas.

Erisictón

Había una mujer que tenía el poder de asumir formas diferentes, un poder tan grande como el de Proteo, y que lo usaba, por raro que parezca, para conseguirle comida a su padre, que se moría de hambre. Su historia es la única en la que la buena diosa, Ceres, aparece como cruel y vengativa.

Erisictón, el padre, tuvo la criminal osadía de cortar el roble más alto de una arboleda consagrada a Ceres. Cuando les dio a sus sirvientes la orden de hacerlo, estos se echaron atrás horrorizados ante el sacrilegio, y él mismo tuvo que coger el hacha y golpear el tronco alrededor del cual solían danzar las dríades. Con los golpes, el árbol comenzó a sangrar, y de su interior llegó una voz que le advertía de que iba a recibir el castigo de Ce-

res por aquel ultraje. Pero tales prodigios no aplacaron su furia, y siguió golpeando hasta que el gran roble se estrelló contra el suelo. Las dríades se apresuraron a acudir a Ceres para contarle lo que había ocurrido y la diosa, profundamente ofendida, les dijo que castigaría al criminal de una forma inaudita. Así que envió a una de ellas en su carro a la inhóspita región donde moraba Famina, el hambre, ordenándole que se apoderara de Erisictón. «Ordénale que se ocupe —dijo Ceres— de que no se satisfaga jamás, aun en la abundancia. Que pase hambre incluso mientras devora su comida.»

Famina obedeció: entró en la habitación de Erisictón mientras este dormía y lo abrazó con sus flacos brazos, llenándolo de ella y sembrando en él su semilla. El hombre se despertó con una furiosa necesidad de comer y pidió alimentos; pero, cuanto más comía, más quería. Se moría de hambre mientras los enormes pedazos de carne le bajaban por la garganta. Gastó toda su fortuna en inmensas cantidades de alimentos, que jamás le procuraban ni un instante de saciedad y, finalmente, no le quedó nada más que su hija. También a ella la vendió.

A la orilla del mar, donde estaba varado el barco del hombre que ahora era su dueño, la joven rogó a Poseidón que la salvara de la esclavitud y el dios oyó su plegaria, convirtiéndola en pescador. Su amo, que estaba muy cerca de ella, en la playa, de repente solo vio a un hombre afanándose con las redes.

—¿Adónde ha ido la muchacha que estaba aquí hace un momento? —le preguntó—. Hasta aquí llegan sus huellas, y de repente desaparecen.

—Juro por el dios del mar que ningún hombre excepto yo mismo ha llegado a esta orilla, y ninguna mujer tampoco —repuso el falso pescador.

Cuando el otro, completamente perplejo, se hubo marchado en su barco, la muchacha recuperó su forma, volvió con su padre y le deleitó contándole lo sucedido. El hombre vio entonces la oportunidad de hacer dinero sin cesar con ella. La vendió y la revendió, y cada vez Poseidón la transformaba en una cosa distinta: ahora una yegua, ahora un pájaro, etcétera. Pero, finalmente, cuando el dinero que ella ganaba así tampoco bastó para todo lo que el padre necesitaba, Erisictón recurrió a su propio cuerpo y empezó a comerse a sí mismo hasta que murió.

Pomona y Vertumno

Estas dos divinidades eran romanas, no griegas. Pomona era la única ninfa que no amaba los bosques silvestres; se ocupaba de los frutales y de los huertos, y de nada más. Sus deleites eran la poda, los injertos, todo lo que se relaciona con el arte de la jardinería. Tampoco se acercaba a los hombres; sola con sus árboles, no permitía que se le acercase pretendiente alguno. De todos los que la cortejaban, Vertumno era el más ardiente, pero no conseguía nada. Algunas veces consiguió llegar, disfrazado, adonde estaba ella: ahora como un rudo segador que porta su cesta de espigas de cebada, como un torpe pastor o un podador de enredaderas después. En tales momentos, tenía la alegría de verla, pero también la desdicha de saber que Pomona nunca miraría a alguien con aquel aspecto. Finalmente, concibió una gran idea: llegó a ella disfrazado de una mujer muy anciana, de tal modo que a la ninfa no le extrañó el que, tras admirar sus frutales, le dijera «Pero tú eres mucho más bella» y le diera un beso. Pomona solo se sobresaltó cuando siguió besándola de una forma muy poco propia de una anciana. Al percartarse, él la soltó y fue a sentarse junto a un olmo sobre el que crecía una gran parra cargada de uvas moradas. Luego, le dijo con acento muy dulce:

—Qué hermosas son todas juntas, y qué diferentes serían separadas, el árbol inservible y la parra en el suelo, incapaz de dar frutos. ¿No eres tú como una enredadera? Te apartas de todo el que te desea. Intentas estar sola. Y sin embargo hay uno —escucha a esta anciana mujer que te quiere más de lo que imaginas— a quien harías bien en no rechazar, Vertumno. Eres su primer amor y serás el último. Y él también se ocupa de los jardines y los huertos, y trabajaría a tu lado.

Luego, con voz más seria, le recordó que Venus había castigado siempre a las mujeres de corazón duro, y le contó la triste historia de Anaxáreta, que había desdeñado a su pretendiente Ibis. El joven, desesperado, se había colgado de la reja de la ventana de ella y Venus convirtió a la muchacha sin corazón en estatua de piedra.

—Sé sensata —le rogó—, y entrégate a quien te ama de verdad.

Y con esto, dejó caer su disfraz y Pomona se encontró frente a un radiante joven. Cedió a tanta belleza unida a semejante elocuencia, y desde entonces sus huertos tienen dos jardineros.

II
Mitos breves

Amaltea

Según una historia, fue la cabra con cuya leche se alimentó al niño Zeus, y según otra era la ninfa propietaria de la cabra. Se dice que tenía un cuerno que siempre se encontraba lleno de la comida o bebida que uno deseara, el cuerno de la abundancia (en latín *Cornu copiae* , de ahí el nombre de «cornucopia» en la mitología romana). Pero los latinos decían que la cornucopia era el cuerno de Aqueloo, el dios-río, y que Hércules se lo rompió cuando luchó contra él en forma de toro. Siempre estuvo mágicamente lleno de frutas y flores.

Las Amazonas

Esquilo las llamaba «las amazonas guerreras, las enemigas de los hombres». Eran una nación de mujeres guerreras que, según se cree, vivían en la zona del Cáucaso. Su principal ciudad fue Temiscira. Resulta bastante curioso que los artistas se inspiraran en ellas para sus cuadros y estatuas, más que para escribir; a pesar de que nos resultan tan familiares, hay muy pocas historias en las que sean protagonistas. Invadieron Licia y allí las venció Belerofontes. Invadieron Frigia siendo joven Príamo, y Ática durante el reinado de Teseo, porque este se había llevado a su reina y trataron de rescatarla. También Teseo las derrotó. En la guerra de Troya combatieron a los griegos bajo el mando de su reina, Pentesilea, según una historia que se cuenta no en la *Ilíada* , sino en una obra de Pausanias. Este sostiene que Pentesilea murió a manos de Aquiles y que este lloró al verla yacer muerta, tan joven y tan bella.

Amimone

Era una de las danaides. Su padre la envió a buscar agua y un sátiro, que la vio, empezó a perseguirla. Poseidón oyó que gritaba pidiendo ayuda, se enamoró de ella, la salvó del sátiro y, con su tridente, hizo brotar en su honor el manantial que lleva su nombre.

ANTÍOPE

Una princesa de Tebas, llamada Antíope, dio a luz a dos hijos de Zeus, Zeto y Anfión. Temiendo la ira de su padre, abandonó a los niños en una montaña solitaria en cuanto nacieron, pero fueron descubiertos por un pastor que se los llevó a su hogar. El rey de Tebas de aquella época, Lico, y su esposa Dirce, trataron a Antíope con gran crueldad, hasta que ella decidió huir. En cierto momento, llegó a la cabaña donde vivían sus hijos, que de algún modo la reconocieron —o ella a ellos— y, reuniendo a un grupo de amigos, fueron al palacio a vengarla. Mataron a Lico y a Dirce le dieron una muerte horrible: la ataron de los pelos a un toro. Luego, los dos hermanos arrojaron su cuerpo al manantial que desde entonces lleva su nombre.

ARACNE

Solo el poeta latino Ovidio cuenta esta historia, de ahí que se usen los nombres latinos de los dioses.

El triste destino de esta doncella fue otro ejemplo de lo peligroso que era creerse igual a los dioses en algo. Minerva era la tejedora del Olimpo igual que Vulcano era el herrero. Lógicamente, ella consideraba que sus tejidos eran inigualables en exquisitez y belleza, y ofendió mucho cuando una simple campesina llamada Aracne afirmó que su trabajo era superior. La diosa acudió de inmediato a la cabaña donde vivía la campesina y la retó a una competición. Aracne aceptó. Ambas colocaron sus telares y extendieron la urdimbre sobre ellos. Luego empezaron a trabajar, con grandes montones de bellos hilos colorea-

dos como el arcoíris, y también hebras de oro y plata a su lado. Minerva hizo su mejor trabajo y el resultado fue una maravilla, pero el de Aracne, que terminó a la vez que la diosa, no era en modo alguno inferior. Así que Minerva, en un ataque de furia, rasgó la tela de arriba abajo y golpeó a la muchacha en la cabeza con la lanzadera. Aracne, humillada, mortificada y terriblemente furiosa, se ahorcó. Entonces Minerva mostró cierto arrepentimiento, descolgó el cuerpo y lo roció con un líquido mágico. Aracne se transformó en una araña, y desde entonces conservó su destreza como tejedora.

Arión

Al parecer, fue una persona real y vivió hacia el año 700 a. C., pero ninguno de sus poemas ha llegado hasta nosotros, y todo lo que se sabe en realidad de él es la historia de cómo escapó de la muerte, que es una historia bastante mitológica.

Arión había viajado desde Corinto hasta Sicilia para tomar parte en una competición musical; era todo un virtuoso de la lira y ganó el premio. En el viaje de vuelta a casa, los marineros, deseando robarle el galardón, hicieron planes para matarlo, pero Apolo se le apareció en sueños, le contó el peligro que corría y le dijo cómo podía salvarse. Cuando los marinos lo atacaron, Arión les pidió como última gracia que lo dejasen cantar una canción acompañado de la lira y, al terminarla, se arrojó al mar. Allí lo recogieron los delfines, que rodeaban el barco atraídos por la música, y lo mantuvieron a flote hasta dejarlo en tierra firme.

Aristeo

Era el guardián de las abejas, hijo de Apolo y de la nereida Cirene. Por causas desconocidas, todas sus abejas murieron y entonces él acudió a su madre en demanda de ayuda. Cirene le dijo que Proteo, el sabio y anciano dios del mar, era quien po-

día enseñarle a prevenir otra catástrofe de ese tipo, pero que solo lo haría bajo coacción. Aristeo tenía que atraparlo y mantenerlo sujeto, tarea bien difícil, como ya había averiguado Menelao cuando volvía de Troya: Proteo tenía el poder de convertirse en todo tipo de cosas distintas. Sin embargo, si su captor mostraba la determinación suficiente como para no soltarlo durante todas esas transformaciones, acababa por rendirse y concedía lo que se le pidiera. Así que Aristeo acudió al refugio favorito de Proteo, la isla de Faros (o los Cárpatos, como señalan otros autores). Allí apresó al escurridizo dios y no lo soltó a pesar de las terribles formas que fue adoptando, hasta que se desanimó y volvió a su propia forma. Entonces, le dijo a Aristeo que hiciera un sacrificio a los dioses y dejara los cuerpos de los animales muertos en el altar. Nueve días más tarde debía regresar y examinarlos. Aristeo obedeció y al noveno día se encontró con un milagro: sobre uno de los cadáveres zumbaba un gran enjambre de abejas. Y nunca más tuvo que preocuparse por que sus insectos sufrieran de ninguna epidemia o mal.

AURORA Y TITONO

La historia de estos dos se menciona en la *Ilíada* :

La Aurora del lecho que ocupaba junto al admirable Titono
se levantaba para llevar la luz a los inmortales y los humanos.

Este Titono, el marido de Aurora, la diosa del amanecer, le dio un hijo, el príncipe de piel oscura Memnón de Etiopía, que murió en Troya combatiendo en el bando de los troyanos. También su padre, Titono, conoció un extraño destino. Aurora le pidió a Zeus que lo hiciera inmortal y este accedió, pero ella no se había acordado de pedirle que también le conservara la juventud. Así que Titono iba envejeciendo, pero no podía morirse. Ya paralizado, incapaz de mover una mano o una pierna,

suplicaba que le llegara la muerte, pero no había alivio: tenía que seguir viviendo eternamente, cada vez con la carga de más años encima. Finalmente, compadecida, la diosa lo acomodó en una habitación, cerró la puerta y lo dejó allí balbuceando palabras sin sentido. Su mente se había ido a la vez que la fuerza corporal, y ya no era sino el pellejo reseco de un hombre.

Otra historia dice que encogió y encogió hasta que finalmente Aurora, que era práctica y de buen conformar, lo convirtió en la flaca y ruidosa cigarra.

En honor a Memnón, su hijo, se erigió una magnífica estatua en Tebas, y se dice que, cuando los primeros rayos del amanecer caen sobre ella, produce un sonido que recuerda el tañido de un arpa.

Bitón y Cleobis

Eran hijos de Cídipe, una de las sacerdotisas de Hera. Esta mujer deseaba ardientemente ir a Argos para ver la estatua de la diosa que había hecho el gran escultor Policleto el Viejo, a quien se comparaba con su contemporáneo más joven, Fidias. Argos estaba demasiado lejos para ir caminando y no tenían caballos ni bueyes que tiraran de un carro. Pero sus dos hijos resolvieron cumplir su deseo y ellos mismos se engancharon a un carro y tiraron de ella hata Argos, en medio de todo el polvo y el calor. Al llegar, todos admiraron la piedad filial de Bitón y Cleobis y la madre, orgullosa y feliz, llegó ante la estatua de Hera y le pidió que concediera a sus hijos el mejor regalo posible. Cuando acabó su plegaria, los dos muchachos cayeron al suelo. Sonreían y parecían tranquilamente dormidos, pero estaban muertos.

Calisto

Era hija de Licaón, un rey de Arcadia que había sido convertido en lobo en castigo a una gran maldad: había servido carne

humana en la mesa de Zeus siendo el dios su invitado. Él se merecía el castigo, pero su hija, inocente de todo mal, sufrió tanto como él.

Zeus la vio cazando en la comitiva de Artemis, se enamoró de ella y la hizo madre. Hera, en uno de sus terribles ataques de celos, convirtió a la doncella en una osa después de que naciera el niño. Cuando este creció y salió a cazar, la diosa colocó a Calisto ante él, tratando de que disparara a su propia madre, de lo que por supuesto el joven era ignorante. Pero Zeus se llevó la osa y la situó entre las estrellas, donde se llama la Osa Mayor. Más tarde, su hijo Árcade ocupó un lugar junto a ella, y se llama la Osa Menor. Hera, enfurecida porque a su rival se le concediera tanto honor, convenció al dios del mar de que prohibiera a las osas descender al océano como las demás estrellas. Y por eso son las únicas constelaciones que nunca aparecen por debajo del horizonte.

CLITIA

Su historia es única, puesto que en lugar de que un dios se enamore de una doncella que lo desdeña, es ella la que se enamora de un dios reticente. Clitia amaba al dios sol y él no sentía el más mínimo interés por ella. Así que se consumía sentada en el suelo, al raso, donde podía verlo, volviendo su rostro y siguiéndolo con los ojos mientras él surcaba los cielos. Y, mirando fijamente hacia el sol, se transformó en un girasol, la flor que siempre mira hacia el astro rey.

DRÍOPE

Su historia, como muchas otras, muestra la tajante oposición que sentían los griegos hacia el acto de destruir o dañar un árbol.

Dríope fue un día, con su hermana Yole, a hacer guirnaldas para las ninfas en los alrededores de un estanque. Las acompa-

ñaba su hijito y, al ver cerca del agua un árbol de loto cuajado de flores, Dríope arrancó unas cuantas para complacer al niño. Horrorizada, vio que del árbol brotaban gotas de sangre: se trataba en realidad de la ninfa Lotis, que había adoptado esa forma huyendo de un perseguidor. Cuando Dríope, aterrada ante la inquietante visión, intentó huir, no conseguía mover los pies: parecían haber enraizado en el suelo. Yole vio cómo comenzaba a crecerle una corteza que iba cubriéndola cuerpo arriba, hasta llegar casi al rostro. En ese momento llegaron al lugar el padre de las chicas y el marido de Dríope que, advertidos a gritos por Yole de lo que estaba ocurriendo, abrazaron el tronco que aún conservaba el calor del cuerpo y lo cubrieron de lágrimas. Dríope solo tuvo tiempo de declarar que no había hecho daño intencionadamente y les rogó que llevaran al niño a menudo al árbol para jugar a su sombra, y que algún día le contaran su historia para que pudiera pensar: «Aquí, en este tronco de árbol, se esconde mi madre».

—Decidle también —rogó— que nunca arranque flores, y que piense que cada arbusto puede ser una diosa disfrazada.

Luego ya no pudo hablar más; la corteza se cerró sobre su rostro. Se había ido para siempre.

Epiménide

Epiménide tiene un lugar en la mitología debido solo al relato de un largo sueño suyo. Vivió en torno al año 600 a. C. y se dice que cuando era niño y buscaba a una oveja perdida cayó vencido por un sueño que duró cincuenta y siete años. Cuando despertó, sin saber lo que le había pasado, siguió buscando su oveja, pero se encontró con que el mundo había cambiado. El oráculo de Delfos lo envió a purificar Atenas de una plaga que asolaba la ciudad. Los atenienses, agradecidos, le ofrecieron una gran recompensa en dinero y él la rechazó, diciendo que

solo deseaba que hubiera amistad entre Atenas y su propio hogar, Cnosos, la capital de Creta.

ERICTONIO

Es la misma persona que Erecteo. Homero solo conocía a un hombre llamado así, pero Platón habla de dos. Erictonio, mitad hombre y mitad serpiente, era hijo de Hefesto y lo había criado Atenea. Esta lo metió en un cofre y se lo entregó a las tres hijas de Cécrope, prohibiéndoles que lo abrieran. Las chicas, sin embargo, lo hicieron, y al ver la criatura con forma de serpiente se volvieron locas y se suicidaron tirándose desde la Acrópolis. Al crecer, Erictonio llegó a ser rey de Atenas. Tuvo un nieto con su mismo nombre y fue el padre del segundo Cécrope, y de Procris, Creúsa y Oritía.

HERO Y LEANDRO

Leandro era un joven de Abido, ciudad del Helesponto —el estrecho que separa Europa de Asia—, y Hero era sacerdotisa de Afrodita en Sesto, en la otra orilla. Cada noche, Leandro cruzaba a nado hasta ella, guiado por una luz, que algunos dicen que era la del faro de Sesto y otros de la de una antorcha que Hero colocaba en lo alto de la torre. Una noche de fuerte tormenta, el viento apagó la llama y Leandro pereció. Su cuerpo fue arrastrado hasta la orilla y Hero, al encontrarlo, se suicidó.

LAS HÍADES

Las híades, hijas de Atlas y medio hermanas de las Pléyades, eran las estrellas de la lluvia, y se decía que la atraían porque las épocas en las que aparecen y desaparecen, en mayo y en noviembre, suelen ser las más húmedas. Eran seis, y Zeus las convirtió en estrellas para premiarlas por haber cuidado de Dionisio, al que les entregó cuando era un bebé.

IBICO Y LAS GRULLAS

Ibico no es un personaje mitológico, sino un poeta que vivió realmente en torno al año 550 a. C. De él solo nos han llegado unos cuantos fragmentos de sus poesías y la dramática historia de su muerte. Cerca de Corinto, lo atacó una banda de ladrones que lo hirió de muerte. Agonizando, Ibico llamó a una bandada de grullas que volaban sobre su cabeza y les pidió que lo vengaran. Poco después, sobre el teatro abierto de Corinto, donde se estaba representando una obra ante un auditorio lleno, apareció la bandada de grullas, planeando sobre la multitud, y de repente se oyó la voz de un hombre que gritó, presa de pánico: «¡Las grullas de Ibico, las vengadoras!». El auditorio clamó a su vez: «¡Él es el asesino, se ha delatado!». Y atraparon al hombre y a sus compinches, y todos ellos fueron condenados a muerte.

LETO

Leto (Latona en latín) era hija de los titanes Febe y Ceo. Zeus se enamoró de ella pero, cuando la muchacha estaba a punto de dar a luz, la abandonó por temor a la reacción de Hera. Todos los países e islas, temerosos también de la diosa, rehusaron recibirla o cederle un lugar donde pudiera nacer su hijo. Leto vagó y vagó, errando desesperada, hasta que llegó a un trozo de tierra que flotaba en el mar al pairo, agitado aquí y allá por las olas y los vientos. Se trataba de la isla de Delos, la más insegura de todas, y además árida y rocosa. Pero, cuando Leto puso un pie en ella y pidió refugio, la islita le dio la bienvenida amablemente, y en ese momento del fondo del mar surgieron cuatro grandes pilares que la sujetaron firmemente, anclándola para siempre. Allí nacieron los hijos de Leto, Artemis y Apolo, y con el correr de los años el glorioso templo de Apolo se erigiría allí y sería visitado por hombres provenientes de todas partes del mundo. A la árida roca se la llamó «la isla construida por los

cielos» y, de ser la más despreciada, se convirtió en la más célebre de las islas.

LINO

En la *Ilíada* se describe un viñedo con jóvenes y doncellas cantando, mientras recolectan el fruto, «una dulce canción de Lino». Este era probablemente un lamento por el joven hijo de Apolo y Psámate, Lino, que fue abandonado por su madre, criado por los pastores, y, antes de convertirse en adulto, despedazado por los perros. Fue, como Adonis o Jacinto, uno de esos ejemplos de vida joven y bella que muere sin haber llegado a dar fruto. La palabra griega *ailinon!* , que significa «¡Qué pena de Lino!», llegó a significar más o menos un lamento como «ay de mí». Había otro Lino, hijo de Apolo y una musa, que dio clases a Orfeo y trató de hacer lo mismo con Hércules, pero este lo mató de un golpe.

MARPESA

Esta doncella tuvo más suerte que la mayoría de las que recibían el amor de los dioses. Idas, uno de los héroes de la cacería del jabalí de Calidón y Argonauta a su vez, la robó de casa de su padre con el consentimiento de ella. Habrían vivido felices para siempre, pero Apolo se enamoró de Marpesa. Idas se negó a entregársela e incluso se atrevió a luchar contra Apolo por ella. Zeus los separó y le dijo a la chica que eligiera a su preferido. Y Marpesa eligió quedarse con su mortal, sospechando, seguramente con razón, que el dios no le sería fiel.

MARSIAS

La flauta la inventó Atenea, pero la desechó porque para tocarla debía hinchar los carrillos y eso le desfiguraba el rostro. Marsias, un sátiro, la encontró y la tocó de un modo tan encantador que se atrevió a retar a Apolo a una competición. El dios

ganó, por supuesto, y para castigar a Marsias por su audacia lo hizo despellejar.

MELAMPO

Salvó y crio a dos pequeñas serpientes cuando sus criados mataron a los padres de estas, y como mascotas ellas le recompensaron bien. Una vez, mientras dormía, se subieron a su cama y le lamieron las orejas. Melampo se despertó muy sobresaltado, y se dio cuenta de que entendía lo que se estaban diciendo dos pájaros que cantaban en su ventana. Las serpientes le habían dado el don de entender el lenguaje de todas las criaturas voladoras y trepadoras. De este modo, aprendió a adivinar cosas que nadie había podido ver jamás, y se convirtió en un famoso profeta.

Su ciencia le salvó la vida en cierta ocasión, cuando sus enemigos lo apresaron y lo mantuvieron prisionero en una pequeña choza. Allí estaba, cuando oyó a unos gusanos decir que la viga del tejado estaba casi totalmente carcomida y que pronto caería aplastando todo lo que había debajo. Inmediatamente, se lo dijo a sus captores y pidió que lo trasladaran a otro lugar. Ellos le hicieron caso, y el tejado se derrumbó inmediatamente. Entonces, le liberaron reconociendo su personalidad de adivino y dándole grandes regalos.

MÉROPE

Su marido, Cresfonte, hijo de Hércules y rey de Mesenia, resultó muerto en una rebelión junto a dos de sus hijos. El hombre que le sucedió, Ponfonte, la tomó como esposa; pero ella había ocultado a su tercer hijo, Épito, en Arcadia. El muchacho volvió años después, vanagloriándose de haber asesinado a Épito, y así logró que Ponfonte lo recibiera amablemente. Su madre, sin embargo, sin saber quién era, se propuso matar al que

tomaba por asesino de su hijo. Descubierta a tiempo la verdad, ambos mataron a Ponfonte y Épito se convirtió en rey.

Los mirmidones

Fueron hombres creados a partir de las hormigas en la isla de Egina, durante el reinado de Éaco, el abuelo de Aquiles, y estuvieron junto a este en la guerra de Troya. No solo eran frugales y trabajadores, como uno podría suponer por su origen, sino también valientes.

Su transformación se debió a uno de los ataques de celos de Hera, enfadada porque Zeus estaba enamorado de Egina, la doncella que daba nombre a la isla y cuyo hijo, Éaco, llegó a ser el rey. Hera envió una temible peste que causó miles de muertos entre el pueblo… parecía que nadie iba a sobrevivir. Éaco subió al alto templo de Zeus para rezarle, recordándole que era hijo suyo y de una mujer a la que él había amado. Mientras imploraba al dios, vio un grupo de hormigas.

—Oh, padre —rogó—, haz que mi pueblo sea tan numeroso como estas criaturas, y llena mi vacía ciudad.

El sonido de un trueno pareció responderle y esa noche soñó que veía a las hormigas tomando forma humana. Al romper el día, su hijo Telamón lo despertó diciéndole que un gran ejército de hombres se acercaba al palacio. Éaco salió y vio una multitud, tantos como hormigas, todos proclamando que eran sus fieles súbditos. Así, Egina se repobló gracias a un hormiguero, y sus habitantes recibieron el nombre de mirmidones en honor de las hormigas (*myrmex*) de las cuales habían surgido.

Niso y Escila

Niso, rey de Megara, tenía en el pelo un mechón de cabello púrpura que le habían advertido de que nunca debía cortarse: su trono solo estaría seguro si lo conservaba. Incluso cuando Minos, el rey de Creta, sitió la ciudad, Niso pensaba que no

iban a sufrir ningún daño mientras no perdiera su mechón. Su hija, Escila, que tomó la costumbre de observar a Minos desde lo alto de la muralla de su ciudad, acabó por enamorarse locamente de él, y no se le ocurrió otra forma de atraer su atención que llevarle el mechón púrpura de su padre con el que podría conquistar Megara. Así lo hizo: lo cortó mientras su padre dormía y, llevándoselo a Minos, confesó lo que había hecho. Él se apartó de ella horrorizado y la echó de su presencia. Conquistada la ciudad, cuando los cretenses estaban ya botando sus naves para volver a casa, Escila llegó corriendo a la orilla, y tirándose al agua se agarró al timón del barco que llevaba a Minos.

Pero en ese momento una gran águila se lanzó en picado sobre ella. Era su padre, a quien los dioses habían salvado convirtiéndolo en pájaro. Aterrada, la chica se soltó, y hubiera caído al agua si de repente no se hubiera convertido también en pájaro. Algún dios se compadeció de ella, a pesar de ser una traidora, porque si había pecado fue por amor.

Orión

Era un joven de gigantesca estatura, gran belleza y hábil cazador, que se enamoró de la hija del rey de Quío, y por amor a ella acabó con todas las bestias salvajes de la isla. Siempre llevaba el botín de sus cacerías a su amada, a quien algunos autores llaman Ero y otros Mérope. Su padre, Enopión, accedió a entregársela a Orión, pero se negaba a poner fecha para el enlace. Un día, estando Orión borracho, insultó a la doncella, y Enopión pidió ayuda a Dionisio para castigarlo. El dios lo sumió en un profundo sueño, y Enopión aprovechó para sacarle los ojos.

Un oráculo le dijo, sin embargo, que recuperaría la vista si viajaba hacia el este y dejaba que el sol naciente le cayera sobre los ojos. Orión se fue lo más hacia el levante que pudo, hasta Lemnos, y recuperó la vista. Regresó entonces a Quío para ven-

garse de Enopión, pero ya no lo encontró; abandonó la búsqueda y se fue a Creta para vivir como cazador de Artemis.

Finalmente, fue esta diosa la que lo mató. Algunos dicen que Eos, también llamada Aurora, estaba enamorada de él, y que Artemis le disparó por celos. Otros sostienen que hizo enfadar a Apolo y que el dios engañó a su hermana para que lo matara. Tras su muerte, Orión encontró un lugar en el cielo en forma de constelación, y allí se le ve con cinturón, espada, garrote y una piel de león.

LAS PLÉYADES

Eran las siete hijas de Atlas, y se llamaban Electra, Maya, Taígete, Alcíone, Mérope, Celeno y Astérope. Orión, enamorado, las cortejaba a todas, pero siempre se le escapaban. Él perseveró hasta que Zeus, compadeciéndose de ellas, las colocó en el cielo como estrellas. Pero se dice que incluso allí Orión continuó con su acoso, siempre infructuoso, aunque persistente. Mientras vivieron en la tierra, una de ellas, Maya, fue la madre de Hermes. Otra, Electra, tuvo a Dárdano, el fundador de la estirpe troyana. Aunque hay consenso en que eran siete, solo se ven con claridad seis estrellas. La séptima es invisible excepto para los que disfrutan de una vista muy aguzada.

QUIRÓN

Este centauro, a diferencia de sus semejantes —criaturas feas y violentas—, era conocido en todas partes por su bondad y sabiduría, tanta que los héroes le confiaban a sus hijos pequeños para que los criara y educara. Aquiles fue su alumno, al igual que el gran médico Esculapio, el famoso cazador Acteón, y muchos otros. Fue el único centauro inmortal, y sin embargo murió y bajó al inframundo. Hércules fue, indirecta e involuntariamente, la causa de su muerte.

Quirón se había detenido a ver a otro centauro amigo suyo, Folos, y, como estaba muerto de sed, lo convenció para que abriera una jarra de vino que era propiedad de todos los centauros. El aroma del maravilloso licor alertó a los otros de lo que había ocurrido y corrieron a vengarse del transgresor. Hércules los venció fácilmente a todos pero, durante el combate, hirió accidentalmente a Quirón, que estaba al margen de la pelea. La herida resultó ser incurable y finalmente Zeus permitió que Quirón muriera en lugar de vivir para siempre con dolor.

Reco

Este joven vio un árbol que estaba a punto de derrumbarse y lo apuntaló. La dríade que lo habitaba, y que hubiera perecido de no ser por él, le ofreció concederle cualquier deseo que expresara. Él contestó que solo quería su amor y ella accedió; luego, le ordenó que estuviera atento porque le enviaría un mensaje, con una abeja, para transmitirle sus deseos. Pero Reco se encontró a unos amigos y se olvidó de las palabras de la dríade, tanto que, al oír el zumbido de una abeja, le dio un manotazo y la hirió. Cuando volvió al árbol, la dríade lo dejó ciego, en castigo por haber tomado a la ligera sus palabras y por haberle hecho daño a su enviada.

Salmoneo

La historia de este hombre es otro ejemplo de lo mal que solían acabar los hombres que trataban de emular a un dios. Pero la estupidez de Salmoneo fue tal que se decía a menudo que se había vuelto loco: fingió ser Zeus. Se fabricó un carro que provocaba un fuerte estrépito metálico al moverse y, el día del festival de Zeus, lo condujo como un loco por toda la ciudad, lanzando teas y gritando a la gente que lo adorara porque él era Zeus el tonante. De inmediato, se produjo el estruendo de un

auténtico trueno y se vio un haz de luz. Salmoneo cayó de su carro, muerto.

Este relato se cuenta a menudo relacionándolo con los tiempos en que se practicaba la magia atmosférica. Salmoneo, según este punto de vista, sería un mago que trataba de atraer las lluvias imitándolas, una forma de encantamiento bastante habitual.

SÍSIFO

Este rey de Corinto vio un día por casualidad un enorme águila, más grande y majestuosa que ninguna de su especie, que se llevaba a una doncella hasta una isla vecina. Cuando el dios-río Asopo llegó contándole que su hija Egina había sido secuestrada, Sísifo sospechó que aquello era obra de Zeus y fue a pedirle ayuda para encontrarla, contándole lo que había visto. De ese modo atrajo sobre sí la ira implacable de Zeus. Como castigo, se le condenó a intentar mover en el Hades, eternamente y montaña arriba, una roca que siempre rodaba hacia él, hacia abajo. Asopo tampoco consiguió nada: acudió hasta aquella isla, pero Zeus lo alejó con su trueno. La isla cambió su nombre por el de Egina y su hijo Éaco fue el abuelo de Aquiles, a quien en ocasiones se le llamaba «el Aqueo», que quiere decir «descendiente de Éaco».

TIRO

Era hija de Salmoneo y tuvo, de Poseidón, dos hijos gemelos a los que abandonó al nacer, temiendo la ira de su padre. Los encontró el hombre que cuidaba de los caballos de Salmoneo, y él y su esposa los criaron, llamando a uno Pelias y al otro Neleo. Años después, Tiro se casó y su marido, Creteo, descubrió aquel asunto pasado con Poseidón. Totalmente furioso, la repudió y se casó con una de las criadas de ella, Sidero, que trató muy mal a la infeliz Tiro.

Cuando Creteo murió, los gemelos se enteraron por su madre adoptiva de quiénes eran sus verdaderos padres y fueron de inmediato en busca de Tiro, para revelarle la verdad. La encontraron viviendo en la mayor pobreza y decidieron castigar por ello a Sidero que, enterada de que iban tras ella, se había refugiado en el templo de Hera. Sin embargo, Pelias la mató, desafiando las iras de la diosa.

La venganza de Hera llegó muchos años después. Pelias tenía un medio hermano, hijo de Tiro y de Creteo, que fue el padre de Jasón, y trató de matarlo enviándolo a buscar el Vellocino de Oro. Lo que ocurrió, sin embargo, es que Jasón fue indirectamente la causa de su muerte. A Pelias lo asesinaron sus hijas siguiendo las instrucciones de Medea, la esposa de Jasón.

Séptima parte
LA MITOLOGÍA NÓRDICA

Introducción a la mitología nórdica

El mundo de la mitología nórdica es extraño. Asgard, el hogar de los dioses, es totalmente diferente a cualquiera de los demás cielos que ha soñado la humanidad. En él no existen ni el resplandor del júbilo ni la promesa de la felicidad eterna: es un lugar serio y solemne, sobre el que se cierne la amenaza de un destino implacable. Los dioses saben que llegará un día en el que sean destruidos: en algún momento, se encontrarán con sus enemigos y caerán ante ellos, vencidos y muertos. Asgard será entonces una ruina. No hay ninguna esperanza de que las fuerzas del bien triunfen frente a las del mal; sin embargo, los dioses combatirán hasta el último instante.

Y lo mismo sucede, necesariamente, respecto a la humanidad. Si los dioses se hallan indefensos ante el mal, los hombres más aún. Los héroes y heroínas de las primeras historias se enfrentan al desastre: saben que no les salvarán ni la valentía, ni la resistencia ni las grandes hazañas, pero no se rinden. Mueren luchando. La muerte valerosa les daba derecho, al menos a los héroes, a una asiento en el Walhalla, uno de los salones de Asgard, donde volvían a estar a la espera de que llegaran la destrucción y la muerte. En la última batalla entre el bien y el mal, combatirían junto a los dioses y morirían con ellos.

Este es el concepto vital que subyace a la religión nórdica, el concepto más sombrío que nunca ha creado la mente humana. El heroísmo es el único sostén posible para el espíritu y el único bien puro que se da a los hombres; y ese heroísmo está muy relacionado con las causas perdidas. El héroe solo puede probar que lo es muriendo. La fuerza del bien se demuestra, no venciendo al mal, sino presentándole batalla y afrontando una derrota segura.

Esta actitud vital parece, a primera vista, cargada de fatalismo, pero de hecho esos decretos de un destino inexorable no representan más para el esquema existencial de los nórdicos que el concepto de predestinación en san Pablo o en sus seguidores protestantes, y precisamente por la misma razón. Aunque el héroe nórdico quedaba condenado si no se rendía, podía elegir entre rendición y muerte: la decisión estaba en sus manos. Y, más aún: una muerte heroica, como la de un mártir, no es un fracaso, sino todo lo contrario. El héroe de un relato nórdico, que se ríe a carcajadas mientras sus enemigos le arrancan el corazón latiendo aún, se muestra superior a sus vencedores. Y les dice, en efecto: «No podéis hacerme nada, porque no me importa lo que hagáis». Ellos lo matan, pero él muere invicto.

Para la humanidad, es una forma de vivir dura, tan dura —aunque en un sentido totalmente diferente— como la que proclama el Sermón de la Montaña; pero ciertamente el camino fácil nunca ha merecido, a la larga, la lealtad de los hombres. Como los primeros cristianos, los nórdicos medían su vida por estándares heroicos. La diferencia está en que los cristianos anhelaban un cielo de eterna alegría, y los nórdicos no. Durante muchos siglos, y hasta que llegaron los misioneros cristianos, les bastó con el heroísmo.

Los poetas de la mitología nórdica, que vieron que era posible vencer muriendo y que a la valentía nunca se la derrota, son los únicos portavoces de las creencias de toda la magnífica raza germánica, de la que Inglaterra es una parte, como lo son los norteamericanos a través de los primeros colonos que llegaron a América. En la Europa septentrional, esos primeros relatos, las tradiciones, las canciones e historias, desaparecieron a manos de los sacerdotes cristianos, que odiaban amargamente ese paganismo que habían ido a combatir. Su capacidad de barrido

fue extraordinaria. Se conservan unas pocas piezas: *Beowulf* en Inglaterra, *El cantar de los nibelungos* en Alemania y algunos fragmentos aislados aquí y allá. Pero, si no fuera por las dos *Eddas* islandesas, no sabríamos prácticamente nada de la religión que moldeó la raza germánica. En Islandia, que fue la última región en cristianizarse gracias a su posición geográfica en el extremo norte, los misioneros fueron más tolerantes, o tuvieron quizá menos influencia. El latín no eliminó el nórdico como lengua literaria. La gente todavía contaba las viejas historia en el lenguaje de todos los días, y algunas de ellas estaban escritas, aunque no sabemos por quién ni cuándo. El manuscrito más antiguo de la *Edda mayor* está fechado en torno al año 1300, tres siglos después de que llegaran los cristianos, pero los poemas son completamente paganos y todos los estudiosos los consideran muy antiguos. La *Edda menor* , en prosa, la escribió Snorri Sturluson en la última parte del siglo XII . La parte principal es un tratado técnico sobre cómo escribir poesía, pero también contiene algunos materiales mitológicos prehistóricos que no aparecen en la *Edda mayor* .

De los dos, el más importante es la *Edda mayor* , que se compone de poemas separados, a menudo acerca de la misma historia, pero sin conexión entre sí. En este manuscrito hay material para un gran poema épico, comparable si no superior a la *Ilíada* , pero se echa en falta al poeta que diera forma a esas primeras historias, como lo hizo Homero con su obra. En las tierras del norte no hubo un hombre de talento que consiguiera unificar estos poemas en un conjunto, dándoles belleza y poder; nadie se aplicó en desechar lo tosco y los lugares comunes, ni en eliminar las repeticiones infantiles y aburridas. En la *Edda* hay listas de nombres que en ocasiones se prolongan durante páginas. Sin embargo, la sombría grandeza de sus historias trasciende a pesar del estilo. Quizá nadie tiene derecho a hablar del «estilo»

si no puede leer nórdico antiguo; pero todas las traducciones se parecen en lo difíciles, y uno no puede sino sospechar que cierta responsabilidad será del original. Los poetas de la *Edda mayor* parecen haber tenido mejores ideas que destreza para plasmarlas con palabras: muchas de sus historias son espléndidas. En la mitología griega no hay ninguna comparable, excepto las que revisaron los poetas trágicos. Los mejores relatos del norte son dramáticos: versan sobre hombres y mujeres que se dirigen resueltamente al encuentro de la muerte, a menudo por elección, e incluso con un plan elaborado. Y su heroísmo es la única luz en las tinieblas.

I

Las leyendas de Signy y Sigurd

He elegido contar estas dos historias porque en mi opinión presentan mejor que ninguna otra el carácter y el punto de vista nórdicos. Sigurd es el más famoso de los héroes nórdicos; su historia es en gran parte la del héroe de El cantar de los nibelungos*, Siegfried. El suyo es el papel principal de la saga* Volsunga*, la versión nórdica del relato alemán que han popularizado las óperas de Wagner. Sin embargo, no he acudido a esta saga para mi historia, sino a la* Edda mayor*, donde el amor y la muerte de Sigurd, Brünnhilde y Gudrun son el tema de numerosos poemas. Las sagas, relatos en prosa todas ellas, son posteriores. La historia de Signy se cuenta solo en la saga* Volsunga*.*

Signy era hija de Volsung y hermana de Sigmund. Su marido mató a Volsung a traición y capturó a sus hijos. Uno por uno, los fue dejando por la noche, encadenados, a merced de los lobos. Cuando llegó el turno del último, Sigmund, Signy ya había ideado un modo de salvarlo. Lo liberó y ambos juraron vengar a su padre y hermanos. Signy decidió que Sigmund debía tener a alguien de su propia sangre para ayudarlo, así que se disfrazó y lo visitó durante tres noches; él nunca supo quién era. Cuando el niño que nació de esa unión tuvo edad suficiente, ella se lo envió a Sigmund y los dos vivieron juntos hasta que el muchacho, que se llamaba Sinfiotli, se hizo un hombre. Durante todo ese tiempo, Signy siguió viviendo con su marido, criando a sus hijos, sin dejar traslucir el deseo de vengaza que ardía en su corazón.

Pero al fin llegó el día. Sigmund y Sinfiotli aparecieron por sorpresa, mataron a los otros hijos de Signy, encerraron al marido en la casa y le prendieron fuego. Signy se quedó mirando todo esto sin decir palabra y, cuando todo había acabado, les

dijo que habían vengado gloriosamente a los muertos, antes de entrar en la casa en llamas y morir allí. Durante todos aquellos años de espera, había planeado que, cuando matara a su marido, moriría con él. Ciertamente, Clitemnestra se hubiera quedado en nada comparada con Signy si esta hubiera tenido un Esquilo nórdico que escribiera su historia.

La historia de Siegfried resulta tan familiar que bastará con recordar brevemente la de su prototipo nórdico, Sigurd. Brünnhilde, una walkiria, ha desobedecido a Odín y, en castigo, es condenada a dormir hasta que un hombre la despierte. Ella ruega que aquel que venga a buscarla sea alguien que no albergue miedo en su corazón, y Odín rodea su lecho con unas llamas que solo un héroe valiente podría atravesar. Sigurd, el hijo de Sigmund, realiza tal hazaña. Fuerza a su caballo a cruzar las llamas y despierta a Brünnhilde, que se entrega a él, feliz porque ha demostrado su valor al llegar hasta ella. Pero, días después, él la abandona dejándola en el mismo lecho rodeado de fuego.

Sigurd acude al hogar de los Giukungs, donde hace juramento de fraternidad con su rey, Gunnar. Griemhild, la madre de Gunnar, quiere a Sigurd para su hija Gudrun, y le da a beber una poción mágica que le hace olvidar a Brünnhilde. Sigurd se casa con Gudrun y entonces, asumiendo gracias a los poderes mágicos de Griemhild la apariencia de Gunnar, cabalga de nuevo a través de las llamas para conquistar a Brünnhilde en nombre de Gunnar, que no es lo bastante héroe como para hacerlo él mismo. Sigurd pasa tres noches allí con ella, pero coloca su espada entre ambos, en la cama. Brünnhilde se va con él a los Giukungs, donde Sigurd recupera su forma habitual, pero sin que la muchacha llegue a enterarse. Ella se casa con Gunnar,

creyendo que Sigurd le ha sido infiel y que Gunnar ha atravesado las llamas por ella.

Pero, en una disputa con Gudrun, toda la verdad sale a relucir y Brünnhilde planea entonces su venganza. Le cuenta a Gunnar que Sigurd le ha traicionado, que realmente la poseyó esas tres noches, a pesar de haber declarado que había puesto la espada entre ellos, y que lo abandonará a menos que mate a Sigurd. Gunnar no puede hacer tal cosa porque ha jurado fraternidad, pero convence a su hermano pequeño para que mate a Sigurd mientras duerme, y Gudrun se despierta rodeada de un charco de sangre de su marido.

Entonces Brünnhilde rio
solo una vez, con toda su alma,
al oír el lamento de Gudrun.

Pero, aunque ella la provocó (o quizá por eso), Brünnhilde no quiere seguir viviendo tras la muerte de Sigurd, y le dice a su marido:

Solo he amado a un hombre.
Mi corazón nunca ha cambiado.

Y le revela que Sigurd no había faltado a su juramento cuando atravesó el anillo de fuego para salvarla en nombre de Gunnar.

En una cama dormimos juntos
como si hubiera sido mi hermano.
Siempre con dolor, y demasiado
nacen las mujeres y los hombres en el mundo.

Entonces se suicida, rogando que su cuerpo yazca en la pira funeraria junto al de Sigurd.

Allí, junto al cuerpo de Sigurd, estaba sentada en silencio Gudrun, incapaz de hablar ni de llorar. Se teme que se le rompa el corazón a menos que dé rienda suelta a sus sentimientos, y una por una las mujeres le van contando sus penas,

El más amargo dolor que jamás haya padecido...

«Marido, hijas, hermanas, hermanos —dice una mujer—, todos me fueron arrebatados, y aún estoy viva.»

Pero por mucho que sufría, Gudrun no podía llorar,
petrificado su corazón junto al cadáver del héroe.

«Mis siete hijos cayeron en las tierras del sur —cuenta otra —, y mi marido también; los ocho en la batalla. Yo misma amortajé los cuerpos con mis propias manos para llevarlos a la tumba. Hace medio año que soporto esta pena, y nadie ha venido a consolarme.»

Pero por mucho que sufría, Gudrun no podía llorar.
Petrificado su corazón junto al cadáver del héroe.

Entonces una de las mujeres, más sabia que el resto, levanta el sudario del muerto

... y depositó
la amada cabeza sobre las rodillas de su esposa:
«Mira al que amabas y posa tus labios
junto a los suyos, como si aún estuviera vivo».
Solo miró una vez Gudrun.
Vio su cabello cubierto de sangre,
sus ojos, tan brillantes, ahora cegados.
Luego se agachó e inclinó la cabeza,
y las lágrimas resbalaron como gotas de lluvia.

Así son los primeros relatos nórdicos. El hombre nace para penar mientras las llaman se elevan hacia lo alto. Vivir es sufrir

y la única solución al problema de la vida es sufrir con valentía. Sigurd, cuando va hacia Brünnhilde la primera vez, se encuentra a un hombre sabio al que le consulta su destino:

No me ocultes nada por duro que sea.

Y el sabio le contesta:

Tú sabes que no mentiré.
Nunca te verás manchado por la vileza.
Conocerás, sin embargo, un día funesto,
un día de ira y un día de angustia.
Pero recuerda siempre, guía de hombres,
que la fortuna acompaña la vida del héroe
y que un hombre más noble que Sigurd
jamás vivirá bajo el sol.

II

Los dioses nórdicos

En Grecia, los dioses no podían ser heroicos. Todos los del Olimpo eran inmortales e invencibles: jamás podían, por tanto, sentir el brillo del valor ni afrontar peligros. Cuando luchaban, estaban seguros de la victoria y de que no les rozaría daño alguno.

En Asgard la cosa era muy distinta. Los gigantes, que vivían en la ciudad de Jötunsheim, eras enemigos empedernidos de los Aesir —es decir, los dioses—; y no solo representaban un peligro omnipresente, sino que sabían que al final tendrían asegurada la victoria total.

Esta certeza pesaba en los corazones de los moradores de Asgard, pero más que nadie sobre su soberano, Odín. Como Zeus, Odín era el padre celestial

Vestido con una capa de nubes grises
y una capucha tan azul como el cielo.

Pero el paralelismo termina ahí: no hay nadie menos parecido al Zeus de Homero que Odín. Este es una figura extraña y solemne, siempre distante. Se sienta en los banquetes de los dioses en su palacio de oro, Gladsheim, o con los héroes en Walhalla, pero no come nada. Las viandas que colocan ante él se las da a los dos lobos que se agazapan a sus pies. En sus hombros se posan dos cuervos —Hugin (pensamiento) y Munin (memoria)—, que vuelan cada día a lo largo del mundo y le traen noticias de todo lo que hacen los hombres. Y, mientras los demás dioses disfrutan del banquete, Odín reflexiona sobre lo que le han contado Hugin y Munin.

Odín tenía la responsabilidad suprema de posponer todo lo posible el día del juicio final, Ragnarök, cuando el cielo y la tie-

rra serían destruidos. A pesar de ser el padre todopoderoso, el supremo entre los dioses y los hombres, siempre estaba tratando de saber más. Así, descendió al Pozo de la Sabiduría custodiado por Mímir el Sabio, para rogar que le concedieran un sorbo, y cuando Mímir contestó que debía pagar por ello con uno de sus ojos, accedió. También obtuvo el conocimiento de las runas sufriendo. Las runas eran inscripciones mágicas, inmensamente poderosas para él que sabía inscribirlas en los materiales: madera, metal, piedra… Odín las aprendió a costa de un misterioso dolor. Dice en la *Edda mayor* que colgó

Nueve noches completas en un árbol mecido por el viento
y herido con una lanza.
Fui ofrecido a Odín, yo a mí mismo,
en ese árbol que ningún hombre conoce.

Y este conocimiento, adquirido a costa de tanto dolor, se lo pasó a los hombres, que también pudieron desde entonces protegerse con las runas. En otra ocasión, puso su vida en peligro de nuevo para arrebatar a los gigantes la hidromiel escáldica, que convertía en poeta a todo aquel que la probara, y luego se la regaló tanto a los dioses como a los hombres. Odín era, en todos los aspectos, un benefactor de la humanidad.

Le asistían unas doncellas llamadas walkirias, que servían su mesa en Asgard y mantenían los cuernos de bebida llenos; su principal tarea era acudir al campo de batalla y decidir, siguiendo las órdenes de Odín, quién sería ganador y quién vencido. Luego, llevaban a los valientes muertos ante el dios. *Wal* significa matar y las walkirias eran las que elegían a los muertos y los llevaban al lugar que les pertenecía, el salón Walhalla. En la batalla, el héroe condenado a morir vería

Doncellas de belleza extraordinaria

a lomos de corceles, con brillantes armaduras,
solemnes y pensativas,
y haciendo señas de llamada con la mano.

El miércoles es el día de Odín, que recibía en el sur el nombre de Wotan, y de ahí *Wednesday* (miércoles en inglés).

De los otros dioses, los únicos cinco de cierta importancia son: Balder, Thor, Freyr, Heimdall y Tyr.

Balder era el más querido de ellos, tanto en la tierra como en el cielo. Su muerte fue la primera desgracia que afligió a los dioses. Una noche, empezaron a importunarlo unos sueños que parecían anunciarle algún peligro grave. Cuando su madre, Friga, la esposa de Odín, se enteró, decidió protegerlo de cualquier ocasión de peligro: recorrió el mundo entero y de todos los seres, vivos o inanimados, obtuvo el juramento de que nunca le harían daño. Pero Odín aún temía, y bajó a caballo hasta Niflheim, el mundo de los muertos, donde encontró la morada de Hela (o Hel), la diosa de los muertos, toda adornada y engalanada. Allí, una maga le dijo para quién se estaba preparando la casa:

El aguamiel ha sido elaborada para Balder.
La esperanza de los altos dioses los ha abandonado.

Odín supo entonces que Balder estaba condenado, pero los demás dioses creían que Friga lo había protegido de todo y, por tanto, decidieron jugar a un juego con el que se divertían mucho. Intentaban golpear a Balder, arrojándole una piedra o un dardo o disparándole una flecha o golpeándole con una espada, pero las armas siempre fallaban por poco o se caían sin haber llegado a dañarlo. Nada podía herir a Balder. Este hecho excepcional parecía destacarle por encima de los demás, y todos le honraban por ello excepto uno, Loki.

Loki no era dios, sino hijo de un gigante, y siempre creaba problemas a su paso. Continuamente implicaba a los dioses en dificultades y peligros, pero se le permitía entrar a placer en Asgard porque, inexplicablemente, había hecho un juramento de fraternidad con Odín. Loki odiaba a los buenos y estaba muy celoso de Balder, así que decidió encontrar el modo de hacerle daño. Acudió a Friga disfrazado de mujer y entabló conversación con ella. Friga le contó el viaje que había realizado para garantizar la seguridad de Balder y cómo todas las cosas habían jurado no hacerle daño… excepto un pequeño arbusto, dijo, el muérdago, tan insignificante que lo pasó por alto.

Con eso, Loki tenía bastante. Consiguió el muérdago y se fue con él hasta donde se encontraban los dioses divirtiéndose. Hoder, el hermano de Balder, que era ciego, se encontraba sentado aparte.

—¿Por qué no te unes al juego? —preguntó Loki.

—¿Ciego como estoy? —dijo Hoder—. ¿Y sin nada que arrojarle a Balder?

—Oh, participa —dijo Loki—. Aquí tienes una astilla. Arrójala y yo te diré hacia dónde.

Hoder cogió el muérdago y lo lanzó con toda su fuerza en la dirección que le indicó Loki. La rama de muérdago, alcanzó a Balder en el corazón y el joven cayó muerto.

Aun así, su madre se negó a desesperar y suplicó entre los dioses un voluntario para bajar a Hela e intentar el rescate de Balder. Hermod, otro de sus hijos, se ofreció. Odín le dio su caballo Sleipnir y Hermod bajó a toda velocidad a Niflheim.

Los demás se quedaron preparando el funeral. Construyeron una alta pira sobre un gran barco y allí colocaron el cuerpo de Balder. El corazón de Nanna, su esposa, que había acudido a verlo por última vez, se paró y cayó en la cubierta, muerta tam-

bién. Entonces, colocaron juntos los dos cadáveres, prendieron fuego a la pira y soltaron las amarras. Mientras el barco se internaba en el mar, las llamas se iban alzando y cubriéndolo de fuego.

Cuando Hermod se presentó ante Hela con la petición de los dioses, ella contestó que devolvería a Balder si le demostraban que todo el mundo le lloraba. Pero si una sola cosa o criatura viva rehusaba llorar por él, ella se lo quedaría. Los dioses enviaron mensajeros a todas partes para pedir a toda la creación que derramara lágrimas y así Balder pudiera ser redimido de la muerte. No se encontraron con ningún rechazo. Cielo y tierra y todo lo que hay en el medio lloraron sinceramente por el amado dios. Pero, casi al final de su viaje, los mensajeros llegaron hasta una giganta, y todo el dolor del mundo se volvió inútil porque ella se negó a llorar.

—De mí solo obtendréis lágrimas secas —dijo, burlona—. Balder no me hizo ningún favor, y yo tampoco se lo haré a él.

Y así, Hela se lo quedó, muerto.

Loki fue castigado. Los dioses lo dejaron atado en una profunda caverna y le colocaron encima de la cabeza una serpiente, de tal modo que el veneno le caía sobre su rostro causándole un dolor inenarrable. Pero su esposa, Sigyn, acudió en su ayuda; se colocó junto a él y recogía todo el veneno con una copa. Aun así, cada vez que ella tenía que vaciar la copa, aunque solo tardase un instante, el veneno que caía sobre él le provocaba una agonía tan intensa que sus convulsiones sacudían la tierra.

De los otros tres dioses, Thor era el dios trueno —por él se dio nombre al jueves (*Thursday* en inglés)—, y el más fuerte de los Aesir: Freyr se ocupaba de los frutos de la tierra; Heimdall era el guardián de Bifröst, el puente de arcoíris que conducía a

Asgard; y Tyr era el dios de la guerra, en cuyo honor se dio nombre al martes (*Tuesday* en inglés).

En Asgard, las diosas no eran tan importantes como en el Olimpo. Entre las diosas nórdicas, ninguna se puede comparar con Atenea, y solo dos destacan realmente: Friga y Freya.

Friga, la esposa de Odín, de la que recibe su nombre el viernes (*Friday* en inglés), tenía fama de ser muy sabia, pero también era muy callada y no se confiaba a nadie, ni siquiera a Odín. Su personaje está siempre como desdibujado, y aparece a menudo junto a su rueca, hilando hebras de oro, aunque permanece en secreto qué es lo que tejía.

Freya era la diosa del amor y la belleza, pero, extrañamente para nuestras ideas, le pertenecían la mitad de los muertos en combate. Las walkirias de Odín solo podían llevarse al Walhalla la mitad: Freya acudía en persona al campo de batalla reclamando su parte de muertos, y a los poetas nórdicos tal actitud les parecía lógica y adecuada para la diosa del amor.

Pero había un reino que se manejaba con el único gobierno de una diosa: el reino de los muertos era de Hela, y allí no tenía autoridad ningún otro dios, ni siquiera Odín. Asgard el dorado pertenecía a los dioses, el glorioso Walhalla a los héroes, y Midgard, el campo de batalla de los hombres, no era asunto de mujeres (Gudrun, en la *Edda mayor* , dice que «la ferocidad de los hombres gobierna el destino de las mujeres»). Pero el mundo frío y pálido de los muertos sí era la esfera de la mujer para la mitología nórdica.

La creación

En la *Edda mayor* , una maga dice:

Antiguamente no había nada,
ni arena, ni mar, ni frías olas,

ni tierra, ni cielo encima.
Solo el enorme abismo.
El sol no conocía su morada,
ni la luna su reino
y las estrellas no tenían dónde colocarse.

Pero aquel tremendo abismo no lo cubría todo. A lo lejos, hacia el norte, se encontraba Niflheim, el imperio helado de la muerte, y hacia el sur Muspelheim, la tierra del fuego. Desde Niflheim nacían doce ríos que desembocaban en el abismo y se congelaban allí, llenándolo lentamente de hielo. Desde Muspelheim llegaban unas nubes ardientes que convertían ese hielo en niebla. Entonces de la niebla caían gotas de agua, y de ellas surgieron las doncellas del hielo y también Ymir, el primer gigante. Su hijo fue el padre de Odín, cuya madre y esposa eran doncellas del hielo. Odín y sus dos hermanos mataron a Ymir, y de él crearon la tierra y el cielo: el mar salió de su sangre, la tierra de su cuerpo y los cielos de su cráneo. Luego tomaron unas chispas de Muspelheim y las colocaron en el cielo dando forma al sol, la luna y las estrellas. La tierra era redonda y estaba rodeada por el mar. Un gran muro que construyeron los dioses con las cejas de Ymir protegía el lugar donde viviría la humanidad. El espacio interior se llamó Midgard. Aquí se crearon el primer hombre y la primera mujer a partir de los árboles: el hombre de un fresno y la mujer de un olmo. Ellos fueron los padres de toda la humanidad. En el mundo había también enanos, criaturas feas de gran habilidad artesana, que vivían bajo la tierra; y elfos, unos duendes encantadores que cuidaban de las flores y los arroyos.

Un fresno mágico, Yggdrasill, sujetaba el universo, y sus raíces se extendían por debajo de todos los mundos.

Tres raíces llegan hasta Yggdrasill.

Hel vive bajo la primera.

Bajo la segunda los gigantes de hielo,

y los hombres bajo la tercera.

También se dice que «una de sus raíces sube hasta Asgard» y junto a ella hay un pozo de agua blanca, el Pozo de Urda, tan sagrado que nadie podía beber de él. Lo guardaban las tres nornas, que

Distribuyen las vidas a los hijos de los hombres,

y les asignan su destino.

Las nornas se llamaban Urda (el pasado), Verdandi (el presente), y Skuld (el futuro). Hasta ellas llegaban cada día los dioses, atravesando el oscilante puente del arcoíris, para sentarse junto al pozo y dictar sentencia sobre las acciones de los hombres. Junto a otra raíz estaba el Pozo de la Sabiduría, el que guardaba Mímir el Sabio.

Sobre Yggdrasill, como sobre Asgard, pendía siempre la amenaza de la destrucción; estaba tan amenazado como los dioses. Una serpiente y sus crías roían continuamente la raíz más cercana a Niflheim, la morada de Hela. Tarde o temprano, conseguirían matar el árbol, y el universo entero se vendría abajo.

Los gigantes de hielo y los gigantes de las montañas que vivían en Jötunheim eran enemigos del bien, la fuerza bruta de la tierra, que acabaría por vencer cuando se produjera un enfrentamiento entre ellos y los poderes celestiales.

Los dioses están condenados y el fin es la muerte.

Pero tal creencia es contraria a la convicción más profunda del espíritu humano, la de que el bien prevalece sobre el mal. Hasta estos nórdicos tan profundamente carentes de esperanza, cuya vida en su tierra helada durante los negros inviernos re-

presentaba un diario ejercicio de heroísmo, veían a lo lejos una luz rompiendo las tinieblas. Hay en la *Edda mayor* una profecía, curiosamente parecida al Apocalipsis de la Biblia, que dice que, tras la derrota de los dioses, cuando

El sol se vuelva negro, la tierra se hunda en el mar,
las estrellas ardiendo caigan del cielo
y el fuego salte hasta el cielo
habrá un nuevo cielo y una nueva tierra,
de maravillosa belleza nueva.
Las casas tendrán tejados de oro
y los campos darán frutos sin sembrarlos,
felices para siempre jamás.

Entonces llegaría el reino de Aquel que será incluso más grande que el propio Odín y que estará fuera del alcance del mal:

Más poderoso que todo
y cuyo nombre no me atrevo ni a pronunciar.
Pero pocos serán los que vean más allá
del momento en que caiga Odín.

Esta visión feliz del futuro más remoto parece un débil sustento contra la desesperación, pero era la única esperanza que permitían las *Eddas* .

La sabiduría nórdica

Otro matiz del carácter nórdico que difiere por completo su aspecto heroico se destaca en la *Edda mayor* . Hay varias colecciones de proverbios que no solo no reflejan ningún heroísmo, sino que se alejan radicalmente de él en su forma de ver la vida. Esta literatura carece de la profundidad del libro de los proverbios hebreos; de hecho, apenas merece que se le aplique la gran

palabra «sabiduría», pero los nórdicos que la crearon tenían al menos una gran reserva de sentido común, en sorprendente contraste con el espíritu inflexible del héroe. Como los escritores de los proverbios judíos, los autores parecen ancianos; son hombres de experiencia que han meditado sobre los asuntos humanos. Sin duda, fueron héroes en tiempos, pero se han retirado ya de los campos de batalla y han cambiado de perspectiva. A veces, hasta miran la vida con un toque de humor. He aquí algunos de esos proverbios:

Para los mortales, hay menos bien en la cerveza
del que se suele creer.
Uno no sabe nada si no sabe
que la riqueza suele engendrar un mono.
Un cobarde piensa que le bastará con evitar la guerra
para vivir eternamente.
Dile lo que piensas a uno, pero no a dos.
Lo que saben tres, lo saben todos.
Un tonto pasa la noche despierto,
pensando muchas cosas.
Y por la mañana está agotado de preocupación
mientras el problema sigue ahí.

Algunos muestran un acerado conocimiento de la naturaleza humana:

Miserable y pobre de espíritu es
el hombre que se burla de todo.
El valiente vive bien en cualquier lugar.
El cobarde tiene miedo de todo.

Los hay también alegres, casi desenfadados:

Una vez fui joven y viajé solo.

Me encontré con otro y me creí rico.
El hombre es la alegría del hombre.
Sé un amigo para tu amigo.
Devuélvele risas por risas.
Hacia la casa de un buen amigo,
el camino es recto aunque sea largo.

Y, en ocasiones, aparece un espíritu sorprendentemente tolerante:

Ningún hombre es solo miseria. No permitas que nadie sufra eso.
Para este sus hijos son su alegría, y para aquel
sus parientes, para otro su riqueza.
Y para otro bastará con el bien que ha hecho.
Que nadie ponga su fe en las palabras de una doncella
ni en lo que diga una mujer.
Pero conozco a los hombres y a las mujeres
y el espíritu de los hombres es móvil hacia las mujeres.
Nadie es tan bueno que carezca de faltas.
Nadie es tan malo que no merezca nada.

A veces, revelan también verdadera profundidad de espíritu:

Todos deberíamos ser moderadamente sabios,
no demasiado, porque el corazón de un hombre sabio
raramente está satisfecho.
Muere el ganado y mueren los semejantes. Nosotros también morimos.
Pero sé de una cosa que nunca muere:
el juicio que recibe cada muerto.

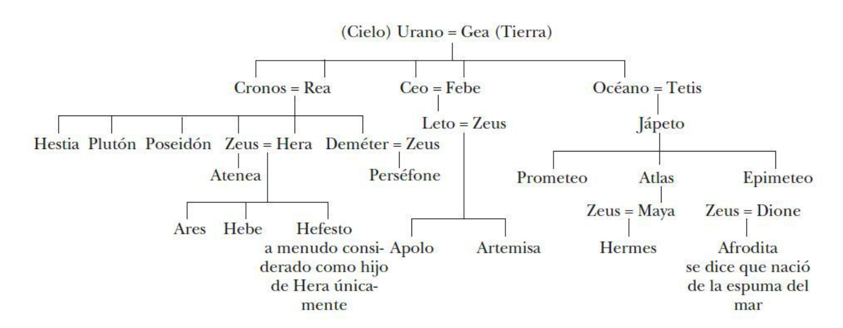
Y, dos líneas, casi al final de la principal colección de estos proverbios, dan muestra de su sabiduría:

La mente solo conoce
lo que se encuentra cerca del corazón.

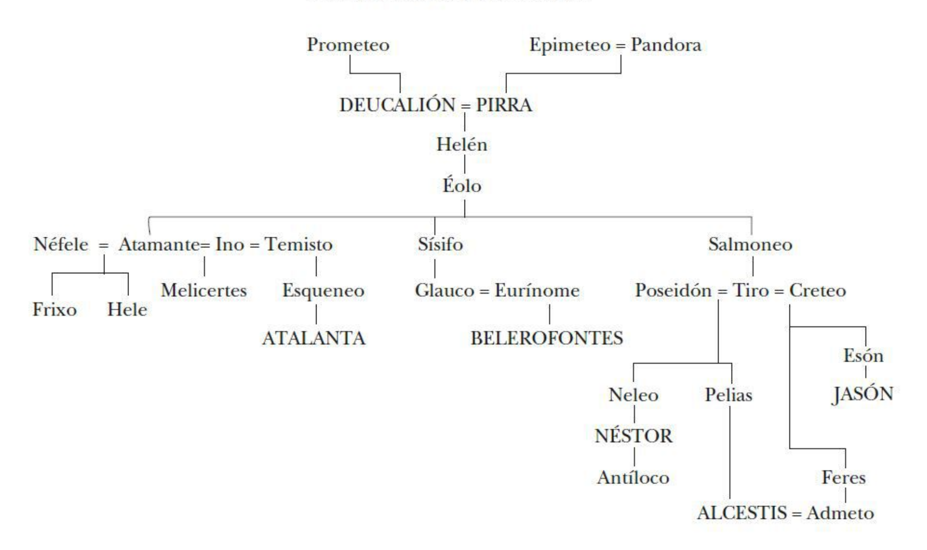
Además de su impresionante heroísmo, estas gentes del norte poseían un sentido común lleno de encanto. La combinación parece imposible, pero los poemas que hemos citado aquí así lo demuestran. Por raza, estamos vinculados con los nórdicos; nuestra cultura se remonta a los griegos. Las mitologías nórdica y griega, en conjunto, nos brindan así una imagen clara de cómo eran aquellas personas de las que procede gran parte de nuestro legado espiritual e intelectual.

CUADROS GENEALÓGICOS

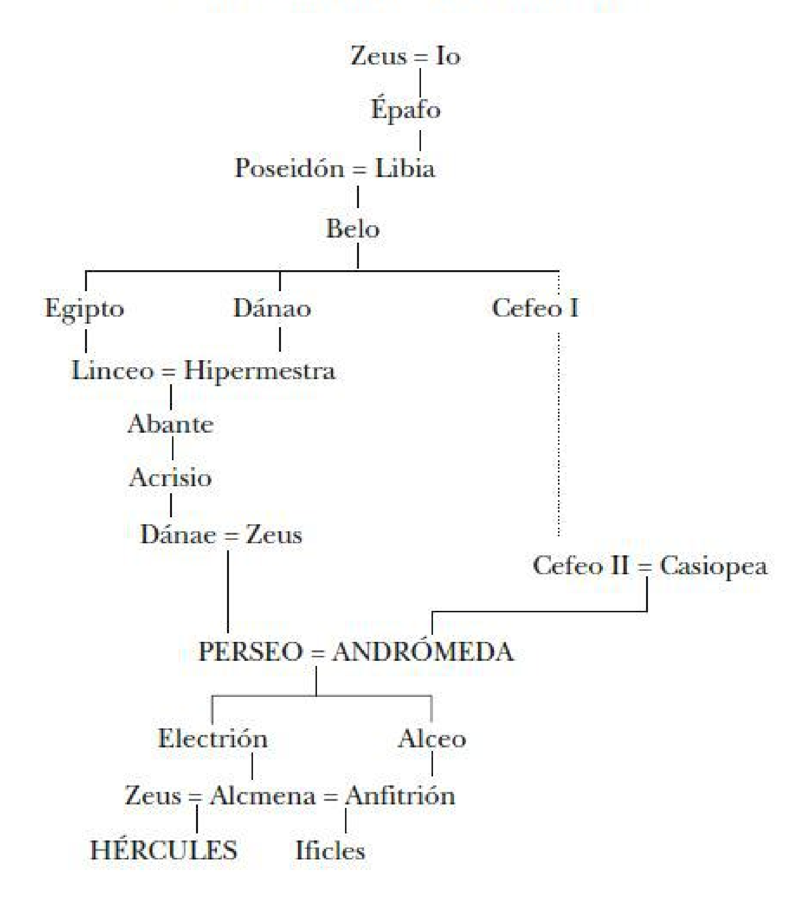
Dioses principales



Descendientes de Prometeo



Ancestros de Perseo y Hércules



Ancestros de Aquiles

Océano = Tetis

Asopo (dios-rio)

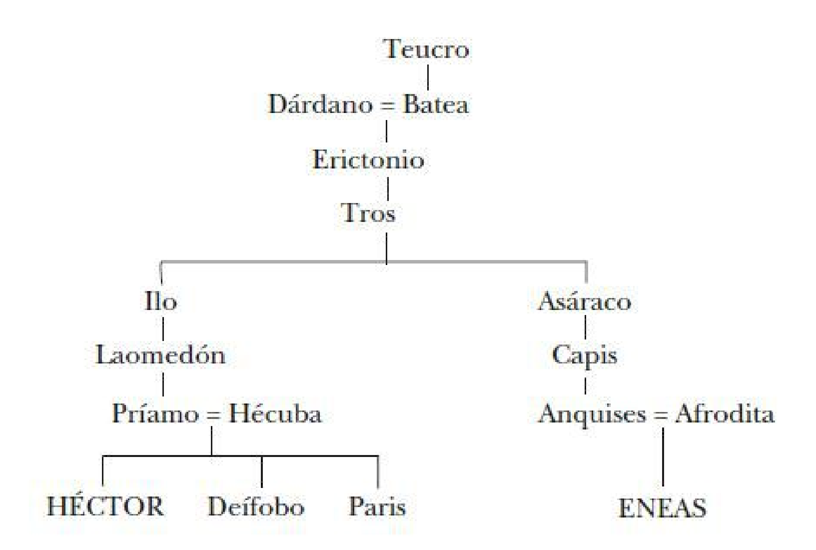
Egina = Zeus

Éaco

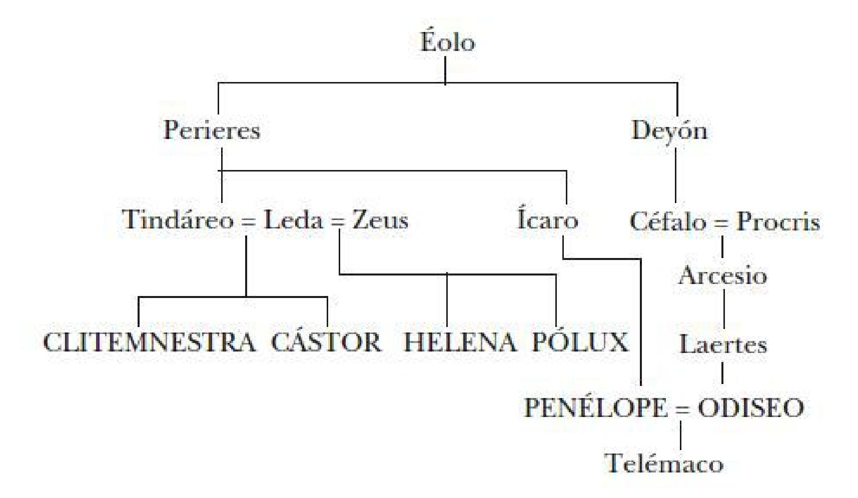
Peleo = Tetis

AQUILES

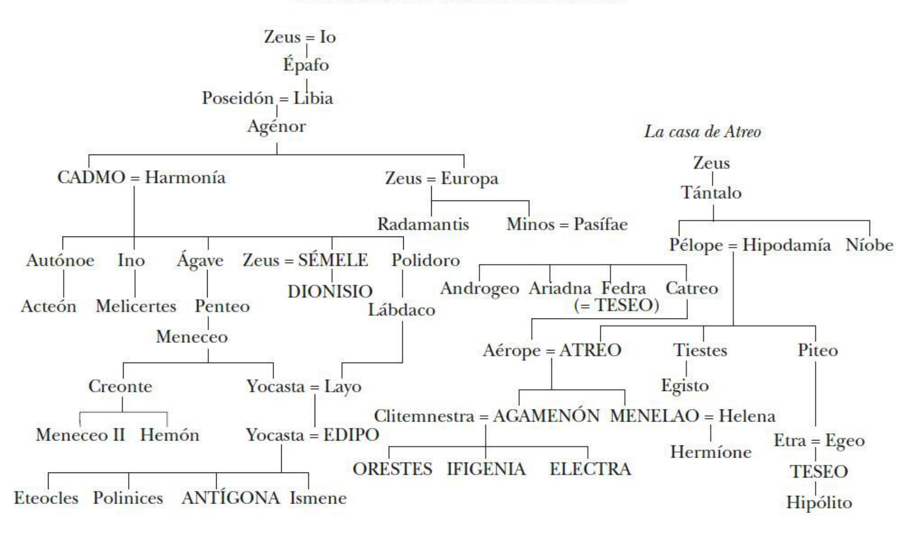
La casa de Troya



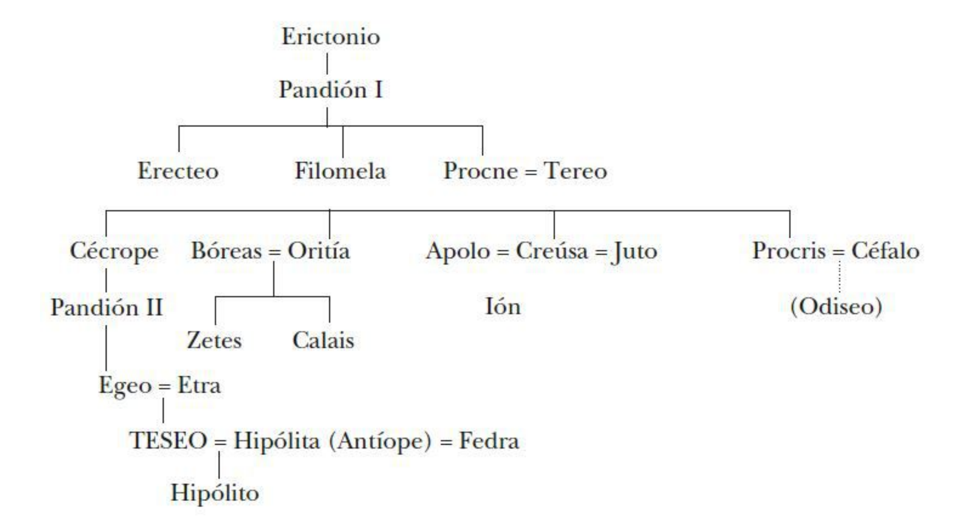
La familia de Helena de Troya



La casa real de Tebas y los Atridas



LA CASA DE ATENAS



Notas

1 . En todo lo que sigue, aquí y en el resto del libro, se entiende que las fechas se refieren a antes de Cristo, a menos que se indique lo contrario.

Mitología: todos los mitos griegos, romanos y nórdicos
Edith Hamilton

Título original: *Mythology*

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta: © Shutterstock

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2021
ISBN: 978-84-344-3326-7 (epub)
Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

ÍNDICE